

BATTLETECH

# HEREDERO DEL DRAGON

Robert Charrette

TIMUN MAS



Lectulandia

Confusión y sangre marcan el principio del mandato de Takashi y el fin del abuelo de Theodore. Como hijo de Takashi Kurita, Theodore es heredero del Condominio Draconis. Pero las transiciones nunca han sido pacíficas en este reino y el peligroso camino de Theodore hacia el gobierno se convierte en una odisea de veinte años que se inicia con su graduación en la academia militar de Sun Zhang. Pronto descubre que el poder es mucho más difícil de conservar que de obtener y que el fracaso acecha en cada esquina. Los conocimientos tácticos de Theodore se someten una y otra vez a duras pruebas y su capacidad para salir victorioso de situaciones inverosímiles es desprestigiada como simple superchería por algunos, pero elogiada como genialidad por otros. Tras obtener el título de Señor del Condominio Militar, su nueva posición le permite vislumbrar el incierto futuro que espera a su pueblo, y se ve obligado a actuar con cautela cuando pacta su futuro con ComStar, la secta mística, y los yakuza, miembros de una red interestelar de crímenes organizados.

**Lectulandia**

Robert N. Charrette

# **Herederero del Dragón**

**BattleTech**

ePUB r1.0

epublector 22.01.14

# BATTLETECH



Título original: *Heir to the Dragon*

Robert N. Charrette, 1989

Traducción: Elías Sarhan, 1989

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Este libro es para ti,  
ERJ.

El autor desea expresar su agradecimiento a todos aquellos que lo ayudaron de diferentes maneras, en especial a Donna Ippolito, Jim Musser, Boy F. Petersen, Julie Guthrie, Eric Johnson y Anthony Pryor.

# Prólogo

**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien**

**Distrito Militar de Pesht**

**Condominio Draconis**

**3 de febrero de 3004**

Subhash Indrahar parecía una materialización de la noche cuando avanzó entre sus subordinados y penetró en el dormitorio. Su negro uniforme de las FIS se veía inmaculado desde el suave cuello hasta las botas de puntas hendidas. A diferencia de los hombres que lo habían precedido, caminó en silencio mientras cruzaba el porche que había entre la estancia y los jardines privados.

El director adjunto de las FIS recorrió el cuarto con la vista y archivó con rapidez una imagen mental para futuras referencias. Sus hombres de las Fuerzas Internas de Seguridad ocuparon posiciones estratégicas y cubrieron con discreción todas las salidas. Ninguno de los cinco exhibió reacción alguna ante el cadáver bañado en sangre que yacía extendido en las esteras de dormir situadas en el centro de la estancia. Cuatro de los otros cinco hombres que había en la habitación eran *otomos*, los jactanciosos guardaespaldas del Coordinador. Se movieron nerviosos, mostrando una mezcla adecuada de miedo y de respeto cuando entró Subhash. El quinto hombre era Takashi Kurita, su amigo de toda la vida.

Takashi se hallaba inmóvil contemplando el cuerpo que yacía a sus pies, el cadáver de Hohiro Kurita, su padre y Coordinador del Condominio Draconis. Con el asesinato de Hohiro, Takashi le sucedía como cabeza de la Casa Kurita y gobernante del Condominio Draconis, que abarcaba sistemas planetarios enteros.

A Indrahar le resultó levemente perturbadora la falta de emociones de Takashi. Fugazmente, se preguntó cuánto más temerían los *otomos* esa tranquila aceptación de la muerte. Los guardaespaldas, después de fracasar en su deber de proteger a su señor, aguardaban con ansiedad la reacción de Takashi. Se les había confiado la protección



de la vida del Coordinador. La llegada de Indrahar les recordaba que deberían responder por su fallo cuando comenzara el interrogatorio de las FIS. Nadie ocultaba secretos a los perros guardianes de la sociedad Kurita, salvo que se los llevaran a la tumba. Sin duda, algunos de los guardaespaldas pensaban en el suicidio con el fin de expiar su vergüenza, siempre que creyeran que no serían ejecutados por el fallo.

En silencio, Takashi se arrodilló al lado del cuerpo, ajeno al charco de sangre medio reseca que empapó las rodilleras de su traje de faena de color tostado. Alargó la mano derecha y posó con suavidad los dedos en la mejilla destrozada por el golpe de espada que había partido el cráneo de Hohiro, Takashi permaneció en esa postura durante varios segundos, sin prestar atención a Indrahar, quien se le había acercado.

—«Las circunstancias que rodeen mi muerte no me importarán, porque me encontraré camino del cielo» —comentó Takashi en voz baja. Subhash reconoció las propias palabras de Hohiro, pronunciadas por el arrogante señor sólo dos años atrás —. ¿Era así, padre?

Subhash recordó algo más que había dicho el Coordinador: «Sólo aquellos que me sobrevivan debatirán la cuestión». Subhash supo que el debate de la «cuestión» de esta noche comenzaría pronto, ya que el asesinato del Coordinador sacudiría a todo el Condominio.

De repente, Takashi pareció consciente de su presencia. El hombre de las FIS inclinó la cabeza y anunció:

—Los *otomos* han capturado al asesino cerca de la casa de té, Takashi-*sama*.

Takashi gruñó en aceptación de la información. Al ir a levantarse, resbaló sobre las esteras mojadas. Cuando alargó la mano izquierda para mantener el equilibrio, ésta cayó sobre un charco de sangre, y el rojo líquido le salpicó la manga y le ensució la mano. Takashi se incorporó sin más incidentes, totalmente inconsciente de la imagen sangrienta que presentaba.

Subhash siguió a su amigo a unos pasos de distancia y se encaminaron hacia el jardín. Los *otomos* y los hombres de las FIS presentes en la habitación se inclinaron ante el nuevo Coordinador.

Los dos amigos salieron al jardín, pero no hallaron la habitual paz que en él reinaba bajo la luz de las estrellas. A su alrededor, el lugar bullía con las reacciones ante la noticia de la desgracia. Unas linternas manuales se movían entre los cedros japoneses a medida que los sirvientes y los oficiales de menor rango iban de un lado a otro sonsacándose información sobre la agitación reinante. Otros *otomos* y agentes de las FIS estaban desperdigados entre los matorrales y las rocas, silenciosos e inmóviles como las estatuas de piedra y bronce que adornaban el jardín.

Antes de que los dos hombres recorrieran la distancia que los separaba de la casa de té, un ruido de pies descalzos sobre la madera del puente del jardín llamó la atención de Subhash. Se volvió para avisar a Takashi, pero vio que éste ya miraba en

aquella dirección. Hacia ellos avanzaba la esposa de Takashi, Jasmine. Llevaba un kimono de noche cerrado apresuradamente alrededor del cuerpo, y el largo y negro cabello aún estaba enmarañado debido al sueño interrumpido.

—¡Esposo! —gritó, y el alivio se desbordó en su voz al reconocer la silueta familiar y robusta de Takashi—. Desperté y descubrí que no estabas, al tiempo que oí a los guardias corriendo. Temí que hubiera sucedido algo.

—Ha sucedido algo —repuso con voz tranquila Takashi. Al volverse para quedar frente a ella, las luces procedentes de la casa mostraron las manchas oscuras que le teñían el uniforme y las manos. Jasmine se detuvo y, alzando la mano, se cubrió la boca y la cara, a excepción de los ojos horrorizados. Takashi comprendió la reacción y de inmediato añadió—: Estoy ileso, pero Hohiro ha muerto.

Subhash observó el rostro de Jasmine y vio en él que la tranquilidad por la seguridad de su esposo se debatía con el dolor por la muerte del padre de éste. El hombre de las FIS notó que no se acercaba más a su marido; al parecer, su repugnancia a la sangre era superior a la necesidad de confirmar las palabras de Takashi con algo más que los ojos. Era una flor delicada para estar casada con un samurái como Takashi, un hombre que pronto tomaría el control del destino de miles de millones de ciudadanos leales.

Un ligero movimiento en la muchedumbre allí reunida captó la atención de Subhash. Abriéndose camino entre las piernas de un hombre de las FIS, una pequeña figura salió corriendo por entre el grupo de sirvientes y cortesanos. Subhash memorizó la cara del guardia. Había actuado con negligencia al dejar pasar a un niño más allá de su puesto de vigilancia, aunque ese niño fuera el hijo de Takashi y un miembro del clan gobernante Kurita. El agente detuvo a la figura más alta que iba tras el muchacho. El que perseguía al niño era el solemne y anciano monje Zeshin, un iniciado de la Orden de las Cinco Columnas y el hombre encargado de velar las noches del hijo de Takashi. Subhash observó la desazón que expresó el rostro del monje cuando sus esfuerzos con el guardia atrajeron la atención de los personajes distinguidos que había en el centro del jardín. Era evidente que esperaba ser castigado por el fallo en contener a su pupilo.

Jasmine se inclinó y extendió los brazos hacia su hijo mientras éste atravesaba corriendo el jardín. Lo abrazó y, tras acallar sus preguntas con susurros y suaves promesas de explicaciones que le daría por la mañana, se irguió, levantando consigo el ligero peso del niño de seis años con la fuerza apacible de una madre. Una maciza figura le cerró el paso y levantó una mano ensangrentada para coger el brazo del niño.

El muchacho bajó la vista hacia la mano que le tenía asido el brazo izquierdo y, al ver la sangre que la manchaba, alzó con brusquedad la cabeza con el fin de averiguar si esa mano era la de su propio padre. Subhash vio que los ojos del niño se abrían mucho, no con miedo, sino con expectación.

—¿Ha habido una guerra? —preguntó el muchacho con la voz llena de excitación—. ¿Has estado matando federados, padre?

—Shh, pequeño —lo amonestó Jasmine—. Los niños no deberían estar levantados tan tarde. —El niño miró a su madre con el entrecejo fruncido, ratificando la opinión que ya tenía de que las madres siempre estropeaban la diversión. Antes de que pudiera replicar, Jasmine continuó—: Volverás a la cama. Mañana...

—¡No! —la enérgica intervención de Takashi sorprendió a Jasmine—. Has protegido al niño demasiado tiempo, mujer. Te lo he consentido hasta ahora, pero esta noche eso ha de llegar a su fin. Deja que vea el mundo tal como es.

Takashi arrancó al niño de los brazos de la mujer y lo sostuvo en los suyos. Este lo aceptó encantado e hizo caso omiso de las protestas de su madre.

—Hijo mío —prosiguió Takashi—, esta sangre que ves en mis manos no es la de los enemigos de nuestro clan. No pertenece a un federado ni a la Casa Davion. Ni tampoco a los débiles petimetres de la Casa Steiner, ni a ninguna de las otras Casas que comparten la Esfera Interior con nosotros. Es la sangre de nuestro clan y nuestra Casa, la sangre del Dragón.

—No, no lo hagas —se quejó Jasmine; la luz centelleó en sus ojos llenos de lágrimas—. Es demasiado joven. —Fue a coger de nuevo al niño, pero Subhash alargó la mano para detenerla y ella se volvió hacia éste—. Tú eres su amigo. Díselo. El niño es demasiado joven para que lo asusten con la muerte que nos rodea.

—Takashi-*sama* hace lo que debe, dama Jasmine.

Enfrentada a una voluntad tan inflexible, ella se encorvó, rindiéndose. Takashi se giró mientras Subhash entregaba a Jasmine al cuidado de sus doncellas, que remolineaban entre la multitud, temerosas de entrometerse hasta no ser llamadas. Las jóvenes se adelantaron para escoltarla de regreso a su propia habitación.

Después de ocuparse de Jasmine, Subhash se convirtió de nuevo en una sombra a la espalda de Takashi. Sosteniendo en brazos aún a su hijo, el nuevo Coordinador regresó al dormitorio de Hohiro. Subhash llegó a tiempo para ver los ojos del niño abrirse asombrados ante la carnicería de la habitación.

—¿El abuelo? —preguntó con voz insegura.

—Sí —respondió Takashi, sin dejar espacio para la compasión en esa única palabra—. Era tu abuelo. También era el Coordinador del Condominio Draconis. Ese será tu futuro si no eres fuerte.

«Ahora yo soy el Coordinador, y tú mi heredero. Somos el Clan Kurita y debemos poseer fortaleza para gobernar, fuerzas para evitar un fin semejante. Siempre debemos hacer lo que sea necesario para la supervivencia de nuestra Casa y del imperio que regimos. Es una confianza que jamás debemos traicionar. Por ningún hombre o mujer, ni por ningún sentimiento personal o debilidad del espíritu. Si nos mostramos débiles, éste es el destino que nos aguarda: la muerte ignominiosa. ¿*Wakarimasu-ka?*»

El muchacho no dijo nada. Con los abiertos ojos azules todavía clavados en el cadáver de su abuelo, tragó saliva y luego asintió.

—Bien —repuso Takashi, volviéndose para salir del cuarto—. Ahora hemos de ocuparnos del asesino.

—Quiero matarlo —declaró el muchacho con voz baja y llena de determinación. Su anterior excitación se había tornado en una seriedad sombría.

—No puedes —le dijo Takashi, aunque pareció complacido por la respuesta de su hijo—. Sé que el honor del clan te domina. Lo sé porque también me ocurre a mí. Que ésta sea tu primera lección libre de la sombra de tu madre: la violencia personal no es el camino del Coordinador. Nuestro destino requiere que actuemos por intermedio de otros. El asesino ha de recibir justicia, no venganza. Es lo mejor para el Condominio. ¿*Wakarimasu-ka?* —En esta ocasión el muchacho negó con la cabeza, con una expresión de perplejidad en la cara—. Con el tiempo lo comprenderás, hijo —le aseguró Takashi.

El trío volvió a salir al frío aire de la noche. A pesar de la oscuridad, Takashi bajó los escalones con decisión y se dirigió hacia el pequeño grupo reunido alrededor de la casa de té.

En el centro había un *otomo Tai-i*, que se hallaba de pie detrás de la figura acurrucada de un hombre. Cuando Takashi se detuvo, el *Tai-i* bajó el brazo y, cogiendo al asesino por los cabellos, le echó la cabeza hacia atrás, dejando que la luz iluminara la cara manchada de sangre. Tenía un ojo hinchado y cerrado, que ya empezaba a amoratarse debido a los golpes recibidos.

—El sargento de Garra Ingmar Sterenson —anunció el *Tai-i*.

Subhash notó que el hombre estaba casi muerto por la paliza que le habían dado; sin embargo, aún brillaba un destello de desafío en el ojo abierto. Ese ojo se clavó en Takashi. Subhash percibió que el hombre se concentraba en el señor kuritano, estrechando su mundo para incluirse sólo a sí mismo y al Coordinador.

El asesino empezó a hablar. El *Tai-i* alzó la mano con el fin de abofetearlo para que guardara silencio, pero se detuvo en el acto ante la breve negativa que realizó Takashi con la cabeza.

—Esta noche se termina una mentira —graznó Sterenson—. Durante años le serví como un ayudante de confianza y valioso. Me entregué a la causa de la Casa Kurita. Esta noche se acabó. —Sterenson no pudo seguir hablando debido a un ataque de tos que le sacudió todo el cuerpo; pero, cuando por fin recuperó la voz, ésta sonó con más fuerza y con el toque de convicción del auténtico fanático—. Esta noche he asestado un golpe a favor de la libertad al matar al tirano. ¡Independencia para el pueblo de Rasalhague! —gritó—. ¡Muerte a los opresores!

El *Tai-i* abatió el puño sobre la sien de Sterenson y el hombre esposado cayó al suelo. Se retorció y gimió cuando el *otomo* le propinó una patada y le escupió.

—¡Basta! —rugió Takashi.

El *otomo* se detuvo al instante, y Sterenson levantó la cabeza para mirar a Takashi a los ojos. Subhash percibió la comprensión mutua que ambos compartieron, cada uno reconociendo y aceptando la parte que le tocaba en el drama nocturno.

—Dispárale —ordenó Takashi, con voz monótona y apagada.

El *Tai-i*, ansioso por ganarse la estimación del nuevo Coordinador, desenfundó la pistola y abrió fuego. El disparo resonó entre los muros del jardín.

En los ecos que morían, Subhash le susurró a Takashi:

—A mi superior, el director de las FIS, le habría gustado interrogarlo, Takashi-*sama*.

Takashi miró a su viejo amigo a los ojos.

—¿Cuestionas mi juicio?

Subhash escudriñó los azules ojos de Takashi, tanteando la fuerza de la concha *ki* del señor Kurita. Impresionado, contestó:

—No me corresponde hacerlo. *Tono*.

—Un hombre ha de conocer cuál es su sitio —comentó Takashi, apartando la vista—. Veré al director al amanecer para formularle algunas preguntas por mi parte. Jamás se debió permitir que un traidor llegara a un puesto de tanta confianza. No estamos en la Liga de Mundos Libres. —Takashi volvió a mirar a los ojos a Subhash—. ¿*Kendo* al mediodía, Subhash-*sama*? Tendremos mucho que discutir.

Subhash inclinó la cabeza, en mudo asentimiento, y se irguió para observar a su amigo de la infancia, ahora Coordinador, alejarse con paso firme y calmo en dirección a su dormitorio. Takashi llevaba con seguridad a su hijo en brazos. En la oscuridad, el óvalo pálido de la cara del muchacho brillaba por encima del hombro del padre. Incluso bajo esa débil iluminación, Subhash vio que la confusión y el miedo se habían impuesto sobre la reacción inicial del niño. Subhash le ofreció una sonrisa de confianza y proyectó su *ki* para sosegarlo con su propia fuente de tranquilidad y fortaleza.

«Yo protegeré tu futuro, joven Kurita».

El niño consiguió esbozar una sonrisa a medias y Subhash captó su alivio.

# Libro 1

## Valor

**Calles de Kuroda, Kagoshima**

**Distrito de Pesht,**

**Condominio Draconis**

**17 de mayo de 3018**

La respiración resultaba dificultosa a través de los filtros del traje y el sudor se le metía en los ojos. La creciente náusea hizo que Theodore Kurita se decidiera a correr un riesgo. Abrió las válvulas de calefacción del traje, rompió el sello del visor del casco y subió éste por encima de la frente. Las válvulas abiertas aumentarían su señal de calor para cualquier observador equipado con infrarrojos. Sin los circuitos de amplificación de luz y los aparatos de nivel dual de visión circular que componían el visor, se hallaba casi ciego en la aceitosa oscuridad de la noche de Kuroda. Aunque esto lo volviera más fácilmente detectable y casi ciego, al menos ya podía respirar otra vez. Mientras se afanaba por acallar el ruido de sus jadeos, el torrente de oxígeno le despejó el cerebro y calmó la náusea que había amenazado con abrumarlo.

El traje de camuflaje de las FIS que llevaba no estaba diseñado para el esfuerzo mantenido de la carrera que había emprendido a través del distrito de almacenaje. La tela supresora de emisión infrarroja y los filtros de aire que amortiguaban el ruido se habían visto sobrecargados y se habían convertido en un peligro, al calentarle en exceso el cuerpo y limitar el aire. Los instructores de Theodore a menudo le habían advertido que era peligroso intentar una carrera larga embutido en uno de esos trajes, afirmando que sólo un tonto o un hombre desesperado trataría de realizarla. Theodore no se consideraba un tonto, y esperaba que sus perseguidores no lo tomaran por alguien lo suficientemente desesperado como para intentar algo así. De hecho, contaba con ello.

Su plan parecía funcionar, pues hacía media hora que no veía ni oía señal alguna de ellos. Por supuesto, eso no significaba nada. Llevaban trajes de camuflaje como el

suyo, parte del equipo corriente de los Grupos de Ataque de Élite del Condominio y las tropas de asalto de las Fuerzas Internas de Seguridad. Ello significaba que quienquiera que estuviera detrás del acoso tenía fuerzas poderosas a su disposición, hombres expertos en operaciones «negras». Tales hombres serían implacables. Y muy peligrosos.

Semejantes consideraciones hicieron que su decisión le pareciera acertada.

La necesidad de abrir su traje también obedecía a una razón de peso; sin embargo, no dejaba de irritarlo. Los músculos le ardían y le faltaba el aire. Así que Theodore decidió correr otro riesgo adicional y se detuvo antes de tener la certeza de hallarse en el claro. Había esperado algo mejor de sí mismo. Quería cubrir tres kilómetros antes de parar, pero su cuerpo lo traicionó. Dedujo que se debía a una vida demasiado cómoda en la academia.

A medida que su respiración se estabilizaba, pensó de qué forma tan diferente había comenzado la noche. No había considerado tener problema alguno la víspera de su graduación en la Escuela de la Sabiduría del Dragón. Cuatro largos años de estrategia avanzada y entrenamiento de combate habían terminado, y había pensado que una cita con su actual amor, Kathleen Palmer, lo ayudaría a relajarse para las ceremonias que le aguardaban al día siguiente. Kathleen había representado una ráfaga de aire fresco cuando se habían conocido cuatro meses atrás, durante unas vacaciones de Theodore. Parecía encontrarse tan alejada de la corrupción de las intrigas políticas, tan poco interesada en hablar de guerra y de guerreros, que había sido un verdadero calmante después de tantos años de estudio y entrenamiento. En sus brazos, era capaz de olvidarse de sus obligaciones y deberes.

De una forma u otra, eso se había terminado ya. Theodore había visto reflejada la imagen del asesino en sus ojos cuando la figura vestida de negro se le acercó. Esa advertencia le proporcionó la fracción de segundo necesaria para esquivar el cuchillo que el hombre había apuntado a su cuello. La reacción repentina había hecho trastabillar a su atacante. Mientras Kathleen huía gritando de la habitación, Theodore contraatacó y derribó al hombre con una patada bien dirigida. Ella había sido consciente de la presencia del intruso, pero no se lo avisó a su amante. Era algo que Theodore no podría ni querría olvidar.

Deseó seguirla y sonsacarle una respuesta, pero llegó a la conclusión de que interrogar a Kathleen era algo que tendría que esperar. A cambio, le quitó al hombre su traje de camuflaje. Suponiendo que el asesino frustrado dispusiera de apoyo, Theodore tuvo la certeza de que el traje sería mucho más útil que sus ropas elegantes de etiqueta, por lo que arrojó éstas al suelo de la habitación con displicencia. También se había llevado el equipo del atacante, ya que no se había armado para aquel pacífico asunto en la ciudad antigua. A excepción de la tradicional *katana*, una hoja de acero atezada con una empuñadura de cintas negras entrelazadas, el asesino no portaba



ninguna otra arma letal.

Presumiblemente, su jefe quería a Theodore con vida, tal vez para usarlo como un elemento de intercambio. Si lo querían vivo, razonó, se contendrían con el fin de no herirlo seriamente. Él no mostraría tales reparos hacia ellos, pues su primera prioridad era escapar y sobrevivir. No deseaba ser el prisionero de nadie.

Una vez enfundado en el traje, Theodore abandonó el edificio descendiendo por el costado de su fachada.

Con la cuerda que formaba parte del equipo del hombre. De esa forma había evitado las puertas, que con seguridad estaban muy vigiladas. El atajo tomado le permitió eludir la malla de su red. Cuando llegó al suelo, sólo se le opuso una figura vestida de negro. Derribó al hombre sin necesidad de emplear la espada, y emprendió la marcha de regreso a la academia. Entonces se percató de que otros tres asesinos lo seguían.

Temiendo ser cogido o, aun peor, que llamaran pidiendo refuerzos para interceptarlo, se desvió y se dirigió a la Desolación. Una vez allí, entre los edificios en ruinas y los escombros de aquella zona de Kuroda largo tiempo abandonada, esperaba poder despistarlos de su rastro. A menudo la academia realizaba allí ejercicios de combate en ciudad. Para mejorar su puntuación, Theodore había memorizado mapas de la región y se había esforzado por mantenerse al día en los cambios que los ejercicios dejaban en el paisaje urbano. Esperaba que ahora tal conocimiento le proporcionara la ventaja necesaria para esquivar la persecución.

Tan pronto como los perdió de vista, comenzó a correr. Se encontraba ya a menos de un kilómetro de la academia, y su jadeo casi se había detenido, pero seguía teniendo la respiración irregular. Concentrándose en su *hara*, recuperó el equilibrio. Despacio, la respiración se hizo acompasada. Aceptó la fatiga que dominaba sus extremidades y la desterró. La calma lo invadió, y con la llegada de esa calma descubrió otra presencia.

Alzó rápidamente la cabeza y escudriñó la oscuridad. Allí, de pie, inmóvil sobre el techo de un derruido edificio que se alzaba al otro lado del camino, había una figura silenciosa y negra, en cuyo visor dual brillaba la luz de las estrellas. La silueta le hizo una inclinación. Theodore bajó su propio visor, pero comprobó que la esbelta figura había desaparecido.

«Uno me ha localizado», pensó.

«No —se amonestó—. He visto a uno. Debo esperar que sólo haya uno allí, pero no puedo darlo por hecho. Jamás subestimes a un enemigo».

Escrutó la calle y la halló desierta. Los vagabundos y los criminales que en ocasiones se ocultaban entre las ruinas se habían ido a dormir. Sólo merodeaban las alimañas de la noche, atareadas en sus propias cazas a vida o muerte. Theodore llegó a la conclusión de que los pequeños animales que se escurrían por la calle eran una

buena señal, ya que significaba que ninguna presencia humana perturbaba su cacería. Tal vez la única era la que había visto. Ese pensamiento lo hizo inspeccionar de nuevo el techo, pero no encontró ningún rastro de su perseguidor. Mientras había estado mirando a nivel del suelo, se había arriesgado a que le lanzaran un ataque de largo alcance desde arriba.

Pero no se había producido ninguno. No supo por qué, pero sí que era afortunado. Supuso que el otro estaba descendiendo al nivel de la calle. Theodore tuvo la esperanza de confundir la maniobra ascendiendo él hasta el techo, para recuperar los minutos que había perdido.

Echando hacia atrás las palmas de cuero de los guantes, dejó al descubierto los microganchos que allí había emplazados. Rápidamente, se acuclilló y, con un salto, inició el ascenso por el costado del edificio, que le brindaba protección. Los dedos y los pies buscaron las grietas diminutas que ofrecía la argamasa resquebrajada entre los ladrillos. Donde no aparecía ninguna rendija que le permitiera sujetarse, las púas de los microganchos penetraban el material y se aferraban a la superficie porosa de los ladrillos, proporcionándole una buena sujeción. Flexionó la palma de una mano para liberar la tensión de los ganchos y, al soltarse éstos, alzó esa mano en busca de un asidero más alto.

Durante todo el trayecto por la pared, se reprendió por su estúpido descuido. Mentalmente, oyó las voces de sus maestros. Dos sobresalían de forma particular. La de Brian Comerford, su instructor de operaciones especiales, no tenía nada bueno que comentar sobre su retraso o su falta de resistencia física. Tetsuhara-sensei le insistía en que buscara y confiara en su centro, prometiéndole toda la fuerza que necesitaba si el control de su *hara* era bueno. Mientras escuchaba esas voces interiores, subió la pared de quince metros en menos de medio minuto.

En el techo, volvió a comprobar su entorno sin encontrar rastro del otro. Empezó una marcha a través de los techos a un ritmo que no sobrecargaría el traje de camuflaje. Pasado un rato, el deteriorado estado de los edificios lo obligó a interrumpir su avance por las alturas y regresar al suelo. Al no tener ya que preocuparse de que un mal paso pudiera hacerlo caer por un techo podrido, aumentó la velocidad.

Sabía que no estaba solo, pero ninguno de sus trucos conseguía obligar al otro a revelar su presencia. Una vez descartado el intento de enfrentarse a ese cazador solitario, reanudó el esfuerzo de perder al perseguidor que lo acosaba.

De repente, sintió la presencia del otro muy cerca y se maldijo por no haberse percatado de su fugaz ausencia. «Otro error», se burló la voz fantasmal de Comerford-sensei. «En esta ocasión uno costoso», acordó Theodore.

Una mano salió súbitamente de la alcantarilla y le cogió el tobillo. Antes de poder reaccionar, estaba cayendo sobre el pavimento. Se encorvó para minimizar el impacto

y se dio cuenta de que la mano había desaparecido. «Eso no me gusta», se dijo a sí mismo, y percibió la corroboración del espíritu de Comerford-*sensei*.

Rodó sobre sí mismo tan pronto como chocó contra el suelo, a tiempo de vislumbrar cómo la tapa de acceso a las alcantarillas volaba por el aire, impelida por un soplido casi silencioso de gas comprimido. Al disco lo siguió una sombra que emergió como un demonio de los infiernos del submundo. La figura oscura aterrizó con agilidad sobre la calle y corrió hacia él.

Theodore se puso de pie y desenvainó la espada a tiempo para parar una estocada que el otro le lanzó, mientras se movía ágilmente a su alrededor con un susurro de tela negra y el fulgor del acero bruñido.

Los dos permanecieron inmóviles durante un instante: el otro en *muniken*, Theodore en *tensetsu*. Éste reconoció el dominio que su oponente tenía de la técnica de la antigua espada Yagyū y adoptó la postura de *kat-suninken*. Tras vacilar un momento, el otro se dispuso a cambiar a un *kojo* que jamás llegó a completar. En ese instante, la tapa de acceso cayó a la calle con gran estrépito, lo que sobresaltó a Theodore. Su enemigo, que sin duda había esperado tal estruendo convirtió el cambio de postura en un ataque relámpago. El contraataque de Theodore fue demasiado lento, y el hombre pasó a su lado como un rayo.

Al volverse para enfrentarse a su oponente, Theodore supo que había recibido un corte porque había sangre en la espada de su contrincante. La espada estaba tan afilada que no había sentido su roce. Se concentró en el dolor mientras se aprestaba a la lucha, y concluyó que la herida parecía pequeña, un corte diminuto justo por encima de la cadera izquierda. Confió en que su cuerpo no estuviera mintiéndole, ocultándole la terrible verdad de una herida mortal. No disponía de más tiempo para pensar en ello, pues el otro avanzaba y tenía que defenderse.

El siguiente intercambio no fue un ataque veloz. Ambas figuras vestidas de negro mantuvieron su terreno, cambiando una estocada por otra. De forma inesperada, en mitad de un ataque de Theodore, el otro se desplomó al suelo. La espada de Theodore silbó al cruzar el aire sobre el cuerpo que caía, y aquél perdió el equilibrio al no encontrar la resistencia esperada.

Recuperándose, adoptó una cautelosa postura de guardia mientras contemplaba perplejo a la figura inmóvil. No creía haber atravesado su defensa.

No había tiempo para meditarlo. En la distancia, escuchó el suave repiquetear de pies corriendo. No sabía si eran sus perseguidores o habitantes locales atraídos por el estruendo de la tapa al caer. Cualquiera de las dos posibilidades representaba más problemas de los que deseaba, de modo que dio media vuelta y emprendió la carrera por un callejón estrecho, arriesgando una ojeada hacia atrás justo antes de doblar la esquina. Tres figuras vestidas de negro corrían por la calle en dirección al callejón, pero de su reciente oponente no había ni rastro.

Sabedor de que las sombras no le ofrecían protección alguna del equipo de amplificación de luz que llevaban sus perseguidores, Theodore prosiguió la carrera.

**Calles de Kuroda, Kagoshima**

**Distrito Militar de Pesht**

**Condominio Draconis**

**17 de mayo de 3018**

Cuando Theodore reconoció, gracias a los ecos, que había entrado en un callejón sin salida, los otros habían doblado la esquina y penetrado en él. No quedaba tiempo para escalar la pared y huir de ellos a menos que, de algún modo, consiguiera retrasarlos. Alargó la mano hacia la bolsa donde llevaba las granadas cegadoras y descubrió que ya no la tenía: debía de habersele caído durante el combate de espadas. Giró, preparándose para luchar por su vida, cuando una agitación en la penumbra le indicó que la situación acababa de complicarse.

Desde la oscuridad del final del callejón surgió otra figura vestida de negro. La capucha del traje de camuflaje de ésta estaba echada hacia atrás, enroscada alrededor del cuello, y el visor del casco colgaba de una anilla del cinturón. Al parecer, desdeñaba la ventaja de la visión nocturna para enfrentarse a su presa arrinconada. El rostro era de facciones duras, y la carne brillaba como si estuviera cubierta por una lámina de sudor. El pelirrojo empuñaba una *katana* en la mano derecha. Metió la izquierda en un bolsillo de la manga del brazo que sostenía la espada y se rio confiado.

Theodore detuvo la carrera al tiempo que llevaba su propia mano a la espalda. «La arrogancia no tiene cabida en el corazón de un guerrero», le recordó la voz de Tetsuhara-*sensei*. «Cierto —acordó Theodore—. Y este hombre pagará por la suya».

Extrajo un paquete del bolsillo y lo apretó con fuerza antes de arrojárselo a su oponente. Simultáneamente, se lanzó a su derecha y empleó el impulso del movimiento para rodar por el suelo.

Su rápida reacción lo salvó del proyectil del pelirrojo, que pasó zumbando a su lado y estalló a sus espaldas. A juzgar por el estruendo de escombros y el gemido de

dolor, uno de los tres perseguidores que tenía detrás había quedado fuera de combate.

El proyectil que había lanzado Theodore detonó en vuelo, y los productos químicos contenidos en él atravesaron las delgadas paredes de la bolsa y se esparcieron en el aire. Una ligera niebla flotó alrededor de la cabeza del hombre de la cara descubierta, quien se derrumbó con un ataque de tos, momentáneamente incapacitado.

Al incorporarse del suelo, Theodore se vio acorralado por los otros dos, que actuaban como un equipo. Cada vez que él trataba de desenvainar su espada, uno de los dos lo acosaba con un ataque, obligándolo a abandonar su intención y concentrarse en detener o esquivar los golpes.

Después de ver lo bien que se había desenvuelto con sus camaradas, sus enemigos se mostraban cautelosos. Se tomaron su tiempo, demorando el ataque decisivo para no exponerse al peligro de un contraataque.

«Observa el patrón», le aconsejó la voz espectral de Comerford-sensei.

«Controla el *ma-ai* —le exigió el tono fantasmal de Tetsuhara-sensei—. Un guerrero de verdad siempre controla la distancia en el combate».

—¡*Hai!* —gritó Theodore cuando captó el patrón, listo para actuar.

Giró sobre los talones y lanzó una patada al más bajo de los dos atacantes. Creyéndose a salvo y a una distancia segura, el hombre fue incapaz de parar el golpe y trastabilló hacia atrás, en dirección a los sucios ladrillos de la pared del callejón.

El impulso del golpe lanzó a Theodore al suelo, donde yació con los miembros extendidos. El otro hombre se arrojó sobre él, intentando aprovecharse de la ventaja de su mala caída, y descubrió que tal desvalidez era un truco. Theodore rodó hacia un costado, y su atacante se desplomó en el suelo lleno de desperdicios. La patada que le propinó en la cabeza no tuvo la fuerza deseada pero sirvió para atontar aún más a su oponente.

Sin preocuparse de la poca ortodoxia de su método, trepó sobre el hombre. Este se debatió para evitar la presa que iba dirigida a su nuez de Adán. Desconfiando de su fuerza, Theodore intentó ahogarlo en vez de esforzarse por romperle el cuello. Los forcejeos de su contrincante empezaban a decrecer cuando una mano se posó en el hombro de Theodore.

—Basta.

Este giró con torpeza, ya que se hallaba a horcajadas sobre un cuerpo, al tiempo que lanzaba un puñetazo, pero el recién llegado le cogió el puño sin esfuerzo en un apretón de acero. Theodore intentó golpearlo con la rodilla en la entrepierna mientras se ponía de pie, pero el hombre lo esquivó sin problemas y aprovechó el impulso de Theodore para arrojarlo de espaldas al suelo e inmovilizarlo.

—He dicho basta.

Sin aliento, Theodore permaneció débil y vulnerable. Cerró los ojos hasta dejarlos

en unas rendijas con el fin de estabilizar las imágenes dobles que percibía. Incluso con la visión borrosa, reconoció la cara sonriente de Subhash Indrahara, el hombre al que su padre había ascendido a director de las FIS.

«Un traidor en un puesto tan elevado —se lamentó—. Mi mentor, un hombre al que yo había considerado un amigo. Siempre me apoyaste en contra de mi padre. Ahora se ven cuáles son tus verdaderos colores. Parece que en este momento mi vida depende de una confianza mal entregada».

—No me consideres un traidor, mi joven amigo. Como siempre, mi lugar está detrás de ti como heredero al trono del Condominio Draconis. Y no pienses demasiado mal de la pobre Kathleen. Sólo cumplió mis órdenes. En cierto sentido, estos hombres con los que te has enfrentado son una especie de examen final, una prueba para tu temple —explicó Subhash, moviendo el brazo para abarcar a los seis hombres que estaban reunidos en torno a ellos, incluyendo al pelirrojo de los ojos llorosos y al que llevaba la ropa de etiqueta abandonada por Theodore—. Lo has pasado bastante bien.

—Hiciste que temiera por mi vida.

—Por supuesto. Sólo al borde de la muerte un hombre vive de verdad, y muestra si realmente es un hombre. —Subhash alargó una mano para ayudarlo a incorporarse—. Has mostrado que eres un hombre. Tal vez falte pulir algunos detalles, pero el refinamiento vendrá con el tiempo.

»Te he conocido desde la infancia, y creo que sé la clase de persona que eres. Ves el Condominio igual que yo, como la esperanza más fuerte para la unificación de la Esfera Interior. Crees, como yo, que el Condominio debe anteponerse por encima de todo, que debe ser preservado para cumplir con su destino de reunificación.

»Ahora te pido que te unas con estos hombres a una sociedad dedicada a tal fin. Te pido que te unas a los Hijos del Dragón.

Subhash aguardó su respuesta. Aunque su mentor sonreía con expresión benévola, Theodore percibió la expectativa tensa. A su alrededor, los otros comenzaron a mover los pies con nerviosismo.

De inmediato se sintió conmovido y alarmado por la oferta de Subhash. El director de las FIS era un hombre al que había considerado un ídolo durante muchos años. Después de su larga y difícil adolescencia, el joven heredero le agradecía la fe en su potencial que le demostraba. Sin embargo, esta sociedad secreta de Indrahara se movía entre intrigas y callejones oscuros, todas cosas extrañas al samurái que Theodore se consideraba.

La oferta estaba ante él. Si la rechazaba ahora, jamás se la volverían a hacer. Algo en la voz de Subhash y en la postura tensa de los hombres que lo rodeaban hablaba con elocuencia de la única oportunidad que se le planteaba. Si no se unía a ellos, se marcharían por su propio camino y él jamás volvería a oír hablar del asunto. Hasta

que, en algún momento, sus objetivos se cruzaran. Subhash se había convertido en uno de los directores de las FIS más respetados y temidos en siglos. Resultaba un buen hombre como aliado y malo como enemigo.

Theodore sonrió y realizó una rápida inclinación de cabeza.

—Me siento honrado.

Subhash le palmeó el hombro.

—Me siento complacido.

La tensión que flotaba en el callejón se evaporó. Durante los jocosos comentarios sobre los combates que siguieron, Theodore se aventuró a preguntar:

—Subhash —*sama*, ¿no dirías que siete oponentes eran demasiados para alguien no muy versado en este tipo de actividad nocturna?

—Manejaste a los seis agentes a la perfección, Theodore-*sama* —replicó Subhash con sonrisa satisfecha—. Y yo no fui ningún oponente.

Theodore quedó sorprendido por la respuesta del director de las FIS, pero no dijo nada. Observó con cautela a los seis hombres, comprobando su altura y compleción física, la forma en la que se movían. Al pensar en la aventura, estuvo seguro de que se había enfrentado a cada uno de ellos una sola vez. Además, ninguno encajaba en el tipo físico del espadachín que lo había herido. Había más cosas de las que él comprendía. Recordó las palabras del viejo Zeshin, su compañero de la infancia: «Un hombre sabio escucha cuando no tiene palabras que pronunciar».

Después de lo sucedido esa noche, llegó a la conclusión de que era un buen consejo.



**Taberna de Snorri, Nueva Samos, Kirchbach**

**Distrito Militar de Rasalhague**

**Condominio Draconis**

**17 de mayo de 3018**

—¿Creéis que vendrá?

De los cinco hombres y dos mujeres que había en el cuarto trasero de la Taberna de Snorri, el que había hablado era, sin duda, el más nervioso. Cuando atrajo la mirada de los otros con su pregunta, comenzó a jugar con los galones de oro que decoraban los hombros de su guerrera. Sus dedos inquietos ya habían deshilachado una de las borlas, lo que incrementó el aspecto raído de la vieja chaqueta de su uniforme.

El hombre barbudo sentado a la cabecera de la mesa sabía, al igual que todos los presentes, que el hombre gordo que lucía el ilegal uniforme de la guardia del príncipe de Rasalhague no estaba autorizado a llevarlo, pero sus camaradas conspiradores le toleraban la afectación debido a los fondos que aportaba a la empresa. El hombre barbudo contuvo un suspiro. Dirigir esta extraña reunión de personalidades tan dispares era un gran engorro, y los lugares miserables en que solían reunirse no contribuían precisamente a mejorar la situación. Los tugurios no congeniaban con su dignidad o la de su causa.

—Claro que vendrá —le aseguró el líder al hombre agitado—. Este asunto toca muy de cerca sus propios intereses.

—Podría traicionarnos —advirtió una de las mujeres. El rostro mostraba una expresión sombría y calma, pero la voz reflejaba un poco de miedo.

—No lo hará —afirmó el líder, mesándose la barba entrecana en un gesto despreocupado con el fin de infundir confianza a sus compañeros—. Su posición con el Dragón ya es bastante precaria. En los últimos tiempos ha mostrado demasiado

abiertamente sus ambiciones, y sus enemigos en la corte de Luthien casi están en condiciones de negarle la petición de ascenso al rango de archiduque sobre los cinco mundos que controla. Añadidle a eso el hecho de que el Coordinador no ha enviado ninguna tropa kuritana para ayudarlo a defenderse contra las recientes incursiones de la Casa Steiner, y encontraréis a un hombre que cree que no le queda ningún futuro con el Dragón.

—Quizá traicionándonos vea una manera de recuperar el favor perdido —objetó un hombre alto, que recorría el cuarto como si fuera un animal enjaulado.

Su porte indicaba que se trataba de un oficial militar, pero sus ropas desaliñadas y desgastadas eran las de un mensajero mercantil. Su pistola láser reglamentaria SACD, con la culata manchada por los años de uso, sobresalía de la funda.

—Tal traición ciertamente le haría ganar influencia en la corte, pero no la habrá. —El hombre barbudo sonrió con satisfacción—. Como he dicho, las ambiciones de nuestro amigo últimamente han sido demasiado obvias. Más para nosotros, aquí en el distrito, que para Luthien. He acumulado ciertas evidencias y me he preparado para entregárselas a determinados individuos. De este modo me he asegurado de que, si nos traiciona, caiga con nosotros. No se arriesgará a algo semejante.

—Hassid Ricol es un hombre intrépido —le advirtió el militar.

Varias personas del círculo contuvieron el aliento ante la mención del visitante que esperaban.

—Nada de nombres —siseó uno.

El militar desdeñó la cobardía de los demás.

—Jessup nos ha asegurado que el aparato de *perditécnica* que ha traído ocultará nuestra conversación de cualquier artefacto de escucha de las FIS.

—¡Dije que *debería*, no que lo *haría*! —gritó Jessup con vehemencia—. Nos pones en peligro a todos con tu charla abierta.

El militar se dirigió hacia Jessup, pero el hombre barbudo se interpuso en su camino y lo cogió del brazo.

—Relájese, coronel. Sólo está irritado por su violación de las normas acordadas.

Al ver avanzar al coronel, Jessup se había levantado tan precipitadamente que había volcado su silla. Ahora, desde la seguridad que le brindaba su posición detrás de otros dos conspiradores, aguijoneó al otro hombre.

—¡Y justamente irritado, bocazas caballo de guerra! Si no se puede confiar en que contengas la lengua en un lugar relativamente seguro, ¿cómo podremos hacerlo cuando te encuentres fuera de nuestra vista?

El coronel se encrespó ante el tratamiento ligero que se daba a su honor. A pesar del impedimento que suponía el apretón del hombre barbudo, la mano se cerró en torno a la culata de su pistola.

—Tú, pequeño...

—Qué círculo de amigos tan acogedor... Me recuerda a la corte de Luthien.

El grupo de enfadados intrigantes se inmovilizó en el acto, y todas las cabezas giraron hacia el hombre que había hablado desde el umbral de la puerta.

Alto y de buena complexión física, presentaba un marcado contraste con el tipo ratonil que estaba a su lado. La atlética figura del hombre se veía astutamente acentuada por un traje de buen corte, de una tela de un intenso color borgoña, con rebordes dorados en los puños, cuello y solapas. Una faja escarlata pendía de su cadera izquierda, donde una *katana* con una empuñadura de estilo *tachi* sobresalía de una funda color bermellón. Una capa corta de terciopelo, de un rojo tan profundo que parecía negra en la difusa luz del cuarto, colgaba de su hombro derecho al estilo que se llevaba en las altas cortes de toda la Esfera Interior. Escrutando con frialdad a los conspiradores allí reunidos, el duque Hassid Ricol se quitó con aire displicente los finos guantes de piel de buey.

El hombre barbudo se recuperó con rapidez. Con un gesto despidió al guía de Ricol, haciendo caso omiso de las disculpas del hombre por no haber podido anunciarles con antelación la llegada de su invitado. Se desentendió asimismo del coronel, que aún seguía furioso a su lado, y avanzó con una sonrisa en los labios.

—Es muy amable al reunirse con nosotros, su gracia.

—Todavía no lo he hecho, Jarl...

—Nos conoce, amigo mío, y nosotros lo conocemos a usted —lo cortó el hombre barbudo antes de que Ricol pudiera pronunciar su nombre. El empleo de rangos ya era bastante peligroso. Aunque confiaba en el aparato de Jessup, no era la clase de hombre que corriera riesgos—. Tenga la cortesía de no emplear nombres, salvo aquellos que usemos aquí.

Ricol inclinó la cabeza en señal de comprensión y esbozó una sonrisa fugaz. El hombre barbudo creyó ver en ella un deje de altivez, pero prefirió pasarlo por alto.

—Yo soy *Diamante* —anunció; entonces, procedió a presentar al resto del grupo. Cada conspirador respondía al nombre de una gema. Concluyó dándole a Ricol un nombre clave—. Y usted, amigo mío, será conocido como *Rubí*. Juntos formamos las joyas de la principesca corona de Rasalhague. Siéntese aquí —pidió *Diamante*, indicando un lugar próximo al emplazamiento de su ordenador—. Deje que le mostremos un bosquejo de nuestro plan.

Tras activar el tablero, mientras Ricol se acomodaba. *Diamante* introdujo un disco iridiscente en la ranura y se situó cerca del duque. El resto de los conspiradores observó con ansiedad mientras Ricol comenzaba el largo proceso de examinar los datos.

En un punto, se detuvo y alzó la vista.

—Hay ciertas zonas que parecen poco definidas.

—Formule sus preguntas a la computadora, amigo *Rubí* —le indicó *Diamante*—.

Toda la información que desea se halla incluida en el banco de datos... pero sin el riesgo de que alguien la escuche.

Ricol se volvió de nuevo hacia la pantalla sin molestarse en ocultar su irritación. *Diamante* ordenó unas bebidas para mantener ocupados a los otros mientras aguardaban que el duque terminara. Finalmente, Ricol se echó hacia atrás y se masajeó el cuello rígido y tenso.

—¿Se unirá a nosotros? —soltó con brusquedad el hombre enfundado en el uniforme militar ilegal.

Ricol lo miró, y el hombre parpadeó, titubeante.

—Lo pensaré.

—Eso no es ningún compromiso —observó *Diamante*.

—Aún no habéis tenido éxito —replicó Ricol.

—Los hombres neutrales resultan peligrosos —comentó el coronel, con una velada amenaza en la voz—. Los hombres peligrosos sufren accidentes.

—Los que reaccionan cuando no existe amenaza alguna son aprensivos. Los hombres aprensivos también sufren accidentes —respondió Ricol con tono indiferente y, mirando al coronel, añadió—: Manténte alejado de mi camino y yo me mantendré alejado del tuyo. Causale alguna dificultad a mi vida, y yo acabaré con la tuya.

El coronel se puso rígido. Los ojos se tornaron dos rendijas al escuchar la amenaza, pero guardó silencio. El hombre barbudo confió en que éste fuera la expresión de una incipiente cautela en la obcecada actitud del coronel. Volvió a prestarle atención a Ricol cuando éste se dirigió a todo el grupo:

—Vuestros planes no chocan con los míos. De momento, sugiero que cada uno persiga sus propios intereses. Quizá seamos capaces de ayudarnos cuando, en el futuro, así lo requieran las circunstancias. Cuando tales acciones sean para nuestro mutuo beneficio.

—Estoy seguro de que hallaremos muchas circunstancias mutuamente beneficiosas más adelante —le aseguró *Diamante*.

Ricol sonrió mientras se ponía de pie.

—Vuestro plan es sumamente interesante. Podremos hablar de nuevo cuando hayáis dado los próximos pasos.

*Diamante* admiró la compostura del duque cuando éste le dio la espalda a los conspiradores y se marchó sin pronunciar otra palabra. Tan pronto como cruzó el umbral, su anterior guía asomó la cabeza por el vano de la puerta. *Diamante* le hizo un gesto de asentimiento, dándole a entender que debía seguir a Ricol tal como se había planeado.

Con susurros apagados, el grupo evaluó el resultado del encuentro. *Diamante* observó al silencioso coronel, y analizó las agitadas emociones que el militar, de forma

tan indiscreta, permitía que se reflejaran en su rostro. No le sorprendió cuando éste interrumpió la conversación con un fuerte golpe sobre la superficie de la mesa.

—Matémoslo —dijo escuetamente el coronel, clavando sus ojos marrones en los azules y fríos de *Diamante*.

—No —contestó el líder. La voz tenía la convicción y la autoridad de un hombre que había pasado años como gobernador planetario.

El coronel no se apaciguó; ya se había enfrentado con anterioridad a gobernadores planetarios.

—Nos traicionará.

—Repito que no. Lo hemos convencido. Vendrá a nosotros cuando sea el momento adecuado.

*Diamante* vio con claridad que el coronel no había quedado convencido, pero el encogimiento de hombros de éste indicó que estaba dispuesto a esperar. Los otros se sintieron aliviados cuando el hombre dejó el cuarto expresando su confianza en la evaluación de la situación que había hecho su líder. Entonces, también ellos se marcharon.

El hombre barbudo se relajó. Con Ricol, había asegurado al último de sus partidarios preliminares. Sólo quedaba una pieza final por encajar; entonces, podría ordenar el inicio de la acción.

Su objetivo estaba a la vista. Mientras que los otros soñaban con libertad y soberanía nacional, él iba más allá. Sabía que jamás entenderían su visión, pero eso carecía de importancia. Únicamente tenían que desempeñar sus papeles y, de forma inconsciente, lo conducirían hacia el gobierno. Anhelaba el poder que ostentaría. Haría tantas cosas buenas, enmendaría tantos errores... Su nombre sería recordado para siempre.



## **Mansión del gobernador, Kuroda, Kagoshima**

### **Distrito Militar de Pesht**

#### **Condominio Draconis**

**18 de mayo de 3018**

Constance Kurita contuvo un bostezo. Por costumbre, retuvo la mano que se alzó para frotarse los ojos soñolientos; entonces recordó que no llevaba ningún maquillaje que pudiera borrararse y se permitió el lujo de limpiarse los ojos legañosos. Luego dio a los músculos faciales un fuerte masaje. Nunca se había sentido bien en las horas previas al amanecer, y los años de vigiliias de meditación poco habían hecho para mejorar tal hecho.

La llamada urgente que le había transmitido su doncella no le había dado tiempo para aplicarse el maquillaje usual que llevaba en la corte. Había elegido el vestido más sencillo, una túnica pilarina de color ámbar, y se había sujetado el cabello lustroso detrás del cuello después de haberle dado un solo cepillado. *Shudocho* Oda no miraría con buenos ojos a una novicia atrasada, sin importar que fuera miembro del clan gobernante Kurita. Dentro de la Orden de las Cinco Columnas, Oda era su superior. Mientras fuera un miembro activo de la Orden, Constance estaba obligada a presentarse cuando la llamaba. El jamás abusaba de sus privilegios y se mostraba muy circunspecto respecto a la posición social de ella, tan por encima de la suya.

El mensaje decía que debía encontrarse con Florimel Kurita, su tía abuela y guardiana de la Casa del Honor. Constance creía saber quién había sido la verdadera instigadora de la llamada.

La guardiana era la que custodiaba los códigos religiosos, ideológicos y sociales del Condominio. A su cargo se hallaba el Dictum Honorium, un conjunto detallado y complejo de reglas y axiomas originalmente compilados en 2334 por Omi Kurita, hija de Shiro, primer Coordinador del Condominio Draconis. Muy similar a los códigos

de las «casas de samuráis» del antiguo Japón, el Dictum establecía los principios para la conducta y los intereses adecuados de un súbdito del clan Kurita. Los siglos habían engrosado el documento con la sabiduría y, a veces, los caprichos, de los siguientes Coordinadores y guardianas. Como custodia del documento y autoridad definitiva sobre su contenido, la guardiana de la Casa del Honor era una figura poderosa en la sociedad Kurita y un control importante para el cargo de Coordinador. Una función de ese control era que el guardián gobernaba sobre la importante Orden de las Cinco Columnas, conocida coloquialmente como OCC.

La propia Constance se había unido a la Orden después de terminar los estudios secundarios, cuando su sexo le impidió continuar con una educación superior. Sabía que, en parte, la OCC era una orden de enseñanza, y había razonado que aquellos que enseñan deben dominar el conocimiento impartido. Su acto había hecho que su padre, Marcus Kurita, se pusiera rápidamente en movimiento. Había arreglado que la instruyera en derecho uno de los mejores abogados del Condominio, con la esperanza de que renunciara a la Orden al ser tentada por el conocimiento que le ponía delante. Ella había aceptado al tutor, pero continuó en la Orden, con el sueño de ascender al honorable rango de *jukurensha*. Jurándose a sí mismo que su hija no iba a ser enviada a vagar como una maestra pobre por algún mundo remoto del Condominio, Marcus empleó su influencia como Señor de la Guerra del distrito de Rasalhague para convencer a los maestros de la OCC de que la mantuvieran en Luthien, donde él podría verla durante sus visitas a la capital.

Constance aceptó esto encantada, porque no había visto con agrado renunciar a los placeres de la vida en la corte. También se dio cuenta de que era mejor que recorriera el sendero de un experto, si quería hallarse más cerca del centro del poder y de la sabiduría.

Los pensamientos de Constance se detuvieron cuando la puerta se deslizó hacia un costado para dar paso a *shudocho* Devlin Oda, enmarcado por la luz de las lámparas del corredor. Oda cerró la puerta y caminó en silencio sobre las esteras en dirección a la pared este, donde se inclinó ante el pequeño altar, bañado con una suave luz que penetraba por las paredes de *shoji* del corredor. El altar seguía la antigua tradición *Ryuboshinto*, y consistía en una caja dorada de complicada talla con motivos decorativos y figurativos. La caja se alzaba sobre un pedestal de marfil tallado con la serpentina forma del dragón Kurita. Lo rodeaban cinco candelabros, cada uno de diferente material: de oro, marfil, acero, teca y jade. Cada material simbolizaba una de las cinco columnas que sostenía a la sociedad Kurita.

El *shudocho* alargó el brazo hacia cada uno de los candelabros para encender sus velas de cera roja. La última fue la de la columna de marfil, que Constance interpretó como una señal. El marfil simbolizaba la religión y la filosofía, el propio reino de la OCC.

Por fin Oda se arrodilló frente a Constance. Aunque ésta ardía de curiosidad, no dijo nada, ya que el *shudocho* no mostró signo alguno de que estuviera autorizada la charla. Cuando Constance dirigió la vista al bajo estrado que formaba el extremo norte de la habitación, descubrió que Florimel se hallaba allí sentada. En algún momento, la anciana guardiana había ocupado en silencio su lugar.

La guardiana iba vestida con un ceremonioso kimono de motivos florales, cuyos colores insinuaban adecuadamente la primavera. Su postura era tan erguida que la tela apenas se plegaba. Estaba sentada sobre un taburete, una concesión para sus setenta y seis años. Los ojos azul oscuro miraban desde una cara de porcelana, compuesta y maquillada para la corte a pesar de la hora. El efecto negaba su edad, dándole un aspecto de treinta años menos. Ahora esos ojos parecían amables, pero Constance sabía que eran capaces de experimentar cambios repentinos. Los había visto centellear con dureza implacable hacia los enemigos del reino.

—*Shoshinsha* Constance —comenzó Florimel—, el amanecer traerá un nuevo día, el día de la graduación para la actual promoción de la sabiduría de la Escuela del Dragón. Esta noche habrá otra graduación, una que carece de la pompa y la ceremonia de la academia militar. Dicha graduación será sencilla, pura en su esencia y armoniosa con el Camino. Así ha de ser siempre para la Orden de las Cinco Columnas.

«Nosotras sólo reconocemos lo que es.

Florimel dejó de hablar. El silencio se alargó tanto que, si la anciana que había en el estrado hubiera sido otra mujer en vez de su tía abuela, Constance habría supuesto que se había quedado dormida.

—Esta noche reconoceremos que tú, Constance Kurita, ya no eres una estudiante. Acepta nuestras congratulaciones, *jukurensha* Constance. Saludarás al sol como una experta de la Orden de las Cinco Columnas.

Constance se vio incapaz de pensar con claridad. De forma inesperada, tenía ante sí la meta por la que había luchado durante años. No se creía preparada aún. Quedaba tanto por aprender...

—Bueno, niña, ¿no tienes nada que decir? —preguntó Florimel sonriendo con los ojos y con los labios.

—Estoy sorprendida —repuso Constance vacilante—. No creí que alcanzaría esta meta tan pronto.

Parte del júbilo abandonó la sonrisa de Florimel.

—A tu viaje le queda mucho por finalizar, hija de mi corazón. No has alcanzado nada, salvo dar otro paso. Una experta no es perfecta. La perfección es un viaje, no una meta. En ese viaje se encuentra el honor. Haber conseguido esa meta o, para ser más precisa, creer que se ha conseguido, es un fracaso. Mi confianza en ti es grande. No existirá el fracaso.



—Me siento honrada por tu confianza, *jokan* Florimel —respondió Constance.

La risa de Oda interrumpió la apacible ceremonia.

—Tendrás que ser honrada por más que eso, Constance-*sama* —aseguró Oda con frialdad.

Constance alzó con brusquedad la vista hacia el *shudocho*, pero la expresión de éste era inescrutable y no le permitía adivinar sus intenciones. Se volvió a su tía abuela.

Florimel la tranquilizó con una mirada antes de dirigirse a Oda.

—Oda-*kun*, tú te encuentras menos alejado de las confusiones de la juventud que yo. Si yo puedo mostrar tolerancia, también puedes hacerlo tú. Controla tus modales.

—Muy bien, *jokan* —aceptó Oda con una inclinación de cabeza. Cuando se irguió, miró a Constance. Su voz sonó áspera, con una emoción contenida que Constance no logró identificar—. Es verdad que verás el amanecer como una *jukurensa*, pero a la puesta del sol ya no lo serás.

—¡Qué! —los ojos de Constance se abrieron desmesuradamente debido al sobresalto.

—Lamentablemente, es necesario que abandones mi Orden.

Al ver que el *shudocho* guardaba silencio y que el escrutinio de su pétreo rostro no le revelaba nada, Constance se volvió hacia su tía abuela. Su consternación desapareció al captar el destello de malicia que brillaba en los ojos de la anciana.

—Es cierto, Constance —dijo Florimel con severidad—. Debes dejar la Orden si quieres avanzar otro paso en tu camino.

«Este día, ante Devlin Oda, señor de las Columnas, te declaro mi sucesora como guardiana de la Casa del Honor.

—¡Qué! —jadeó Constance, sintiéndose tonta por repetirse. La inteligencia la había abandonado. Las reacciones agudas que su padre gustaba denominar de «mente de abogado» se habían desvanecido. Abochornada, Constance buscó en su interior la calma que le habían enseñado a cultivar. Después de un vergonzoso y largo período de tiempo, tartamudeó—: ¿C... cómo puedo aceptarlo? No soy merecedora de ello. No estoy preparada.

—Claro que no estás preparada —acordó Florimel con voz más suave—. Esa es la razón por la que realizo la declaración ahora. Cada día me hago más vieja.

»Para cualquiera fuera de esta habitación, tú te convertirás en una de mis asistentes, poco más que una sirvienta. No sabrán que eres mi sucesora. Oda-*sensei* y yo te ayudaremos a prepararte para ocupar mi puesto. No será fácil, pero gran parte del trabajo se ha llevado a cabo en tu entrenamiento de pilarina. Has aprendido nuestra filosofía y objetivos, y participado en nuestras disciplinas mentales y físicas. Ahora centraremos el entrenamiento y expandiremos el aprendizaje.

Viendo que Constance seguía angustiada por el repentino giro que había dado su

vida, Florimel añadió:

—Es correcto que sientas que no lo mereces. Si te hubieras creído acreedora del puesto, no lo *habrías* merecido, serías totalmente inaceptable. Haz feliz a una anciana, Constance. Di que aceptarás mi puesto.

Constance buscó los ojos de Florimel y se sumergió en ellos para tantear el corazón de la anciana tal como las pilarinas le habían enseñado. Encontró la fuerza que sabía que allí había, una fuerza que demostró que la razón de vejez aducida por Florimel era un engaño. Se lo solicitaba desde la fuerza, no desde la debilidad. El deseo de que fuera Constance quien la sucediera era una llama intensa que consumió las objeciones de ésta.

—*Jokan* Florimel no cometería un error en un asunto semejante, *jukurenscha* Constance —declaró Oda, tratando de empujar a Constance hacia la decisión que ya había tomado.

—*Jokan* Florimel, me inclino ante tu sabiduría —repuso Constance con una sonrisa, y la sonrisa que le devolvió Florimel selló el pacto.

Oda mostró su aprobación a la vacilante aceptación de una muchacha recalcitrante al deber.

—Entonces, ahora, Constance, tengo otra cosa que realizar esta noche —anunció Florimel—. Ven a arrodillarte a mi lado. Es hora de que comiences a aprender más de nuestros asuntos.

Cuando Constance ocupó su nuevo sitio al lado de Florimel, Oda abrió la puerta para admitir a cinco personas más. Cuatro llevaban las túnicas rojizas de las monjas pilarinas, con los hombros ensanchados por los rígidos collarines de plástico blanco. Cada una lucía una faja y una cinta al cuello de diferente color: verde, marrón, oro y marfil. Cuatro de las cinco columnas, reconoció Constance. La faja de cada monja estaba anudada con el sencillo moño que indicaba a un experto de alto rango. Todas llevaban capuchas con visores de una sola dirección, que les ocultaban por completo el rostro, tal como las túnicas lo hacían con el contorno de sus cuerpos.

La quinta figura tenía la cabeza al descubierto y vestía un traje de camuflaje negro de las FIS. Constance quedó sorprendida por la belleza de las facciones de la mujer. No requería de cosmético alguno para aumentar el suave destello dorado de su piel o sus ojos rasgados de largas pestañas. La combinación de rasgos y tonalidad de la piel asiáticos con su fuerte estructura ósea caucasiana resultaba exquisita. Su lustroso cabello negro, del color de las alas de un cuervo, estaba rizado y pegado a su cráneo como si se tratara de un casco, y los extremos apenas se agitaron levemente cuando se plantó en el centro del cuadrado formado por las monjas.

Las cinco se inclinaron ante el altar; luego, ante Florimel y, por último, ante Oda. Sin pronunciar palabra, la mujer se dirigió hacia éste y se arrodilló frente a él, quien le colocó un collarín pilarino sobre los hombros. Cuando se incorporó, alzó la capucha

plegada y bajó el visor sobre sus facciones. Mientras la mujer de cabello oscuro regresaba al lado de las monjas, Constance observó la facilidad con la que se anudaba la faja gris acerada con el moño de los expertos.

De nuevo las cinco se inclinaron ante Florimel. La mujer avanzó y se arrodilló delante del estrado. Con la cabeza gacha, alzó las manos y ofreció una bolsa de cuero oscuro con una correa cortada.

—Aquí está la bolsa —anunció—. He fracasado.

Florimel indicó a Constance que la cogiera de las manos de la mujer.

—Has traído aquello que fuiste a buscar. ¿Por qué hablas de fracaso?

—Lo herí. Su sangre está en mi espada. —Con las manos libres de la carga, apoyó las palmas sobre el suelo y agachó aún más la cabeza—. Por favor, acepta mi petición para que se me eche de la Orden.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Oda desde la parte trasera de la habitación.

—Era demasiado fuerte para mi técnica —repuso la mujer sin moverse.

Con el rabillo del ojo, Constance captó la sonrisa de Florimel.

—Nos traes buenas noticias, *jukurenscha* —declaró Florimel, rechazando la petición de expulsión al emplear el rango de la mujer dentro de la Orden. La mujer se enderezó, con evidente confusión y sorpresa. Al pensar en su propia noche de perplejidad, Constance sintió compasión por ella—. Es importante saber que el heredero es fuerte. Y es más importante saber que tú no has caído en la trampa de creerte perfecta e invulnerable. Nadie es invulnerable jamás. Me has complacido, *jukurenscha*.

«Tengo más trabajo para ti —añadió Florimel, antes de volverse hacia la monja que llevaba los colores de la Columna de Oto—. *Jukurenscha* Sharilar, ayúdala a prepararse. Va a tener un día muy ocupado.

Florimel señaló el final de la audiencia con un movimiento cortés de la cabeza. Mientras los demás abandonaban la habitación, se volvió hacia Constance.

—A ti también te espera un día ocupado. Muchos días ocupados. Saludemos juntas al amanecer. Tenemos mucho que discutir.

Constance sonrió con expectación.



**Escuela de la Sabiduría del Dragón**

**Kuroda, Kagoshitna**

**Distrito Militar de Pesht**

**Condominio Draconis**

**18 de mayo de 3018**

—Theodore Kurita.

Theodore se puso rígido cuando mencionaron su nombre. *¡Era el primero!* La calidez del sol de la mañana que inundaba el patio quedó empequeñecida por la acalorada fiebre de la victoria. No lo había sabido hasta este momento. Y ahora que se enteraba podría haberle gritado su triunfo a las estrellas. Pero, por supuesto, no lo hizo. Se inclinó ceremoniosamente hacia el estrado y los dignatarios allí reunidos, antes de incorporarse del lugar en el que estaba arrodillado con la promoción que se graduaba. Se dirigió al pasillo pasando entre las filas de oficiales, giró con brusquedad y se encaminó al estrado.

Fue muy consciente de que todos los ojos lo miraban mientras recorría el patio de la academia. Se imaginó que era capaz de sentir la penetrante mirada de su padre desde la alta galería que rodeaba el patio. A pesar del deseo de encontrarse con esos ojos, se negó a quebrar la disciplina de la ceremonia.

«Echa un buen vistazo, padre —comentó en silencio—. He superado el listón que tú dejaste aquí. Seguro que ahora ya sabes que he demostrado mi valía».

A medida que se aproximaba al estrado, se concentró en el ceñudo rostro del *Tai-sho* Zangi, comandante de la Escuela de la Sabiduría del Dragón. «Sonríe, vieja cara correosa —pensó—. Soy el mejor que has tenido».

El *Tai-sho* continuó frunciendo el entrecejo mientras Theodore subía los escalones que daban al estrado y se arrodillaba ante él. Cuando Theodore realizó una ceremoniosa inclinación, el *Tai-sho* habló con una voz tan baja que incluso los

oficiales arrodillados tres pasos más atrás no pudieron oírlo.

—No has mostrado aquí lo mejor que tienes.

—Pero soy el primero —replicó Theodore.

—Eres arrogante —respondió Zangi—. Aún te queda mucha sabiduría que aprender.

—No de ti.

—Como tú digas.

Zangi extendió el brazo derecho hacia un lado. Se le acercó un asistente y le pasó una *katana* envainada. El *Tai-sho* alargó el arma hacia Theodore y habló con una voz que llegó a todos los rincones del patio.

—Esta es la espada de batalla de un samurái kuritano. En otros lugares has aprendido las artes de un MechWarrior y la ciencia del táctico. Aquí perfeccionaste esas habilidades y aprendiste el arte de la estrategia. ¿Aceptas esta espada para usarla al servicio del Condominio Draconis?

—*¡Hai!* —respondió Theodore.

Cogiendo la espada de la mano de Zangi, se la introdujo bajo la faja y completó la solemne aceptación con otra inclinación de cabeza. Sólo la estera fue testigo de la sonrisa exultante.

Zangi volvió a extender el brazo. En esta ocasión, el asistente le pasó una *wakizashi*.

—Esta es la espada de honor de un samurái del Condominio Draconis. En otros lugares aprendiste el código del *bushido*. Aquí aprendiste a vivir con el *bushido*. ¿Aceptas esta espada, uniendo tu honor con el de la Casa Kurita?

—*¡Hai!* —repitió Theodore. Sus movimientos resultaron fluidos cuando colocó la segunda espada bajo la faja.

En el mismo instante en que se inclinaba, Zangi acercó la mano a la bandeja de laca negra que tenía a la derecha y cogió la blanca lámina superior de un brillante montón de hojas de papel de arroz. Con movimientos enérgicos, la dobló, la cerró y trazó en el exterior los caracteres de *Sho-sa*. Teniendo cuidado con la tinta todavía húmeda, se la pasó a Theodore.

—Éstas son las órdenes del Dragón. Al aceptar las espadas, y con ellas tus obligaciones, has aceptado las órdenes.

Tal como lo demandaba la costumbre, y sin prestarle atención a la tinta todavía húmeda, Theodore se metió las órdenes en el interior de la túnica sin leerlas. Éstas también representaban un ascenso, el premio por ser el primero de su clase. Ni siquiera su padre lo había conseguido.

Theodore inclinó la cabeza ante el *Tai-sho* y se incorporó con cuidado para que las pesadas espadas no se soltaran de la faja. Retrocedió hasta el borde del estrado y volvió a inclinarse antes de dar media vuelta y descender los cinco escalones. Al oír

los vítores de la multitud, su reserva se resquebrajó y sonrió con amplitud para que todos pudieran verlo. Mientras iba pasillo abajo, la disciplina se desvaneció por completo y escrutó la galería. Buscó a su padre entre los invitados nobles, pero no lo encontró.

El primer pensamiento que tuvo fue que su padre, de alguna manera, se había retrasado. Tal vez se había producido una avería mecánica menor en la Nave de Descenso, la aeronave planetaria que la Nave de Salto interestelar empleaba para trasladar y recoger a los pasajeros desde el punto de salto en el borde de un sistema estelar. O quizá se había producido algún retraso en el tráfico aeroespacial. Sin embargo, sabía que no era por nada de eso. Los transportes espaciales del Coordinador eran mantenidos al máximo nivel y ningún controlador de tráfico se atrevería a interferir con el tiempo elegido o el sendero de llegada de Takashi. Su padre había estado aquí, pero había decidido no ver cómo su hijo recibía las espadas y el anhelado primer puesto, con el ascenso que ello implicaba.

«Tu padre lo único que desea es que tengas éxito», le repitió la voz del anciano Zeshin, tal como lo había hecho durante años.

«Mentiroso —pensó Theodore—. He tenido éxito y se niega a contemplarlo. ¿Fui un tonto al creer que este éxito cambiaría su forma de tratarme?»

«Confucio habla con palabras de elogio de la obligación que un hijo le debe a su padre, pero la obligación es un río peculiar. Fluye colina arriba al igual que colina abajo», le aconsejó con ambigüedad la voz de Tetsuhara-sensei.

«Entonces, ¿por qué él no puede verlo?»

En esta ocasión, las voces no le ofrecieron ninguna respuesta.

Casi sin notar su entorno, entró en el patio de honor. Recorrió con cuidado las piedras del sendero y ocupó el lugar central de honor entre los árboles igualmente cuidados y la grava bien nivelada. Perdido en sus pensamientos, sintió la incesante llamada de nombres y los gritos de alegría como si se tratara de un sonido carente de todo sentido. Los sonidos ya habían desaparecido hacía tiempo cuando se dio cuenta de ello.

Mientras analizaba su situación, el patio de honor se había llenado con los otros graduados, cada uno ocupando su lugar de acuerdo con el rango de la clase. Todos se arrodillaron en silencio y meditaron acerca de las nuevas vidas que les esperaban al servicio del Dragón. La costumbre exigía que permanecieran de esa forma hasta que el primero de la clase los liberara de la tarea. Sin abrir los ojos, Theodore, finalmente, recordó dónde se encontraba y pronunció la frase que esperaban.

—Comenzamos.

A su alrededor, se alzaron más vítores. Los kuritanos, que por lo general eran contenidos, rompieron filas con gritos de júbilo y lanzaron al aire las gorras grises de la academia. Algunos abandonaron el patio, en busca de los miembros de la familia

con los que compartir su felicidad. La mayoría, sencillamente, se dieron empujones y palmadas en un tumulto de regocijo y congratulaciones.

—*O-medeto* —dijo una voz suave a su lado.

Theodore abrió los ojos para observar a la persona que se había dirigido a él. El sol crepuscular, que se asomaba por encima del muro del jardín, produjo un halo en su cabello negro y dejó en la sombra sus adorables facciones. Se trataba de una cara que conocía bien de estos años en la academia y que habría preferido ver entre sus servidores y no en la oposición. Lo nuevo era la amplia sonrisa que aparecía en el rostro de ella.

—Vaya, Tomoe Sakade, ahora te muestras amigable —comentó—. ¿Qué ha sucedido para que semejante hielo se derrita?

—Ya no somos rivales, *Sho-sa* —contestó ella—. Ahora podemos ser amigos. Habrá una celebración en la Casa de Tawamure.

—No me interesa una fiesta tan vocinglera.

—A mí tampoco —coincidió ella con una sonrisa perversa.

Quedó intrigado por la afirmación, pero, antes de que pudiera investigar los posibles significados, un hombre con uniforme de *Chu-sa* llamó su atención.

—*Sho-sa* Kurita, el Coordinador requiere vuestra presencia en el Pabellón Ágata.

Theodore casi quedó sorprendido al ver a su padre luciendo el atuendo ceremonial; Takashi Kurita no había participado en el acto. El chaqué negro revelaba un chaleco gris de satén que se estiraba por encima de su estómago. Los pantalones de finas rayas caían sin mostrar una sola arruga hasta tocar las blancas polainas que cubrían los lustrosos zapatos negros. Su cabello corto y negro, con las sienes canas y parte de la frente vetada de blanco, hacía juego con la ropa y le daba el aire de un distinguido diplomático de la antigua Tierra. Theodore siempre había considerado el uniforme de los diplomáticos tan anacrónico como la ropa tradicional de Japón que se usaba por todo el Condominio.

Cuando entró, Takashi se volvió y despidió a sus ayudantes. Escrutó a su hijo de los pies a la cabeza con su gélida mirada azul.

—*O-medeto, Sho-sa.*

—*Domo arigato, otosan* —respondió de forma automática Theodore. Aunque captó la dureza en el tono de Takashi, no fue capaz de contenerse y preguntó—: ¿Estás complacido?

—¿Esperas que lo esté? —preguntó a su vez Takashi, y todo rastro de diplomacia desapareció—. Las FIS me han informado que no te has esforzado al máximo de tus posibilidades. He recibido noticias de tus ausencias a clase, de líos amorosos en la ciudad y de tareas que no cumpliste. Vergonzoso.

—No obstante, soy el primero de la clase —replicó Theodore, alzando la cabeza

con orgullo.

Los ojos de Takashi se entrecerraron. Pasado un momento, se volvió hacia la ventana que daba a los edificios con múltiples niveles de techos que conformaban la academia y se quedó así un buen rato. Su voz sonó hosca cuando habló.

—Veo que *Tai-sho* Zangi te ha concedido ese honor. Deberías darle las gracias antes de que se marche a Brihuega a tomar posesión del nuevo puesto que le aguarda allí.

Theodore quedó sorprendido y perplejo.

—Eso es ridículo. El jamás solicitaría un puesto en un mundo perdido en el borde. El entrenamiento de guerreros es su vida.

—Lo hizo —Takashi indicó con la mano una mesa llena de papeles en donde sobresalía un impreso de solicitud de traslado al SACD—. Lo encontré preferible a la alternativa que le quedaba.

De repente, Theodore comprendió que había algo mal, pero no sabía qué era. A Zangi lo habían juzgado culpable de algún crimen y se le había ofrecido la «alternativa» habitual. La injusticia lo inflamó.

—*Tai-sho* Zangi es un hombre honorable.

Takashi giró en redondo y cruzó los brazos sobre el pecho. Su rostro era como el granito.

—Me ha desobedecido al mostrar favoritismo hacia mi hijo. He sido benévolo al permitirle esta salida.

—No merece este tratamiento. Nunca me mostró favoritismo.

Takashi descartó la defensa que su hijo había hecho de Zangi con un movimiento cortante de la mano.

—No te rebajes con mentiras para defender el falso honor que te ha concedido. Es ofensivo en un Kurita.

La voz de Takashi se suavizó.

—Mantendrás el rango que te dio. El pueblo ha de ver a mi hijo como un MechWarrior sobresaliente.

—Es lo único que te preocupa, ¿verdad? ¡Las apariencias! —Theodore escupió las palabras con asco.

—Somos Kurita. A través de toda la galaxia, lo que aparentamos ser, es lo que *somos*. Las apariencias son muy importantes. —Después, Takashi, con voz calma, añadió—: Tu madre también está desilusionada.

Theodore cerró con fuerza la mandíbula para evitar lanzarle a su padre una respuesta sarcástica. Odiaba que Takashi metiera a Jasmine en las discusiones que mantenían con el fin de ocultar sus propios sentimientos. Con la voz más tranquila que pudo mostrar, dijo:

—¿Me necesitas para algo más?



Takashi observó a su hijo con ojos calculadores, analizando y sopesando los efectos de la confrontación del día.

—Puedes marcharte.

Theodore dio media vuelta y salió despacio de la estancia, controlando el deseo de emprender la carrera y liberarse de la sofocante presencia de su padre. Recorrió el edificio e hizo caso omiso de los saludos y congratulaciones que le dieron todos los que pasaron a su lado. Sin embargo, en los escalones que había en el exterior del Pabellón Ágata, se encontró frente a alguien a quien no podía pasar por alto. Subhash Indrahar le dio una palmada en el hombro.

—*O-medeto, Sho-sa* —dijo el hombre con una sonrisa llena de aprobación.

Theodore miró al director de las FIS sin ninguna muestra de agradecimiento en los ojos.

—«Las FIS me han informado...» —citó con voz llena de dolor por el habitual rechazo de su padre. Se quitó la mano de Subhash del hombro, abrumado por la necesidad de escapar, y bajó corriendo los escalones.

Mientras se abría paso entre la multitud feliz, escuchó a Indrahar llamándolo por su nombre.

**Escuela de la Sabiduría del Dragón****Kuroda, Kagoshima****Distrito de Pesht****Condominio Draconis****18 de mayo de 3018**

Encontraron a Theodore sentado en un banco en un jardín tranquilo. A sus pies yacía una arrugada hoja de papel de arroz, cubierta por unos caracteres manuscritos.

Incluso en su desesperanza, Constance lo vio románticamente atractivo. El pelo oscuro un poco revuelto y el uniforme arrugado añadían un toque patético a su figura alta y delgada. Amante y niño en una sola persona. ¿Qué mujer podría resistirlo? «Si tan sólo no fuera mi primo», musitó para sí misma.

La tía abuela Florimel había percibido la brusca partida de Theodore del Pabellón Ágata y había enviado a unas ayudantes para que lo siguieran y le informaran dónde se detenía. Cuando recibió el mensaje, le ordenó a Constance que imprimiera una copia de un determinado archivo de computadora, sin dejar de criticar el tratamiento que Takashi había dado a su hijo. Desde su temprana infancia, Constance recordaba la amante preocupación de Florimel por Theodore. Florimel creía que era su karma ayudarlo y guiarlo hacia su destino, ya que había nacido en su casa en las afueras de la Ciudad Imperial. También Constance había nacido allí, y ello, con la infancia pasada juntos en la corte de Luthien, parecía ligarla de algún modo a Theodore.

Ella había estado presente cuando Theodore nació. En ese momento sólo tenía siete años y poco recordaba del acontecimiento que había sumido en tanta agonía a Jasmine. Por entonces, no había comprendido los susurros de que Jasmine ya no podría tener más hijos.

Aquello hizo que el niño resultara aún más precioso para Jasmine, y lo había protegido y mimado más allá de los límites correctos para un niño Kurita. Sin

embargo, su madre no siempre había podido protegerlo de su padre. Constance recordaba demasiadas ocasiones en que había abrazado a su joven primo, quien, entre sollozos, le contaba la historia de la frialdad o de la desconsiderada crueldad de Takashi.

Y ahora Theodore se encontraba aquí, solo, en un día en el que tendría que estar disfrutando con su familia y sus amigos. Una vez más su padre lo había rechazado. Constance lo consideró intolerable, pero carecía de poder para cambiarlo. Incluso la misma Florimel apenas podía hacer algo. Jamás se enfrentaba a Takashi con respecto al trato que le daba a Theodore, pero, a su manera, protestaba. A través de una manipulación sutil de su entorno y de estímulos dados en el momento preciso, trabajaba para mantener el ánimo del joven.

Por la copia que portaba, Constance sabía que Florimel disponía hoy de un buen estímulo. Miró de reojo a su tía abuela. La preocupación de ésta por Theodore en ese instante se veía con claridad, pero debajo había fortaleza y confianza. Constance se sintió aliviada y su propia confianza creció. La tía abuela arreglaría el día.

Theodore se puso de pie cuando las dos mujeres entraron en el jardín y fingieron sorpresa al encontrarlo allí. Con un gesto, Florimel rechazó sus intentos por mostrar una cortesía ceremoniosa y le recordó que todos eran familiares. Entonces, Theodore la ayudó a sentarse en el banco de granito que acababa de dejar vacante. Ajena a la humedad del terreno, Constance se acomodó delante de la rodilla de Florimel con un rumor de su delicado *daigumo* de seda. Después de una pausa, Theodore se sentó a su lado con las piernas cruzadas, justo frente a su tía abuela.

El porte de Florimel parecía sugerir que no existía nada fuera de aquel jardín. Atrapados en su hechizo, los dos jóvenes Kurita se vieron inmersos en aquel momento: el olor de la tierra regada, un *tatsugonchu* que aleteó y flotó sobre un charco, el aire fresco de las sombras.

Fue la misma Florimel la que rompió el encantamiento al tocar con el pie el papel de arroz arrugado.

—Hay problemas con las órdenes que has recibido —indicó.

Theodore bajó la vista al suelo como si estuviera avergonzado.

—No es correcto, pero me siento desgraciado con el BattleMech que mi padre me ha asignado.

—¿Y cuál es? —preguntó Florimel, aunque Constance tuvo la certeza de que ya lo sabía. La rápida mirada que le dirigió Theodore a su prima sugirió que él también pensaba lo mismo.

—Un *Dragón* DRG-1N.

—Una elección noble y muy simbólica. El Dragón es el símbolo de nuestra Casa y de todo el Condominio.

—Y mi padre es muy aficionado a los símbolos —comentó Theodore, moviéndose

incómodo donde estaba sentado—. Un *Dragón* es el último de todos los BattleMechs pesados. No me cabe ninguna duda de que era lo mínimo que creyó que podía darme y seguir manteniendo las apariencias. Con toda probabilidad, habría deseado poder darme un Mech ligero, tal vez un *Locust*. Después de todo, soy como una plaga para él. Jamás lo suficientemente bueno...

Con tranquilidad, Florimel cortó las palabras cada vez más amargas de Theodore.

—No tienes por qué luchar en él.

Sorprendido, Theodore se detuvo con la boca abierta.

—Claro que sí —afirmó, recuperándose un poco.

—¡Tonterías! Un samurái Kurita dispone del privilegio de combatir en cualquier BattleMech de su propiedad.

—Pero yo no... —comenzó Theodore, desconcertado.

—Parece que éste se encuentra registrado a tu nombre en los pergaminos de los Soldados Alistados en el Condominio Draconis. —Florimel le pasó la copia impresa que le había sacado Constance. Sujeto a la cubierta había un pliegue que contenía un disco iridiscente de datos en el que se veía el código alfanumérico negro «ON1-K».

—¡Es el manual técnico de un Mech *Orion*! —exclamó sorprendido Theodore.

—Sé lo que es —contestó Florimel—. Tenía la esperanza de dártelo en alguna ocasión más adecuada, como en tu vigésimo quinto cumpleaños.

Fue a decir algo más, pero se contuvo cuando advirtió que toda la atención de Theodore se centraba en lo que tenía en las manos. Mientras éste hojeaba el manual, intercambió una mirada divertida con Constance.

—¡Se trata del Mech del general Kerensky! —balbuceó Theodore, con los ojos muy abiertos.

—Un descubrimiento sorprendente, ¿no? —comentó Florimel con indiferencia—. Fue hallado en un asteroide durante el curso de una investigación menor que llevé a cabo hace años en el sistema de Nueva Samarcanda.

—¿Encontraste un depósito de la Liga Estelar y lo mantuviste en secreto? —la voz de Theodore estaba llena de incredulidad.

—En realidad, se trataba más de un depósito de chatarra de la Liga Estelar. No había nada que funcionara. Lo más probable es que los Mechs y otros equipos que encontramos fueran dejados por el general Kerensky y sus tropas leales para aligerarse de peso antes de huir hacia la Frontera Interior con rumbo desconocido y dejarnos a nosotros las Guerras de Sucesión. Lo más factible es que sólo dispusieran de espacio para material limitado.

»El *Orion* era prácticamente un esqueleto desnudo, ya que se habían llevado todas las partes importantes que no estaban estropeadas. Pero, como no podía ofrecerte un regalo tan hueco, lo hice reequipar por los mejores técnicos del Condominio y con el mejor material disponible, incluyendo algunas partes compradas en las fábricas de la

Liga de Mundos Libres, que es la única que aún produce modelos *Orion* en la Esfera.

—Es un regalo demasiado importante —declaró Theodore, alargándole el manual a Florimel—. No puedo aceptarlo.

Florimel hizo caso omiso de la mano extendida.

—Ante mis ojos, te lo has ganado.

Theodore dejó caer la mano. Constance logró ver a través de su humildad que estaba complacido con el regalo de Florimel y aún más contento por el reconocimiento que había hecho ella de sus méritos.

—Muestras más preocupación por el heredero que el mismo Dragón —señaló Theodore, aceptando el regalo. Su tono reveló un deje de amargura.

Florimel frunció levemente el entrecejo.

—Intenta comprenderlo, Theodore. Tiene muchas preocupaciones.

—Demasiadas para dedicarle alguna a su hijo.

—No tantas como para no asignarte un buen destino —intervino Constance.

Florimel la miró con agudeza, y Constance se dio cuenta de que había mostrado en demasía su conocimiento de las órdenes de Theodore, que él aún no les había mostrado.

Theodore no mostró señal alguna de haberse enterado.

—Quizá —admitió a regañadientes—. Una lanza de mando de mi propia elección es un gran honor, y un puesto en la frontera Steiner, ciertamente, es mejor que la guardia de la Periferia que yo esperaba. Seguro que con un batallón a mi mando conseguiré obtener honores para el Dragón en su lucha contra nuestros enemigos hereditarios en la Mancomunidad de Lira.

—Y estarás cerca de tu prometida —añadió Constance.

—*So ka* —bufó Theodore—. Esa debe de ser la razón del viejo. Está tan preocupado porque haya herederos... Debe de creer que si me quedo cerca de la mujer no podré evitar actuar como un semental desbocado. —Theodore sacudió la cabeza con tristeza—. ¡Como si pudiera ocuparse de los herederos que traiga al mundo! Si ni siquiera es capaz de encargarse del suyo propio...

—La preocupación que muestra por los herederos es válida —repuso Florimel con firmeza.

—Bueno, pues no ha de mostrarse tan preocupado —dijo Theodore con una sonrisa amplia—. Probablemente, ya tengo unos cuantos. Y estoy seguro de que las FIS lo mantendrán informado.

—Es su deber —le recordó Florimel.

Theodore guardó silencio durante un rato; luego, asintió. Constance no supo si en reconocimiento de las palabras o con resignación.

—*Wakanmas*. Así como mi deber es continuar con la semilla del Dragón. —Se puso de pie con agilidad y relajado—. Hace poco he recibido una oferta de algo que

creo que pertenece a ese departamento, así que, tal vez, lo mejor sea que me ocupe de ello. —Consultó el reloj de su anillo y, malévolamente, añadió—: Y me da la impresión de que ya llego tarde.

Cuando Theodore se hubo excusado y abandonado el jardín, Constance se incorporó y ayudó a levantarse a Florimel.

—Su estado de ánimo ha mejorado y parece que, una vez más, ha recuperado el control de sí mismo —comentó.

Florimel asintió.

—Tanto como puede hacerlo alguien de su posición.



**Teatro Loto, Munich, Radstadt**  
**Distrito Militar de Rasalhague**  
**Condominio Draconis**

**29 de julio de 3019**

El hombre barbudo conocido como *Diamante* frunció el entrecejo mientras aguardaba la última llegada. *Ópalo* se retrasaba, y, por lo general, el comerciante gordo arribaba temprano. Si *Ópalo* había chocado con las FIS podría haber problemas. *Diamante* consideró dispersar a los conspiradores reunidos; el teatro abandonado quizá fuera un buen lugar para mantener una asamblea, pero se hallaban indefensos si se presentaban las FIS.

El estrépito de una puerta azotada por el viento anunció su llegada. Empujó la puerta y la cerró, dejando fuera la lóbrega y sombría humedad. Sus pies produjeron un sonido chapoteante mientras se apresuraba a través del pasillo y de la zona de los asientos para unirse con los otros en el foso de la orquesta. Disculpándose, el hombre retrasado se sacudió un agua aceitosa de la brillante superficie de la gabardina mojada.

«Por lo menos el imbécil en esta ocasión no se ha puesto el maldito uniforme», pensó *Diamante*. El grupo le toleraba la excentricidad cuando se reunían en el mundo natal del comerciante, pero aquí, a la sombra de la Torre Negra, resultaba demasiado peligroso. Una cosa era celebrar una reunión debajo de las mismas narices del tirano y otra hacer gala de ello. Si las autoridades detectaban tan flagrante unión con el Movimiento Clandestino de Liberación de Rasalhague, ninguna explicación bastaría. El comerciante y todos los que encontraran con él serían encerrados sumariamente en la Torre, junto con aquellos que se habían atrevido a oponerse de forma abierta al gobierno del Condominio. Cualquiera que penetrara en esa oscura monstruosidad sin ventanas, jamás volvía a ver la luz del día, ni siquiera la de la mortecina estrella

cubierta sempiternamente por nubes.

—Ya era hora de que llegaras, Armandu —rugió un hombre enfundado en un uniforme de salto regular, de donde se había quitado con cuidado el rango y la insignia de la unidad a la que pertenecía. La carencia de emblemas no ocultaba el hecho de que quien acababa de mostrarse tan hostil lucía su uniforme con legitimidad.

—¿Tengo que recordarte el asunto de los nombres, coronel? —estalló el hombre barbudo.

Durante el último año, el coronel se había vuelto cada vez más intolerante en lo referente al secreto de los nombres. Era otra de las señales de que se consideraba vital para el grupo y que esperaba ostentar más poder en el nuevo orden.

—No hace falta ponerse nervioso, oh, noble líder —replicó con sarcasmo el coronel—. A los estúpidos de las FIS jamás se les ocurrirá esperar una traición tan cerca del infierno que han construido para los prisioneros políticos.

—Siempre debemos ser cautos —replicó *Diamante*.

El coronel se encogió de hombros con indiferencia y se dedicó a continuar con el escrutinio del informe que *Diamante* les había suministrado antes. Éste decidió no insistir con el tema.

—Ahora que ya estamos reunidos...

—¿Dónde se encuentra Ricol, eh, quiero decir *Rubi*? —lo interrumpió el recién llegado.

*Diamante* hizo una mueca. «Si no fuera por el dinero del imbécil...», pensó.

—Como ya les conté a los demás antes de que llegaras, *Ópalo*, *Rubi* tenía que atender unos asuntos en otra parte.

—Qué conveniente —gruñó el coronel.

—*Rubi* nos ha proporcionado una ayuda valiosa en ciertas empresas —comentó *Diamante*, más para reafirmar y calmar a los otros que para aplacar al coronel. El militar de rostro duro y el distante duque Hassid Ricol se habían enfrentado desde el principio—. La presencia de *Rubi* es innecesaria —declaró *Diamante*—. Así que no empecemos a discutir tan pronto. Tengo buenas noticias que daros. —Unos rostros expectantes se volvieron hacia él—. La semana pasada, se completaron las últimas negociaciones para el matrimonio de Theodore Kurita y Anastasi Sjovold. La boda se celebrará en el Palacio Hall, en la ciudad de Reykjavik, antigua capital del principado de Rasalhague.

Murmullos de júbilo y congratulaciones se alzaron de los conspiradores. Todos sabían con cuántas dificultades se había enfrentado el negociador para conseguirlo. El acuerdo para celebrar la boda en el distrito Rasalhague, en vez de en la tradicional Ciudad Imperial de Luthien, era crucial para sus planes. Significaba que los nobles más altos de la corte vendrían hasta el distrito y, si todo salía de acuerdo a lo



planeado, muchos jamás se marcharían. Takashi Kurita había aceptado entrar en su trampa.

—Takashi... —prosiguió *Diamante*. Al susurrar el nombre del hombre al que más despreciaban, captó la atención de sus camaradas conspiradores—. Takashi Kurita ha aceptado la petición de su primo, nuestro benévolo Señor de la Guerra, Marcus Kurita, de llevar a cabo una inspección de las fuerzas militares del distrito. La inspección tendrá lugar en cuanto termine la boda y será conducida por el notable *Tai-sho* Vladimir «Iván» Sorenson, que los cuervos tengan un festín con los ojos del traidor.

»En cuanto le demos la orden a nuestro agente infiltrado en el séquito de Sorenson, podremos matar a dos Serpientes con un solo golpe. Nuestra causa ha recibido un regalo inapreciable.

—Pero ¿cuándo se realizará? —preguntó alguien con insistencia.

—Pronto. Ahora que los arreglos se han completado de forma satisfactoria, el Coordinador no desea ningún retraso. —*Diamante* se detuvo para coger una agenda portátil—. Tendremos que adelantar nuestro calendario.

Un silencio incómodo siguió al anuncio de *Diamante*, y los conspiradores se miraron con ojos nerviosos. *Ópalo* lo rompió.

—¿Cuánto?

—Dos meses —repuso *Diamante* con suavidad.

Tal como había esperado, unas voces agitadas expresaron su alarma. A diferencia de él, la mayoría de los integrantes del grupo no podrían regresar a sus mundos natales para supervisar los preparativos finales y retornar al sistema de Rasalhague en el tiempo que quedaba. Los componentes individuales del plan quizás estuvieran en peligro por la necesidad de apresurarse. Pero confiaba en que nadie encontraría la muerte. La parte principal del plan seguía siendo segura.

Del caos surgió una voz, la del gordo conspirador, *Ópalo*.

—Suministraré fondos para todos con el fin de que envíen mensajes de prioridad a través del sistema de comunicaciones de ComStar. No podemos permitir que los retrasos del viaje interestelar detengan nuestra misión divina.

*Diamante* quedó sorprendido por la convicción que había en la voz de *Ópalo*. Ahora que la acción se acercaba, el hombre parecía poseído por un fuego interior inesperado. Justo cuando comenzaba a meditar cómo emplear ese nuevo fervor, el coronel interrumpió sus pensamientos.

—¿Y qué hay del heredero designado? —preguntó el hombre—. ¿Ha habido tiempo para calibrar la posición de la marioneta?

—No tanto como me hubiera gustado —admitió *Diamante*. Sabía que tenía que distraer su atención de los problemas y volver a centrarla en las posibilidades del éxito. Este no era momento para el derrotismo—. Sin embargo, todos los signos son

positivos. Se ha reunido con Anastasi y no pone objeciones al enlace. Incluso la visita oficialmente en la corte cada vez que viene a Rasalhague. Lo más interesante es que parece que encuentra una reacción favorable entre el pueblo. La gente cree que el distanciamiento que mantiene con su padre lo volverá propicio hacia ellos.

—El pueblo es idiota y no comprende lo que sucede a su alrededor —comentó con desprecio el coronel, quien, obviamente, no se consideraba a sí mismo un idiota.

—A pesar de ello, amigo mío —dijo con calma *Diamante*, que no quería perder el hilo de su conversación—, el distanciamiento de Theodore es algo que *nosotros* debemos ver como alentador. Las últimas noticias puede que no sean favorables para el pueblo, pero, ciertamente, nos son propicias a nosotros.

»Nuestros agentes informan que ha tenido otra discusión importante con su padre, en esta ocasión por temas militares concernientes a nuestra frontera con la Mancomunidad de Lira. Theodore considera que hay un debilitamiento en la distribución de tropas de la Casa Steiner, lo que podría proporcionarles la oportunidad de apoderarse del sistema de Tamar y quebrar el estancamiento en aquel sector. El Coordinador le ha prohibido de forma explícita a su hijo que emprenda la acción y se niega a autorizarle alguna incursión importante. Es probable que Takashi recuerde el fracaso de su propio padre en tomar aquel sistema, que tan costoso le resultó al Dragón. Nuestro Coordinador muestra muy poca fe en la capacidad de su hijo y da la impresión de ser escéptico respecto a que Theodore sea capaz de mejorar los esfuerzos del formidable Hohiro.

»Eso nos deja a un joven muy frustrado. Quizá nuestro Theodore sea un militar muy astuto, pero es un niño cuando se trata de política. Estoy seguro de que le encantará que desaparezcan los obstáculos a su ambición y premiará a aquellos que lo ayuden. Creerá que nuestros actos y apoyo lo dejarán libre para emprender sus ambiciosos proyectos militares.

—No necesitamos a otro tirano Kurita —soltó el coronel.

—No, no lo necesitamos —acordó *Diamante*—. No aceptaremos a un tirano semejante, pero Theodore no tiene por qué saberlo. Cuando nuestra posición se haya hecho sólida y le haya dado un niño a Anastasi para que herede el trono, ya no lo necesitaremos más. Aislado de la corte de Luthien, tal como ha estado hasta ahora, no tendrá amigos que le adviertan ni aliados que lo protejan. En su soledad, será vulnerable. Si se diera el caso de que lo acusaran de parricidio, ¿quién se opondría cuando los ciudadanos leales se subleven y se deshagan de él?

**Puerto Estelar Militar de Draconis, Reykjavik, Rasalhague****Distrito Militar de Rasalhague****Condominio Draconis****20 de septiembre de 3019**

La luz ocre del sol del mediodía de Rasalhague inundaba la gran cabina de la Nave de Descenso *Mukade*, apagando el resplandor de las luces que había en una de las paredes. El viaje desde la estación en el punto de salto nadir les había llevado tres días y medio, incluso a la aceleración de un punto y medio que Theodore Kurita le había ordenado al capitán del *Mukade*. La tripulación y sus propios MechWarriors se habían quejado del medio punto adicional de gravedad, pero Theodore hizo caso omiso de ellos. Ansioso por aterrizar, había realizado el descenso desde la órbita sentado en el interior de su BattleMech y lo había liberado de su anclaje en cuanto la Nave de Descenso se posó en tierra.

Ahora se hallaba en su carlinga, aguardando que las puertas de desembarco se abrieran lo suficiente para que la voluminosa máquina pudiera salir. A su alrededor, la tripulación se hallaba ocupada ayudando a los MechWarriors a activar sus máquinas y prepararlas para el desembarco. El resto de la lanza aún tardaría unos minutos en salir del *Mukade*.

La luz anaranjada del lejano sol de Rasalhague arrancaba destellos del lustroso metal lubricado de los extensores de la rampa, pero la compensación automática protegió los ojos de Theodore de los resplandores en cuanto éste pisó el pedal de velocidad e hizo descender al Mech por la rampa de metal. Las pisadas del BattleMech resonaron como truenos apagados cuando la masa de blindaje y armamento de setenta y cinco toneladas salió de la Nave de Descenso.

La *Tai-i* Tomoe Sakade se hallaba de pie en el ferrocemento, cerca del hangar del Mech, y agitaba la mano. Había dejado su destino en Nueva Caledonia hacía semanas

y viajado a Rasalhague. Una vez que se encontró en la superficie del planeta, comenzó su trabajo de enlace con la Vigésimo segunda de Regulares de Rasalhague en Heiligendrez, la siguiente parada obligada de la lanza de Theodore en su viaje de inspección de los Soldados Alistados del Condominio Draconis. Este activó la amplificación cuando situó su punto de mira de la pantalla del casco en la cara de ella. Levantó uno de los brazos tubulares del *Orion* y agitó el láser de alcance medio hacia adelante y atrás para devolverle el saludo.

Cuando su *Orion* de tonalidad oliva inició el cruce del campo de aterrizaje, Tomoe desapareció en el edificio del hangar. En lugar de pasar a infrarrojo o a los circuitos de amplificación de luz para seguir el avance de ella en la oscuridad del interior de la estructura, decidió hacer algo más útil: comenzó la comprobación del monitor de circuitos para verificar que la máquina había resistido sin problemas su viaje a través del abismo del espacio. Todos los circuitos indicaban luz verde en el tablero de control. Bien. No haría falta ningún mantenimiento prolongado, y podría desactivar la máquina tan pronto como la hubiera aparcado en lugar seguro.

El indicador de calor estaba levemente por encima de lo que los manuales de mantenimiento predecían para el nivel de actividad actual del Mech, pero eso no lo preocupó. La discrepancia se debía a la pintura verde oscura que llevaba el *Orion*. Dicha pintura tenía un albedo inferior al que recomendaban los manuales, pero Theodore se sentía feliz con la absorción del calor solar incrementada. Había pasado semanas de paciente investigación en busca de la tonalidad que llevaba la máquina cuando había servido al general Kerensky. En cuanto confirmó los colores, él mismo pintó el Mech. Sólo la insignia era distinta. En vez de llevar la de la Liga Estelar, el *Orion* ahora tenía el dragón serpentino de la Casa Kurita. En el interior de las fauces abiertas, bien claro sobre el rojo campo del disco, se veía una estrella plateada, la marca del heredero designado. Se hallaba muy orgulloso del Mech y lo había bautizado «Revenant».

El «Revenant» entró en las sombras del hangar y se dirigió a un caballete. Con el toque delicado de un experto, Theodore maniobró el enorme Mech humanoide hasta acomodarlo en las cunas de aparcamiento. Tan pronto como quedó fijado, abrió la escotilla de acceso situada en la parte trasera de la cabeza de la máquina y estrujó su cuerpo delgado para bajar por el estrecho y bajo corredor que conducía a la abertura. Una vez fuera, avanzó agazapado hasta cerciorarse de que no se iba a golpear la cabeza contra el cuerno rectangular posterior que albergaba la mayor parte del equipo de comunicación del *Orion*.

En cuanto se alejó de la sombra del cuerno, Tomoe se precipitó en sus brazos. Se besaron, y las diestras manos de ella abrieron los cierres de su chaleco refrigerante para poder rodearlo con los brazos. Cuando se detuvieron para recuperar el aliento, Tomoe sonrió radiante.

—Este no es el comportamiento de un hombre que va a casarse en tres días.

—Puede que no —repuso Theodore, devolviéndole la sonrisa—, si la amara. El matrimonio sólo es político.

—Creí que odiabas la política.

—Y la odio. Pero esto es necesario, como bien sabes. El Condominio ha de tener continuidad en la línea de su gobernante, y mi padre arregló esta boda para asegurarse de que yo poseyera un derecho seguro para reclamar Rasalhague. Mi prometida es la hija del gobernador del distrito, y su familia tiene lazos estrechos con los Sorenson y los McAllister, dos antiguas y honorables familias de esta zona. El matrimonio servirá para acercar a este distrito, a menudo rebelde, al corazón del Condominio.

»Es mi deber y lo cumpliré.

—Vaya discurso —comentó Tomoe, frunciendo el entrecejo—. Y bastante político. Después de todo, parece que empieza a gustarte la política.

—Sabes que no es ése el caso —insistió él—. Es *giri*. Soy un samurái y debo cumplir con mi deber.

—Sí, eres un samurái —repitió ella, y le acarició la mejilla—. Siempre *giri* en vez de *ninjo*. Siempre el deber antes que los sentimientos humanos. —Lo miró profundamente a los ojos, y él se preguntó si lo que buscaba era una negativa a su declaración. Si era así, no la encontraría. Finalmente, ella suspiró y bajó la cabeza para apoyarla contra su pecho—. Había esperado que regresaras pronto de la práctica y pudiéramos disponer de algo de tiempo antes de la boda —añadió ella con la voz apagada entre los pliegues del chaleco.

—Y es lo que he hecho —corroboró Theodore, y posó la barbilla sobre la suave almohada que era su lustroso cabello negro.

—Lo sé. Atesoraré el recuerdo el resto de mis días.

El dolor que había en su voz lo lastimó.

—No tiene por qué ser así.

—Oh, sí, mi bravo samurái —contestó ella, ahogando un sollozo—. Ya lo hemos hablado muchas veces. No seré tu concubina. En cuanto te cases, dejaremos de ser amantes.

—No es eso lo que deseo —insistió él, apartándola de sí y alzándole el rostro.

—Yo tampoco, pero es como debe ser. —Él iba a replicar, pero ella le tapó los labios con los dedos—. No estropees el poco tiempo que nos queda —susurró y, cogiéndole la mano, lo condujo al ascensor de los caballetes.

No dijeron nada durante el descenso y la siguiente caminata hasta las barracas. Tan pronto como hubieron cerrado las puertas del cuarto de Theodore a sus espaldas, ella le quitó el chaleco por encima de los hombros. Antes de que éste cayera al suelo, ya había comenzado con los broches de su guerrera. Durante una hora, no tuvieron

necesidad de más palabras.

Tumbada con la cabeza apoyada sobre el hombro de Theodore, ella recorría de arriba abajo con la mano la extensión de su cuerpo, deteniéndose en ocasiones antes de proseguir por la cuerva huesuda de su cadera izquierda. Theodore se relajó, y disfrutó de su suave caricia. Quería convencerse de que continuaría para siempre.

—Tu padre se ha visto retrasado —anunció ella sin preámbulo alguno.

—¿Un ataque?

—Nada tan drástico —contestó, negándolo con la cabeza—. Asuntos de la corte. Se espera su Nave de Salto para esta noche, y la Nave de Descenso del *Tai-sho* Sorenson lo aguarda en la estación cénit. Para llegar a tiempo, tendrán que realizar el trayecto desde el punto de salto a una gravedad alta.

—No te preocupes: así lo harán. Mi padre ha de estar aquí para bendecir la unión, pues de otro modo perjudicaría lo que espera conseguir. —Sacudió la cabeza con pesar. De su padre apenas había recibido el reconocimiento de la fecha de la boda, y ahora el Coordinador iba a presionar a los hombres y a las máquinas con el fin de estar presente—. ¿Y mi madre? La *Mukade* no recibió ninguna comunicación a través de la red de ComStar mientras nos hallábamos en ruta.

—Tu madre y el resto de la corte vienen en camino desde el punto de salto. Retrasaron algo la partida desde Luthien cuando creyeron que Takashi podría acompañarlos, pero, al final, se vieron obligados a marcharse sin él. Ya sabes que Takashi no la pondría en el riesgo de un salto a un punto no estándar, ni permitiría que viajara a más de una gravedad. Y eso atrasa mucho el tiempo de viaje. Su Nave de Descenso lleva cuatro días de trayecto. Según la información de esta mañana, está previsto que llegue en... —atrajo hacia sí la mano de él para consultar su anillo-reloj —... una hora.

—Debería estar allí para recibirla —dijo Theodore, incorporándose de la estera de dormir.

Se ducharon juntos, empleando gran parte de la hora que les quedaba. Theodore se hallaba ya medio vestido cuando se dio cuenta de que ella sólo lo observaba.

—¿Por qué no te vistes?

—No iré contigo —repuso con sencillez Tomoe.

—¿Por qué no? Tú eres la segunda de mi lanza demandó. Como mi oficial ejecutiva, tienes derecho a estar presente en reuniones oficiales.

—Todos saben que se trata de un puesto que me gané en la cama.

Él atravesó el cuarto en dirección a la unidad de comunicación, que, según le había advertido Tomoe, contenía un aparato de escucha. Introdujo un disco preparado en la ranura, apretó por tres veces la tecla de recepción y activó una conversación grabada que ahogaría cualquier cosa que dijeran. Se volvió hacia Tomoe.

—No es verdad. Puede que estemos durmiendo juntos, pero tu puesto en mi lanza te lo has ganado de forma bien limpia. Tu historial en la Sabiduría del Dragón habla por sí solo. El simple hecho de que tú, una mujer, fuera capaz de graduarse en la academia anuncia a gritos tu capacidad.

—Díselo a las tropas, en especial a Tourneville —replicó ella con amargura—. La mayoría cree que tú también fuiste quien consiguió que aprobara la academia.

—Tourneville es el lacayo de mi padre —dijo, como si aquello explicara toda la naturaleza del hombre—. Es un mal eco de la miopía del Coordinador. Mi padre debería estar contento de que tenga a una amante regular y prudente que es leal al Dragón. Aquí, en el corazón de la inquieta Rasalhague, podría estar por ahí engendrando bastardos y creando futuros pretendientes al trono.

—No se trata de ninguna broma. Tourneville es peligroso. Ya es suficientemente malo que insistas para que vivamos con todos sus aparatos de escucha y de visión, pero sus habladurías cuando tú no estás cerca son insoportables. ¿Por qué lo elegiste para tu lanza de mando? Con el privilegio de selección del que disponías como primer graduado de Sabiduría, podrías haber escogido a otro buen MechWarrior como Sandersen. Uno que te fuera leal a *ti* como Tourneville lo es a tu padre.

—Tourneville es un espía al que yo conozco, y no es muy bueno en su trabajo. Ésa es la razón por la que lo elegí. Si hubiera seleccionado a alguien leal a mí, jamás habría sabido quiénes de los que me rodean trabajaban para mi padre. De este forma, poseo cierto control sobre lo que el Coordinador escucha de mis acciones. Después de todo, siempre sabemos dónde se encuentran los aparatos de Tourneville. —Alargó la mano para acariciarla—. No importa lo que piensen. Te quiero conmigo.

Tomoe sacudió la cabeza.

—Ya causo suficiente escándalo. No sería sabio exhibirme ante tu madre y los cortesanos.

—¡Que se vayan a los siete infiernos! —exclamó Theodore.

—Maldecirlos no cambiará la situación —insistió ella—. Sólo pienso en tu bienestar político.

—Que la política también se vaya al infierno.

—Acostúmbrate a ella, amante —dijo con brusquedad, apartándose de él—. La política será tu compañera de cama durante el resto de tu vida. La política es tu deber.

La miró con el entrecejo fruncido. Odiaba que no lo escuchara.

—Si no vas a venir por voluntad propia, te llevaré a la fuerza. Incluso desnuda —le advirtió, tratando de cogerla.

Tomoe se hizo a un lado. Él sintió la suave curva de su pecho justo antes de que ella le cogiera el brazo y lo retorciera. Theodore aterrizó sobre las sábanas arrugadas.

—Adelante —dijo Tomoe y le dio la espalda—. Cumple con tu deber.

—¡Maldición!

Se incorporó y se alisó el uniforme desarreglado. Cogió el chaleco de combate y se dirigió a la puerta. Al abrirla, creyó oír que ella musitaba algo.

—¿Qué?

—He dicho —repitió ella en voz muy baja— que me guardes un poco de tiempo antes de que te pierda.

—Todo el que pueda.

Cerró la puerta para no escucharla llorar.

Con ojos enrojecidos y desnuda, Tomoe se volvió a la computadora y pidió los archivos de servicios. Cuando el comandante estaba fuera, la oficial ejecutiva era la que debía ocuparse de todo. Observó las listas y comenzó a introducir órdenes.

—Maldito deber —rugió en la habitación vacía.





**En camino desde el Punto de Salto de Rasalhague**  
**Distrito Militar de Rasalhague**  
**Condominio Draconis**

**22 de septiembre de 3019**

El Tech Superior Beorn Karlborgen bajó la vista a la pequeña placa verde que tenía en la palma de la mano. Con el pulgar le hizo dar la vuelta. Era de superficie suave, dura y fría. Y mortal.

Tres días antes, el comTech Fletner le había pasado un mensaje personal. La cara de Fletner expresaba lo que él creía era la cantidad adecuada de compasión. El mensaje decía que el hermano de Beoren, Alfred, había muerto en el accidente de un vuelo comercial en la capital. Fletner se había quedado impresionado con la fortaleza mostrada por Beorn al recibir la noticia.

En lo referente a Beorn, jamás había tenido un hermano llamado Alfred.

El mensaje venía del movimiento clandestino de Rasalhague. Tenía que proceder con el plan A, de Alfred. Debía ejecutarlo en este vuelo de entrada.

Durante semanas había estado realizando alteraciones sutiles en los sistemas de control de la Nave de Descenso del *Tai-sho* Sorenson. Había introducido a hurtadillas todos los componentes de la bomba, guardándolos como si formaran parte del equipo normal de mantenimiento. Nadie había sospechado de él ni lo había interrogado. ¿Por qué iban a hacerlo? ¿Es que no había servido con lealtad durante dos años como ingeniero jefe de Sorenson? ¿No había descubierto tres bombas plantadas en otros tantos vehículos que el *Tai-sho* tendría que haber comandado? El *Tai-sho* tenía una confianza plena en él. Ciertamente, Beorn era considerado un hombre sin mácula.

Era un agente encubierto. Una bomba de tiempo.

Hacía tres días, había recibido el mensaje que lo activaba. El cambio de planes significaba que Takashi Kurita moriría antes de la boda. La ceremonia, establecida

para el día siguiente, sería sin duda pospuesta, pero los líderes del movimiento debían de tener la suficiente confianza de que se celebraría pasado el período de luto oficial. Por lo menos, se mostraban lo bastante confiados como para correr el riesgo, empleando esta valiosa —tal vez única— oportunidad para deshacerse del tirano.

Con Takashi muerto, Theodore se encontraría más presionado que nunca para tener un heredero legítimo. Difícilmente podría rechazar un matrimonio arreglado por su padre, en especial cuando éste calmaría a una parte potencialmente rebelde del reino.

Beorn miró la caja de empalme que había en la pared frente a él. Desde ahí podría activar los aparatos asesinos. Ocultos entre una miríada de instrucciones corrientes estaban los programas dominadores. En cuanto fueran activados, Takashi no conseguiría escapar. La bomba detonaría a cincuenta metros del nivel del mar, casi a diez metros exactos encima de la pista del puerto estelar de Rasalhague. La explosión destruiría las entrañas de la Nave de Descenso de clase *Leopard*. Su masa llameante continuaría en el curso que él había fijado en el piloto automático para, luego, deslizarse en línea recta hacia el sector militar kuritano del puerto estelar. No habría supervivientes.

Morirían inocentes, tanto a bordo de la Nave de Descenso como en el puerto, pero no se podía evitar. Se trataba de una guerra. Sucia y no deseada, pero guerra en fin de cuentas.

Por toda la nave sonó una bocina: la primera advertencia para ocupar los puestos antes de la aproximación definitiva. La tensión a bordo no sería nada comparada con la presión de tres gravedades que habían soportado por orden del Coordinador; sin embargo, el capitán querría que todos se hallaran bien sujetos por las correas de los asientos, sin correr riesgo alguno mientras el tirano Kurita se encontrara en la nave.

Beorn contempló de nuevo la placa que tenía en la mano. Cerró los ojos, se la llevó a la boca y la tragó. Ya no había ninguna posibilidad de echarse atrás.

Sacó la estructura de alambre de protección, abrió la caja y bajó la tapa hasta apoyarla sobre el hueco del alambre. Con cuidado, introdujo los códigos de activación en el teclado de membrana que había en la tapa de la caja. Tres luces verdes se encendieron en la caja. Satisfecho, cerró la tapa y volvió a insertar su llave de mantenimiento. De su caja de herramientas sacó una hidrollave y con un golpe fuerte rompió la que ya había en la cerradura.

Todos los que se encontraban a bordo estaban perdidos, pero jamás lo descubrirían hasta que el piloto intentara ajustar el vector de aproximación de la nave. Para ese entonces, ya sería demasiado tarde. La nave y sus pasajeros se verían irrevocablemente condenados a un impacto con el sector militar kuritano del puerto estelar.

Los párpados de Beorn experimentaron una repentina somnolencia. Le habían

dicho que sería rápido. Con las piernas dormidas, cayó al suelo. «Adiós, Hilda — pensó—. Ojalá hubiéramos dispuesto de más tiempo para nosotros».

Beorn Karlborgen cerró los ojos y se quedó dormido.

Theodore frunció el entrecejo ante la insistencia de Tourneville.

—¿No deberíais haberos cambiado la insignia de vuestra gorra, *Sho-sa*? —lo reprendió el hombre—. Ya no estamos con la legión de An Ting. Después de la boda, la lanza se unirá a los Regulares de la Vigésimo segunda. Comprendo que no os reuniréis con nosotros en Heiligendrez durante varias semanas, pero *sois* nuestro comandante, y lo correcto es que llevéis la insignia actual en vuestro uniforme. Si hubierais aceptado un criado, como os sugerí, se habría ocupado de todos estos pequeños detalles.

—No me hace falta esa clase de ayuda, Tourneville. Por hoy la gorra servirá tal como está —repuso Theodore, ocultando su irritación con una sonrisa. «Y a ti no te hace falta un ayudante para espíarme», añadió mentalmente, aceptando la gorra que le ofrecía y colocándosela de inmediato.

Hizo caso omiso del ceño de su compañero y se puso un chaleco de batalla no reglamentario. El chaleco marrón oscuro y acolchado casi le cubrió el galón rojo diagonal que llevaba en el jersey gris. Sabía que Tourneville estaba molesto por el chaleco y por el hecho de que le tapaba el galón identificativo, que era la característica más sobresaliente de un uniforme de gala de un MechWarrior kuritano. Para ser un espía, Tourneville mostraba un deseo muy curioso por que las cosas se identificaran por lo que eran.

Tan pronto como estuvieron listos, Theodore abrió la marcha desde las barracas hasta el centro de vehículos motorizados. Después de un breve retraso en el que Tourneville se ocupó de un mensajero que venía del centro de comunicaciones, montaron en un aparato terrestre descapotable y emprendieron el trayecto con un leve zumbido eléctrico.

—¿De qué se trataba? —preguntó Theodore cuando atravesaron las puertas del aparcamiento.

—Nada importante, *Sho-sa*. Un oficial subalterno lleva toda la mañana tratando de hablar con vos. Le ordené al centro de comunicaciones que retuviera todos los mensajes. La llamada del Señor de la Guerra Marcus Kurita tiene mayor prioridad que el deseo de algún oficial local por sacarse una foto con el heredero designado.

—¿Era eso todo lo que quería?

—¿Quién lo sabe? —Tourneville se encogió de hombros—. Estos provincianos carecen por completo del sentido de la importancia. El deseo del Señor de la Guerra Kurita de veros en el control de puerto estelar tiene prioridad.

Tourneville casi nunca había mostrado iniciativa en determinar la relativa importancia de los mensajes enviados a Theodore. Aunque sin estar muy seguro de si

se sentía molesto por la temeridad de Tourneville o por su servilismo hacia el primo Marcus, sólo repuso:

—No debemos desilusionar al Señor de la Guerra.

**En camino desde el Punto de Salto de Rasalhague**  
**Distrito Militar de Rasalhague**  
**Condominio Draconis**

**22 de septiembre de 3019**

—Ha sido la primera advertencia de la aproximación final, Coordinador —anunció Iván Sorenson—. Hemos de prepararnos para el descenso al puerto estelar.

—Muy bien, *Tai-sho* —contestó Takashi Kurita mientras se ponía de pie—. He escuchado cosas muy interesantes acerca de la situación en Rasalhague. Tu objetivo análisis sobre la actuación de mi primo Marcus como Señor de la Guerra ha sido de lo más instructivo.

Los hombres abandonaron la diminuta sala del capitán y, cuando entraban en el puente de la Nave de Descenso, un tripulante con la cara muy pálida atravesó a toda velocidad la escotilla.

—Un cuerpo... muerto... con manchas de color púrpura —tartamudeó el hombre.

Sorenson se le acercó al instante, y sus dos metros de altura se cernieron sobre él.

—¡Deje de balbucear, tripulante! —rugió—. Quiero un informe claro.

El hombre hizo un esfuerzo visible por controlarse.

—Es el Tech Superior Karlborgen. Lo encontré en el puesto de Ingeniería. Está muerto, señor. Es terrible. Está todo cubierto por manchas de color púrpura.

Sorenson no perdió el tiempo. Mientras giraba para abandonar el puente, gritó:

—Llévenos de regreso a una órbita de espera, *Dai-i* Nkuma. No quiero que descendamos hasta saber qué ha pasado.

A medida que recorría a toda velocidad la extensión de la nave, Sorenson analizó las posibilidades. No sabía de ninguna enfermedad que produjera marcas púrpura, lo cual hacía que fuera muy probable que Beorn Karlborgen fuera la víctima de un

asesinato, y que se tratara de algún veneno devastador o un arma biológica especial. Fuera lo que fuere, había un asesino a bordo. Y eso significaba problemas... y era lo último que quería con el Coordinador del Condominio Draconis en su Nave de Descenso. Había creído que se trataba de un golpe de suerte cuando Marcus Kurita había sugerido que el *Tai-sho* en persona se encontrara con el Coordinador en ese punto de salto. Y ahora la misión afortunada estaba a punto de convertirse en una maldición. «Mi honor quedará pulverizado —pensó—, si algo amenaza al Coordinador mientras se encuentre a mi cuidado».

Sorenson pensó en sus enemigos, en busca del posible causante de los problemas. Cuando no se le ocurrió nadie que dispusiera de la oportunidad, comenzó con los probables enemigos del Coordinador. Con un escalofrío, sus pensamientos se detuvieron de repente al llegar detrás de los tripulantes que rodeaban el cadáver.

Se abrió paso y observó el cuerpo. El rostro tranquilo y compuesto del cadáver lo hizo cambiar de idea al instante. Entonces, no era un asesinato. «¿Qué has hecho, Beorn?», pensó.

Sorenson se agachó para examinar el cuerpo. Después de una inspección rápida, quedó aún más convencido de que el Tech Superior se había suicidado.

—Los controles de la nave están trabados —dijo alguien a sus espaldas. Se sobresaltó al escuchar la voz, que era tan fría y distante como si procediera de ultratumba. Se volvió, esperando ver al fantasma de Beorn y se halló frente a Takashi Kurita. El Coordinador lo había seguido—. Da la impresión de que tu Tech Superior deseaba ser un asesino y no tuvo el valor de enfrentarse a la muerte que nos iba a deparar.

Recuperando la compostura, Sorenson preguntó:

—¿Qué queréis decir?

—El *Dai-i* explicó que el mando de la nave se halla trabado en piloto automático. Estamos en un curso que nos hará chocar contra el centro de control de la zona militar del espaciopuerto de Reykjavik.

Las palabras de Takashi provocaron pánico en los tripulantes que los rodeaban. Hombres y mujeres salieron en todas direcciones, gritando y luchando entre sí. Varios se dirigieron hacia la nave de emergencia. Uno de éstos dio un manotazo al control de acceso y aulló a la puerta para que se apresurara a subir. Llenos de desesperación, vieron que la nave partía sin haber abierto la puerta.

—Muy bien pensado —comentó Takashi—. Todas las comunicaciones al exterior están interrumpidas; han sido reemplazadas por mensajes simulados de rutina. El centro de control desconoce nuestro problema.

—Era un Tech muy competente —acordó Sorenson, contagiado por la tranquilidad del Coordinador—. ¿Cree el *Dai-i* que se puede anular el control maestro?

—No a tiempo.

—Entonces, nos encontramos atrapados.

—A menos que consiga que le crezcan alas o que pueda caminar sobre el aire como el *tenshin* de la leyenda.

Sorenson se dio una palmada en la cabeza. Las palabras del Coordinador acababan de encender la chispa de un plan desesperado.

—Quizá quede una posibilidad —dijo—. Venid, *Tono*.

Condujo al Coordinador al compartimiento de BattleMechs.

El Coordinador debió de anticipar el plan de Sorenson tan pronto como llegaron a su destino.

—Los Mechs no están equipados para un descenso orbital.

—No, *Tono*. Tenemos los armazones y las unidades de maniobra a bordo, pero carecemos de tiempo para acoplarlos. Sin embargo, mi *Grasshopper* posee retropropulsores, y ya hemos penetrado en la atmósfera. Si conseguimos sacar a un Mech fuera de la nave, quizá resulte posible bajarlo. No será un viaje agradable, y el aterrizaje será seguramente duro, pero representa una posibilidad.

—El Dragón aprueba la audacia, *Tai-sho*.

Sorenson sospechaba que Takashi era mejor piloto de Mechs que él, pero confió en que el Coordinador entendiera su proceder.

—No queda tiempo para despejar los cierres de seguridad ni de limpiar los neurocircuitos para vos —explicó—, así que tendré que pilotarlo yo.

El Coordinador asintió.

En silencio, subieron en el ascensor hasta el nivel de la carlinga, elevándose muy por encima del puente donde los tripulantes iban de un lado a otro dominados por el pánico.

—Será mejor que dejéis que entre yo primero. *Tono*. Jamás conseguiría pasar mi cuerpo con vos dentro.

Sorenson se apretujó para atravesar la estrecha compuerta de entrada. Mientras pasaba, tiró de la palanca que desplegabla el asiento eyectable y lo fijó en su lugar. La mayoría de los Mechs traían tales asientos para pasajeros, pero eran apretados e incómodos. El pasajero quedaba encerrado, sin poder vislumbrar nada más que unos destellos de los controles y pantallas, incapaz de alterar su destino. Fugazmente, Sorenson se preguntó cómo aceptaría Takashi semejante desvalidez. El mismo habría estado frenético.

Mientras se acomodaba en el asiento de mando e introducía el código de identificación en su computadora, oyó cómo el Coordinador se ajustaba las correas. Sorenson activó los biomonitores y metió las clavijas en los enchufes del neurocasco antes de extraer el enorme casco de su soporte. Se lo colocó en la cabeza y sintió el peso que caía sobre sus hombros desprotegidos. «¡Maldición! Me dejará unos

moretones», pensó, pero no había tiempo para enfundarse el chaleco refrigerante cuyos hombros acolchados usualmente protegían al MechWarrior de la opresiva presión del neurocasco.

La falta del chaleco refrigerante era un problema. Ningún MechWarrior deseaba operar jamás su aparato sin uno puesto. A medida que el calor aumentaba en la carlinga, un hombre podía quedar abrasado. El Coordinador y él tendrían que correr el riesgo.

—¿Estáis bien sujeto, Coordinador?

—*Hai* —le llegó la respuesta; la voz sonaba tranquila y con más calma de la que sentía Sorenson—. El reactor está frío.

El Coordinador había descubierto otro fallo en el plan de Sorenson. Normalmente, hacían falta unos minutos para que el reactor de fusión de un BattleMech adquiriera una temperatura operativa segura. Minutos de los que ellos carecían. Mover al Mech en frío era otro riesgo que sólo correría un hombre desesperado.

—Deberemos arriesgarnos a un inicio frío, *Tono*. Intento establecer una alimentación de energía a través de los cables del monitor de la Nave de Descenso.

Sorenson completó el circuito en el instante en que una explosión sacudía a la nave. «Maldito Beorn —pensó—. Nada dejado al azar. También colocaste explosivos».

El BattleMech sufrió un tirón cuando la energía lo inundó. Las extremidades se movieron con un espasmo a medida que los impulsos fortuitos activaron los pseudomúsculos de miómero que articulaban los enormes huesos de aleación del esqueleto del aparato. En medio de esa danza violenta, Sorenson envió la señal para que se abrieran las compuertas.

No obtuvo ninguna respuesta.

De nuevo tecleó el código de apertura. Y de nuevo nada. Las puertas de titanio permanecieron inmóviles, impasibles tanto a las señales repetidas como a sus juramentos. El maldito traidor había sido demasiado precavido.

Únicamente quedaba una posibilidad.

Sorenson activó el afuste de misiles montado en la cabeza del Mech.

Unas detonaciones atronadoras llenaron el recinto cuando las compuertas se despedazaron bajo el poder de las cabezas explosivas. Unas tiras de acero se soltaron de la estructura de la nave y se dispersaron por el cielo como si fuera broza desmenuzada. El *Grasshopper* se soltó de sus anclajes cuando una tremenda explosión sacudió la nave. Un terrible remolino de nubes fue lo último que percibió Sorenson cuando el BattleMech trastabilló hacia atrás, sacudiendo con violencia a su piloto y enviándolo directamente a la oscuridad.

—Me alegra verlo de nuevo, duque Ricol —saludó Theodore, irguiéndose tras una



breve inclinación y alargando la mano para estrechar la del hombre.

—El placer es mío, alteza. —El tono de Ricol fue tan suave como su vestimenta. Su elegante traje rojo contrastaba con el gris y marrón que dominaban el uniforme de Theodore—. ¿Qué os trae tan temprano por aquí después de una larga noche de celebración?

—Un mensaje de mi primo Marcus —respondió, preguntándose si Ricol de verdad sabía cómo había pasado la noche—. Me pidió que viniera al centro de control.

—Yo habría esperado que ya estuviera aquí para recibirnos —comentó Ricol—. Su falta de modales en no encontrarse *conmigo* resulta comprensible. Yo sólo soy el señor de una casa menor, del que se espera soporte los caprichos de los poderosos.

Theodore lo miró de reojo. No estaba seguro qué parte de la observación del hombre era sarcasmo y a cuál se suponía que debía responder él. Decidió tratar con los hechos claros.

—Entonces, usted también ha venido a verlo.

—Es lo que implicaba su mensaje, alteza.

—Curioso.

—Sí, ¿verdad?

Los dos hombres guardaron silencio. Theodore miró por el ventanal del centro de mandos al amanecer que salía sobre el puerto estelar. Unas nubes condensadas se alzaban de las aberturas de ventilación que había en los techos de los edificios más allá del campo, por efecto de las emanaciones calientes que entraban en contacto con la fría atmósfera. Los trabajadores cumplían con sus tareas, intentando en lo posible permanecer bajo los rayos del sol naciente y evitar las zonas sombreadas y cubiertas de escarcha. Menos afortunada era la compañía del Octavo de Regulares de Rasalhague del *Tai-sho* Sorenson, que se alejaba al trote en el temprano ejercicio que acababan de comenzar. El preparador físico de los MechWarriors los conducía a través de una ruta trazada de antemano que no tenía en cuenta las comodidades personales.

Todo era normal, otro típico día. El orden representaba la serenidad, algo que Theodore deseaba poseer en mayor medida después del ajetreo de los preparativos para la boda del día anterior y de la agitada noche pasada con Tomoe.

—Ah —exclamó Ricol, llamando su atención. El duque señaló un punto que había en la distancia—. Se acerca una Nave de Descenso. Creo que vuestro padre aterrizará pronto.



**Puerto Estelar de Draconis**  
**Reykjavik, Rasalhague**  
**Distrito Militar de Rasalhague**  
**Condominio Draconis**

**22 de septiembre de 3019**

Una conmoción en la sala de espera exterior llamó la atención de los que aguardaban la llegada del vuelo. A través de la pared divisoria transparente, Theodore pudo ver a Tourneville discutiendo con un recién llegado. Este llevaba puesto un casco de aviación que le ocultaba todas las facciones, a excepción de una barba entrecana que subía y bajaba a medida que hablaba y gesticulaba en la zona principal de recepción.

Reconoció la barba: pertenecía a Jarl Sjovold, gobernador del distrito de Rasalhague y su futuro suegro. Se excusó del duque Ricol y se dirigió a la otra cámara. Al atravesar la cortina de sonido que ocultaba la zona de observación, sus oídos captaron las urgentes demandas de Sjovold de verlo.

—¿Cuál es el problema, Jarl Sjovold? —inquirió Theodore.

Dejando atrás la mano extendida de Tourneville, Sjovold se apresuró por llegar a su lado y lo cogió del brazo.

—Daos prisa, alteza. Vuestro hombre no quiso dejarme pasar y queda poco tiempo. Debemos sacaros de aquí.

—¿De qué está hablando, gobernador?

Sjovold recorrió la estancia con los ojos antes de tartamudear:

—Ah... un... accidente. Sí. ¡Ha habido un accidente! Debéis venir conmigo.

—¿Ha avisado a las autoridades? —preguntó Theodore, receloso ante el repentino cambio manifestado de seguridad a pesar.

—No. No ha habido tiempo —farfulló Sjovold mientras continuaba tirando del reticente Theodore hacia la salida—. Es..., es vuestra madre.

La preocupación superó la cautela de Theodore.

—¿Ha resultado herida?

—No —respondió el gobernador—. Por lo menos, nada serio. Pero quiere veros de inmediato. Debemos apresurarnos.

Lo urgió para que lo siguiera a un aparato de DAV. Theodore se dejó caer en el asiento de metal a tiempo para ver al duque Ricol y a Tourneville subiendo detrás de ellos. Sjovold pareció tan sorprendido como él. Ricol hizo un comentario, pero sus palabras se perdieron en el aullido de las turbinas cuando la nave se elevó del pavimento.

Theodore se quedó pegado a su asiento a medida que el aparato subía a toda velocidad. El tronar de los rotores cambió de intensidad cuando el ala se ladeó, bajando las aspas remolineantes a posición efectiva de vuelo frontal. El piloto había iniciado un viraje cerrado por encima de las afueras del espaciopuerto, cuando el DAV se sacudió por el impacto de una onda de choque, a la que siguió el estruendo de un trueno.

A medida que el aparato se escoraba en la otra dirección, Ricol tiró de la manga de Theodore y señaló a través de la compuerta todavía abierta. Enmarcada en aquella porción de cielo había una escena de horror. La Nave de Descenso de entrada iba dejando una estela de humo y llamas. Las explosiones se sucedían a lo largo del costado, dispersando restos humeantes y fragmentos en llamas. Mientras la contemplaban, un BattleMech cayó de una gran abertura que había en las pesadas puertas del costado de la nave. Descendió en un flojo amasijo de extremidades para chocar y resquebrajarse sobre el ferrocemento. Una enorme bola de fuego explotó del morro de la nave descendente y recubrió el fuselaje. De las llamas salió otro Mech. Un brazo se agitaba débilmente, dejando un sendero de fuego a medida que recorría el espacio en un arco bajo y se alejaba de la nave en llamas. El morro de la Nave de Descenso se alzó un poco, como si el piloto hubiera recuperado cierto control del aparato que caía en picado. La ilusión quedó rota cuando ésta chocó de lleno con el centro de control y estalló en llamas.

Los hombres del DAV se protegieron los ojos de la intensa llamarada de la bola de fuego. Un humo oscuro y mortal se elevó en un paraguas de muerte sobre el emplazamiento. Theodore se hallaba consternado. Nadie podría sobrevivir a semejante accidente.

Su padre estaba a bordo de aquella Nave de Descenso.

El gobernador Sjovold atravesó el compartimiento y cerró la compuerta. El nivel de ruido descendió al instante cuando los amortiguadores de sonido de la cabina sellada acallaron el aullido de los motores. Sjovold se sentó al lado de Theodore.

—Podríais haber muerto en ese choque, alteza.

Con un sobresalto, Theodore se dio cuenta de que Sjovold tenía razón. Si se

hubiera quedado en el centro de control, que ahora era un infierno, habría muerto en el mismo instante que su padre.

—Arriesgué mi propia vida —continuó Sjovold— para sacaros de allí. Intenté haceros llegar un mensaje durante toda la mañana y fui a vuestras barracas para descubrir que habíais partido hacia el puerto estelar.

Theodore alzó una mano para detener al gobernador.

—*Chu-i* Tourneville, tal vez debas subir a la carlinga y usar la radio para cerciorarte de que las unidades de emergencia se ponen en movimiento. Haz que controlen el fuego antes de que peligre el resto del espacio-puerto.

La expresión que puso mostró que estaba a punto de rehusar la sugerencia y que claramente deseaba quedar, se ahí con ellos. Theodore alzó levemente la barbilla tal como había visto a su padre hacer muchas veces cuando deseaba reforzar sus órdenes. Escarmentado, el *Chu-i* inclinó rápidamente la cabeza y subió por la escalerilla de la cabina hacia la carlinga.

Theodore se volvió para mirar al sorprendido gobernador.

—Tourneville interceptó mis llamadas esta mañana —explicó.

Comprendiendo, Sjovold asintió, y una ligera sonrisa asomó a su rostro.

—Veo que comenzáis a entender lo que ha sucedido. Advertiréis que tenía en mente vuestros intereses.

—Advierto que salvó usted la vida del hombre que iba a casarse con su hija. Un hombre que se convertiría... no, que se *ha* convertido en Coordinador. No creo que tuviera únicamente *mis* intereses en mente.

Sjovold se apoyó contra el respaldo del asiento y se mesó la barba, y sus ojos mostraron un respeto repentino y nuevo.

—Sería un tonto y un mentiroso si lo negara. Nuestros caminos nos llevan en la misma dirección, y podemos ser de gran ayuda el uno para el otro.

«Durante años he estudiado vuestra carrera. Cuanto más sabía de vos, más impresionado quedaba. Me he esforzado para que reemplazarais a vuestro padre. Mi gente y yo hemos trabajado junto al Señor de la Guerra, planeando librarnos del tirano, un hombre que os ha oprimido a vos tanto como a este distrito. Aunque lo planeamos con Marcus, asegurándole que lo apoyaríamos para ser Coordinador, lo hacíamos para vos. Marcus nos ha traicionado a todos al intentar mataros hoy también a vos. Tan pronto como me enteré del mensaje que os había enviado, intenté deteneros.

—No intentaste detenerme a *mí*, Jarl —dijo Ricol.

Sjovold, interrumpida su concentración en Theodore, miró con expresión vacía a Ricol.

Había algo entre los dos hombres que Theodore desconocía, pero carecía de importancia comparado con lo que había confesado el gobernador.

—Dice usted que estaba involucrado con mi primo Marcus en una trama para matar a mi padre.

—Así es. Pero Marcus nos traicionó a todos. Desea ser Coordinador. Siempre fue mi intención veros en el trono del Coordinador. Lo hicimos por vos.

—Y ahora espera que coopere con usted.

—Seréis Coordinador, y todos nos beneficiaremos. Como vuestro Señor de la Guerra aquí, os puedo garantizar un distrito pacífico y leal.

Theodore se incorporó y recorrió el compartimiento. Las desagradables ambiciones de Sjovold habían quedado al desnudo. Ahora traicionaba a Marcus tal como había dicho que éste los había traicionado a ellos. Con la espalda hacia el gobernador, comentó:

—Gobernador Sjovold, tiene una opinión interesante del clan Kurita en general y de mí en particular. Si me conoce tan bien, debería saber que no tomaré parte en un regicidio.

Un repentino entrechocar de cuerpos y un grito lo hicieron dar la vuelta. Ricol y Sjovold rodaban por la cubierta, enzarzados en una lucha.

Contempló a los hombres que se debatían, perturbado por no haber experimentado ninguna advertencia, ninguna sensación de peligro para sí mismo. Su temprano entrenamiento con Tetsuhara-*sensei* y las sesiones posteriores con Indrahar le habían enseñado a confiar en ese sentido, y no creía que éste lo hubiera traicionado aquí. Esto era algo entre ellos dos, por lo que se mantuvo al margen de los hombres que peleaban en el suelo del compartimiento.

De pronto, los combatientes chocaron contra la mampara de popa. Sjovold quedó encima, con las manos cerradas en torno al cuello del duque. El brazo de Ricol se deslizó a un costado y cerró una garra de acero en el codo izquierdo de Sjovold. Habiendo debilitado la presa de éste, Ricol la quebró por completo con una sacudida convulsiva y, cogiendo la barbilla del gobernador, le empujó la cabeza hacia atrás con terrible fuerza. Se oyó un crujido, y el gobernador se desplomó sobre el duque. Ricol se lo quitó de encima y, lentamente, se puso de pie y se apartó del cuerpo inmóvil de su oponente. Retrocediendo, despejó el campo de visión de Theodore y señaló una fina espada que yacía al lado de la mano extendida del gobernador.

—Era para vos, alteza.

—Y usted se arrojó en medio para salvarme —dijo Theodore con voz inexpresiva.

—Tal como lo habéis dicho —acordó Ricol, inclinando la cabeza—, Coordinador.

Theodore quedó perplejo al verse nombrado por el título de su padre. No sonaba correcto. Se preguntó qué motivos habrían llevado a Ricol a luchar con el gobernador.

—¿Quería enterrar sus propios contactos con él o actuó sólo por lealtad al Dragón?

—Coordinador, me enfrentaré a cualquier acusación de deslealtad en el círculo de

honor —replicó Ricol, estupefacto por la sinceridad de Theodore.

—Y triunfaría, sin duda. He oído de su habilidad con las espadas. De todos los tipos. —La cara de Ricol no dejó traslucir ninguna expresión. Theodore se encogió de hombros—. Dígale al piloto que nos lleve al hotel Kiruna. Mi madre ha de ser informada de los acontecimientos de hoy.

Ricol agachó la cabeza, tal como le correspondía a un leal sirviente del Dragón.

**Oeste de Reykjavik, Rasalhague**  
**Distrito Militar de Rasalhague**  
**Condominio Draconis**

**22 de septiembre de 3019**

Sorenson no tenía idea del tiempo que llevaba inconsciente, pero supo que sólo debía de haber sido un momento breve, pues, cuando recuperó el sentido, el *Startreader* seguía cayendo en picado hacia la superficie de Rasalhague.

Haciendo caso omiso de las alarmas de advertencia y los destellos de luz de los sistemas de averías, obligó al *Grasshopper* a incorporarse de su lecho de maquinaria aplastada. El BattleMech osciló cuando se puso de pie y envió una retroalimentación de mareante vértigo a través de los neurocircuitos, lo cual incrementó el dolor de cabeza que le inundaba el cráneo. El Mech se tambaleó hacia adelante, en dirección a la abertura que sus misiles habían provocado en la compuerta. Alargó los brazos de la máquina y cogió los bordes irregulares. El metal se rompió como si fuera papel cuando aplicó la fuerza hercúlea de los músculos de miómero del aparato de setenta toneladas.

Un zumbido agudo le advirtió de un fallo en el actuador. Alargó un brazo en el mismo momento en que sus ojos registraron las luces que indicaban un fallo en el miómero, pero llegó demasiado tarde. Antes de lograr desactivarlo, el brazo izquierdo del *Grasshopper* se retorció; luego, se puso rígido cuando los miómeros que lo movían, ya tensos por el inicio en frío, lo inmovilizaron en un espasmo. Sorenson oprimió el interruptor para cortar la energía y liberar la tensión en los grupos de miómero principales. El brazo humeante se agitaba inutilizado a un costado del Mech, y su movimiento irregular hizo que éste perdiera el equilibrio. Antes de que el atontado Sorenson pudiera compensarlo, el Mech chocó contra el borde de la compuerta y el torso superior asomó a través de la abertura. El viento aullante que

provocaba el desplazamiento de la Nave de Descenso empujó con firmeza al *Grasshopper* contra la estructura de la nave, doblándolo como si fuera una muñeca de trapo.

Maldiciendo el brazo inútil, Sorenson empleó la extremidad que le quedaba a la máquina para impulsar al Mech hacia una postura más favorable para disparar los retropropulsores. Mientras lo hacía, sus sensores registraron una tremenda explosión cerca de la proa del *Startreader*. Con el temor de no salir a tiempo de la destrucción de la moribunda Nave de Descenso, apretó el botón rojo de eyección.

El fuego del sol cautivo en el corazón del motor de fusión del BattleMech vaporizó una insignificante cantidad del mercurio de la masa de reacción, y al instante lo transformó en plasma. Las llamas y el aire supercalentado salieron a toda velocidad por las troneras de escape de la espalda y piernas del *Grasshopper*, y lanzaron al Mech a través de la creciente bola de fuego que envolvía al *Startreader*, alejándolos del navío perdido.

El calor inundó la carlinga y la voz de la computadora del *Grasshopper* le advirtió del inminente fallo general debido a él. Apenas consciente, Sorenson activó el control maestro para acallar la voz y, lleno de obcecación, manipuló los controles, tratando de dominar al bamboleante Mech. Mientras éste daba vueltas, la pantalla de la carlinga le proporcionó vistas alternativas de la tierra y el cielo.

—Por lo menos, no caemos en picado —graznó, con la garganta reseca por el miedo y el calor.

No le llegó ninguna respuesta desde el asiento eyectable.

Sorenson carecía de tiempo para preguntarse si su pasajero seguía con vida. El suelo se acercaba a demasiada velocidad, y no había tiempo suficiente para recuperar el control del vuelo del Mech herido. En un intento desesperado por minimizar el daño del choque en la carlinga, obligó a la máquina a girar hasta que la cabeza quedó en dirección opuesta a la trayectoria de caída. Las piernas y el torso podían absorber mucho más daño que las estructuras relativamente frágiles de la cabeza del BattleMech.

Cuando la pantalla del altímetro indicó treinta metros, le dio la potencia máxima a los propulsores para quemar toda su masa de reacción en una sola explosión. Una luz roja parpadeó en el panel monitor del sistema de vuelo. Había comenzado a tener la esperanza de haber quemado lo suficiente, cuando el Mech chocó contra el suelo.

Empujado con violencia contra las correas de sujeción, Sorenson sintió que éstas le cortaban la piel. Las luces rojas de averías llenaron el panel y enseguida se apagaron, cuando la energía de la carlinga se agotó. Fue arrojado hacia atrás contra el asiento en el momento en que el Mech cayó de espaldas.

Una pálida luz y una leve ráfaga de bendito aire frío se filtraron a través de la grieta del caparazón de la carlinga.



—¡Estamos vivos! —gritó Sorenson.

El sonido de su propia voz, áspera y ronca debido a las penurias pasadas, le confirmó que se encontraba bien. Con una mueca de dolor, alzó los brazos para quitarse el neurocasco y dejó que éste cayera con un ruido metálico detrás del asiento; luego, se desabrochó las correas y deslizó los hombros ensangrentados hasta dejarlos en libertad. Cuando se incorporaba del asiento, descubrió que no disponía de asideros y alargó el brazo hacia la barra de hierro que había en el techo con el fin de equilibrarse. Al hundirse en la oscuridad por segunda vez en pocos minutos, lo único que experimentó fue confusión.

Cuando Sorenson abrió los ojos, el sol se hundía en los pantanos. Ante él, e iluminado por detrás, se hallaba su *Grasshopper*, con sus tres cuartas partes enterradas. Sólo una pequeña porción del torso sobresalía de entre las ennegrecidas juncias y del agua salina en la que yacía. La cabeza, con la escotilla de acceso a la carlinga abierta, colgaba flojamente de un manojito de cables, y el brazo derecho se alzaba del fangal. Por el ángulo, Sorenson supo que el brazo ya no estaba unido al hombro del Mech.

El *Grasshopper*<sup>[1]</sup> salta lejos.  
En su hogar, en la marisma otoñal,  
muere como un samurái.

Sorenson demoró unos segundos en darse cuenta de que las palabras pronunciadas a su espalda provenían de una persona viva y no de la voz del espíritu de alguna rana de la marisma. Rodó hasta ponerse de costado con el fin de ver al que había hablado.

Allí se encontraba Takashi Kurita, tranquilamente sentado.

Sus piernas cruzadas aparecían desnudas y magulladas, al igual que el brazo izquierdo, y estaba todo manchado de barro y sangre reseca. Un trapo blanco sucio de tierra y sangre le rodeaba la cabeza como si fuera el antiguo *hachimaki* de un guerrero.

—Tu BattleMech es una completa ruina —le dijo Takashi Kurita—. Sacrificado en tu esfuerzo por salvarnos de la destrucción del *Startreader*. Durante un tiempo, creí que también tú te habías marchado.

Sorenson intentó reírse entre dientes, pero el sonido que emito era demasiado espantoso para transmitir humor.

—Tengo demasiados dolores para estar muerto.

—Tienes mi gratitud y te recompensaré por las hazañas de hoy —aseguró Takashi—. Como mínimo, veré que recibas un aparato nuevo.

—Apreciaría un nuevo Mech, *Tono*, pero no necesito ninguna recompensa por cumplir con mi deber.

—Has hablado como un verdadero samurái. No obstante, recibirás mi

recompensa. Todas las balanzas han de ser equilibradas, y tu recompensa debe compensar el castigo infligido a aquellos responsables de esto.

Sorenson meditó en el posible castigo. Los afortunados tendrían una muerte rápida o una vida tranquila en la Torre Negra. De algún modo, no creyó que hubiera demasiados afortunados involucrados en este complot. La suerte de los conspiradores se había agotado cuando fallaron en matar al Coordinador.

Takashi contempló el crepúsculo hasta que el último borde del sol anaranjado cayó por debajo del horizonte. En la luz mortecina, volvió a hablar, y su voz mostró esa cualidad inflexible atribuida a Emma-Hoo, juez de los muertos y señor de los infiernos budistas.

—Los que estén involucrados han perdido el derecho a la vida. Los conspiradores y sus familias, todas las generaciones de los conjurados, sus padres y sus hijos, recibirán muerte. Ningún niño sobrevivirá para vengar al padre, ningún padre vengará a un hijo. Me encargaré de que esta conspiración sea aniquilada por completo.

**Palacio Hall, Reykjavik, Rasalhague**  
**Distrito Militar de Rasalhague**  
**Condominio Draconis**

**23 de septiembre de 3019**

Theodore alzó la vista a la rugosa fachada gris del irregular y enorme Palacio Hall, sede del gobierno del planeta y del distrito de Rasalhague. Ayer había supuesto que, al atravesar las puertas enmarcadas de hierro, luciría un ceremonioso kimono negro y la larga coleta de la nuca untada de aceite y peinada hacia arriba. Ayer había creído hallarse de camino a su boda.

Subió los escalones a un ritmo incómodo, irritado por su baja altura y exagerada profundidad. Los pasos que daba habrían resultado imposibles enfundado en un kimono, pero los pantalones de tricloropoliéster que vestía no ofrecían resistencia. Eran del mismo color gris oscuro que su jersey y hacían juego con su estado de ánimo sombrío.

Una compañía entera de auxiliares de los Regulares de la Octava de Rasalhague guardaba las puertas, pero lo dejaron pasar sin preguntas.

Encontró a su padre en el despacho del gobernador, sentado detrás de un enorme escritorio de roble.

Los asistentes y los generales levantaron los ojos ante su repentina intrusión. Takashi les ordenó que se marcharan. Con su estrépito de ordenadores portátiles y el murmullo de comentarios apagados, reunieron sus cosas. Takashi giró el sillón a un lado y apoyó con cautela una pierna vendada sobre un taburete. Los asistentes mantuvieron la vista baja mientras pasaban al lado de Theodore, plantado en el centro de la estancia con las manos apretadas a los costados.

El último en salir fue Subhash Indrarah, quien le tocó el hombro al llegar a su lado. Una sensación eléctrica de confianza lo sacudió. Controló su sorpresa y sólo

hizo un gesto de asentimiento al director. La sonrisa de Indrahara era cálida, pero Theodore no permitió que llegara hasta la gélida resolución que había alimentado durante su marcha desde el campo militar situado en el puerto estelar. Cuando las puertas se cerraron con suavidad a su espalda, Theodore rugió:

—¿Cómo puedes quedarte ahí sentado y dejar que esto continúe?

Takashi cerró los ojos y aspiró profundamente.

—¿A qué te refieres exactamente?

Theodore se acercó al escritorio, plantó las palmas de las manos sobre la madera y adelantó el torso, respondiendo:

—A la ejecución de gente inocente. ¿Cómo puedes hacerlo?

—¿Cómo no podría? —replicó Takashi, masajeándose con delicadeza uno de los parches de plasticarne que cubrían las heridas de su cara.

—Es algo bárbaro..., criminal.

Takashi bajó la mano y clavó unos ojos ominosos en su hijo.

—Alardeas de tu conocimiento de los clásicos, de modo que daré por sentado que conoces el *Heike Monogatari*.

—Por supuesto —replicó Theodore con brusquedad. Le molestó el cambio de tema, pero sabía que su padre no continuaría hasta que no hubiera satisfecho su pedantería—. ¿Qué hombre educado o guerrero que se respete no lo conoce? La historia narra la guerra entre los Taira y los Minamoto. La guerra dio como resultado el primer sogunado<sup>[2]</sup> del antiguo Japón.

—*So ka* —gruñó Takashi—. ¿También estás al tanto de los antecedentes de la lucha final entre esos clanes?

Theodore se hallaba francamente irritado. La voz de Tetsuhara-sensei le habló con urgencia: «Responde con las palabras que se esperan de ti, aun cuando éstas se muestren opuestas a la verdadera réplica de tu corazón, y tu enemigo te abrirá su mente».

«Muy bien —contestó mentalmente—, le daré la respuesta que desea oír. Luego, quizá me permita ver lo que de verdad quiere».

—Los Taira casi habían eliminado a todos los Minamoto en su lucha por tener influencia sobre el emperador. Sin embargo, dos jóvenes Minamoto escaparon de la purga de los vencedores. Eran los hermanos Yoritomo y Yoshitsune. Cuando crecieron, revivieron su clan, lo condujeron contra los Taira y destruyeron a su enemigo. Yoritomo se convirtió en el primer sogún.

Takashi sonrió con satisfacción.

—De ese modo, ves que lo que hago es necesario. No puedo dejar a ningún superviviente de la conspiración ni a ninguna semilla que haga posible una nueva.

—¿Qué me dices de Marcus? —contrarrestó Theodore.

—No existe una evidencia sólida. Se hallaba en otra parte cuando el mensaje que

recibiste se envió desde sus oficinas. No puede probarse que deseara tu presencia en el choque fatal. Sólo existe la palabra de un asesino traidor de que estaba involucrado en el sabotaje al *Startreader*.

—Seguro que no lo crees inocente —comentó con incredulidad Theodore. Takashi guardó silencio—. Si los dos hubiéramos muerto en el accidente del *Startreader*, él habría ocupado el puesto de Coordinador.

—Te olvidas de tu primo, mi sobrino Isoroku. Habría sido llamado del monasterio en el que se encuentra para ocupar el puesto de Coordinador.

—Habría muerto antes de llegar a Luthien —dijo con brusquedad Theodore—. Si Marcus estaba dispuesto a matarnos a nosotros, no habría tenido ningún reparo en aniquilar a un ratoncito como Isoroku. Ese monje jamás habría dispuesto de una oportunidad contra semejante depredador.

—Es irrelevante —comentó Takashi, encogiéndose de hombros—. Todo ha cambiado. Marcus se ha retirado a un reducto fortificado que tiene en las montañas al norte de la ciudad y no se puede llegar hasta él sin realizar un esfuerzo extraordinario. Aquí en el distrito es fuerte, demasiado para enfrentarnos a él abiertamente. No se le debe permitir mantener su puesto y que sea una amenaza para el reino. Desde este momento. Vladimir Sorenson es el Señor de la Guerra de Rasalhague.

Theodore se sobresaltó.

—Marcus se rebelará. Ya ha arriesgado demasiado como para quedarse quieto y dejar que tú le quites su rango.

—Creo que lo aceptará. Marcus no rechazará un ascenso. —Con gesto lánguido, Takashi señaló un documento, enrollado y sellado, que había sobre el escritorio—. He nombrado al primo Marcus mi estrategia jefe para los Soldados Alistados del Condominio. Estará por encima de los Señores de la Guerra en mi concejo. Pero, para que así sea, ha de abandonar el agujero en el que se encuentra y venir a Luthien.

—Sí, irá a Luthien —acordó Theodore—. Entonces, tú lo ejecutarás.

—Entonces, ya lo veremos.

Theodore pensó en la promesa que había hecho Takashi de dar muerte a los conspiradores y a sus familias y que tanta publicidad había recibido. Si Marcus estaba implicado en la conspiración, Takashi tendría que ordenar la muerte de su tía Florimel y del tío Undell, padre de Marcus, ya que pertenecían a la generación inmediatamente anterior. Habiendo concebido a Marcus, eran responsables de haber traído la traición al universo. Takashi también tendría que ejecutar a todos los hijos de Marcus, incluyendo a Constance, debido a la mácula que llevaban de la sangre del traidor.

Tales ejecuciones diezmarían a la familia gobernante del clan Kurita, y dejaría únicamente a Theodore y a sus padres. Había otras líneas Kurita, por supuesto, en especial la de Malcolm Kurita, a quien Takashi había nombrado recientemente

gobernador del distrito para que sustituyera al fallecido Sjovold. Pero Malcolm era viejo y estaba enfermo, y su hijo Mies no era guerrero. La línea de los hijos menores carecía de la sangre pura de la propia familia de Takashi; ninguno poseía un derecho claro a reclamar el trono. Habría una guerra civil. Debilitado por la lucha interna, el Condominio se convertiría en una presa fácil para los depredadores de los otros Estados Sucesores.

Takashi no permitiría que eso sucediera. No destruiría su gran Casa. Tramaría todo lo que fuera necesario, llegaría a cualquier compromiso con el fin de encontrar una solución adecuada.

Comprendió lo que su padre acababa de hacer.

Cualquiera habría vacilado en nombrar a un asesino para que dirigiera sus estrategias militares; sin embargo, era exactamente lo que había hecho Takashi. Por lo tanto, Marcus no podía ser un asesino, al menos no a los ojos de los demás. Su vida estaba a salvo. Su familia estaba a salvo.

No obstante, otras familias no fueron tan afortunadas. Cuando el equipo de salvamento enviado a rescatar los BattleMechs del *Startreader* había retornado de los pantanos con su padre y el Señor de la Guerra Sorenson, Theodore se sintió interiormente aliviado. Todavía no quería ser Coordinador. En su desahogo, le había contado a Takashi el plan de Jarl Sjovold y cómo lo había rechazado; también la reacción del gobernador y la oportuna intervención del duque Ricol. Takashi aún no había hecho público su juramento, y Theodore, sin saberlo, había sellado la muerte de Anastasi Sjovold, su prometida.

Su propia parte en la implicación de la familia Sjovold en la conspiración lo perturbaba, aunque no sabía bien por qué. No albergaba ninguna duda de que los traidores tenían que morir. La muerte era la única recompensa que merecían. Pero Anastasi sólo era un peón en la ambición de su padre, una pobre mosca atrapada en la telaraña de la traición.

Sabía que la muerte formaba parte de la vida y que a todos les llegaba, incluso a los inocentes. El mismo había matado en el campo de batalla, pero aquello era diferente de una ejecución. Cualquier guerrero conocía los riesgos de la lucha. El piloto de un BattleMech aceptaba el concepto de guerra.

Sin embargo, de haber conocido el juramento de Takashi, podría haber explicado la muerte de Sjovold de alguna otra manera y salvado así a Anastasi del pelotón de fusilamiento. La compasión por el inocente también formaba parte del código del *bushido*. De nuevo decidió tratar de convencer a su padre.

—Te has esforzado mucho en salvar a Marcus —comenzó—. ¿Qué me dices de Anastasi? Es completamente inocente. Su comprensión de la política es nula, y dudo que en su mente anide la idea de la traición. Es imposible que estuviera involucrada. ¿Por qué no mostrar misericordia? Después de todo, fuiste *tú* quien arregló mi boda

con ella.

Takashi observó a su hijo con claro desprecio.

—Aparte de las consideraciones políticas pertinentes, el compromiso se preparó para engendrar hijos.

—Hijos que tú quieres —le recordó Theodore.

—¿Deseas que los Kurita se conviertan en otros Taira? —preguntó Takashi—. Un niño puede crecer con el deseo de destruir a aquellos que aniquilaron a su familia. Tal niño, nacido de la unión entre esa mujer y tú, estaría en una posición única para destruir a nuestro clan.

—Se lo podría educar de otra manera.

—Eres ingenuo —replicó Takashi—. Quizá deberías haber elegido otro nombre en vez del impronunciable Theodore en tu ceremonia *gempuku*. Con las actitudes que muestras, encajaría mejor Kiyomori. Él fue quien destruyó a su clan Taira con la misma debilidad que ahora me pides que muestre yo. El siguiente matrimonio que arregle no será con una madre de víboras.

Aguijoneado por la sugerencia de Takashi de que no sentía preocupación por su clan, Theodore decidió devolverle el golpe.

—Tu repentina rectitud paternal es sorprendente. Si hubieras demostrado semejante sentimiento en mi ceremonia de mayoría de edad, podría haber cedido a tu deseo y elegido un nombre tradicional. Tú me desprecias; yo desprecio tus deseos.

—«Apénate por un hombre sobre quien recae la maldición de un hijo carente de amor por su padre» —recitó Takashi—. Tu madre...

—¡Mi madre no tiene nada que ver en lo que hay entre nosotros! —gritó Theodore—. ¡Déjala al margen!

—Tu madre tiene mucho más que ver de lo que tú supones —contestó Takashi con voz dura—. Si vuelves a hablar de ella levantándome la voz...

—¿Qué? ¿Me ejecutarás?

Los ojos de Takashi se entrecerraron mientras el color le subía por el cuello y le cubría las mejillas.

—¡Vete!

Theodore sonrió para sus adentros, complacido de haber conseguido irritar a su padre. Realizó una inclinación de cabeza rígida y ceremoniosa.

—Acepto mi despedida —repuso con voz suave—. Larga vida al Coordinador.

Dando media vuelta, se marchó de la estancia. Se hallaba a medio camino de regreso a las barracas cuando oyó una ráfaga de disparos. Por la sincronización de éstos, se trataba de un pelotón de fusilamiento, y, de repente, eso le recordó que su visita al Palacio Hall había sido un fracaso. Anastasi todavía iba a ser ejecutada. Continuó la marcha despacio, con los hombros hundidos.

**Puerto Estelar Militar de Draconis, Reykjavik. Rasalhague  
Condominio Draconis**

**23 de septiembre de 3019**

El sol se había puesto hacía una hora, pero el cuarto aún estaba confortable. Theodore no sentía frío, especialmente donde la carne de Tomoe se unía a la suya, razón por la que no deseaba cubrirse con el edredón. Ya llegaría el momento. Por ahora, lo alegraba poder apoyar su brazo libre debajo de la cabeza y recorrerle el cuerpo con la mirada. Sonrió complacido de que aún fuera ella quien compartiera su lecho.

Sus pensamientos volvieron a los acontecimientos del día anterior, y se preguntó si no habría sido mejor que su padre hubiera muerto en el accidente. Si él, Theodore, estuviera ahora al mando, sólo los culpables se plantarían delante de los pelotones de fusilamiento. Sabía que el grupo era responsable de los actos de sus miembros, pero no lograba comprender cómo una joven podía ser juzgada por lo hecho por sus mayores.

Cuando regresó del encuentro con Takashi, había despotricado contra las ejecuciones, diciendo que sus represalias eran brutales y excesivas. Tomoe lo había oído con paciencia, dejando que se desahogara. Una vez agotada su cólera, lo llevó a la cama, donde lo aplacó y lo calmó. Tenía un notable talento para escuchar y ser una buena compañera de lecho. No quería perderla.

—*To-chan*, quiero casarme contigo.

Ella se quedó inmóvil al escuchar sus palabras, y transcurrieron varios momentos antes de que contestara.

—No juegues conmigo.

—No estoy jugando —insistió—. Lo digo en serio. Mi boda ha sido cancelada, y mi padre ha pensado en concertarme otra. El reino todavía necesita herederos. ¿Por qué no habríamos de proporcionárselos *nosotros*? Estamos enamorados.



Tomoe se deshizo de su abrazo y se sentó.

—Todavía sigues enfadado con él. Sólo quieres humillarlo casándote con tu amante guerrera. Mañana lo verás con más claridad.

—Entonces, hagámoslo esta noche —pidió Theodore antes de que ella pudiera esgrimir más argumentos.

—No es correcto.

—Estamos enamorados. ¿Qué podría ser más justo? —La única respuesta de ella fue el silencio. Sintiendo que había descubierto un resquicio en la armadura de su resistencia, continuó—: No es sólo para humillarlo. Si fuera así, me encantaría restregarle el matrimonio por la cara, ¿verdad? Podemos mantenerlo oculto; no lo sabrá.

—¿Nunca? —preguntó con incredulidad.

—Bueno... —Se detuvo, cogido en un plan francamente ridículo—. Indrahar nos ayudará a guardar el secreto durante un tiempo. Impedirá que mi padre quiera conseguirme una esposa por una temporada. Podríamos dejar que Takashi se enterara cuando nuestros hijos sean lo suficientemente mayores. Por ese entonces, será muy tarde para hacer algo al respecto. La dinastía tendrá a sus legítimos herederos. Y, con toda probabilidad, entonces dirá que lo había planeado él. De esa forma, se mantienen las apariencias. —Tomoe siguió en silencio, pero alargó el brazo para apoyarlo en su pierna—. Contesta que sí, *to-chan*.

Ella le acarició el torso mientras él trataba de reforzar sus argumentos. Finalmente, al ver que no prestaba demasiada atención, también él guardó silencio. Sabía que Tomoe tenía la mente en otras cosas y que sus palabras, sin importar lo racionales o enérgicas que fueran, no surtirían efecto en ella. La observó mientras le acariciaba la cicatriz que tenía en la cadera izquierda, la de aquella noche en la que Indrahar lo había convencido para unirse a los Hijos del Dragón.

—No la tendrías si no hubieras vuelto a luchar tan pronto después de que curó —comentó ella en voz baja, perdida en viejos recuerdos.

—Jamás te conté cómo la obtuve —dijo él, súbitamente cauto.

—Pero yo lo sé.

—¿Cómo? ¿Cómo podrías?

—Porque te la hice yo —contestó Tomoe. Theodore se incorporó de inmediato. La cogió por los hombros y la alzó para mirarla a la cara. Ella no se resistió—. La noche en que Indrahar te puso a prueba —continuó— estaba allí. Fui yo quien te cortó.

—¿Qué? —No era capaz de creer lo que oía. ¿Cómo podía haber estado presente?

—Soy una *jukurensa* de la Orden de las Cinco Columnas. Entrenada tanto en el *ninjutsu* como en las técnicas guerreras. —Él parpadeó sorprendido. «¿Una pilarina? ¿Una experta?» Jamás habría considerado tal posibilidad—. Aquella noche fue mi

propio examen. Debía interceptarte y conseguir algo tuyo. Cogí tu bolsa, pero te herí en el intento. Tu dominio de las formas del Yagyú resultó demasiado bueno para que pudiera quitártela limpiamente. Creí que había fallado pero la *jokan* Florimel dijo que lo había pasado con éxito. No lo comprendí, pero me incliné ante su sabiduría. Luego me asignó una nueva misión: debía estar próxima a ti para protegerte.

»He fracasado en esta misión más que en la anterior, porque me acerqué tanto que me enamoré. Ya no tengo el distanciamiento necesario para mantener la claridad de mente y cumplir mi cometido.

Theodore estaba atontado. Había estado con Tomoe durante cuatro años en la Escuela de la Sabiduría. Había luchado con ella y contra ella en los ejercicios de combate. Se había mostrado distante y fría, pero jamás captó nada del entrenamiento de una monja pilarina. Era una guerrera, aunque los rumores dijeran otra cosa.

Entonces, recordó su cambio repentino el día de la graduación y adonde había conducido.

—Además —continuó, ajena a sus pensamientos—, no poseo ningún linaje. Lo que figura en mi registro militar es una mentira. No soy hija de una casa menor del distrito de Pesht. Mi padre era un agente comercial del planeta Volders, en el distrito de Rasalhague. Trabajaba para Envíos Isesaki. Cuando tenía tres años, mis padres murieron durante un ataque de la Casa Steiner. Las pilarinas me acogieron y educaron. Entre otras cosas, me entrenaron como un MechWarrior. Falsificaron mi historia para situarme en las tropas del Condominio. Cuando vieron que prometía, arreglaron las cosas para que ascendiera, hasta que, al final, acabé en la Escuela de la Sabiduría del Dragón. No poseo un linaje lo suficientemente elevado como para ser la futura esposa del Coordinador.

Theodore la soltó. Tomoe se hundió un poco pero, en lo demás, no pareció notarlo. Era maravillosa. Había creído conocerlo todo sobre ella, pero no estaba enfadado por su revelación; únicamente sorprendido. Le disgustaban los intrigantes y los mentirosos, pero le resultaba imposible odiar a Tomoe. Su esencia era pura y honrada, de una lealtad feroz. Con suavidad, le acarició el cabello.

—Yo no soy un esclavo de las apariencias como mi padre. No me importa si tus progenitores eran curtidores de piel o jugadores. Quizá la Orden haya conseguido meterte en la Escuela de la Sabiduría, pero fuiste lo bastante buena como para acabar los años de aprendizaje. Los dos sabemos que el viejo *Cara Arrugada* de Zangi jamás aceptaría un soborno para alterar la puntuación de un estudiante. Eres fuerte y capaz, hermosa y afectuosa. Quiero que seas mi esposa.

Tomoe lo miró con sus oscuros ojos. Buscaba en su interior, probando la fuerza de sus emociones. Aparentemente satisfecha con lo que por fin encontró, inclinó la cabeza. Aunque intentó ocultar la sonrisa con su cabello, él la vio.

—Para mí será un honor ser tu esposa, Theodore-*sama* —repuso con modestia.

La tumbó de espaldas sobre la cama, y vio su sonrisa radiante y la suya propia reflejada en sus ojos. Hicieron el amor para sellar el pacto, no sólo una, sino dos veces, antes de dejar las barracas a hurtadillas para despertar y sacar a un dormido monje budista de su celda y lisonjearlo hasta conseguir que legalizara sus juramentos.

**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien**

**Distrito Militar de Pesht**

**Condominio Draconis**

**22 de diciembre de 3024**

Constance Kurita tiró de su ceremonioso *obi* hasta que consiguió la línea suave adecuada para su kimono. Miró por encima del hombro a uno de los grandes espejos dispersos alrededor de la sala con el fin de comprobar si el amplio y elaborado moño se había alterado con sus movimientos. Al hacerlo, vio que el adorno se había enganchado en una de las hileras de perlas que se enroscaban alrededor de su peluca. Echó el brazo hacia atrás para soltarlo y de nuevo se arrugó el *obi*. Con un suspiro, volvió a alisarlo.

«Seguro que la tía abuela Florimel jamás tiene tantos problemas con el vestido tradicional —pensó—. Siempre tiene perfecto control de sí misma y de su entorno. Que los benditos Budas algún día me concedan ese aplomo. No deseo desilusionarla».

Habían transcurrido dos meses desde que Florimel había resignado su puesto como guardiana de la Casa del Honor y nombrado a Constance para ese cargo. Dos largos y complicados meses en los que tuvo que aprender mucho de los deberes que le había traspasado como guardiana. Incluso los seis años como su ayudante no la habían preparado por completo para las demandas y las presiones. Gracias a los Budas, Florimel aún seguía allí cuando necesitaba consejos. La anciana dama era una roca, un escudo. A veces sospechaba que también era una espada, que la ayudaba en secreto por detrás del escenario.

En la oscuridad que precedía al amanecer, Constance pensó en esa ayuda y dudó de su propia capacidad. Sin embargo, Florimel le había transferido el puesto a ella, considerándola una sucesora adecuada y capaz. A pesar de la gran fe que mantenía en el juicio de su tía abuela y del aliento que ésta le brindaba, se sentía inadecuada para el

trabajo.

Ni siquiera los recientes éxitos obtenidos al negociar con el Coordinador habían aumentado su propia confianza. Este le había dado el permiso para las nuevas academias y aprobado el plan de comercio de marfil, mientras que ella no había hecho ninguna concesión. Los dos temas significaban una ganancia sustancial en poder y prestigio para la Orden de las Cinco Columnas, especialmente en ciertas prefecturas claves en los mundos capitales y en los planetas de las rutas de comercio. Parecía una victoria demasiado fácil. Sospechaba que Takashi la estaba halagando, dándole a la niña sus juguetes inofensivos.

Por lo menos, su éxito había aquietado un poco al *shudocho* Oda, quien se había visto obligado a reducir la presión que ejercía para removerla de su puesto por ineficacia. Con el paso de los años, había bajado la guardia en presencia de Constance. Ahora ella sabía que era un hombre ambicioso, alguien que se sentía incómodo a la sombra de una mujer. Quería el control completo y absoluto de la OCC y no hacía nada para ocultarle esa sed de poder. No parecía considerarla un factor importante en el futuro de la Orden.

Se preguntó si Takashi estaba al corriente de la opinión de Oda, si la hacía quedar bien para dividir la dirección de la Orden, enemistándolos como hacía con los Señores de la Guerra que eran los gobernadores *de facto* de los cinco distritos principales del Condominio. Sin duda vendría el día en que le pediría algo a cambio. Entonces, le recordaría que la había ayudado a consolidar su posición, que estaba en deuda con él.

¿Había llegado el momento?

La invitación para tomar el té arribó esa mañana, educada pero inexcusable. Como aquellas recibidas de sus maestros en la Orden, el mensaje no especificaba una hora. A diferencia de las anteriores llamadas, sabía que disponía de un poco de tiempo para arreglarse. Las doncellas fueron rápidas y exhaustivas; sus expertas atenciones la habían preparado en una hora, a pesar de las complicadas ropas ceremoniales y del estilo del peinado.

Ahora Constance se hallaba de pie, esperando, sin querer sentarse o arrodillarse para no arrugar el kimono. Se acercó a la ventana y, apoyando las manos en la barandilla de madera de teca desgastada por el tiempo, contempló las nubes de nieve que se arracimaban sobre las cimas de las montañas del norte. «El invierno llega pronto este año», pensó. Bajando la vista, observó las murallas del palacio y el patio cerrado que había dos plantas más abajo. Por las sombras que proyectaban las rocas sobre la grava apisonada, calculó que llevaba esperando dos horas. Takashi le demostraba la estimación de su importancia.

Finalmente, entró un sirviente que la condujo a un cuarto pequeño y con paneles de madera, donde se hallaba el Coordinador. El rico aroma de las hierbas del té casi

ocultaba la dulce fragancia de las flores en la maceta tradicional de la estancia, un sutil y adecuado incremento de la serenidad de la cámara. La recepción de Takashi fue cordial, pero reservó sus palabras para el diálogo convencional de la ceremonia del té. Constance replicó de la misma manera, intentando sumergirse en el estado de paz casi hipnótico propiciado por el ritual de tranquilidad. Sin embargo, estaba demasiado nerviosa como para mostrar algo más que un sosiego exterior.

Después de decir que la infusión estaba bien y de que él se lo agradeciera con humildad, reinó el silencio. Sabiendo que sus ojos estaban clavados en ella, mantuvo la cabeza baja. Por fin, la voz resonante de Takashi rompió la calma.

—Algo te inquieta, Constance. Tu mente no se hallaba presente en la ceremonia. ¿Qué es?

—Nada, *Tono* —mintió, con la esperanza de que él la creyera.

Takashi emitió un suspiro suave.

—Puedes ser sincera. Somos primos, además de los jefes de nuestro clan. Pensé que serías más abierta conmigo.

Su cabeza funcionó a toda velocidad. ¿Qué podía contarle? No debía mostrarle sus preocupaciones acerca de la Orden. Necesitaba un tema seguro, algo que él creyera que la preocupaba, pero que no tuviera nada que ver con su puesto.

—The... —comenzó.

—Theodore —finalizó por ella—. Tú y él estabais unidos de jóvenes, ¿verdad?

—Sí —respondió con repentino alivio.

Estaba claro que lo que a él le preocupaba era su hijo y heredero; de lo contrario, no habría sacado el nombre ante su titubeo<sup>[3]</sup>. Ciertamente, si discutían sobre él se apartaría de la OCC. «¡*Shimatta!* ¿Y si sabe cómo lo ayudamos? —pensó con creciente temor—. Es obvio que tampoco éste es un tema seguro».

—Lo he visto poco desde Rasalhague —prosiguió ella.

—Sí —acordó pensativo Takashi—. No ha parado de moverse desde el complot de la boda.

Por la inflexión que le había dado a la palabra «boda» supo que había comenzado por la dirección equivocada. Constance decidió cambiar el centro de la conversación.

—Theodore ahora sirve en la plana mayor del Señor de la Guerra Cherenkoff, ¿no es cierto?

—Ése es su destino, pero se encuentra aquí en Luthien.

No era nada nuevo para ella, pero consideró oportuno no revelar su conocimiento.

—¡Qué maravilloso! Lo habéis mantenido alejado durante demasiado tiempo.

—No fui yo quien lo llamó —repuso él. Con tono sombrío.

«Se acabó el tema inofensivo», pensó Constance. Parecía no existir ninguna parte segura en lo referente a Theodore.

—¿Ha surgido algún otro problema con el Señor de la Guerra? —aventuró.

—Probablemente, pero ésa no es la cuestión.

—Quizá ya sea hora de darle un nuevo destino —sugirió Constance.

Takashi no contestó nada, y ella dejó que su mente recorriera a toda velocidad los últimos años.

El matrimonio de Theodore con Tomoe las había sorprendido a ella y a su tía abuela cuando una temerosa —pero no arrepentida— Tomoe se lo informó antes de marcharse de Rasalhague después de la conspiración abortada. Florimel se mostró menos enfadada de lo que ella había esperado y, finalmente, había decidido apoyar el plan de Theodore de mantener la boda en secreto. Esto resultó bastante fácil; modificar los planes de Takashi para arreglar otros matrimonios fue más arduo. Pero la OCC lo había conseguido. Sabía que las FIS habían intervenido en más de una ocasión para conseguir que se zafara de algún arreglo. ¿Qué conexión podía tener Theodore con el director Indrahara para que el espía maestro apoyara al hijo antes que al padre, su amigo de la infancia?

Constance lo había visto poco durante los últimos años, pero conocía su hoja de servicios muy bien. Después de descubrirse el complot de la boda, su destino con los Regulares de Rasalhague había sido cancelado, y fue enviado al distrito de Benjamín. En los doce meses que siguieron, pasó por tres regimientos de los Regulares de Benjamín, incluido el Tercero, al mando del Señor de la Guerra Yoriyoshi. Acabó el año con un período breve en el Segundo Regimiento de Espada de Luz, una de las unidades militares de élite del Condominio. Tomoe y el resto de su lanza de mando lo habían acompañado en todos aquellos viajes.

Recordó una nota que le había enviado a finales de 3020. En ella le informaba que su progenitor se había enfurecido ante su última negativa de casarse. El padre de la mujer se había sentido insultado por su actitud y había cancelado el arreglo. Como reacción, Takashi ordenó que la lanza de Theodore dejara la Espada de Luz. Este mostró una actitud filosófica. Aunque había estado satisfecho de disponer de la oportunidad de trabajar con esa unidad de élite, todos sus destinos habían sido parecidos desde el de Rasalhague: ninguno se encontraba cerca del frente, donde podría ganar la gloria.

El siguiente fue con la Legión Arkab, en apariencia un castigo que le haría anhelar las costumbres japonesas que imperaban en la mayor parte del Condominio. Los legionarios Arkab eran soldados nativos de las fortalezas de cultura islámica existentes en el Condominio, y llevaban una vida ajena a las normas kuritanas. Sin embargo, las cartas de Theodore lo mostraban más intrigado que repelido por las diferencias con aquellos guerreros. Su única queja era la actitud que mantenían hacia Tomoe.

El remolino de rotaciones continuó. Theodore había servido con siete regimientos de los Regulares de Dieron, y en ninguno se quedó más de cuatro meses. En las

misivas seguía lamentándose de la falta de oportunidades para probarse a sí mismo como guerrero, y, finalmente, Takashi había respondido a sus continuas peticiones de un destino en el frente, trasladando a su hijo a la plana mayor del Señor de la Guerra Yoriyoshi. Había deseado con fervor ver acción en la frontera de Davion, pero allí reinaba una relativa quietud. Y, cuando las cosas se ponían al rojo, su sino parecía conducirlo siempre a otra parte.

El puesto fácil llegó en un momento afortunado. Por medio de una solicitud de un inexistente lord Sakade consiguió arreglar la ausencia de Tomoe sin despertar sospechas. Pasó una época en la seguridad de Benjamín y, con el tiempo, le dio a Theodore un hijo.

Cuando Theodore llevaba nueve meses al mando de Yoriyoshi, su padre le presentó otra posible candidata al matrimonio. Constance sabía mejor que el Coordinador cómo la muchacha en cuestión se vio involucrada en circunstancias comprometedoras que obligaron a Takashi a repudiar el arreglo. Tal vez debido a la frustración, Theodore fue trasladado de nuevo. En esta ocasión, Takashi envió a su heredero a servir en la plana mayor del gordo y desagradable Señor de la Guerra Vasily Cherenkoff, general de los ejércitos. Con el traslado, Theodore había recibido un ascenso a *Chu sa*. «Por las apariencias —afirmó Theodore en una carta—. En realidad, lo ha hecho para castigarme. El Señor de la Guerra es arrogante y completamente estúpido. Su única iniciativa es la de reclamar la autoría de cualquier idea que le presenta su plana mayor». Theodore y el Señor de la Guerra discutían constantemente, y Cherenkoff jamás enviaba un informe bueno suyo.

Sin embargo, Theodore había servido en el puesto del cuartel general durante más tiempo que en cualquier otra parte desde que se había licenciado de la Escuela de la Sabiduría del Dragón. «Quizás esté creciendo —pensó Constance—. Tal vez el hijo que Tomoe le dio lo ha convertido en un hombre».

Alzó la vista a Takashi. Mostraba un rostro amargo, con los ojos bajos. A lo mejor también él había estado reflexionando sobre la carrera de su hijo, ya que no parecía haber notado el silencio de ella. Se preguntó qué le parecería su sugerencia de un nuevo traslado para Theodore.

—En su juventud siempre fue inquieto. Un cambio de escenario podría ayudarlo a responder mejor a vuestros deseos.

—Hasta ahora no ha sucedido... —comenzó Takashi.

Estaba claro que tenía más que decir, pero se detuvo de repente, con la cabeza ladeada y a la escucha. En un momento también ella oyó los pasos que se acercaban.



**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien**

**Distrito Militar de Pesht**

**Condominio Draconis**

**22 de diciembre de 3024**

La puerta *shoji* chirrió cuando fue empujada con violencia sobre sus carriles.

Theodore Kurita entró en la estancia. El blanco de la chaqueta de su uniforme parecía extrañamente luminoso en el cuarto en penumbra. Cuando cerró la puerta a sus espaldas, Constance, casi de manera inconsciente, notó los cambios en él. Los hombros se habían ensanchado con los músculos fuertes de un adulto. Seguía siendo delgado, un *karateka* más que un *sumotori*, y tan guapo como siempre. Rápidamente contuvo un arranque de envidia hacia Tomoe.

Sus ojos azules estaban gélidos cuando avanzó hasta plantarse como una montaña frente al Coordinador.

—Ha llegado a mis oídos que has hecho lo impensable. —Takashi se limitó a observar la hebilla del cinturón de su hijo y, con calma, apartó a un lado su taza de té—. ¡No puedo creerlo! —exclamó—. Dime que sólo es un rumor.

El padre se apoyó sobre los talones, con una expresión de sufriente tolerancia en el rostro.

—Siéntate, hijo mío, y hablaremos. —Constance fue a incorporarse, pero él sacudió la cabeza—. Por favor, quédate, Constance. Tu presencia tal vez ayude a que la situación sea más civilizada.

Theodore le dedicó una mirada cuando volvió a acomodarse. Constance no captó ninguna molestia por su presencia, pero sí detectó una disculpa en su expresión. Se apoyó sobre las rodillas, con la espalda rígida.

—¿Piensas que su presencia me impedirá hablar de lo que tengo en mi mente?

—Para nada —respondió Takashi—. Pero mi esperanza de mantener la discusión

tranquila no es irracional.

Theodore se enfureció ante las palabras elegidas, y Constance comprendió por qué había reaccionado con tanta ira. Hacía tiempo que Takashi se quejaba de que la obcecación de su hijo era irracional; la fuerte voluntad de Theodore había sido motivo de discusión muchas veces. Por la reacción de éste, notó que él también había oído el rumor de que su padre lo creía ambicioso, demasiado ansioso por el trono.

Se volvió hacia ella.

—¿Sabes lo que ha hecho? Ha nombrado a tu padre jefe de los *otomos*. Marcus Kurita, el hombre que desea su trono, como su guardaespaldas.

Constance había oído que quizá Takashi anunciara el nombramiento, pero ésta era la primera confirmación que recibía. No dudaba que la intención de Takashi era incrementar la vigilancia sobre su primo. Sabía que su padre ambicionaba el puesto de Coordinador, pero la lealtad filial le impedía revelarlo, así como la fidelidad al clan le impedía ayudarlo de ninguna manera.

—Has venido aquí a hablar conmigo, muchacho. Hazlo —dijo Takashi con voz áspera—. No inquietes a Constance con tus desvaríos.

—Entonces, es verdad.

—He nombrado a Marcus Kurita jefe de los *otomos*.

Theodore tiró con fuerza su gorra negra de oficial sobre el *tatami*.

—¿Cómo puedes ser tan tonto?

Constance bajó la cabeza, sin ganas de ver cómo Theodore insultaba a su padre. No podía hacer nada para impedirselo. Si actuaba ahora, más tarde no se hallaría en posición de ofrecerle su ayuda. Salir abiertamente en su defensa sería una acción demasiado reveladora. Esperó que no encolerizara demasiado a Takashi.

—Dadas las circunstancias, Marcus es la mejor elección para el puesto —afirmó Takashi con calma.

—¿Y yo?

—¿Qué pasa contigo? Me adviertes de los hombres ambiciosos y, luego, me pides un puesto importante. Todavía te queda mucho por aprender.

—Tú fuiste jefe de los *otomos* a los veintisiete años. Yo tengo veintiocho.

—Pero no has sentado la cabeza. Cuando yo dirigía a los *otomos*, estaba casado y tenía un heredero.

—De nuevo volvemos a lo mismo ¿No has tenido ya suficientes fracasos? Déjame en paz. Te proporcionaré uno cuando me encuentre dispuesto y preparado.

—Tu actitud da validez a mi decisión —replicó Takashi, y la aspereza retornó a su voz—. Sigues siendo demasiado impetuoso y caprichoso, poco preocupado por las necesidades del Estado. Lo has tenido todo muy fácil.

—Todo ha sido difícil contigo como padre.

Takashi buscó debajo de la bandeja de té y sacó un disco de computadora.

—Estudia este informe. La muchacha es una pareja excelente. Sus contactos beneficiarán al reino.

Theodore cogió el disco y, con los nudillos blancos, lo sostuvo delante de su cara y observó abstraído el objeto iridiscente. De repente, lo arrojó a un lado, y el disco fue a romperse contra la delicada madera encerada de una viga de soporte, rayando el acabado de la superficie. Miró con ojos centelleantes a su padre.

—Reconsidera tu decisión —dijo éste. El rostro estaba impasible, pero la voz traicionaba la violencia desbocada de sus emociones.

—No.

Constance deseó encontrarse en otra parte, en cualquier lugar.

Percibió las dos poderosas voluntades enfrentándose ante ella. No retrocederían. Ninguna bajaría la guardia lo suficiente como para discutir los temas verdaderos.

—Muy bien. —Takashi buscó de nuevo algo debajo de la bandeja y sacó un sobre cerrado. Ella reconoció la forma y los colores de un documento de la Oficina de Reemplazos, la oficina militar que manejaba los traslados. Por lo visto, Takashi estaba preparado para la respuesta de su hijo—. *Tai-sa* Kurita, tienes un nuevo destino. Has de presentarte a la Undécima Legión de Vega en Marfik. Son inadaptados y fracasados; allí te sentirás como en casa.

Sin decir nada, Theodore alargó el brazo para coger el sobre, pero Takashi no lo soltó de inmediato.

—Cuando comprendas cuál es tu lugar, puedes regresar —finalizó, abriendo los dedos.

Se guardó el sobre en la guerrera sin quitar los ojos de los de su padre. Constance recordó bien un momento similar acaecido seis años atrás en Kagoshima, pero en esta ocasión no había orgullo en la cara de Theodore. En vez de una sonrisa de placer, los músculos de su mandíbula se tensaron y sus ojos irradiaron ira.

Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. La abrió con tal violencia que se salió de sus raíles y cayó estrepitosamente al suelo, desgarrando el delicado papel de arroz. Continuó su marcha.

Constance recogió la gorra que había dejado sobre la estera; el acto hizo que Takashi volviera su atención hacia ella.

—Me disculpo por el comportamiento de mi hijo, *jokan* Constance —dijo con voz grave—. Parece que ya no hace falta que hablemos. Lamento haber ocupado tu tiempo.

—Vuestras disculpas son innecesarias, *Tono* —repuso. *Innecesarias para mí*, añadió para sus adentros, *pero hace tiempo que se las debes a él*—. Perdonad mi curiosidad. *Tono*, pero llamasteis a vuestro hijo *Tai-sa* cuando le pasasteis sus órdenes. ¿Cómo podéis ascenderlo al mismo tiempo que lo desterráis a la Legión de Vega?

—No sería correcto tener a un *Chu-sa* al mando de un regimiento, y menos aún de una legión.



**Cuartel General de la Legión de Vega, Massingham, Marfik**  
**Distrito Militar de Dieron**  
**Condominio Draconis**

**1 de abril de 3025**

Theodore tiró el trapo y dio media vuelta. El «Revenant» había pasado los tres meses de tránsito con una congelación mínima. Buscó a Kowalski, con la intención de alabar su diligente trabajo de mantenimiento, pero el Tech Superior no estaba visible.

Escudriñó el hangar. Aparecía extrañamente tranquilo; los únicos ruidos provenían de los compartimientos que albergaban a los Mechs de su lanza de mando. Se quitó el sudor de la frente con el brazo y frunció el entrecejo.

Había sido testigo del lamentable estado en el que se encontraban los Mechs de la legión cuando trajeron los aparatos de la lanza anoche. Le había dicho a Sandersen que emitiera una orden para suspender los trabajos regulares, acompañada por una petición para una tarea de mantenimiento voluntario. Cuando llegaron los legionarios, tenía previsto que lo encontraran allí, trabajando en su propio *Orion*. Esperaba que eso les mostrara que estaba de su lado, que no era un militar cerrado que hacía cumplir a rajatabla las ordenanzas. También creía que sería una buena forma de llegar a conocer a los hombres de su nuevo mando.

En un aspecto, tenía razón, pero la lección que iba a darles era penosa. Filas de BattleMechs de la legión se erguían en silencio y descuidados en sus compartimientos, como una feria de formas congeladas y colores. Llegó a la conclusión de que aquí no existía orgullo ni disciplina.

Se dirigió al siguiente cubículo, donde estaba el negro *Panther* de Tomoe, quien se hallaba ocupada con una unión de un actuador en el montaje del pie. Aunque la postura no la favorecía, se la veía tan hermosa como siempre. Cuando alargó el brazo para acariciarle las nalgas, no se sobresaltó, sino que, simplemente, le dio un golpe

distraído y le apartó la mano.

—¿Has visto a Kowalski? —preguntó Theodore.

—Recientemente, no —le llegó la respuesta apagada desde el interior del montaje blindado del pie—. Aunque observé que se encaminaba al cobertizo de suministros en busca de una pieza.

Theodore se preguntó si el Tech tendría suerte. Los documentos que había estudiado durante el viaje a Marfik indicaban que la situación de suministros de la legión era desoladora. Recordó una queja en particular que afirmaba que el Departamento de Suministros había olvidado la existencia de la legión. Si dichos documentos tenían razón, Kowalski tendría que hacer uso de todas sus famosas habilidades para obtener lo que necesitara.

Cogiendo con firmeza las caderas de Tomoe, la arrastró fuera de la oscuridad del pie del *Panther*.

—Ya le hemos dedicado demasiado tiempo hoy, en especial con toda la ayuda que estamos recibiendo. Vayámonos.

Ella observó el apacible hangar y una leve arruga apareció entre sus cejas. Encogiéndose de hombros, la descartó sin compartirla con él y comentó:

—Tengo hambre. ¿Y tú?

—Ahora que lo mencionas, sí. Llamemos a los otros dos y vayamos al comedor. Quizá nos encontremos con Kowalski de camino. Sin embargo, no nos retrasemos mucho. Le prometí a Hohiro que iríamos esta noche a verlo.

«Hohiro». Theodore recordó con cariño la despedida de la noche anterior. El muchacho era demasiado joven para comprender la exigencia de un aterrizaje nocturno en el puerto estelar de Massingham y un viaje presuroso a una casa seleccionada y asegurada de antemano, pero se había mostrado como un soldado valiente cuando se despidió de él. El niño ya estaba acostumbrado a las separaciones de sus amantes —aunque a menudo ausentes— padres. Por lo menos, Tomoe había podido pasar casi un año con él después de nacer. Los engaños resultaban complicados, pero, con la ayuda de la OCC y unos pocos favores de Subhash Indrahar, conseguían mantener en secreto la existencia del muchacho.

Apretó la mano de su esposa antes de llegar al siguiente compartimiento. Su llamada fue saludada por la sonrisa de plástico de Ben Tourneville. Se la devolvió como si no supiera que era un enemigo, un espía del Coordinador. Tourneville seguía siendo la mayor amenaza de sus secretos, pero Theodore no encontraba una excusa razonable para reemplazarlo sin despertar sospechas. Esa proximidad en sus vidas cotidianas representaba un peligro constante, pero el siempre leal Sandersen, conocedor de la situación, ayudaba en gran medida a distraer la atención del espía de Takashi.

Hirushi Sandersen también había escuchado la llamada y apareció por detrás de

las medias paredes que separaban los departamentos. El hombre alto sonrió con amabilidad al decir:

—Ya era hora de que decidieras tomar un descanso para cenar, Theodore-*sama*. Esos emparedados que Kowalski trajo para el almuerzo no bastarían ni para llenar el estómago de uno de los microlagartos locales.

—Siempre te quejas de no recibir suficiente —se irritó Tourneville—. Incluso cuando comes el doble que yo.

Theodore sólo sacudió la cabeza y continuó la marcha hacia la puerta del hangar, donde el pequeño grupo se detuvo con brusquedad cuando casi tropieza con una figura acurrucada y llorosa.

—¿Kowalski?

—Señor... —musitó el Tech, incorporándose dificultosamente.

Kowalski estaba magullado, con el uniforme roto y sucio. Sangre reseca cubría la línea donde nacía el pelo, haciendo que su usual cabello gris immaculado se erizara hacia un costado.

—¿Qué sucedió?

—Dijeron que no tenía autoridad para solicitar piezas. Cuando les expliqué que era tu Tech personal, se rieron. Afirmaron que mi palabra no bastaba. Me ofrecieron la posibilidad de establecer la autoridad. No lo hice muy bien.

—¿Quiénes eran, Kowalski-*kun*?

Éste apartó la cara del examen de su jefe y hundió los hombros.

—No puedo decirlo, señor.

Los ojos de Theodore se entrecerraron.

—Averiguaré quién fue el responsable.

—No —protestó el Tech, alzando de nuevo la vista—. Señor, por favor, no lo hagas. Ésa no es la forma de funcionar aquí.

No pudo desoír la súplica que expresaban los ojos del Tech.

—De acuerdo, Kowalski-*kun*. De momento, si te presentas a la enfermería, no haré nada. Quedas relevado del deber hasta próxima orden.

Kowalski se inclinó con una mueca de dolor y se marchó cojeando.

—¿Sabes?, tiene razón.

Los cuatro kuritanos giraron para enfrentarse al dueño de la voz. El hombre alto y de complexión fuerte se hallaba apoyado contra la pared del barracón. Una mata de cabello pelirrojo sobresalía por debajo de la gorra negra del uniforme y bañaba en sombras una cara pecosa que exhibía una sonrisa relajada. Llevaba un uniforme de salto de un MechWarrior con un *katakana* azul de *Tai-i* en la charretera izquierda. La insignia de la gorra lo identificaba como perteneciente a la primera compañía, segundo batallón, de la Segunda Legión de Vega.

—¡Ninyu! —exclamó Theodore al reconocer el rostro que había visto por primera

vez en un oscuro callejón de Kagoshima—. No te había visto desde aquella refriega de comandos en AI Nair.

—Ha pasado mucho tiempo, amigo mío. ¿Sigues practicando tu *kendo*?

—No tanto como me gustaría. Es difícil encontrar un oponente del calibre de Subhash-*sama* —repuso mientras se adelantaba para estrechar la mano de su amigo—. ¿Qué haces aquí?

—Es mi puesto —replicó Ninyu, tocando la insignia de la gorra—. Un MechWarrior leal entre la escoria del Condominio.

Theodore asintió. Sabía que Ninyu era un camarada de Indrahar en los Hijos del Dragón y, a diferencia suya, bien versado en el subterfugio y en el lado oscuro militar. Si se encontraba aquí, habría una razón para ello, que probablemente no debería averiguar delante de testigos. Para llenar lo que se estaba convirtiendo en una pausa incómoda, anunció:

—Deja que te presente a mi lanza. —Señaló a cada uno de sus acompañantes con un gesto y éstos, respectivamente, realizaron una ceremoniosa inclinación ante Ninyu—. La *Tai-i* Tomoe Sakade, mi ejecutiva; el *Chu-i* Hirushi Sandersen, especialista en operaciones; el *Chu-i* Benjamín Tourneville, especialista en comunicaciones.

—El *Chu-i* Tourneville y yo somos viejos conocidos —comentó Ninyu.

—*Soka* —repuso Theodore, comprendiendo gracias a su comentario que estaba al corriente de la otra ocupación de Tourneville—. Este es Ninyu Kerai, un viejo amigo. —*Sotto voce*, añadió—: Tened cuidado cuando os encontréis cerca de él. Es de las FIS.

Hizo una mueca de irritación fingida, de la que Theodore dedujo que el hombre suponía que los otros ya lo sabían.

—Descubriréis que muchas personas de las que hay aquí pertenecen a las FIS —señaló—. Vigilan a los descontentos y a sí mismos.

—Íbamos al comedor —les recordó Sandersen, dándose una palmada en el vientre.

—He aquí un hombre con la mente ocupada en asuntos importantes. —Ninyu se rio—. Venid. Os mostraré el camino. No querría que los nuevos se perdieran al tratar de llegar al centro de la basura más abyecta donde se sirven los mayores desastres culinarios del Condominio.

Theodore se alegró de disponer de él como guía. A la luz del día, el puñado de edificios y cabañas no parecían corresponder con las fotografías orbitales que había estudiado. Por fortuna, la caminata al comedor fue corta, pues ya comenzaba a cansarse de las continuas quejas de Sandersen sobre la falta de alimentos.

La sala estaba atestada, y el ruido y el humo se combinaban para darle el aspecto de una cantina horrible perdida en algún remoto planeta. La mayoría de los asistentes ya se hallaban sentados, y muchos casi habían terminado sus cenas. Fugazmente, Theodore se preguntó qué habían estado haciendo todo el día.



El recorrido por los mostradores donde servían resultó frustrante. El personal y los pocos que aún esperaban a ser atendidos recibieron los intentos de Theodore de ser amigable con una hostilidad mal disimulada, respondiendo a sus preguntas con las palabras mínimas y una educación rutinaria y haciendo caso omiso de sus comentarios.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja Theodore a Ninyu cuando se alejaron de los mostradores.

—Eres nuevo, alguien desconocido —contestó—. Sólo conocen lo que han oído, y la mayoría piensa que eres un pobre hombre y una deshonra para el Dragón. Es cierto que la mayor parte de estos tipos no darían ni un pedo por el Dragón, pero tampoco les gustan los nenes de papá. Muchacho brillante, tienes en tus manos una tetera con agua caliente. Veamos cómo preparas el té.

Y se marchó a buscar un sitio donde acomodarse entre las mesas llenas.

Theodore localizó dos lugares vacíos y empujó a Tomoe hacia allí. Apoyaron las bandejas y se sentaron mientras sus nuevos compañeros de mesa intercambiaban unas miradas nerviosas.

—Creo que ya no tengo más hambre —anunció una mujer de cara cetrina, poniéndose de pie con la bandeja a medio vaciar. Los otros gruñeron, asintiendo y, en un momento, Theodore y Tomoe se quedaron solos.

Dos mesas más abajo, alguien se incorporó y dijo algo a sus compañeros. Una risa áspera lo siguió mientras cruzaba el espacio que lo separaba de ellos.

—Aquí viene el comité de bienvenida —susurró Tomoe.

—Deja que yo me ocupe.

El hombre que se les acercaba era enorme; medía más de dos metros y tenía una fuerte musculatura. A pesar de lucir un descuidado jersey de MechWarrior, le pareció increíble que el enorme cuerpo encajara en el interior de la carlinga abarrotada de un BattleMech. La parte baja del rostro estaba cubierta por una barba oscura y rala, a excepción de una línea que iba desde la barbilla hasta la sien izquierda. La blanca cicatriz resaltaba sobre su piel morena y no contribuía precisamente a mejorar su siniestro aspecto. Era obvio que cultivaba ese aspecto tal como lo indicaba el tachón de oro que le atravesaba la aleta nasal izquierda y la pluma de *scharacki*, de un rojo sangre, que pendía de la oreja derecha.

—Me llamo Olivares —anunció el hombre con una voz que resonó roncamente en su amplio pecho antes de brotar por entre sus labios llenos. Dejó caer pesadamente la bandeja sobre la mesa, acercó una banqueta y se sentó—. *Sho-sa* Esau Olivares. Soy el jefe aquí. Si te llevas bien conmigo, lo harás bien con ellos.

—Tenía la impresión de que era *yo* quien había recibido el mando de este regimiento.

—Escucha, bonito. Estamos en la frontera. Los liranos podrían caernos encima en

cualquier momento. Cuando los Mechs de Steiner se lanzan sobre nuestras cabezas, no tenemos tiempo para que un novato de la academia se interponga en nuestro camino. Llevo luchando contra ellos diez años, de modo que los conozco. En cuanto aparezcan, tú acurrúcate en el cuartel general con tus libros y tus deberes. Yo me encargaré de la batalla.

Theodore enarcó una ceja en un gesto burlón que pasó inadvertido al *Sho-sa*.

—Hemos oído decir que te consideras muy bueno —continuó éste—, que has estado quemando todos los tanques de simulacros con tus tácticas. Pero ahora ya no estás en clase. Este es el mundo real y no se parece en nada a lo que piensas. Tu nombre Kurita no conseguirá que los liranos se inclinen y te besen el trasero. Así que, si los MechJocks de los Steiner llaman a nuestra puerta, mantente apartado de mi camino. Puedes largarte de regreso al cuartel general y quedarte allí, sano y salvo con los otros chicos bonitos. Seguro que os divertiréis una barbaridad.

—Un comentario muy interesante de alguien que lleva una pluma en la oreja.

—¿Me estás llamando maricón? —rugió el grandullón.

—Podría ser.

Olivares rugió mientras se incorporaba, tirando la banqueta. Echó los hombros hacia atrás, un movimiento que hacía resaltar sus enormes músculos, y alzó los puños fuertemente cerrados.

Todavía sentado, Theodore desenfundó la pistola y disparó. La pluma de *scharacki* flotó hasta la superficie de la mesa con una suave ondulación casi audible en el repentino y anonadado silencio que invadió el salón. Olivares se quedó de pie con la boca abierta, atontado.

Con calma, Theodore guardó de nuevo la pistola.

—Por otro lado, quizás estuviera equivocado. Después de todo, no llevas una pluma en la oreja. —Olivares alzó una mano grande para tantearse la oreja. Pareció sorprendido al no encontrar sangre en los dedos. Recogió su banqueta y se sentó—. ¿Un poco más de salsa de soja, *Sho-sa*? —inquirió Theodore con despreocupación, ofreciéndole la botella.

Mientras Olivares la cogía, el estrépito de las conversaciones, las copas y los platos se reanudó en el salón. Theodore sintió cómo Tomoe se relajaba. Cogió un poco de comida con los palillos y se la llevó a la boca. Ninyu tenía razón: la cocina era asquerosa. «También eso —se juró— va a cambiar».

**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien****Distrito Militar de Pesht****Condominio Draconis****1 de diciembre de 3026**

Los dos hombres protegidos con armaduras daban vueltas en círculo con cautela, las armas empuñadas. Cada uno buscaba una abertura en la defensa de su oponente. De repente, el más alto abandonó toda lentitud y se lanzó hacia adelante, con la punta del arma dirigida hacia el cuello del otro. Su objetivo se apartó un poco a la izquierda, dejando en el punto de impacto sólo vacío. Un sonido agudo y crepitante llenó el aire cuando el *shinai* de su adversario dio en el *do* del hombre más alto.

—Un buen golpe —alabó Takashi Kurita, retrocediendo para saludar a su contrincante con su propia espada de bambú. Quitándose un guante que sujetó bajo el brazo, alzó la mano y se sacó por encima de la cabeza el *men*, máscara de esgrima y protección del cuello al mismo tiempo—. Es agradable probar tu *shinai* contra el mío una vez más, viejo amigo.

—Sí que lo es —acordó Subhash Indrahar, despojándose también de la máscara—. Con más práctica, puede que mejores tu embate de *men*.

—¿Mejorarlo? —cuestionó con suspicacia Takashi—. Eres incapaz de desviarlo cuando me concentro.

Subhash inclinó la cabeza, sonriendo todo el tiempo.

—Pero no siempre lo haces.

Notó que el Coordinador analizaba el segundo significado de sus palabras. De vez en cuando, como ahora, le parecía útil hablar con frases cuyo doble sentido eran una delicada censura que lo incitaba a mejorar el cumplimiento de su deber. Casi era un juego entre ellos.

—Y la de hoy es la sesión de estrategia, ¿verdad?

—Es como tú dices, *Tono*. Sin embargo, estabas distraído. ¿Otra vez Theodore?

—Es mi preocupación constante —concedió Takashi—. Ha pasado más de un año con la basura de la Legión de Vega. Uno pensaría que prefiere a esos rufianes que a los cortesanos de Luthien.

—Le has dado pocas posibilidades de llegar a conocer la corte.

—No es segura. Hay demasiadas intrigas, demasiados villanos sin escrúpulos que podrían tratar de convencerlo para que se uniera a sus planes traicioneros tal como sucedió en Rasalhague.

—Ya ha dejado de ser un niño, amigo mío —se atrevió a decir Subhash—. Necesita aprender a sobrevivir en ella.

—Primero debe deshacerse de sus fantasías de batalla —estalló Takashi con repentina vehemencia—. Los únicos mensajes que recibo de él son planes descabellados para conquistar la Mancomunidad de Lira y educadas negativas a tomar en consideración a cualquier mujer que le sugiero como esposa. Los informes de Marfik dicen que está contento con esa farsa de estar al mando de soldados, contento de jugar con su concubina. Después de todos estos años, sigue sin comprender las exigencias del reino.

—Ciertamente, son enormes. *Tono* —dijo Subhash con tono conciliador.

Poco más podía hacer. Takashi aún se negaba a aceptar que Theodore nunca sería el hombre que él deseaba. Por supuesto que se lo podía guiar, pero no con sus tácticas de fuerza. La terquedad del Coordinador era en sí misma una amenaza para la continuidad del gobierno de la Casa Kurita, y, por lo tanto, para el Condominio Draconis. No obstante, Subhash sabía que si se le oponía abiertamente, sólo conseguiría debilitar su posición y que le resultara más difícil defender el Condominio.

Éste vivía un peligro cada vez mayor. Necesitaba la entera atención de su Coordinador, y Subhash pretendía que nada lo impidiera.

—¿Has leído mis informes, *Tono*? —preguntó, quitándose la armadura.

—Sí. Esta mañana —respondió Takashi, haciendo lo mismo con su *do*—. ¿Estás seguro de que esa aventura de Davion ha terminado?

—Eso parecería.

En los últimos tres meses, se habían producido movimientos masivos de tropas a lo largo de la frontera de Davion. Diez regimientos de BattleMechs y cien unidades convencionales habían estado involucrados en algo llamado Operación Galahad. No terminó siendo el comienzo de una guerra, tal como Subhash había temido. Sólo unas fuerzas menores de ataque habían cruzado al espacio del Condominio. La Casa Davion había realizado grandes gastos «con el fin de demostrar la preparación de la Federación de Soles para repeler a unos invasores hostiles». Sabía que el príncipe Hanse Davion, a quien muchos llamaban *el Zorro*, debía albergar algo más en su

mente, pero, de momento, sus agentes de las FIS no habían descubierto nada.

Takashi finalizó de colocar la armadura en el soporte y se encaminó hacia las duchas. Subhash lo siguió, dispuesto a dejar que fuera él quien determinara el siguiente paso de la conversación. No volvió a hablar hasta que se hubieron quitado el sudor del ejercicio y comenzado a vestirse.

—Tu evaluación de nuestros aliados es desoladora.

—No informo de fuerzas cuando no existe ninguna. Si el príncipe Davion inicia una guerra, no deberíamos esperar mucho de nuestros aliados de Kapteyn.

Los dos sabían que la carencia de aliados confiables era una debilidad. Un hombre de visión ya no podía pasar por alto la alianza cada vez más fuerte entre la Federación de Soles y la Mancomunidad de Lira, sus peores enemigos. Cualquier gobernante en sus cabales temería tal combinación.

—Hemos de fortalecernos si *el Zorro* determina que vamos a ser su presa —dijo Takashi.

—Nuestra fuerza aumenta. El experimento con la Ryuken ha demostrado su valía. Recomiendo una expansión.

—Parece razonable —concedió.

Sabía que el Coordinador no tomaría una decisión final hasta después de haber consultado con los Señores de la Guerra, pero daba la impresión de estar inclinado a dar el paso.

—La Ryuken y la Genyosha serán muy importantes si no conseguimos retener a los Dragones de Wolf.

—Sí, los Dragones. Tu informe no era muy específico. ¿Cuál es la situación real allí?

—Nuestros planes están en movimiento, *Tono*. Su deuda aumenta día a día, y nos preparamos ante la eventualidad de que no caigan en la trama del «almacén de la compañía». Allí donde los Dragones se niegan a suministrarnos material por medio del soborno, me he encargado de que los manufacturemos nosotros. Hemos sido muy afortunados al encontrar a una Natasha Kerensky convincente.

Takashi asintió con solemnidad mientras se enfundaba su sencillo traje de salto de soldado, que solía usar en las ocasiones militares.

—No quiero que los Dragones dejen el Condominio —aseveró con firmeza.

—Les transmitiré tus deseos a nuestros agentes, *Tono*.

—Entretanto, hemos de atender las cuestiones más inmediatas de la estrategia del reino para el año próximo.

—Así es, *Tono* —acordó Subhash, satisfecho de que, por el momento, Takashi hubiera olvidado las desavenencias con su hijo. Ahora el Coordinador aplicaría su gran astucia a los problemas importantes—. Los Señores de la Guerra te esperan.

—Entonces, pongámonos a trabajar.

Subhash se sintió satisfecho por la resolución que notó en la voz de Takashi. Su trabajo había tenido éxito. Mientras se encaminaban hacia el edificio principal del palacio, dijo:

—Permite que te preceda yo, *Tono*. Será mejor si el Coordinador no da la impresión de favorecer a las FIS por encima de los Señores de la Guerra llegando en compañía de su director.

—Como siempre, amigo mío, tienes razón. Indrahar inclinó la cabeza y continuó hacia la corte, complacido de que Takashi estuviera bien preparado para reunirse con su concejo.

**Cuartel General de la Legión de Vega, Massingham, Marfik**  
**Distrito Militar de Dieron**  
**Condominio Draconis**

**11 de diciembre de 3027**

El estandarte rojo aleteó en la fría brisa. El rechinar de las poleas llamó la atención de Theodore, que dirigió los ojos hacia el símbolo de la legión, bordado con precisión en la bandera. La horrible rata con un cigarrillo en la boca, sentada delante del disco rojo, le devolvió la mirada con la serena indiferencia de los seres bidimensionales.

—Otro buen día bajo los ojos de Takashi —musitó al grandullón que tenía al lado. Este se frotó la cicatriz con un dedo mugriento antes de responder:

—La rata no tiene ojos, *sama*.

—Parece que ése ha sido mi problema toda la vida.

La cara de Olivares mostró una mueca de confusión mientras sacudía despacio la cabeza.

—Eres bueno en el campo de batalla, *sama*, pero a veces sí que hablas de manera extraña.

Theodore se rio entre dientes.

—No te preocupes, Olivares-*kun*. ¿No sería mejor que fueras al campo de aterrizaje? Se espera la llegada de la Nave de Descenso con nuestros nuevos reclutas en una hora.

—¿Reclutas? —atronó el hombre al tiempo que se encaminaba en dirección del campo de aterrizaje—. Es una buena broma.

Theodore escuchó cómo la risa del *Sho-sa* se desvanecía en la distancia. Después de casi tres años en Marfik, seguía sin comprender su sentido del humor. Aunque era justo: tampoco el *Sho-sa* parecía entender las ironías que él percibía en la existencia.

Marfik era un buen mundo, un extraño vertedero para la escoria militar del

Condominio. Resultaba un puesto mucho más agradable que Vega, donde estaban emplazados los otros dos regimientos de la legión.

Miró más allá de la ciudad de Massingham, hacia el lejano bosque de árboles breña, una visión magnífica con la que comenzar el día. Treinta metros de troncos sólidos y pelados se alzaban del suelo de hojas mohosas antes de que empezaran a crecerles ramas, que se extendían y entrelazaban, formando una intrincada telaraña. Esas extremidades ahora aparecían desnudas, pero, cuando llegara la primavera, el azul intenso de sus hojas sumiría al bosque en una profunda sombra, convirtiéndolo en un confuso laberinto para aquellos que desconocieran sus senderos. Era una maravilla, una de las tantas que tenía este mundo agradable.

Refrescado, subió los escalones que conducían a la cabaña de un solo cuarto en cuya puerta se leía de forma ostentosa: «Oficial de Mando». El error ortográfico no le molestaba; el cartel era un regalo de sus oficiales y atesoraba el respeto que implicaba. Entró en el despacho y encontró a Ninyu tumbado en el sofá desgastado, con los pies apoyados sobre la mesa de la radio. Parecía estar dormido, con la gorra cubriéndole los ojos, pero él sabía que no era así.

—¿Tienes que adoptar esos hábitos desmañados?

—Es como una coloración protectora —musitó Ninyu por debajo de la gorra—. Muy importante en mi trabajo.

Theodore se dirigió hacia su escritorio, esquivando el par de sillas de respaldo recto, y se dejó caer en su desvencijado sillón, que rechinó pero aguantó el peso.

—¿Fingimos que aún sigues siendo un militar y tratamos de completar algo de trabajo?

Ninyu se sentó, cogiendo la gorra antes de que pudiera llegar al suelo. Se frotó la mata pelirroja con la mano libre.

—Has estado quisquilloso desde que Tomoe se fue de permiso. Tal vez debiéramos hacer un viaje al Distrito del Placer.

Le lanzó una mirada desaprobadora, ante la que el otro respondió encogiéndose de hombros.

—Sabes que mi preocupación es ella. Tiene más problemas en esta ocasión.

—El hermano Nitti es un buen médico. La madre y el bebé se encontrarán bien.

Theodore no pudo mostrarse en desacuerdo.

—No obstante, la echo de menos.

—Es obvio. Pero, por lo menos, Hohiro pasará un tiempo con su madre.

—Algo que yo no puedo hacer cuando debo ocuparme de mis otros hijos —dijo malhumorado, señalando con una mano la ventana a través de la cual se veían las barracas de la legión—. Si fueran soldados de verdad, no tendría que cuidarlos como una niñera.

—Quizá no sean Espadas de Luz, pero no son bebés —observó su amigo—. Eran



basura cuando tomaste el mando; sin embargo, ahora las cosas son distintas. Y tú eres la causa, amigo mío. Lo creas o no. —Theodore le lanzó una mirada escéptica—. Es verdad —afirmó—. Disteste el primer gran paso cuando amilanaste a Olivares en vez de dejar que él te intimidara. Eso te convirtió en el macho sobresaliente. Estos mestizos están acostumbrados a temer al líder. Siempre me has dicho que el miedo es un motivador insatisfactorio, así que no estás satisfecho.

»Echa un buen vistazo a tu alrededor. Sus actitudes empiezan a cambiar. Tú les elevaste la moral al apodarlos *Buso-senshi*, guerreros del armamento. Algunos de ellos no comprendieron la broma al principio, en especial los que no son japoneses. Pero no se podía esperar que supieran que el símbolo para «armamento» tiene una analogía con «sin par». Les proporcionaste un corazón. El momento crucial fue cuando bautizaste a la rata del estandarte *Takashi*. Eso les llegó, cristalizó tu afinidad con ellos como un camarada proscrito.

»¿No te ayudamos Tomoe y yo a localizar a la verdadera basura de la legión? Los quejicas sin moral ni lealtad y los debiluchos ya han desaparecido. Con la tapadera del departamento que creé, incluso los informes de los espías de las FIS que hay en la unidad pasan primero por tu escritorio, para ser modificados o transmitidos sin cambios. Te permite mantener la nariz del Coordinador fuera de tus asuntos.

»Los cambios fundamentales no ocurren de la noche a la mañana. Estás obteniendo resultados. Puede que los Mechs sean una miscelánea y que se parezcan a unos vagabundos gitanos, pero los soldados trabajan con ellos, mejorándolos en lo que pueden. Además, ya empiezan a operar como unidades. Incluso están influyendo en las tropas convencionales.

Theodore se rio entre dientes.

—Sí, dentro de diez años quizá sean capaces de enfrentarse a Steiner. Agradecemos a Buda no estar en la frontera de Davion.

—Roma en un día, la Torre de Osaka en una noche, y ese tipo de cosas. Paciencia, amigo mío.

—Gracias, fuente de sabiduría —repuso con sequedad—. ¿También me puedes arreglar el problema de los suministros?

Ninyu se encogió de hombros.

—Soy un sabio reconocido, no un hacedor de milagros.

Theodore suspiró.

—Los legionarios siguen siendo unos pendencieros, dispuestos a saltar a la primera. Su disciplina es tan descuidada como sus uniformes.

—No estamos en la corte de Luthien —le recordó el otro innecesariamente—. Cuando llegue el día, lucharán... Eso es lo importante.

—Lo veremos cuando llegue. —Activó el interruptor de su ordenador de mesa e introdujo un disco. Observó la pantalla durante varios minutos, estudiando los datos

a medida que pasaban ante sus ojos—. Puede que ese día esté próximo.

Ninyu se puso rígido con repentina atención.

—¿Ordenes para un ataque?

Theodore sacudió la cabeza.

—No tenemos esa suerte. Lo más probable es que a esta unidad no la manden a la acción mientras yo me encuentre al mando. Es una cuestión de principios con cierta persona. No, me refiero a los informes que las FIS han recibido respecto a unos oficiales de Davion como consejeros de algunas unidades Steiner. Las tropas lirananas han mostrado una mejoría notable durante los últimos años. Después de que Davion mostró los colmillos con la Operación Galahad, los lirananos lo imitaron con su propia Operación Tor. La tormenta está creciendo.

—¿La empujarán hasta una guerra abierta?

—Parece sólo cuestión de tiempo. La boda de Hanse Davion une algo más que dos facciones políticas. Casa una economía fuerte con unos militares peligrosos. Sin duda nos aguardan problemas.

—¿Crees que nos atacarán?

—¿Quién más es tan peligroso para ellos? Seguro que no la atontada Liga de Mundos Libres o la poco armada Confederación de Capela. Los estados periféricos son demasiado pequeños para representar una amenaza verdadera, y las casas menores no cuentan. El Dragón es su justa preocupación. Estaremos presionados al máximo luchando contra las dos Casas. Será una guerra gloriosa.

Sonrió al pensar en las posibilidades que traería una guerra. Por lo menos, dispondría de una oportunidad de probarse a sí mismo como un guerrero, un comandante. Takashi ya no podría negarle su lugar, y él le demostraría que era un heredero válido.

Una idea repentina y oscura invadió sus sueños de gloria. La guerra pondría en peligro a su propio hijo y heredero.

—Ninyu-*kun*, quiero que hagas algo por mí.

—Pídelo —repuso con cautela Ninyu.

—Deseo que mi familia sea trasladada a un mundo más seguro. Aquí en Marfik estamos muy expuestos. Demasiado próximos a los lirananos.

—Tomoe no puede marcharse hasta dar a luz —le recordó el otro.

—Lo sé. Tan pronto como sea capaz de viajar, quiero que se vayan.

—Resultará difícil ocultar los rastros.

—Confío en tu habilidad, amigo mío —declaró Theodore con una sonrisa.

Ninyu regresó al sofá y se tendió en él cuan largo era.

—Requerirá una buena planificación —dijo—. Lo mejor es que empiece ya.

Observó a su amigo colocarse la gorra sobre los ojos y acomodarse, y sacudió la cabeza. Si algún otro hubiera respondido a sus órdenes igual que él, se habría

encolerizado. Pero, por pasadas experiencias, sabía que, sin importar lo relajado que estuviera Ninyu, su mente jamás dejaba de funcionar. Convencido de que su amigo encontraría una solución, centró su atención en el ordenador de mesa. Pidió los últimos informes de disponibilidad de las unidades y comenzó a estudiarlos.

**Cuartel General de la Legión de Vega, Massingham, Marfik**  
**Distrito Militar de Dieron**  
**Condominio Draconis**

**11 de diciembre de 3027**

La voz ronca de Olivares interrumpió la concentración de Theodore. Por los ruidos, comprendió que el *Sho-sa* ya había escoltado a los recién llegados hasta el edificio en el que se encontrarían con su comandante. Una gran diferencia con el inexistente comité de recepción que tuvo a su llegada.

Antes de que Olivares los pusiera en fila, Theodore salió a la luz del sol. Ninyu se incorporó y lo siguió con andar cansino.

Deteniéndose al lado del mástil de la bandera, inspeccionó despacio a los hombres y mujeres que se situaban en filas irregulares. Había una diversa variedad de uniformes: MechWarriors y de infantería, tanquistas y Aerojocks, mecánicos y cocineros. Venían de todas las ramas militares del Condominio. Muchos llevaban insignias de las unidades participantes de la desastrosa campaña de Galtor. Un grupo no uniformado se mantenía obcecadamente junto. Theodore supuso que se trataba de lo que quedaba de los mercenarios Asesinos de Kelly, que fueron destruidos como unidad efectiva cuando Davion atacó Nueva Mendham. La deuda que tenían con el Condominio la pagaban sirviendo en la legión.

Olivares miró a Theodore y éste asintió.

—Silencio, escoria —rugió—. *Tai-sa* Kurita tiene unas palabras para vosotros. ¡Quitaos la cera que os taponan las orejas y escuchad!

Quedó impresionado por la elocuencia de la presentación de su subalterno. Usualmente, las largas peroratas del *Sho-sa* eran imposibles de transcribir. Se aclaró la garganta, preparando la voz para que llegara hasta todo el campo.

—Bienvenidos a la Legión de Vega.

«Sé lo que habéis oído, porque yo también lo oí. Que ésta es la cloaca militar del Condominio. Que vuestras carreras han terminado. Que nadie jamás regresa de la legión.

«Podéis creerlo si así lo deseáis. Podéis hacer que sea verdad al convertirlos en la escoria que suponéis ser. Yo no os detendré. Y no lo haré porque me es imposible. Si ya no os queda nada de honor, seréis todo lo que dicen de vosotros. Marfik representará vuestro infierno personal.

«Pero no tiene por qué ser así. Haced caso omiso de lo que habéis escuchado antes de venir aquí, y sumergios en vuestro honor. Es la fuerza que os mantendrá y la armadura que os protegerá. La legión os ofrece un nuevo comienzo. Os desafío a probaros que sois guerreros, hombres y mujeres de valía. Ganaos vuestro respeto, si podéis. No resultará una tarea fácil.

«Depende de vosotros. Pensadlo.

«Hablaré con cada uno individualmente. De momento, dirigios a las barracas. El *Sho-sa* Olivares os indicará dónde dejar vuestro equipo. Consultad la orden del día para ver la hora de la entrevista.

«Romped filas.

Un hombre alto y negro llamó su atención. Tenía un aire conocido, pero no recordó haberlo visto antes. Su gorra de servicio no le ayudó; le habían arrancado las insignias de la unidad.

—Tú —llamó, señalando al hombre—. Ven aquí.

Mientras el soldado se acercaba, observó el lado izquierdo del cuello. La tela aparecía deshilachada en algunos lugares y un color levemente más oscuro perfilaba la forma de un distintivo diferente del de tres barras del *Chu-i* que centelleaba al sol. El hombre había sido degradado del rango de *Tai-i*.

Notó el pelo negro rizado y el bigote y perilla bien cuidados, e inspeccionó esas facciones tan familiares.

—¿Cómo te llamas?

—Fuhito Tetsuhara, señor —contestó con voz clara y profunda.

—Me pareció que eras conocido —comentó Theodore con una sonrisa—. Minobu Tetsuhara fue uno de mis tutores. Debes de ser su nieto.

—Su hijo, señor —indicó Fuhito, moviéndose incómodo.

Theodore no supo si dicha incomodidad era por tener que corregir a su superior o por la simple mención del nombre del viejo soldado.

—Tiene mucho *hara* —comentó Ninyu por detrás.

—Márchate, *Kerai-kun* —ordenó, mirando a su amigo y dándole a entender que iba en serio. Ninyu se mostró ofendido. Theodore apoyó un brazo sobre el hombro de Fuhito—. Ven dentro. Acabo de modificar tu hora de entrevista. Deja tu bolsa. El *Tai-i* Kerai la guardará. —Hizo caso omiso de la irritación de Ninyu, sabiendo que más

tarde lo aplacaría—. Dime, Fuhito *san*, ¿cómo está tu familia? —le preguntó mientras conducía al *Chu-i* al interior del edificio.

—Mi padre y mi madre están bien, *Tai-sa* —comenzó con titubeos. Resultaba claro que no estaba acostumbrado a discutir cuestiones familiares con un oficial superior—. Mi hermano mayor, el *Chu sa* Minobu, se ha recuperado de su accidente y manda la *Ryuken-ni* en la frontera con Galedon. Mi otro hermano, el *Tai-i* Yoshi, ha recibido el estandarte rojo y negro. Yo estoy aquí.

Theodore captó la creciente amargura en su voz. Señaló el sofá con la mano para indicarle que podía sentarse; luego, se acomodó en el borde del escritorio.

—Por favor, acepta mis condolencias por la muerte de Yoshi. Debió de haber muerto de manera valiente para recibir el estandarte. Es un alto honor para un oficial menor que su nombre se inscriba en el Gran Muro de los Samuráis Caídos. Tu familia ha sido honrada.

—Somos leales servidores de la Casa Kurita —repuso Fuhito de forma mecánica.

—Recuerdo que una vez vi a tu hermano mayor, Minobu, cuando fue de visita a la corte, en Luthien. Yo tenía diez años y quedé sorprendido de ver a un samurái negro, en especial a uno con un nombre japonés. Entonces, desconocía que uno no tenía por qué ser japonés para abrazar el código del *bushido*. Y también que el hecho de ser nipón no hacía que creyeras automáticamente en el código. He aprendido mucho desde mi juventud, incluyendo cómo juzgar a cada hombre por lo que es y mostrar cautela ante lo que otros dicen de él.

Fuhito guardó silencio.

—Minobu está progresando. Su experimento con la *Ryuken* es un éxito. Los regimientos carecen de los problemas que nosotros tenemos con el Departamento de Suministros; además, tiene la bendición del Departamento de Administración. Incluso aquí en Marfik, sufrimos las consecuencias de las órdenes de abastecer a los pilotos de Mechs que él solicitó al formar a la *Ryuken*. Me vi obligado a enviar en persona al *Chu-i* Sandersen de mi propia lanza de mando. La legión no había perdido a ningún hombre de esa manera desde que se formó la *Genyosha*.

El otro siguió en silencio. Theodore, preguntándose si estaba llegando a él, cogió una carpeta del escritorio. La abrió y hojeó el contenido.

—Dispongo de un puesto para un buen comandante de lanza de reconocimiento, Fuhito-*san* —comentó con tono despreocupado—. ¿Conoces a alguien a quien recomendarme entre los transferidos?

—He oído que Hanson es bueno, *Tai-sa*.

—Mmm. Tú mandaste una compañía de reconocimiento, ¿verdad?

—*Hai*, en Galtor. La compañía ya no existe.

—Cuéntame qué sucedió —le ordenó—. Puedes hablar con entera libertad.

El hombre vaciló un instante y, luego, soltó la historia. Theodore suspiró

interiormente. La cautela del Tetsuhara-*sensei* no había arraigado mucho en su hijo. A pesar de sí mismo, pronto se interesó por la narración de Fuhito acerca de las lealtades equivocadas y la lucha política intestina que tanto había ayudado al desastre de Galtor. El ego del Señor de la Guerra Yoriyoshi se había visto herido por los continuos insultos de su rival, el Señor de la Guerra Samsonov. Cuando la estrategia de éste lo colocó a él y a sus tropas en una situación insostenible, exasperado, abandonó el planeta. Su partida dejó a Samsonov enfrentado con una abrumadora fuerza de Davion, y se vio obligado a marcharse también. Yoriyoshi fue relevado del mando y degradado, culpándose del fracaso del Condominio al tiempo que se lo tildaba de cobarde e incompetente. Era una imagen falsa, según Fuhito. Afirmó que el Señor de la Guerra ya había sabido que la campaña estaba perdida, y, sencillamente, había salvado a sus hombres para que pudieran combatir en otra ocasión. El propio análisis que realizó Theodore de la campaña tendía a confirmar esa misma evaluación.

Fuhito había defendido a su comandante en voz alta ante el comité de investigación. Cuando el dictamen le fue contrario, él se vio atrapado en la caída.

—Hablé con el corazón, y conté la verdad tal como yo la veía —concluyó—. Al hacerlo, me gané unos enemigos poderosos. Creí que me darían de baja. Es lo que hicieron con todos los demás que expusieron sus creencias.

—Pero ahora, después de aprender la lección, ¿actuarías de otra manera?

—*Iie, Tai-sa* —espetó indignado—. He de velar por mi propio honor.

Theodore le sonrió con simpatía.

—Creo que tú eres el hombre que ha de hacerse cargo de la compañía de reconocimiento del primer batallón. Se te asigna un *Griffin, Tai-i*.

—¿*Tai-i*? —repitió Fuhito perplejo—. Fui degradado a *Chu-i*.

—Los hombres encuentran sus propios rangos en la legión. *Tai-i*. No puedo permitir que un rango inferior dirija la compañía.

Estaba claro que Fuhito rebotaba de júbilo por disponer de un mando otra vez, pero había algo oculto detrás de su alegría. Titubeó, mordiéndose el labio inferior.

—¿Cuál es el problema? —lo instó.

—Se me ha asignado un *Griffin, Tai-sa*, pero *Katana Kat*, el *Panther* de la familia, vino a Marfik conmigo.

Theodore lo comprendió en el acto.

—¿Cómo puedo interferir en el honor de una familia? —La gratitud resplandeció en la cara de Fuhito—. Antes de que asumas el puesto, quiero comprobar si tienes el toque de Tetsuhara con un Mech. Reúnete conmigo en el campo de práctica en veinte minutos.

—¡*Hai, Tono!* —exclamó Fuhito.

**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien**

**Distrito Militar de Pesht**

**Condominio Draconis**

**17 de marzo de 3028**

Constance Kurita se observó el rostro en el espejo. Aunque sólo llevaba cuatro años con la responsabilidad de guardiana de la Casa del Honor, la sentía como una carga muy pesada. Buscó señales de tensión, pero no encontró ninguna. «Es un alivio —se dijo a sí misma—. Va no queda tiempo para ocultarlas con cosméticos».

Cuando el sirviente pronunció su nombre, realizó una última y rápida comprobación de su aspecto antes de atravesar la puerta que mantenía abierta. Mientras recorría la galería de la mansión, de forma inconsciente se alisó la línea del kimono.

El batir rítmico de su pesada y doble coleta de caballo contra sus nalgas era como un metrónomo que la ayudaba a mantener en calma sus pensamientos. Unos pocos años atrás, la sola idea de encontrarse con el Coordinador la habría inundado de aprehensión. Ahora se alegraba de que el tiempo hubiera reforzado lo suficiente su confianza como para permitirle mantener un control interior. Había asumido el papel de ser la conciencia de Takashi. Aunque su primo le llevaba veinte años, ya no la trataba como a una niña que jugaba a ser una adulta. A veces... incluso escuchaba sus consejos.

Lo encontró sentado en el jardín de grava barrida que había al final de la galería. Su negro uniforme de oficial superior parecía fundirse con el banco de basalto donde se hallaba. Estaba meditando, la mirada clavada con firmeza en el árbol enano de criptomeria que se alzaba ante su asiento, contra la valla baja de bambú. Cuando Constance salió del porche de madera y pisó el inicio del sendero, Takashi se incorporó y, girando hacia ella, se inclinó ceremoniosamente.



—Querías hablar conmigo, *jokan* Constance —dijo cuando ella le devolvió una inclinación más profunda, tal como le correspondía a un sirviente del gobernante.

—Sí, *Tono*. Gracias por concederme tiempo. —Vaciló un momento, en reconocimiento a la costumbre Kurita de comenzar todas las conversaciones con el más mínimo de los preámbulos. Ella y Takashi, primos al igual que funcionarios del Estado, hacía tiempo que habían dejado atrás la necesidad de recurrir a las formalidades para medir sus estados anímicos—. Se me ha informado que no habéis enviado una invitación a vuestro hijo —comentó, yendo directamente a la cuestión.

—Es correcto.

—Se trata de una ocasión importante. *Tono*. La boda de Hanse Davion, gobernante de la Federación de Soles, con Melissa Steiner, heredera del Arcontado de la Mancomunidad de Lira, es un evento sin precedentes. Cada cabeza de Estado de la Esfera Interior estará presente. Es una oportunidad inapreciable para que vuestro heredero los conozca.

—Sigue con su obstinación —expuso llanamente Takashi.

En la tensión de su mandíbula, Constance leyó la irritación que no apareció en su voz.

—Como vos —repuso con tristeza. No había habido mucha comunicación entre padre e hijo desde que Theodore había sido desterrado a la Legión de Vega hacía ya tres años—. No lo tratáis adecuadamente. Sois el Coordinador y él vuestro heredero. Si no lo preparáis bien, falláis ante el Dragón y el reino.

—Soy bien consciente de mi deber hacia el reino, *jokan* —estalló—. Todo lo que hago es con el único propósito de moldear a mi hijo para ser la clase de gobernante que necesita el Condominio. Debe aprender.

—Exactamente lo que yo quería decir. —Constance mantuvo el tono de voz calmo y apacible—. Puede aprender mucho durante la festividad de la boda, conocer a los gobernantes de los estados enemigos que tienen frontera con nuestro reino. Y le proporcionará la oportunidad de tratar y calibrar a nuestros aliados del tratado de Kapteyn.

La inmovilidad de Takashi le indicó que sus palabras caían en oídos sordos. Esta no iba a ser una de sus victorias. Mientras se inclinaba y daba media vuelta para marcharse, él volvió a hablar con voz firme y decidida.

—Aún le quedan cosas que aprender en Marfik. Dejaremos que se quede allí y se pierda toda la diversión.

**Valle de Massingham, Marfik**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**29 de agosto de 3028**

—Tenemos algo de diversión por el flanco izquierdo —informó Fuhito Tetsuhara por el enlace de fibra óptica, desde la oculta posición en que se mantenía su compañía en el bosque de DonnerBrau.

Theodore rotó la cabeza del «Revenant» para que el sensor explorara la fuente de perturbación. Las imágenes comprimidas de su pantalla de trescientos sesenta grados fluyeron hasta que dispuso de una vista del ala izquierda de la legión en el centro de la pantalla, donde la distorsión era menor. Un polvo remolineante confirmó el informe del *Tai-i* Tetsuhara.

Activó el enlace con el comandante de sus fuerzas Mech.

—El Undécimo Blindado está levantando el polvo —dijo—. ¿Por qué no mantienen sus posiciones?

—No lo sé, *sama* —contestó Olivares con su voz atronadora, inconfundible incluso en los enlaces de comunicación.

—¡Bien, pues averígualo! —estalló Theodore, con el temperamento irascible por la falta de sueño.

Mientras Olivares ordenaba a Tetsuhara que enviara una lanza de reconocimiento, cortó las comunicaciones y centró su atención en el mapa táctico que iba pasando por su pantalla principal.

Cinco días antes, se habían detectado Naves de Descenso Steiner en alta aceleración con rumbo a Marfil. Sus Naves de Salto habían realizado un tránsito peligroso al sistema para aparecer en un «punto pirata» a sólo unos pocos miles de kilómetros del sendero orbital de Marfik. La proximidad del lugar de tránsito había

reducido de manera drástica el tiempo de vuelo de las Naves de Descenso de apoyo a medida que se acercaban al planeta. Al emplear el «punto pirata», los liranos habían puesto en peligro a una gran flota de Naves de Salto, por no mencionar a las de Descenso y a las tropas que llevaban. Aquellos que le debían alianza a la Casa Steiner eran conocidos a lo largo de toda la Esfera Interior como mercaderes astutos, siempre conscientes del equilibrio entre el beneficio y la pérdida. Quedaba claro que las posibles ganancias en el sistema Marfik compensaban los riesgos.

Cuando Theodore vio por primera vez los cursos del radar, el número de invasores lo sorprendió. Había docenas de Naves de Descenso. Afortunadamente, su masa y huella indicaron que la mayoría eran fuerzas convencionales; sólo unas pocas fueron identificadas como transportes de Mechs. Realizar un ataque masivo empleando tan pocas de las armas más potentes disponibles bajo las Normativas de Ares de la Guerra carecía de sentido militar. Sólo podía justificarlo la necesidad de Steiner de disponer de sus fuerzas de BattleMechs en otra parte. Y eso únicamente podía significar una cosa: *¡guerra!*

Llevaba algún tiempo esperándola. Los gastos de los ejercicios militares de Davion en la Operación Galahad y de Steiner en la Operación Tor habían sido enormes, incluso para sus ricos reinos. Theodore no había sido capaz de discernir el objetivo completo de aquellas maniobras, ni siquiera con los informes de inteligencia de la Orden de las Cinco Columnas, pero el desplazamiento de unidades que se insinuaba en ellos era ominoso.

Cuando las Naves de Descenso de Steiner aparecieron en el sistema, Theodore había quemado incienso en el altar local para darle las gracias a Buda por haber trasladado a los niños a un lugar seguro dos semanas atrás.

El día anterior, un experto de ComStar le había entregado un mensaje confirmándole sus temores de guerra. El disco contenía una grabación completa del brindis de la boda, en el que Hanse Davion le había ofrecido a su prometida la Confederación de Capela como regalo de bodas. Ese fue su anuncio del ataque de la Federación de Soles a los capelenses. La sincronización estaba demasiado próxima a la aparición de tropas Steiner en el sistema Marfik. Tenía que ser que la Arcontesa Katrina Steiner apoyaba a su aliado Davion abriendo un frente para ocupar al Dragón mientras el príncipe Hanse aplastaba a los capelenses. Sin embargo, no había recibido ningún comunicado del mando de Dieron anunciándole la invasión, aunque era probable que las tropas liranas también estuvieran atacando otras fronteras.

Tan pronto como alcanzaron la órbita, las Naves de Descenso de la Mancomunidad de Lira habían aterrizado y atacado las tres masas terrestres más importantes de Marfik: Yantiban y Galfree del Norte y del Sur. Atacados por casi el doble de fuerzas, los cuatro regimientos convencionales que defendían Yantiban habían sido doblegados casi en el acto. Los tres regimientos de Galfree del Sur

aguantaron dos días los ataques de Steiner. Sólo Galfree del Norte consiguió sostener una oposición, lo cual era de esperar, ya que la concentración más grande de fuerzas del Condominio se hallaba en aquel continente.

Inteligencia había identificado por lo menos diez regimientos convencionales y un regimiento de BattleMechs entre las fuerzas de Steiner que desembarcaron en Galfree del Norte. Los doce regimientos kuritanos asignados a defender el continente eran todos convencionales, salvo el propio destacamento Mech de Theodore, la Undécima Legión de Vega.

Se extrañó cuando los Mech de Steiner aterrizaron cerca de Netaltown, un lugar situado al sur de Massingham. También, por primera vez, se sintió agradecido por la terquedad de Tomoe. Se suponía que la legión iba a realizar entrenamientos de verano en las dunas próximas a Netaltown, pero, después de otra discusión por su negativa a marcharse con los niños, Theodore había estado demasiado irritado para tratar con los problemas que suponía conducir unas maniobras de entrenamiento. Si no hubiera cancelado el ejercicio, los liranos les habrían caído sobre la cabeza, habrían dispersado a los Mech kuritanos y, probablemente, los habrían eliminado como fuerza de combate viable. De perder a los BattleMechs, toda esperanza de resistencia en Marfik habría desaparecido con ellos.

Los Mech de la legión aún no habían entrado en combate. Aunque eso no duraría mucho tiempo. Un vuelo rasante de los cazas AeroSpace de la legión le había confirmado, finalmente, el avance de las fuerzas Steiner. Varias columnas blindadas marchaban a lo largo del valle en dirección a la ciudad minera de Massingham desde el otro lado de la vasta extensión del bosque de DonnerBrau. Los BattleMechs de Steiner se agrupaban a cincuenta kilómetros al este de Massingham, iniciando la marcha llanura arriba del valle de Massingham.

Una luz parpadeante en el tablero exigió su atención, anunciándole un mensaje láser que estaba a punto de entrar a través del comunicador. Activó el sistema de rastreo automático del «Revenant» para centrar la pantalla en la fuente de procedencia; luego, levantó el interruptor que pasaría el audio a los altavoces. La pantalla del *Orion* se situó en una colina distante, a diez kilómetros al sudoeste. Un aumento de amplificación le permitió ver el casco de *kabuto* con la cara de gato pintada en el pecho del Mech que se ocultaba allí. Se trataba del *Panther* de Fuhito.

El *Tai-i* había avanzado para mantener contacto con la lanza de reconocimiento. Se había visto obligado a cortar el enlace de fibra óptica y ahora empleaba un comunicador láser con línea directa de visión para evitar ser interceptado.

—*Tai-sa*, tenemos BattleMechs enemigos procedentes del este. El Undécimo Blindado marcha para establecer contacto y solicita apoyo.

—¿Son Mech exploradores? —preguntó Theodore.

Por lo general, los BattleMechs más ligeros iban por delante del cuerpo principal,

con el fin de determinar la resistencia y el despliegue enemigos. Quizá fuera posible atacar la fuerza exploradora y negarle a los liranos información sobre los puestos kuritanos antes de que las máquinas más pesadas llegaran al escenario.

—No, señor. Son de alto tonelaje. Tenemos a tres Mechs de asalto de unas noventa toneladas bajo observación. El resto parece consistir en aparatos medianos y pesados.

—¿Una fuerza de asalto conduciendo la marcha?

No tenía sentido. La batalla orbital aún les impedía un reconocimiento aéreo completo a los dos bandos. Comprometer la fuerza principal de uno sin conocer al enemigo, era una estupidez. «A menos —pensó Theodore— que hayan rodeado nuestros flancos».

—Envía una orden de repliegue al Undécimo. Su blindaje ligero no resistirá el embate de esos Mechs de Steiner. Manda un par a vigilar nuestros flancos, *Tai-i* Tetsuhara, y mantente atento a fuerzas enemigas emplazadas a lo largo de la periferia del bosque. No quiero ninguna sorpresa de esa dirección. ¿Cuántos tanques e infantería avanzan con los Mechs?

—Ninguno, señor. El enemigo no... —La transmisión se cortó cuando el *Panther* agachó la cabeza justo en el momento en que unos misiles cayeron en la cima de la colina y lanzaron una lluvia de tierra hacia el cielo—. Repito, la fuerza enemiga no tiene apoyo. Las insignias de la unidad indican el Cuarto de Rangers de Skye —le llegó la voz tranquila de Fuhito tan pronto como volvió a alinear el comunicador láser.

—Mensaje recibido. *Tai-i*. Mantén los ojos sobre ellos.

Cortó la comunicación y analizó la situación en la zumbante intimidad de la carlinga del «Revenant». «¿Un avance sin apoyo? El comandante de Steiner era un idiota o se mostraba extremadamente confiado». La última posibilidad lo preocupó seriamente.

Theodore llamó al programa de biblioteca de la computadora del «Revenant», y solicitó información acerca de sus oponentes. No le gustó lo que vio. El Cuarto de Rangers de Skye era una unidad formidable compuesta por una élite de MechWarriors, muy bien entrenados y motivados, con un historial impresionante. Su comandante era Kathleen Heany. Los informes de su capacidad eran irregulares y despectivos, pero eso era típico en los que redactaba el Condominio sobre oficiales femeninos, en especial los de Steiner.

Los Rangers procedían de la isla de Skye, uno de los tres estados fundadores de la Mancomunidad de Lira. Éste poseía casi un tercio del espacio de Steiner y la mayoría de su poderío industrial, y también constituía aproximadamente la mitad de la frontera del Condominio con los liranos. Los informes de las FIS afirmaban que Skye era tan problemática para la Casa Steiner como Rasalhague para la Casa Kurita, debido a un fuerte movimiento separatista existente allí. Sus unidades a menudo se

negaban a participar en las incursiones militares de Steiner, porque los isleños estaban a favor de una postura defensiva. No obstante, aquí venían los Rangers a atacar el mundo kuritano de Marfik, lo cual, por cierto, no era ninguna maniobra defensiva.

Otra señal de que la guerra abierta había comenzado.

La voz de Tourneville interrumpió sus pensamientos.

—*Tai-sa*, nuestras unidades de interceptación están captando su canal de comunicación. No lo comprendo, pero emiten de forma abierta. —Se detuvo como si no supiera cómo transmitir lo que necesitaba decir—. Por la conversación recogida, han venido a capturaros, *Tono*. Incluso apuestan cuánto tiempo aguantará la legión.

—Muy arrogante por su parte —comentó Theodore.

Las noticias de que las fuerzas de Steiner esperaban convertir en un trofeo al heredero del Condominio explicaban el riesgo del «punto pirata». Sabían que, mientras él considerara que su ataque era habitual aunque fuerte, se quedaría a combatirlos por la posibilidad de la gloria marcial. Un viaje normal al sistema Marfik le habría concedido tiempo para recibir noticias de la guerra, el suficiente para entender el peligro en el que se hallaba y escapar de la trampa. Sin duda esperaban capturarlo en la batalla inicial para humillar seriamente al Dragón.

Era algo que no pensaba permitir que sucediera.

—Tendremos que darles una lección —concluyó.

**Valle de Massingham, Marfik**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**29 de agosto de 3028**

—Yo conduciré a los Mechs —anunció Tomoe.

—Negativo —ordenó Theodore—. Te quiero supervisando a los regimientos convencionales. Aún no están acostumbrados a operar juntos y necesitarán ser guiados. Llévate la lanza de Shirakawa.

—*Hai, Tai-sa* —contestó ella.

Por el tono de su voz supo que le desagradaba la misión, pero era demasiado buen soldado para rechazarla. Al igual que él, también sabía que alguien tenía que hacerlo y que ella era la mejor elección.

Calculó que su siguiente decisión le gustaría aún menos.

—Yo comandaré la vanguardia de la legión.

—Os entregaréis justo a sus manos —le advirtió Tourneville.

—Es lo que quiero que crean. —Acallando cualquier discusión, Theodore abrió los enlaces con sus comandantes—. A todos los regimientos, aquí el *Tai-sa* Kurita. Todos los destacamentos blindados y de infantería, a excepción del Vigésimo Quinto Caballo de Luz, retrocederán al bosque de DonnerBrau. Dispersaos en pequeños grupos, de la misma forma en que lo practicamos en el ejercicio del verano pasado. *Sho-sa* Olivares os entregará vuestros puntos de encuentro. El Vigésimo Quinto ha de girar al norte, alejándose del bosque, y marchar a lo largo de la costa con el fin de preparar la defensa de Sitika; los aerodeslizadores no servirán para nada en el bosque.

—*Sama* —objetó Olivares—, el Cuarto de Skye es pesado. No podremos derrotarlos en una lucha directa. Cuando sus vehículos aéreos acaben con los nuestros, los tendremos encima desde todas partes.

—Entonces, tenemos que movernos deprisa —replicó Theodore—. Los Batallones Segundo y Tercero que formen en línea de escaramuza en la posición del *Tai-i* Tetsuhara. El Primero que permanezca en reserva para cubrir la retirada de la infantería. —Oyó el gruñido de Olivares, pero el hombre contuvo su acostumbrado desacuerdo. Su batallón disponía de los BattleMechs más pesados de la Undécima Legión. Las máquinas eran demasiado lentas para participar en el plan de Theodore—. Guerreros, tenemos una batalla.

Presionó el pedal acelerador del «Revenant» y el aparato avanzó. Las poderosas piernas del Mech se movieron hasta adquirir pronto máxima velocidad. Las líneas de comunicación de fibra óptica se estiraron y se rompieron ante el empuje de la máquina de setenta y cinco toneladas. Bruscamente, las protestas de los comandantes de regimiento se vieron cortadas, dejándolo solo con los sonidos de su propia respiración y los mil ruidos de un BattleMech a alta velocidad.

El movimiento de la pantalla de trescientos sesenta grados le indicó que los Mech se dirigían a sus posiciones. En unos momentos, los más ligeros y rápidos se unieron a la torpe carrera del «Revenant». Un *Locust* se adelantó, y su piloto lanzó un «¡*Banzai!*» no autorizado por sus altavoces exteriores.

Cuando el «Revenant» pasó por la posición del *Tai-i* Tetsuhara, Theodore le informó al joven oficial del plan de batalla. Confiando en él para que coordinara a su propia compañía, condujo a los suyos pendiente abajo hacia las fauces del Cuarto de Rangers de Skye.

Los misiles brotaron rugiendo de los afustes Kali-Yama montados en los hombros del «Revenant» y, con una estela de humo, se dirigieron hacia las máquinas de Steiner. Se les unió el fuego de los cañones automáticos, aunque la distancia aún era demasiado grande para que la mayoría de las armas alcanzaran sus objetivos.

Los MechWarriors liranos parecieron sorprendidos por la repentina aparición de los Mech de la legión. La mayoría de los pilotos de Steiner vacilaron o continuaron disparando a los Mech francotiradores de la compañía de reconocimiento de Tetsuhara, que seguían acosando el flanco izquierdo de los liranos. Unos pocos les devolvieron el fuego, pero resultó inútil contra los veloces kuritanos.

Mientras Theodore conducía sus fuerzas hacia el flanco derecho de las tropas liranas, manteniendo la velocidad y la distancia, el enemigo, finalmente, comenzó a reaccionar y, centrando su atención sobre la carga de los veganos, fue aumentando el volumen del fuego. Un *Panther* kuritano recibió de pronto el impacto de un haz de partículas en la carlinga. Antes de que el relámpago azul de las partículas cargadas cesaran su danza entre las ruinas de la superestructura del Mech, un segundo rayo desgarró el torso del *Panther*. Detenido en mitad de la carrera, cayó con estrépito al suelo. Encolerizados por la pérdida de su camarada, los compañeros de lanza del *Panther* concentraron sus armas en el *Warhammer* asesino. La máquina de setenta



toneladas de Steiner se refugió entre una arboleda de breja antes que enfrentarse a la ira del fuego kuritano.

El «Revanant» tembló cuando varios misiles de larga distancia hicieron impacto en él. El panel indicador del estado interno localizó los puntos tocados, pero mostró que las cabezas explosivas no habían conseguido penetrar el blindaje de capas múltiples del Mech. Iba a hacer falta algo más que unos pocos misiles para abatir a un *Orion*.

La tierra blanda se alzó como un surtidor en el camino de Theodore y trozos de blindaje se evaporaron en el aire cuando las armas de energía de Steiner golpearon al «Revenant». El panel mostró más colores cuando la computadora pintó los puntos de impacto, aunque la alarma de penetración siguió en silencio.

Sus compañeros se encontraban en peor estado. En el creciente diluvio de fuego, los BattleMechs más próximos a él estaban recibiendo más de lo que les correspondía. Ya había sido abatido un *Jenner*, y gran parte de los otros mostraban uno o varios agujeros en su blindaje, que dejaban a la vista los elementos de la estructura interna y los pseudomúsculos de miómero.

Olivares tenía razón acerca de que los Mech de la legión eran incapaces de enfrentarse a los Rangers. La velocidad no era una protección suficiente en el terreno casi desarbolado del valle.

Una andanada de misiles envolvió a un *Cicada* que iba a la izquierda de Theodore, y el Mech con forma de ave se desplomó a tierra con una pierna completamente arrancada. Antes de que el abollado armazón llegara al suelo, unos centelleantes rayos de energía trazaron un dibujo mortal alrededor de un *Vulcan* que se hallaba a cincuenta metros detrás del «Revenant». El *Vulcan* trastabilló durante un instante; luego, el visor voló cuando el piloto activó el asiento eyectable. Cuando el Mech sin piloto se tambaleó hacia atrás, su torso explotó al detonar su munición.

De repente, el plan quedó claro: los liranos habían identificado al BattleMech de Theodore e intentaban dejarlo sin las tropas más próximas.

—¡Olivares! —gritó por el comunicador—. ¿Ya has escoltado a esa gente al bosque?

—Casi, *sama* —llegó presta la contestación de éste—. Tengo un problema con el Treinta y Cuatro de Infantería. No quieren abandonar Massingham. El *Sho-sa* Willis dice que no conducirá a sus hombres a una muerte en campo abierto.

«No —pensó Theodore—, prefiere que lo liquiden rodeado de paredes».

—Entonces, déjalos. Han hecho su elección. Llévate al Primer Batallón al bosque de DonnerBrau y mantente en la periferia. Puede que necesitemos tu fuego de cobertura.

—¡*Hai, sama!*

Ordenó al Segundo Batallón que recuperara su posición original mientras el

Tercero lo cubría. Su fuerza perdió dos Mechs más antes de que el Segundo indicara que estaba preparado para marchar. Theodore envió una orden a la compañía de Tetsuhara de que retrocediera al norte antes de meterse en el bosque y apartarse de la escaramuza con los Rangers.

Más lento que la mayoría de los Mechs kuritanos que estaban en la batalla, su *Orion* necesitaba cada lámina y plancha del pesado blindaje para sobrevivir a la marcha. Fue el último de la legión en llegar a la línea del Segundo Batallón. El Tercero, que ahora se encargaba de retroceder, pasó por su posición cuando giraba el «Revenant» para enfrentarse a los lentos Rangers. Continuó hasta alcanzar el bosque DonnerBrau, protegido por la línea de batalla del Segundo Batallón.

Los liranos no tenían prisa, seguros de su victoria al ver a los kuritanos huir delante de ellos. Los Rangers realizaron un avance ordenado y pausado, cubriendo con firmeza el terreno que tenían entre sí y sus oponentes.

Justo antes de que los Mechs de Steiner llegaran lo bastante cerca como para utilizar sus armas de alcance mediano, ordenó una retirada completa al bosque de DonnerBrau. Todos los Mechs kuritanos abandonaron sus puestos y corrieron. Por segunda vez, los liranos fueron cogidos con la guardia baja; su avance titubeó.

Cuando Theodore metió a su recalentado «Revenant» en las sombras de los gigantescos árboles breña, se detuvo y giró para inspeccionar a los Rangers que lo seguían. Los kuritanos le habían ganado distancia a sus enemigos, alcanzando la seguridad bajo la bóveda azul oscura. Ahora daba la impresión de que los liranos habían arrojado al viento la cautela. Sus Mechs más ligeros, liberados de sus puestos de reserva por su comandante, cruzaban el terreno abierto. Las rígidas formaciones de los Rangers se rompían a medida que los MechWarriors se entregaban a la persecución del enemigo diezmado.

«Funcionó —pensó Theodore, contemplando los restos de más de una docena de BattleMechs de la legión—. Si tan sólo el precio no hubiera sido tan alto...» Con su ataque sorpresivo y la habilidad de combate de sus hombres, había ganado tiempo para que los regimientos convencionales escaparan. A medida que sus BattleMechs se adentraban en el bosque, sus micrófonos exteriores le transmitieron los sonidos.

«Ahora, comandante Heany, comienza la cacería».

La comandante Kathleen Heany abrió la escotilla de su *Atlas*, dejando que el aire más frío de fuera inundara el interior. Subió por el túnel de la escotilla y agradeció al Señor el alivio del sofocante calor que había en la carlinga. Las líneas de comunicación conectadas a su neurocasco y al tablero de mando se apretaron con suavidad contra su pierna al estirarse.

Desde su punto ventajoso, consiguió ver al último de los Mechs kuritanos escapar hacia el bosque. La mayoría ya había desaparecido en las sombras bañadas de azul y

no se veía ninguna señal de las tropas convencionales. Habían huido incluso antes de que las fuerzas de BattleMechs entraran en combate.

Cuando el Cuarto aterrizó en Netaltown, no encontró a la legión. Había sido un momento humillante para los consejeros de Davion que acompañaban a su unidad, y frustrante para sus tropas, que estaban ansiosas de acción. Los federados no habían ofrecido ninguna explicación del fallo de su jactancioso aparato de espionaje, y habían insistido en que Heany les dijera lo que podían hacer con los planes alternativos que habían sugerido.

Ella sabía que su regimiento era muy superior a la variada escoria kuritana allí reunida. Sus MechWarriors no necesitaban allanadores de terreno o tortugas para lograr el objetivo, ni tenían que protegerse con una cobertura aérea, al estilo de los federados. Sus isleños de Skye eran verdaderos MechWarriors.

Se rio en voz alta, saboreando su victoria. Había tenido razón. «Los veganos son tal como decían», pensó. Habían salido a enfrentarse al Cuarto como si fueran antiguos samuráis ansiosos por luchar. ¡Qué idiotas!

La valentía estúpida no era rival para cien toneladas de BattleMech.

Las Serpientes habían huido en busca de la seguridad del bosque tan pronto como el Cuarto les demostró su superioridad. Sin embargo, éste les ofrecía una esperanza falsa. Allí no dispondrían de sitio para organizarse, ninguna forma de agruparse para luchar contra los pesados Mechs del Cuarto, que superaban con creces a los de la legión.

«Te cazaremos, principito —pensó—. Destruiremos a tus seguidores uno a uno hasta que ponga mis manos sobre ti. La Legión de Vega está perdida».

Heany abrió una línea con su oficial de comunicaciones.

—Llama a nuestros amigos de Davion, capitán. Diles que nosotros, los isleños de Skye, sabemos cómo llevar una operación sin sus torpes consejos. Diles que habremos capturado a Theodore Kurita en unas pocas horas.

**La Joya de Gether, Marfik**  
**Distrito Militar de Dieron**  
**Condominio Draconis**

**29 de agosto de 3028**

Una andanada de misiles silbó sobre sus cabezas. El coronel Randy Thompson se dejó caer en su asiento de mando y dio con el codo en el borde de la cúpula. Gritó de dolor cuando el duro metal le golpeó el hueso a pesar de la juntura de protección acolchada de su uniforme de tanquista.

—¡Salgamos de aquí! —aulló a través del intercomunicador. Se sacudió con violencia en su asiento cuando el conductor obedeció y envió al Rommel traqueteando a través del campo—. Kelly, póngame con todos los jefes de batallón. Quiero saber qué demonios está sucediendo.

—¡Sí, señor! —Sin mirar a su comandante, el comTech se ocupó de la tarea.

Unas explosiones atronadoras procedentes de los enormes cañones automáticos de los otros dos tanques de su lanza de mando ahogaron la siguiente orden de Thompson. Con un movimiento brusco se colocó la pantalla de visión a tiempo para ver la segunda andanada salir de los vehículos de sus compañeros.

Dos BattleMechs de tamaño medio avanzaban hacia su lanza, disparando a medida que marchaban. Los Rommels no lograban hacer impacto en los veloces Mechs, mientras que los disparos kuritanos eran mucho más efectivos. Los haces de partículas corroyeron el blindaje de un vehículo Beta hasta que la salvaje energía se abrió paso hacia el interior del tanque. Thompson imaginó que escuchaba los gritos de la tripulación.

—¡En marcha, maldición! ¡Tenemos que acercarnos a ellos!

Un terrible estrépito acompañó sus palabras. La pantalla le reveló que sus temores eran acertados. Un *Panther* kuritano había aterrizado de lleno sobre el techo del

vehículo Gama. El BattleMech de treinta y cinco toneladas había aplastado la torreta del tanque.

Thompson maldijo mientras observaba cómo los anchos pies del *Panther* aporreaban la superficie exterior del Gama. El polvo levantado por los propulsores del Mech le nubló la visión, impidiéndole apreciar el daño dejado por el violento impacto de la máquina sobre el tanque. Los Mechs que se habían precipitado hacia ellos habían sido una distracción para preparar el mortífero ataque desde arriba del *Panther*.

Este se apartó de los restos del vehículo Gama en el momento en que la torreta del Rommel de Thompson giró para apuntarle con su batería principal. El BattleMech se acercó a toda velocidad y se dirigió al morro del cañón automático Defiance. Cuando las manos del Mech cogieron el cañón, éste se detuvo, ya que los motores de la torreta no podían competir con la fuerza de la musculatura de miómero del Mech.

Un segundo Mech, un *Griffin* de cincuenta toneladas, aterrizó con un resplandor de llamas ionizadas para unirse al *Panther*. Thompson observó desvalido cómo combinaban sus fuerzas para levantar al Rommel de lado. La oruga derecha del tanque se clavó en la tierra, ladeando aún más el vehículo. Se vio arrojado de su asiento cuando los Mechs kuritanos comenzaron a sacudir al tanque arriba y abajo. Con un último empujón, le dieron la vuelta.

Aparentemente satisfechos de dejar a la máquina invertida e inutilizada, partieron a atacar a otros miembros de su regimiento.

—Señor —llamó Kelly, que colgaba suspendido de sus correas de sujeción—, ¿se encuentra bien?

A Thompson le dolía todo el cuerpo, pero sabía que las quejas atentarían contra su imagen de duro comandante de tanques.

—Estoy vivo —repuso con firmeza.

—Muy bien, señor —dijo Kelly—. Tengo a la comandante Heany en el comunicador para usted.

—Estupendo. —Intentó conectar su casco al circuito principal, pero todo lo que recibió fue un siseo de estática. Se quitó el maltrecho casco de la cabeza y chasqueó los dedos en dirección a Kelly. El comTech asintió y le pasó unos auriculares. Se colocó la pieza y abrió el canal—. Aquí Thompson, del Setenta y Dos Blindado de Skye.

—Coronel, tan pronto como haya asegurado la Joya de Gether, quiero que meta a sus blindados en el bosque de DonnerBrau para inspeccionar la referencia zulú-dos-tres. Hemos hecho huir a la legión y los obligamos a ocultarse allí. He retirado al Cuarto de Skye para reagruparlo y organizar una red que envuelva a las Serpientes.

«Sitúe su regimiento a lo largo del borde zulú-dos-tres. Quiero machacarlos contra el yunque de sus tanques. La victoria está cerca, coronel. Se encuentran desmoralizados y desorganizados.

—Perdió a la legión en el bosque, ¿verdad?

—No hace falta que se ponga impertinente, Thompson —estalló indignada Heany.

La línea siseó con una estática electromagnética cuando un haz de partículas pasó cerca del Rommel de Thompson. Escuchó la explosión ensordecedora de un árbol breña incluso a través del casco del tanque. El estruendo también había sido recogido por el micrófono.

—¿Qué diablos está pasando allí? —inquirió Heany.

—No es nada —replicó Thompson con sarcasmo—. Estamos recibiendo una breve visita de la fuerza Mech desmoralizada y desorganizada que usted perdió. Están aplastando a mis tanques hasta convertirlos en moco de caracoles.

**Bosque de DonnerBrau, Marfik****Distrito Militar de Dieron****Condominio Draconis****14 de septiembre de 3028**

Fuhito levantó el visor del neurocasco y se metió una barra de comida concentrada en la boca. «Aggh —pensó—, ¿cuándo dejarán de hacer estas cosas con las sobras de pescados de tres días?» Intentó quitarse el sabor con un sorbo de agua, pero el líquido del sistema de reciclado del Mech estaba rancio y templado y tenía un leve sabor metálico. «¡Qué cocina! Incluso el potaje del comedor es mejor», pensó.

Pero el comedor ya era historia. Dos semanas atrás, los liranos habían atacado Massingham y obligado a la legión a abandonar su base. Desde entonces, habían estado huyendo, esquivando a los aerodeslizadores Steiner al tiempo que jugaban a la peste con las fuerzas de tierra, viviendo de unos suministros cada día más escasos. Habían luchado lo mejor que habían podido. Incluso los regimientos de infantería se habían mantenido firmes entre los árboles del inmenso bosque. Una y otra vez los kuritanos habían golpeado a los invasores Steiner para desaparecer en las sombras de los árboles breña.

A pesar de todos los sacrificios, no se había ganado nada, y sí perdido mucho. La mitad del Undécimo de BattleMechs se encontraba estropeado o destruido. Los regimientos convencionales habían recibido una paliza aún mayor. Sólo el Undécimo y el Decimoquinto de Blindados permanecían como fuerzas de combate, y gran parte de sus vehículos se hallaban inutilizados por falta de combustible, reducidos a fortines inmóviles. Los irresistibles Steiner continuaban su avance.

Los liranos estaban debilitados, quizá hasta dañados, gracias a la táctica del *Tai-sa* Kurita. Ahora el desenlace se hallaba próximo. Las municiones escaseaban, los suministros eran insuficientes y apenas durarían una semana más, aun con su

reducida fuerza numérica. Los hombres estaban exhaustos, casi al límite de su resistencia.

En la reunión matutina, el mismo Theodore Kurita apareció con los ojos enrojecidos y aspecto agotado. Pero el *Tai-sa* parecía no darse por vencido y mantenerse firme en su determinación de oponerse a los liranos hasta el final. Justo cuando la reunión terminaba, les había llegado la noticia de que el Treinta y Cuatro de Infantería, que había permanecido confinado en Massingham, sin verse molestado por los agresores, se había rendido a las fuerzas liranas. Con él se perdió el espaciopuerto donde estaban emplazadas las Naves de Descenso de la legión... y toda esperanza de evacuar el planeta. Theodore no titubeó.

—Es sólo un revés —fue lo único que comentó antes de ordenar que continuara la táctica de atacar y huir—. Hemos de derrotar a las fuerzas Steiner.

Fuhito se había quedado impresionado por su convicción, que expresaba la virtud de la tenacidad del Dragón. La calma y la fortaleza del *Tai-sa* le resultaron alentadoras. Aunque él no veía ninguna salida de la trampa Steiner, confiaba en su comandante. Si no mantenía en secreto alguna solución que pensaba revelarles en el momento adecuado, los conduciría por el sendero del honor de la muerte del guerrero. Reconfortado, había dirigido a su maltrecha compañía para desempeñar su papel en el plan del *Tai-sa*.

La espera lo ponía nervioso, pues estaba acostumbrado a la acción, al movimiento. Comprendía que era necesario actuar como lo hacían, pero no por ello le gustaban las emboscadas. Escrutó los árboles, tratando de localizar a sus propios hombres. Su camuflaje era tan perfecto que sólo fue capaz de descubrir el *Locust* de Gutherie, únicamente porque sabía dónde mirar. Las reducidas emisiones de calor de los BattleMechs inmóviles y el efecto de pantalla de los troncos de los enormes árboles lo ayudaba a protegerse de la búsqueda por infrarrojo. Fuhito se sintió satisfecho; puede que no le gustaran las trampas, pero sabía cómo preparar una. Una bandera amarilla centelleó entre la escasa maleza, llamando su atención.

Un soldado con uniforme castaño y chaqueta marrón acolchada de la infantería kuritana salió de detrás de un árbol y levantó el brazo izquierdo cuatro veces. Luego, alzó las dos manos, con los dedos bien abiertos; las cerró hasta convertirlas en puños y, después, volvió a abrirlas. Repitió el movimiento, aunque esta vez sólo levantó nueve dedos. Insistió en dos ocasiones más, mostrando siete dedos en cada movimiento.

—¡Maldición! —exclamó en voz alta.

Toda una lanza de cuatro Mechs. Si las estimaciones del soldado sobre el tonelaje eran correctas, uno de ellos poseía nada menos que setenta toneladas. Lo que quedaba de la compañía de reconocimiento de Fuhito estaba superado. El superviviente más pesado del que disponía era el *Griffin* de cincuenta y cinco toneladas de Busek.



Observó al soldado desaparecer entre las sombras. «Ojalá todos tengamos un buen karma, soldado —le dijo mentalmente—, pero será mejor que tu última vida haya sido muy buena. No me gustaría estar en el bosque como tú lo estás, cuando se disparen las armas de energía. Tal vez el viejo *Katana Kat* sea un Mech ligero, pero, aun así, lleva más blindaje que tu uniforme».

Fuhito comprobó sus rastreadores. El infrarrojo captó el resplandor de la infantería de apoyo que avanzaba entre el follaje y tomaba posiciones tras la escasa protección de los troncos caídos. El amplificador estaba sobrecargado por el contenido metálico de los árboles breña así que pasó al detector de anomalías. La pantalla parpadeó mientras el viento agitaba las hojas, enviando sutiles cambios a través del campo magnético. Las alteraciones menores del campo desaparecieron repentinamente cuando una masa enorme apareció por detrás de una tupida arboleda, a cuatro kilómetros al nordeste.

Confirmando la presencia de un Mech con la exploración del radar y el infrarrojo, estudió su perfil en la computadora, en busca de la identificación. Por fin la enorme máquina Steiner apareció a la vista.

¡Un *Atlas*!

Tras ordenar a la computadora que controlara la función de los rastreadores, inspeccionó al monstruo de cien toneladas que se acercaba. Desde el montaje de la carlinga de su mortífera cabeza globular hasta sus enormes pies, el Mech humanoide aparecía fuertemente blindado, imponente. Todas sus armas —desde el cañón automático de alta velocidad de cien milímetros que llevaba en la cadera derecha, hasta el par de láseres Martel de cinco centímetros montados en la parte posterior— eran terribles. Incluso solo, probablemente podría combatir con toda su compañía.

Otra máquina, casi igualmente de grande, apareció tras el *Atlas*. La computadora del «Kat» catalogó con cierta vacilación al Mech como un *Banshee*. Cambió a inspección visual y aumentó la imagen. El Mech parecía una variación del modelo BNC-3E estándar. En el hombro derecho llevaba un pequeño afuste de misiles y le habían reemplazado el brazo izquierdo con un cañón de energía. Sin duda, no se trataba de ningún modelo *Banshee* corriente. Entre los MechWarriors, se consideraba que el gigante de noventa y cinco toneladas iba poco armado para ser un BattleMech de asalto.

«¡Para un Mech de asalto! —se dijo—. ¿En qué estaba pensando?» Su compañía la formaban casi en su totalidad ligeros. Esos BattleMechs Steiner solos alcanzaban la masa de toda su compañía. El *Banshee* llevaba armamento pesado y sólo el Dragón sabía qué más. Sin importar las modificaciones que le hubieran hecho, Fuhito comprendió que lo habían convertido en un Mech mucho más formidable del que a él le habría gustado enfrentarse.

Entonces, apareció el resto de la lanza Steiner. Un par de BattleMechs *Zeus* ZEU-

6S, el modelo corriente del Mech de asalto de la Mancomunidad de Lira. Las máquinas humanoides con joroba se plantaron a los lados de sus hermanos más pesados, haciendo oscilar las armas montadas en los brazos como si ya estuvieran buscando blancos.

Unos inesperados rayos de sol danzaron sobre los Mechs Steiner a medida que avanzaban, centelleando en los orificios de las armas. La insignia del Cuarto de Rangers de Skye refulgía en el pecho de cada BattleMech, mucho más llamativamente que el puño Steiner que decoraba el hombro derecho de las máquinas. Mostraban daños recibidos en la batalla y las marcas de reparaciones hechas allí mismo, pero parecían estar en óptimas condiciones. No dudó de que debían de ir bien equipadas con misiles y municiones.

El *Zeus* del flanco izquierdo lirano comenzó a avanzar en diagonal, acercándose más al lugar donde se hallaban emboscados los kuritanos. De pronto giró, dio unos pasos vacilantes en dirección a sus compañeros y se detuvo. Fuhito notó la profundidad hasta la que se habían hundido sus pies entre los restos del suelo boscoso, y se dio cuenta de que el Ranger temía quedar varado con su Mech o perder el equilibrio en el terreno blando.

El *Atlas* rotó la cabeza para contemplar fugazmente a su camarada rezagado, pero continuó su camino. El *Zeus* empezó a avanzar de nuevo; su piloto buscaba un sendero capaz de soportar el peso del Mech de asalto. Demorado su avance por la tierra blanda, su separación de la lanza Ranger aumentó a doscientos metros. En un esfuerzo por rodear el terreno problemático, el Mech giró y ascendió la pendiente desde el suelo cenagoso, justo hacia el claro donde los kuritanos aguardaban a su presa.

—Ahí está nuestro blanco —anunció Fuhito por el canal de su compañía, al mismo tiempo que obligaba a avanzar a su Mech, sacándolo de su posición oculta—. El *Zeus* es el objetivo principal. ¡Atacad!

El CPP sujeto al brazo del *Katana Kat* lanzó un rayo de luz azul. Fuhito observó su voraz energía abatirse sobre una cicatriz ennegrecida que había en la junta cilíndrica del hombro izquierdo del *Zeus*. Las oscuras sombras se desvanecieron cuando el destructivo haz azul vaporizó el blindaje de cerámica metalizada y derritió parte de la estructura expuesta.

Unas pulsaciones láser procedentes de los otros Mechs kuritanos empezaron a corroer la armadura del gigante, y una lluvia de partículas incandescentes de metal cayó sobre los árboles. Unos pequeños agujeros aparecieron en el pecho del *Zeus* cuando la infantería escondida abrió fuego con sus ametralladoras de calibre pesado. Fuhito admiró su audacia; para el monstruo, esas armas apenas eran algo más que una simple irritación.

El *Griffin* de Busek surgió en el borde de los árboles, detrás del *Zeus*. Alzando el

brazo derecho de su Mech, disparó el CPP Fusigon de la máquina. El haz de partículas cortó el hombro averiado del *Zeus*, destrozando el blindaje que protegía la junta. Un vapor blanco se mezcló con el aceitoso humo negro y las nubes de chispas, mientras el Mech se tambaleaba bajo el impacto de la explosiva energía.

Fuhito vio que los actuadores del brazo oscilaban cuando el piloto Steiner intentó alzar el cañón Defiance de setenta y cinco milímetros montado en el miembro herido de la máquina, pero el daño era demasiado importante. La tensión que produjo el movimiento rompió los huesos de aleación de titanio, y mandó al cañón automático estrepitosamente contra el suelo del bosque. El fluido refrigerante empapó el humus como si el brazo le hubiera sido arrancado a un gigante que ahora sangraba.

Perplejo por lo que veía, casi no advirtió la otra acción del piloto Steiner. El afuste Coventry, emplazado en el brazo derecho del *Zeus*, vomitó una ráfaga de quince misiles de largo alcance. Los MLA surcaron el claro, iluminando las hojas de las copas de los árboles con la luz infernal de su chorro de escape. Sólo el hecho de estar parapetado detrás del tronco de un brelo lo salvó de recibir la descarga principal. No obstante, tres cabezas explotaron en la pierna derecha *Katana Kat* y le arrancaron trozos de blindaje.

Fuhito aceleró la marcha y se ocultó entre los árboles. Siempre que aparecía un claro, lanzaba una ráfaga del CPP del «Kat», pero no se detenía a ver si había dado en el blanco. Su atención se centraba en guiar a sus guerreros; únicamente con una coordinación cuidada podían esperar sobrevivir a este encuentro.

Logró divisar a los dos *Locust* de la compañía moviéndose frenéticamente entre los árboles, detrás del *Atlas* y los otros dos Mechs de los Rangers. Incluso le pareció escuchar el eco del extraño y jubiloso grito de batalla de Gutherie desde los altavoces exteriores del Mech del *senshi*. Los Mechs ligeros estaban distrayendo a los pilotos Rangers, corriendo detrás de ellos y enviando disparos a las láminas posteriores más débiles. Los Mechs de la compañía habían empleado esa táctica en la emboscada tendida en las afueras de Massingham. Aquí, en el bosque DonnerBrau, compensaron la pérdida de parte de su velocidad por la protección que les proporcionaban los enormes troncos. Hasta ahora, para alivio de Fuhito, los liranos no habían logrado abatir a ninguno.

Con el cuerpo principal de la lanza Steiner ocupado en las fuerzas de distracción de Fuhito, el resto de su equipo se concentró en el *Zeus* solitario. Las armas de energía atacaron ferozmente al tambaleante gigante.

Con la intención de ganar tiempo y recuperarse de la sorpresa, el *Zeus* comenzó a retroceder por el camino que había venido. Dando tumbos a causa del fangoso humus, los imprevisibles movimientos del Mech lo convirtieron en un blanco aún más difícil de lo que hubiera conseguido cualquier deliberada maniobra evasiva hecha por el piloto.

Entre las pulsaciones cegadoras del fuego kuritano, apareció un transporte blindado de personal HK-17, con la sucia rata de la legión grabada en su abollada y rota armadura lateral. Las orugas del vehículo chirriaron en el fango, lanzando chorros grisáceos hacia atrás a medida que avanzaba. El TBP se deslizó entre los árboles breña en dirección al *Zeus*.

Éste giró el torso hacia el vehículo que se acercaba, pero desdeñando al parecer a un simple transporte de infantería, volvió a dar la vuelta y soltó una pulsación láser a los Mechs de la legión. El TBP se inclinó velozmente y se lanzó contra la pierna izquierda del *Zeus*. El Mech se tambaleó bajo el impacto y, agitando sin control el afuste de misiles del brazo derecho, cayó de bruces en el fango.

Mientras el Mech se debatía por incorporarse, el conductor del TBP puso marcha atrás, olvidando su bravata para dar paso al sentido común. Pero, antes de que pudiera desengancharse, el gigante se incorporó a su vera y alzó la bulbosa forma del afuste Coventry StarFire por encima de su carlinga. Dejó caer el brazo sobre el TBP y aplastó el compartimiento de pasajeros del tanque. Al ver que las orugas seguían moviéndose, el *Zeus* volvió a golpearlo una y otra vez hasta que el vehículo se convirtió en una masa retorcida e inmóvil.

El *Griffin* de Busek pasó pesadamente al lado del *Katana Kat* en dirección al Mech del Ranger. Una corta andanada de misiles salió del afuste montado en el hombro e hizo impacto en el *Zeus*. Busek también disparó su CPP, pero falló el blanco.

Fuhito lanzó una ráfaga de apoyo a la brava carga de su compañero. El aire ionizado restalló cuando el rayo artificial desgarró el torso herido del *Zeus*. Entonces, el láser montado en la parte posterior del Mech del Ranger comenzó a disparar frenéticamente; las pulsaciones fueron aumentando de frecuencia hasta que se unieron en un haz sólido y derritieron el cristal.

El *Griffin* se acercó y el *Zeus* giró para enfrentarse a él. El fuego del CPP de Busek resultaba ineficaz debido a su mala puntería, mientras que el Ranger exhibía una exactitud mortífera. Consiguió lanzar dos descargas completas de su afuste StarFire, que laceraron el pecho del Mech kuritano y dejaron expuestas partes de la estructura, de donde brotó un chorro de fluido refrigerante. Finalmente, el láser Thunderbolt de diez centímetros del *Zeus* entró en acción: unos rayos de color rubí convirtieron en escoria el metal e hicieron hervir la cerámica. El *Griffin* cayó con estrépito al suelo y quedó inmóvil con las extremidades extendidas.

El *Zeus* se dirigió a su oponente caído y se detuvo ante el deflector blindado que aparecía hundido en el hombro izquierdo del Mech. Con un movimiento lento y deliberado, levantó la pierna izquierda y la abatió sobre la burbuja de la carlinga del *Griffin*.

Fuhito lanzó un grito de ira, pero su voz se perdió en el siseante crepitar del CPP del «Kat». El rayo hizo impacto en el ya debilitado pecho del *Zeus*. Las llamas se

alzaron como lenguas y una nube de humo surgió del hombro destrozado del Mech. Del altavoz exterior de la máquina del Ranger le llegó la cortante risa del piloto.

Un relámpago azul destrozó el árbol que había a la izquierda de Fuhito, y otros dos haces de partículas pasaron a su lado. Los restantes liranos habían abandonado la persecución de las sombras kuritanas en el bosque y se unían a la pelea. Rugiendo de cólera, Fuhito lanzó al «Kat» al suelo en busca de protección.

Busek había estado indefenso, y no había honor en matar a un oponente desvalido. Ningún guerrero de verdad consideraría jamás tal acción. El piloto del *Zeus* merecía la ejecución por su acto deshonesto.

Este se hallaba seriamente herido. Otro ataque de la compañía de Fuhito habría podido liquidarlo, pero habían llegado los otros Rangers y eso convertía su ataque en un suicidio.

Habría otro día.

Puso de pie al *Katana Kat* y se encaminó hacia la línea de árboles.

—Se acabó —ordenó por la línea—. A cubierto.

Por toda la zona los Mechs dieron la vuelta, esquivando los ataques entre los árboles mientras corrían. La infantería de apoyo hizo explotar bombas de humo para proteger su paso antes de retroceder ellos mismos, con la esperanza de que los pilotos Steiner no se molestarían con unos blancos tan insignificantes. Mientras avanzaba con el *Katana Kat* por el bosque, pudo oír a los liranos lanzando sus haces de energía, destrozando los árboles en su furia y frustración.

**Condado Sitika, Galfree del Norte, Marfik**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**26 de septiembre de 3028**

El *Atlas* dio un último paso atronador sobre la pista de aterrizaje de Jilenka. El golpe de la escotilla de la carlinga contra la superficie externa de la cabeza se perdió en medio de los ruidos y crujidos del BattleMech que se aprestaba a quedarse en reposo. La comandante Heany surgió por la escotilla y dejó que la brisa de septiembre agitara su cabello rubio cenizo. Esbozó un saludo al suboficial a cargo del equipo de abastecimiento que había comenzado a zumbear alrededor de su Mech.

Un par de cazas aeroespaciales SYD-21 pasaron rugiendo sobre su cabeza. Alzó la vista y sonrió al ver el círculo con el sombrero azul de ala ancha que constituía el símbolo de la lanza aerotransportada del capitán Kreuger. Los cazas de éste habían informado que los restos de la Undécima Legión de Vega se estaban reuniendo cerca de Sitika. Tropas de salto en patrulla de exploración confirmaron el informe. Las irritantes semanas de atacar y esconderse habían terminado. Se había frenado a la legión.

El último mes había sido muy duro, más si se le añadía la humillación que había sufrido cuando la legión huyó de sus Mechs en Massingham y la perdió en el bosque. Mientras el Cuarto de Rangers de Skye iba a ciegas en el territorio desconocido, las Serpientes paganas habían cruzado un desfiladero estrecho y atacado al Decimotercer Regimiento de Asalto, causando el suficiente daño como para que la unidad del coronel Thompson tuviera que retirarse para ser reparada. Se escucharían truenos cuando el general Nondi Steiner tuviera tiempo libre para dedicar suficiente atención al resto de la Ofensiva Götterdämmerung contra el espacio kuritano y preguntara cuál era la situación en Marfik. No obstante, Heany pretendía haber acabado con su

misión para ese entonces. Seguro que la captura del heredero designado del Condominio Draconis tapanía todo lo demás que había acontecido en Marfik. Las quejas de Thompson acerca de la supuesta incompetencia de Heany pasarían inadvertidas.

Dos semanas de acoso constante por su comando aéreo y sus fuerzas de tierra habían castigado a los kuritanos. Se habían capturado o destruido más de dos batallones de BattleMechs, y la Legión de Vega estaba casi derrotada. La emboscada de la semana anterior, que había destrozado el *Zeus* de Benoit, era su último estertor. Si a las Serpientes les quedara alguna fuerza de combate real, se habrían abatido sobre su *Atlas* en vez del *Zeus*. En los últimos días, los contactos con las fuerzas del Condominio habían sido fugaces. Estas no habían iniciado ningún ataque ni les habían tendido ninguna emboscada. El peor dolor de cabeza lo habían constituido los enfrentamientos entre las tropas libres de servicio y los civiles de las ciudades ocupadas. Los estúpidos Dracos no sólo desconocían el momento de su derrota, sino que ignoraban cuándo habían sido liberados de la tiranía kuritana.

Ahora ya no importaba, pues sus oraciones habían sido escuchadas: la legión se reunía en las colinas al este de Sitika para proceder a su último juego como francotiradores. Heany se rio en voz alta al pensarlo. Si esos samuráis querían una última y gloriosa batalla, se la daría. Los tanques y los Mechs ya comenzaban a situarse en sus posiciones. Al día siguiente, el Cuarto de Rangers de Skye descendería sobre la Legión de Vega y Theodore Kurita, vivo o muerto, sería suyo. Esta vez no escaparía. No había ningún lugar al que huir.

La explosión lanzó puñados de tierra a la pierna del *Katana Kat*, pero Fuhito hizo caso omiso de ello. La infantería Steiner estaba empleando cargas destinadas a causar bajas humanas con sus bombas de mortero; incluso un impacto directo infligiría un daño mínimo al blindaje del BattleMech. La infantería kuritana, metida en sus trincheras a lo largo del perímetro sur del municipio de Leftior, no estaba tan bien cubierta. La mayoría había salido en busca de protección tan pronto como comenzó el ataque. Los restantes yacían tendidos, moribundos, sobre la hierba alta.

—Gutherie —ordenó Fuhito—, coge esa lanza de aerodeslizadores del Caballo de Luz y espanta a esa infantería. Consigue algo de espacio a nuestra gente.

—¡Hai! —fue la respuesta que recibió mientras el magullado *Locust* se dirigía hacia la superficie pavimentada.

Cuatro aerodeslizadores J. Edgar pasaron zumbando como si fueran extraños y rechonchos patos.

Fuhito no se molestó en observar cómo éstos y el *Locust* se desplegaban para alejar a los elementos de vanguardia de las fuerzas Steiner que avanzaban sobre Sitika. Si su avanzadilla había llegado, ¿estaría muy lejos el cuerpo principal?

Media hora más tarde, el «Kat» bajaba por la carretera que atravesaba las colinas de Leftior. Delante, a su derecha, vio a los Mechs que quedaban de la legión ocupando posiciones. Perfilados contra el sol poniente, parecían dibujos animados exagerados, cavadores enloquecidos, más preocupados por la colocación de la tierra que sacaban que por la trinchera que preparaban.

Entre los quince Mechs que trabajaban allí, percibió la enorme masa del *Orion* de *Tai-sa* Kurita. Igual que había sucedido en las cinco semanas de amargos ataques entre las sombras del bosque DonnerBrau, se encontraba entre sus hombres, instándolos a continuar. Su Mech sin brazos no servía para cavar, pero el *Orion* siempre parecía estar allí donde hacía falta la fuerza bruta para abatir un árbol, abrir un sendero con fuego o empujar una roca para abrir camino a uno de los tanques.

La legión había sido diezmada, y el *Tai-sa* Kurita había decidido preparar un lugar de enfrentamiento. Eligió Sitika por el fin honorable que representaría, aduciendo que las colinas encajaban con una descripción leída en el *Koyo Gunkan* del campo de batalla de Kawanakajima. Esa había sido una batalla épica en los anales de los samuráis de la vieja Tierra. «Si no podemos vencer —había declarado el *Tai-sa*—, muramos según la tradición épica». Los mismos soldados que se habían burlado de él cuando llegó por primera vez, habían rugido en señal de aprobación.

Fuhito estaba orgulloso de servir a las órdenes de un oficial así. Trataba a sus hombres por igual; cualquiera que quebrantara las reglas era castigado, sin importar el rango. Compartía los mismos esfuerzos y peligros que las tropas. No tenía una opinión exagerada de la santidad de un oficial, tal como él sabía que era habitual entre los comandantes de las fuerzas del Señor de la Guerra en Galtor. Si el *Tai-sa* iba a morir aquí en Marfik, sería una gran pérdida para todo el Condominio Draconis.

El «Kat» continuó corriendo. En unos pocos minutos, llegó al aeropuerto de Sitika, la última parada en su inspección de los puestos para la defensa final. Propulsó al «Kat» al techo del edificio de la terminal para escudriñar la zona. Al este, entre las ondulantes y verdes colinas que había en las afueras de la ciudad, los legionarios preparaban la línea defensiva. Todos los informes de reconocimiento indicaban que los liranos aceptaban el tácito desafío de la concentración de tropas de la legión, y avanzaban para batirse con los kuritanos cara a cara.

Al oeste, se veían las plácidas aguas de la bahía de Sitika. Por lo menos, ése era un flanco seguro. Los liranos no disponían de ninguna fuerza naval entre sus tropas de invasión, y tampoco era factible un ataque conjunto por mar y tierra por parte de los Mechs. El lecho de la bahía estaba compuesto por un limo blando que constituía una trampa de lodazal para cualquier Mech con capacidad acuática.

Al norte y al sur, los flancos estaban prácticamente descubiertos, protegidos sólo por unidades móviles. Parecía haber poca amenaza desde allí, ya que se había detectado una presencia lirana escasa o inexistente. Aunque se tratara de una trampa,



las fortificaciones de los costados estaban bastante espaciadas, de modo que podrían advertir al *Tai-sa* Kurita con tiempo suficiente como para modificar su plan de batalla.

La ciudad era una lamentable colección de pequeños edificios, no lo bastante grandes como para permitir un combate de Mechs. Su principal recurso, el espacio-puerto, también era de poco uso ahora. Los cazas aeroespaciales de la legión estaban destruidos o se mantenían ocultos en alguna parte del sistema, y las naves atmosféricas se habían reducido a un puñado, que operaban desde claros del bosque.

Decidió inspeccionar los hangares y los edificios de apoyo para ver si encontraba cualquier suministro que les pudiera servir. Los propulsores del *Katana Kat* lo elevaron del techo de la terminal y lo transportaron con suavidad treinta metros hacia el norte. Las piernas del *Panther* se doblaron al tocar el suelo, amortiguando con facilidad el impacto del aterrizaje. Fuhito comenzó la búsqueda.

Durante una hora, el «Kat» avanzó entre los hangares desiertos bajo la luz mortecina. Los patios vallados mostraban canastas con ropas, productos químicos y materiales de consumo: nada de utilidad para la legión. Utilizó la fuerza del *Panther* para abrir las puertas de los edificios que encontraba cerradas, pero no encontró ningún botín, ni siquiera con la ayuda de los circuitos amplificadores de luz del «Kat».

Acababa de abandonar un almacén que tenía el emblema de los Envíos Isesaki, cuando divisó una pequeña cabaña que lucía un letrero pintado a mano. Mostraba veinticinco estrellas entrelazadas con la forma del dragón kuritano, la insignia de la rama técnica de las autoridades portuarias del Condominio Draconis.

«*So ka*» se dijo. Quizá los Techs habían dejado algo. Al Tech Superior Kowalski le encantaría cualquier herramienta. Desde que había debido abandonar su taller en Massingham, había estado reparando los Mechs con lo que él llamaba «alambre de embalaje y escupitajos». Fuhito no tenía ni idea de lo que era el alambre de embalaje, pero había captado el significado. Sin el equipo adecuado, incluso el genio técnico del Tech Superior tenía sus límites. Casi la mitad de los BattleMechs de la legión estaban inservibles para la lucha. Si los mecánicos de la Administración del Puerto habían dejado aunque más no fuera unas pocas herramientas adecuadas, Kowalski quizá fuera capaz de reparar uno o dos Mechs más.

Esperanzado, aunque temiendo una desilusión, abrió la carlinga del «Kat» y bajó. Sintió frío en las piernas y en los brazos desnudos al caminar bajo la sombra. Los pantalones cortos y el chaleco refrigerante eran ideales para la carlinga caliente de un Mech de batalla, pero no bastaban para abrigar a un *senshi* en el aire otoñal de una zona de clima templado.

La puerta estaba entreabierta, y la empujó con el hombro al entrar en la estancia. Encendió las luces y escudriñó los restos esparcidos en el interior. Los Techs se habían marchado deprisa, sin duda abandonando sus barracas cuando la primera noticia de

los BattleMechs que se acercaban corrió por la ciudad. No divisó ninguna herramienta preciosa, pero sí encontró el diario de bitácora del jefe, abierto sobre una mesa. La última anotación tenía una semana de antigüedad.

Sacudió la cabeza con tristeza. Los Techs eran unas aves asustadizas para haber huido ante el primer rumor, como gallinas frente a un zorro. Se rio sin alegría, dándose cuenta de que el símil habría sido más adecuado para un ataque de las fuerzas de Davion. Era su príncipe el que llevaba el apodo del *Zorro*.

Algo le había traído la imagen a la mente, y le hizo recordar los consejos de su padre de que semejantes cosas fugaces podían ser la voz del espíritu, que era más rápido y profundo que el pensamiento. Con el entrecejo fruncido, leyó la última anotación del jefe otra vez.

¡Ah, ahí estaba! La primera entrada en la lista de las tarcas del día decía: «Comprobación rutinaria del *Arctic Fox*<sup>[4]</sup>».

Arrojó el diario a la mesa y, cuando iba a dar la vuelta, recordó lo que era el *Arctic Fox*. Cogiéndolo de nuevo, lo hojeó rápidamente. No se especificaba ningún emplazamiento.

—¡Demonios! —exclamó en voz alta mientras tiraba el diario al suelo.

Fuhito sabía que el *Arctic Fox* no podía hallarse en Sitika; era demasiado grande para ocultarlo. Se frotó la barbilla, pensando con frenesí. Los liranos no lo tenían; les habría encantado emitir la noticia de su captura o destrucción. El *Arctic Fox* seguía en alguna parte. Aunque no funcionara, tendría algo que sería de utilidad para la desesperada legión.

Tuvo una inspiración y se agachó para recoger el diario maltratado.

—¡Ja! —gritó con tono triunfal cuando localizó el disco de la computadora guardado en la parte interior de la cubierta frontal. Los Techs, al huir, no se habían llevado los datos del fichero técnico con ellos.

Cogió su trofeo y salió corriendo para encaramarse al *Panther* que lo esperaba. Se deslizó al interior de la carlinga y, con las prisas, se despellejó un codo. Se dejó caer sobre el asiento de mando, introdujo el disco en la ranura de la computadora del «Kat» y tecleó la orden para que listara los archivos que había en él. Llamó uno titulado «*Arctic Fox*» tan pronto como apareció en la pantalla. Mientras recorría los datos velozmente, una amplia sonrisa comenzó a dibujarse en su cara.

Alargó el brazo hacia el panel de comunicaciones y abrió una línea con su superior.

—*Sho-sa* Olivares, aquí Tetsuhara. Tengo algo que tienes que ver.

—¿De qué se trata? —rugió Olivares, con evidente irritación—. Estoy rodeado por una lanza de tortugas liranas.

—Esto es más importante que unos pocos tanques Steiner, *Sho-sa*.

—Eso dices tú, muchacho. No dispongo de tiempo para tonterías... Espera. —El

silencio reinó en la línea durante cinco minutos. Obediente, Fuhito esperó, pero la frustración se le hizo casi insoportable—. Llámame un halcón gallinero de cola púrpura de Marfik, pero se están retirando. —La voz de Olivares parecía divertida debido a la sorpresa—. ¡Vaya, seguro que lo dejan al *sama* llevar a cabo su juego del honor! Es la única razón por la que nos han quitado a sus aves de presa de las cabezas.

—Entonces, dispones de tiempo para ver lo que he encontrado. Los liranos pueden aguardar hasta mañana.

—De acuerdo, de acuerdo —gruñó—. Iré a echarle un vistazo.

**Condado Sitika, Galfree del Norte, Marfik**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**21 de septiembre de 3028**

—Sería una cobardía marcharse.

—Sería una estupidez quedarse —replicó Tomoe.

Con los ojos entrecerrados y las aletas de la nariz abiertas, Theodore se puso rígido al escuchar sus duras palabras. Alrededor de la estancia, los hombres y mujeres fingieron un repentino interés en otras cosas: paredes, uñas, arrugas en los uniformes. Theodore y Tomoe se miraron de hito en hito, la obstinación enfrentándose a la persistencia.

El código del *bushido* no le permitía a un comandante huir de una batalla perdida, dejando a sus soldados para morir solos. Toda su vida había deseado conducir a los guerreros kuritanos a la batalla, y, finalmente, aquí en Marfik lo había logrado. Incluso incapacitada por un pobre equipo y la falta de suministros, su legión se había comportado muy bien. Ahora sus fuerzas se enfrentaban con el fin, a pesar de sus planes bien trazados. El *bushido* exigía que él encontrara ese fin junto a sus hombres.

Tomoe se puso de pie y se dirigió al extremo de la mesa, casi fuera del círculo de luz. Se detuvo allí pero no se giró. La luz refulgía en los pertrechos metálicos de la enorme masa de su chaleco refrigerante, aunque aún pudo notar su cólera en los hombros encorvados.

—Ella tiene razón, *sama* —atronó Olivares—. No tienes por qué morir aquí.

Las cabezas asintieron su conformidad alrededor de la mesa.

—El *Arctic Fox* sólo es una Nave de Descenso de clase *Union* —protestó Theodore—. Ni siquiera es lo suficientemente grande para albergar a los *Buso-senshi* y sus Mechs. Aunque abandonáramos todo nuestro equipo, no seríamos capaces de meter a

toda nuestra gente. Cualquiera que se quede morirá en manos de los liranos.

»Además, no tenemos ninguna Nave de Salto. La flota del Condominio fue perseguida fuera del sistema hace más de un mes. No tendríamos de un vehículo para abandonar el sistema.

—El *Tai-i Kerai* dijo que solucionaría ese problema, *Tono* —intervino Fuhito.

—¿Y dónde está? —Fuhito se encogió de hombros y desplegó las manos en gesto de ignorancia—. El *Kerai-kun* quizá sea notable en algunos aspectos, pero ni siquiera él es capaz de sacarse un transporte interestelar de la nada.

Fuhito abrió la boca para insistir en el tema, pero el zumbido de los propulsores de un DAV que aterrizaba ahogaron sus palabras. El centinela abrió la puerta y anunció el regreso del *Tai-i Ninyu Kerai*. Este iba enfundado en un traje de camuflaje y llevaba la capucha echada hacia atrás, mostrando su pelo revuelto. El visor de visión circular repiqueteaba contra la pistola KA-23 que colgaba de su cintura. Su cara sonriente ofreció un severo contraste con las expresiones serias de los oficiales reunidos en el cuarto.

—¿Qué, aún sigues hablando? —preguntó Ninyu—. Creí que ya habrías guardado tus cosas.

—No me voy —replicó Theodore—. Tengo un deber con la legión.

—Eres demasiado importante para morir en un planeta secundario.

—No lo soy para pasar por alto el *bushido*. Como guerrero kuritano, el honor exige que cumpla con mi deber. Debo hacerlo con mis soldados y enfrentarme a lo mismo que ellos.

—¡*Baka!* —gritó Tomoe, dando media vuelta—. ¡Eres un tonto! ¡No eres un simple guerrero! Ni siquiera el oficial al mando de un regimiento. Eres el líder de toda la Legión de Vega, no únicamente del Undécimo Regimiento. Dos más de tus preciosos *Buso-senshi* y cuarenta unidades convencionales están luchando en Vega por seguir con vida contra el ataque de los invasores Uranos. ¿Cuál es tu deber hacia ellos? ¿Los dejarás morir sin un jefe?

»También eres el heredero designado. Si te capturan o te matan aquí, dañarás al Condominio. La sucesión quedará en entredicho, y tu padre deberá desatender la conducción de la guerra. ¿Eres capaz de creer que tu muerte servirá al Dragón, sin importar lo noblemente que te esfuerzas en obtenerla?

»Hablas de tu responsabilidad hacia las tropas. ¿Y qué hay de la que tienes con el Condominio Draconis? ¿Tu creencia en el *bushido* te permite tirar tu vida cuando te esperan deberes importantes en otra parte? ¿Dejarás que tu deseo personal de ser un noble guerrero te aparte de las obligaciones que tienes como miembro de la Casa Kurita?

Tomoe cruzó los brazos sobre el pecho y se irguió cuan larga era para finalizar:

—El camino del samurái es el del *giri*. Es tu *deber* salir de Marfik.

Theodore quedó atontado por esa explosión, avergonzado de que le gritara delante de los oficiales de la legión. Pero parecía tan segura de tener derecho a hacerlo... ¿Se había quedado ciego por sus preocupaciones hacia las tropas de Marfik y por su sentido del honor personal? Como comandante de la legión, era la primera vez que otros kuritanos lo miraban con respeto por motivos que nada tenían que ver con su nacimiento. Se había ganado su lealtad. No obstante, ¿estaba en lo cierto Tomoe? ¿Sus otras responsabilidades, sus otros deberes, sobrepasaban a éstos? Resultaba difícil discernir cuál era el sendero adecuado.

—El *Arctic Fox* está armado —comenzó—. Una vez que despegue, será presa fácil para las fuerzas aeroespaciales Steiner. Si mantenemos la Nave de Descenso en tierra, podremos ubicar nuestras defensas a su alrededor, crear una base de fuego para acabar con el ataque lirano. El poder aéreo de Steiner no será capaz de hacer gran cosa contra la nave mientras ésta se mantenga a cubierto en el bosque. Aún tenemos una posibilidad de ganar en Marfik.

—Quedarse aquí es un riesgo demasiado peligroso —observó Ninyu Kerai—. Los Rangers quieren tu cabeza.

—El equipo del Tech Superior Kowalski ya está preparando el *Arctic Fox* para el despegue —señaló Fuhito Tetsuhara.

—Las tropas no van a cambiar sus posiciones. No seguirán tus planes de establecer una defensa alrededor del *Fox* —anunció Esau Olivares—. Ya hay voluntarios metiendo lo que queda de nuestros suministros en la nave, pero nadie, ni siquiera los heridos, subirá si tú no estás a bordo, *sama*. Mi Víctor te está esperando. Hasta se le han modificado los circuitos para adaptarlo a tus lecturas básicas. Yo conduciré al «Revenant» por la mañana. Eso mantendrá ocupados a los liranos.

—El heredero del Dragón debe abandonar Marfik —insistió Tomoe.

Theodore observó los rostros que lo rodeaban, los ojos duros y desafiantes. Nadie se rindió a él. Sus oficiales estaban decididos. Con o sin él, la Undécima Legión de Vega iba a morir aquí por la mañana. ¿Cómo podría traicionar semejante lealtad dejándolos solos?

—Lo pensaré.

Dos lanzas de fuego del batallón de Wagner avanzaron sobre el flanco izquierdo, prestando su carga de misiles y de armas de energía a la marcha del Vigésimo Tercero de Infantería Blindada. Kathleen Heany observó satisfecha cómo sus tanques y TBP empujaban a las Serpientes de sus defensas exteriores. Les había llevado toda la mañana llegar tan lejos, y los MechWarriors veganos aún no habían aparecido.

Dos cazas aeroespaciales liranos se alejaron de la trayectoria del sol. Deslizándose por encima de las copas de los árboles, los aerrojacks abrieron las válvulas de los tanques que llevaban sujetos al vientre. Densas nubes surgieron de los escapes de los

vehículos cuando la mezcla química ardió en una combustión humeante. Los largos chorros de niebla artificial se posaron sobre el campo, ocultando el avance de sus tanques.

Heany quedó complacida por la precisión de los pilotos y la buena ejecución de sus planes tácticos. Mostraban más disciplina que la tripulación que había despegado con su Nave de Descenso al amanecer, volando demasiado cerca de Sitika en su camino hacia órbita. Tan pronto como dispusiera de algo de tiempo, redactaría un informe acerca de ellos.

Unas explosiones atronadoras hicieron que su atención retornara al campo. Sonrió con feroz expectación. El centro de los Drac se estaba desmoronando. El Vigésimo Tercero había creado un corredor a través de las defensas kuritanas. «El señor ayuda a quien se prepara», pensó.

Media hora más tarde, sus esperanzas se vieron confirmadas. El Cuarto de Skye entabló combate con lo que ella estimó la mitad de los Mechs kuritanos aún activos. La lucha fue encarnizada, y al cabo los kuritanos retrocedieron hasta una posición defendida por el resto de la legión. Observó el *Orion* que inteligencia había identificado como la propia máquina de Theodore Kurita dirigiendo la batalla.

Bajo el fuego de los BattleMechs atrincherados, los Rangers de Skye prosiguieron su avance. Heany quedó satisfecha de su brío. Alcanzaron la línea de batalla kuritana con unos daños mínimos. El *Quickdraw* de Hunicutt fue el primero, lo cual no constituía una sorpresa. La preferencia del sargento por un combate directo ya era legendaria en el Cuarto de Skye.

El *Quickdraw* se dirigió hacia un *Dragón* de la izquierda. El Ranger debió de haber sorprendido a la Serpiente, porque el Mech del kuritano no hizo esfuerzo alguno por dar la vuelta y enfrentarse al otro. Hunicutt lanzó una andanada de misiles de corto alcance a medida que se aproximaba, y cargó sin esperar a ver el resultado de su ataque.

El humo de las detonaciones de los cohetes tapó momentáneamente la visión de Heany. Tan pronto como se despejó, la comandante se sobresaltó al ver al *Quickdraw* erguido sobre un montón de metal inservible. ¡Imposible! El *Dragón* era un Mech de sesenta toneladas. Ni siquiera la destreza en el combate cuerpo a cuerpo de Hunicutt podría destruir a un Mech a tanta velocidad.

¡El *Dragón* era falso, un decorado! A lo largo de todas las posiciones kuritanas, vio que los Mechs de los Rangers estaban descubriendo lo mismo. Algunos habían atravesado una lámina de metal, destrozando estructuras construidas a fin de que parecieran a BattleMechs. Dentro de esos caballos de Troya se ocultaban los artilleros de la infantería y los equipos de cohetes, simulando el poder de disparo de un BattleMech. Sólo unos pocos eran Mechs reales, y éstos estaban estropeados, incapaces de huir de los Rangers y de utilizar poco más que una fracción de sus armas.

La habían vuelto a engañar.

Realizó una inspección completa de la zona. El radar captó un grupo de objetivos moviéndose en dirección sudoeste por las colinas, rumbo al maldito bosque. Centró los rastreadores visuales en ellos: diez BattleMechs kuritanos conducidos por un *Orion* de un verde pardo.

—¡Oh, no. Serpiente satánica! —gritó Heany—. ¡Ahora no!

Por lo menos, estaba preparada para el truco. Abrió el canal con la base de los Rangers.

—¡*Achtung!* ¡*Achtung!* Orden de abrir fuego en seis-tres-tres. ¡Ejecutadla ahora!

Mientras conducía a los Mechs de los Rangers en persecución de los kuritanos que huían, aguardó el resultado de su orden. No escaparían esta vez.

La primera bomba de artillería partió dos minutos más tarde, deshaciéndose en pequeñas bombas al caer. El terreno explotó delante de los Mechs de los kuritanos. Siguieron más bombas, que parecieron lanzar el suelo hacia el cielo para que se uniera con la atmósfera.

Observó cómo el *Orion* se desplomaba bajo el infierno desatado por su artillería. «¡Te tengo!», pensó.

—¡*Achtung!* Cancelad orden de fuego seis-tres-tres. Repito, cancelad la orden de fuego.

Dos minutos después, el suelo dejó de temblar. En el caos de tierra revuelta, los BattleMechs kuritanos yacían magullados y desmembrados. Con los huesos de aleación visibles a través de su blindaje desgarrado, el *Orion* estaba tendido de espalda.

Heany quedó sorprendida cuando el tablero de comunicaciones indicó una transmisión de microondas que emanaba del Mech caído. Al ajustar su canal, su vídeo se iluminó con una escena.

El MechWarrior que había en la carlinga del *Orion* se había quitado el neurocasco, en señal de rendición, ya que sería incapaz de controlar a su Mech sin él. La cara embarrada estaba llena de cicatrices y en la oreja derecha llevaba una pluma roja de *scharacki*. Unos dientes blancos brillaron en el halo formado por una barba rala que le sonrió.

—*Ohayo*, comandante Heany. El *Tai-sa* Kurita lamenta no poder asistir a su fiesta. Pero no se sienta molesta. No tiene bastante pelo en el pecho como para mantener a las chicas lirananas contentas, así que me quedé yo para encargarme del asunto. ¡Venga a cogerme!

Heany golpeó la pantalla con el puño, y su anillo Sanglamore astilló la superficie de plástico. «¿En qué lugar de toda la maldita galaxia se encuentra Theodore Kurita? —pensó—. ¿Cómo pudo escapárseme otra vez?»



**Punto de Salto Cénit, Sistema Marfik****Distrito Militar de Dieron****Condominio Draconis****1 de octubre de 3028**

—Capitán. —Walter Garrett sintió la mano de Hans Alders en el hombro y deseó que no fuera así—. Capitán, usted me pidió que lo despertara antes de acoplar.

—Ya lo ha hecho, Hans. Ya lo ha hecho —murmuró Garrett—. ¿Cuál es la situación?

—Nos encontramos a dos horas del punto cero en este tramo. La Nave de Descenso de la comandante Heany interceptará esa posición en ciento veintiocho minutos. He retrasado el reinicio de las maniobras gravitatorias hasta habernos acoplado.

—Vamos a tener problemas si siguen con el comunicador estropeado.

El láser de comunicación de la Nave de Descenso había sido destruido en la lucha, y la radio sólo funcionaba a intervalos. Incluso el radiofaro de respuesta del IAE enviaba un mensaje confuso, pero bastaba para reconocer la Nave de Descenso como una de ellos. No es que hubiera muchas posibilidades de que fuera una trampa; el mando del sistema no había informado de ninguna Nave de Descenso kuritana desde la semana posterior a la invasión, cuando todas las de la legión fueron capturadas en Massingham.

—Sigue averiado, capitán. Los Techs no parecen capaces de rastrear el fallo. Pero a mí se me ha ocurrido una idea al respecto. Y me sorprendió cuando se mostraron de acuerdo; jamás creí que esos MechJocks aceptaran dejar que un hombre de la flota tocara sus controles.

Garrett sacudió la cabeza perplejo, y el movimiento lo envió contra las correas de sujeción del camastro. Seguía atontado por el sueño, agotado a causa de los turnos

largos solicitados por el *Kit Carson* debido a su escasa tripulación. Comprendía la importancia del sistema del Pony Express, del cual su Nave de Salto era una parte. El sistema había sido bautizado por una antigua red de transporte de correos de la Tierra que antaño había abarcado la vasta extensión de Norteamérica. En vez de caballos para atravesar las llanuras, había Naves de Salto jugando a los relevos en las estrellas, transfiriendo las pulsaciones de datos y las Naves de Descenso para que la información fluyera desde el frente hasta el comandante supremo y viceversa.

El método era caro, pero más seguro y fiable que los generadores de hiperpulsaciones controlados por ComStar, que se encargaban de las comunicaciones interestelares normales. Aunque los GH eran rápidos, un mensaje se podía pasar semanas en una estación de ComStar hasta que los papeles se acumulaban. El poder prescindir de ellos fue lo que permitió que la alianza Steiner-Davion lograra sorprender al Condominio Draconis. Sin embargo, el sistema significaba disponer de una tripulación escasa. El secreto obligó a que las tripulaciones militares pasaran a las naves civiles que se requisaron para la guerra. Garrett sabía que era necesario, pero su cuerpo se quejaba. Ya estaba demasiado viejo para una vigilia de guardia constante.

—¿De qué estás hablando, Hans?

—He enviado al teniente Morrison con el *Lucifer*. Se llevó consigo a Alaric Gerhardt. Morrison puede encajar en la escotilla de sus cazas aeroespaciales con más facilidad de la que ellos acoplan con nosotros. En cuanto Alaric esté a bordo, él será capaz de unir la nave. Creí que el *Carson* se encontraría más seguro de esa manera; no tendremos que preocuparnos de alguna avería por un acoplamiento incompetente.

—Demasiados problemas por un general con destino al cuartel general.

—Si se tratara sólo de un coronel, no estaríamos realizando el esfuerzo, ¿verdad?

—Astuto, Hans. Siempre hemos de prestarle atención a la política de los rangos.

—Garrett se liberó de las correas del camastro y flotó a través del compartimiento, moviéndose con agilidad en la microgravedad a pesar de la edad y de la pierna artificial—. Voy a ducharme y a comer algo antes del acoplamiento. Probablemente, deberíamos recibirlo con toda la tripulación. A los generales les gustan las bienvenidas adecuadas.

—Sí, capitán.

Dos horas más tarde, Garrett y Alders se encontraban en la cavidad de carga, cerca de la anilla de la escotilla de acoplamiento. Los otros seis miembros se movían impacientes no muy lejos. Alders sólo tuvo que gritar una vez para acallar sus quejas acerca de las exhibiciones innecesarias para los generales innecesarios. Garrett sabía que su falta de respeto por el ejército era más tradicional que personal, pero aun así esperaba que no lo avergonzaran delante del oficial visitante.

El *Kit Carson* se sacudió ante el impacto de la Nave de Descenso en la anilla.

Garrett tomó nota mental de despellejar a Gerhardt por su acoplamiento de aficionado. Los talones de los zapatos de fijación de Alders emitieron unos ruidos de succión al avanzar hacia los controles de la escotilla. Se oyó un ligero siseo cuando el panel comenzó a moverse, y el olor rancio típico de la vieja Nave de Descenso de clase *Union* llegó hasta la tripulación de la de Salto que allí esperaba, a causa de la presión de aire ligeramente más alta de la nave entrante.

El círculo creciente de la escotilla estaba a medio abrir cuando una figura vestida de negro se lanzó al interior en un salto que hubiera sido imposible con gravedad. El hombre pelirrojo golpeó en el estómago a Alders, cuyos zapatos de succión se soltaron de la cubierta, lo que envió a los dos hombres dando vueltas hacia el mamparo lejano.

Una segunda figura penetró en el *Carson*. Ésta se deslizó con destreza por el mamparo superior del corto pasaje que conectaba la escotilla con la cavidad de carga. Con la facilidad de una persona acostumbrada a las acrobacias de la gravedad cero, la persona enfundada de negro aterrizó agazapada delante de Garrett. El capitán reconoció que se trataba de una mujer hermosa antes de que sus ojos se clavaran en la espada reluciente que extendió para tocarle el cuello.

—La punta es lo suficientemente afilada como para penetrar antes de que la reacción lo aleje de mí, capitán —explicó con voz suave—. Ríndase y salve su vida.

Garrett escuchó unos crujidos detrás de él en el momento en que la tripulación comenzaba a reaccionar. Antes de que él tuviera tiempo para pensar en volverse, la mujer alzó la mano izquierda. Su pistola láser siseó una sola pulsación y se oyó el jadeo de un hombre moribundo. La mujer no había apartado los ojos de él en ningún momento.

—Q... quietos —tartamudeó Garrett.

La mujer sonrió.

—El Dragón recompensa la sabiduría —comentó, bajando la espada—. Camine con cuidado en dirección al mamparo, donde se encuentran sus hombres.

Obedeció. Mordiéndose el labio, vio que Bernhardt flotaba sin vida cerca del centro de la cavidad de carga; un lanzador de postas se alejaba despacio de la mano extendida de ella. El intruso pelirrojo se irguió junto al cuerpo inmóvil de Alders, al que mantenía sujeto en la cubierta con un pie sobre la cabeza, y amenazó a los supervivientes con una peligrosa pistola KA-23. El kuritano se hallaba preparado para resistir cualquier culatazo en caso de verse obligado a disparar su arma.

El hombre le sonrió a Garrett y se volvió hacia la mujer.

—*Arigato, Tomoe-san*. No vi al que llevaba la pistola.

—*Do itashi mashite* —repuso ella y, girándose hacia la escotilla abierta, emitió unas palabras en japonés que Garrett reconoció como una señal de que todo estaba despejado.

Una figura alta, inmaculadamente vestida con el uniforme de salto del MechWarrior del Condominio, atravesó la anilla de la escotilla de acoplamiento. Las tres barras de color verde manzana de un *Tai-sa* refulgían en el cuello. El oficial realizó una ligera inclinación de cabeza.

—Buenos días, capitán. Deje que sea yo el primero en darle la bienvenida a su nave a la flota del Condominio. Por favor, prepárese a saltar. Tengo un poco de prisa.

**Nevcason, Nantuo del Sur, Vega**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**16 de octubre de 3028**

Theodore comprobó su anillo reloj y dejó su ejemplar del *Ping Fa* de Sun Tzu. El volumen de cubierta de piel y con una página doblada resultaba extrañamente fuera de lugar entre los discos de datos y las hojas brillantes que cubrían la mesa de trabajo. Cogió dos de los discos y los guardó en uno de los bolsillos de su traje de salto. Indeciso, titubeó durante un momento; luego, deslizó las dos espadas en la faja. Quizá viniera bien algo de formalidad, ya que los comandantes de regimiento subordinados ostentaban rangos militares superiores al suyo. Sólo su posición como heredero designado le permitía dirigirlos. Abandonó el pequeño estudio y fue pasillo abajo hasta la sala de conferencias.

El *Tai-sho* Michael Heise, de la Segunda Legión, ya se hallaba allí, desmontando su arma personal mientras esperaba. Su uniforme reglamentario de color negro estaba arrugado y manchado con el aceite que chorreaba del trapo que empleaba para limpiarla. Heise alzó la vista cuando Theodore entró en la estancia.

—*Konichi wa, Kurita-sama* —saludó desde su asiento—. ¿Se ha recuperado de nuestra equivocada recepción?

—Bastante, gracias. Había esperado ser perseguido por los liranos, no por kuritanos.

Heise lanzó un bufido.

—Debería haberlo esperado cuando nos llamó con una Nave de Descenso con el puño de Steiner grabado en los costados. Suerte que los Aerojocks se retiraron y lo dejaron aterrizar al ver que no les devolvían el fuego. Me habría resultado bochornoso tener que explicar al Coordinador cómo hice caso omiso de las emisiones de su hijo y

ordené que volaran del firmamento su Nave de Descenso.

—Actuó con una sospecha y cautela comprensibles, *Tai-sho*. Nadie podría culparlo de ello.

—No creo que el Coordinador lo hubiera visto de la misma manera.

—Entonces, quizá sea *usted* el afortunado —sugirió Theodore—. ¿Dónde se encuentra la *Sho-sho* Nórdica?

—Chris se ha demorado un poco en dejar el Decimocuarto. Al parecer, tenía que esperar el resultado de un rastreo de la Tercera Guardia. Llegará en unos minutos.

—*So ka*. ¿Cuáles son las últimas noticias del campo?

—De momento, muy tranquilo —anunció Heise mientras activaba el holotank que dominaba la pequeña sala.

La opaca máquina cobró vida y adquirió la negrura del espacio, con un globo de Vega flotando en su centro. El océano que rodeaba las tierras apareció de un verde uniforme, mientras que los tres continentes estaban pintados de oro. La esfera rotó hasta que el polo sur apuntó hacia abajo y se hundió en la base. El vasto territorio de Nantuo del Sur se extendió para llenar el fondo. Mientras lo hacía, las montañas se elevaron de la superficie regular y los ríos aparecieron, cortando valles e inundando llanuras, como si todo el tiempo geológico hubiera sido comprimido en unos pocos segundos. Los istmos de Nantuo del Norte y el extremo sur de Forsiar se veían en un costado del tanque, pero Nantuo del Sur y sus mares fronterizos llenaban la mayor parte de éste.

Heise tocó un mando y los datos militares comenzaron a aparecer en la superficie del mapa. Una tonalidad azul clara, que representaba el territorio bajo el yugo de los invasores Steiner, cubría la mayor parte de los continentes vecinos. También Nantuo del Sur se veía marcada con una faja azulada que ocupaba la mayor parte del Gran Desierto de Lágrimas y las montañas Trebason. Unos iconos del mismo color marcaban las disposiciones de las dos docenas de unidades militares Steiner en el campo. La más peligrosa, el Tercer Regimiento lirano de BattleMechs, estaba destacada con una luz más intensa en su posición justo al oeste de la línea Roccer-Halo. Los iconos rojos de las fuerzas kuritanas se hallaban frente a ella desplegados en un semicírculo, cerrando el extremo este del saliente que albergaba la capital planetaria de Nevacson. Casi todos los cuarenta regimientos de fuerzas convencionales se encontraban dispersos, ocupando otras posiciones vitales, a la espera del avance lirano para regresar a sus zonas defensivas. Sólo la legión, un regimiento blindado y media docena de regimientos de infantería defendían las tierras bajas que rodeaban Nevacson. La Segunda Legión de Vega sostenía el flanco del norte. Al sur, la Decimocuarta estaba desplegada entre los campos de minas de la región De Zerber.

—Como ya sabe, no hemos recibido noticias de Nantuo del Norte o Forsiar desde

finales de septiembre. Nuestros exploradores acaban de identificar elementos de la Trigésimo Tercera Guardia Blindada de Lira marchando a través de Al Aldurban, al sudoeste de De Zerber. Como este regimiento estuvo involucrado en los saltos de desembarco iniciales en la costa de Forsiar y, más tarde, se lo observó durante la caída de Qaterrani, en Nantuo del Norte, debemos suponer que toda la resistencia militar organizada en estas tierras ha sido barrida. Es de suponer que pronto llegarán más liranos.

—Ya lo habíamos previsto —comentó Theodore.

—Las previsiones jamás han detenido a un tanque.

Iba a responderle que la verdad era que sí lo habían hecho. Un buen comandante era capaz de frenar a un enemigo previendo con antelación sus acciones y haciéndolas inútiles antes de que éste pudiera llevarlas a cabo. Pero parecía fútil señalarlo. Heise se había mostrado muy jubiloso al ver a Theodore saltar del *Arctic Fox*; sin embargo, sus modales posteriores lo obligaron a pensar que la alegría del hombre se debía más a la responsabilidad transferida con respecto al destino del planeta que a cualquier expectativa de éxito bajo su mando. Heise lo había desilusionado; le había parecido más optimista y vital en anteriores visitas a Vega. Esperó que la *Sho-sho* Nórdica no estuviera contagiada por el pesimismo del oficial.

El golpe sonoro de una puerta de madera contra la pared anunció la llegada de Nórdica. Theodore se volvió para observar a la mujer rubia y alta, la piel brillante de sudor, entrar en la estancia. Llevaba un chaleco refrigerante y sus bucles normalmente rizados estaban pegados a la cara: claros síntomas de que acababa de dejar su Mech.

Christine Nórdica se acercó a él con la mano extendida.

—Bien venido de vuelta a Vega, *Tai-sa* —saludó, palmeándole el brazo mientras hablaba—. Quiero decirle que me pareció muy audaz la forma en que engañó a los liranos para que le proporcionaran una Nave de Salto. Siempre he dicho que usted superaría sus propias hazañas.

—Lo que dijiste es que nadie podía ser tan malo —se burló Heise.

—Cierra la boca, Mike, o tu sagaz comentario te hará ganar un puñetazo.

—Tranquilo, *senshi* —pidió Theodore, apoyando una mano sobre el hombro de Heise para impedir que se levantara—. Éste no es momento para pelearnos entre nosotros.

—Bueno, de todas formas —insistió Nórdica—, creo que lo hizo muy bien.

—Tuve suerte. Los liranos estaban tan seguros en su arrogancia, que fuimos capaces de engatusarlos, haciéndoles creer que éramos una de sus Naves de Descenso. Convencer al capitán para que nos llevara al sistema Konstance fue fácil comparado con lograr que recargara los propulsores Kearney-Fuchida de la Nave de Salto en la planta de fusión para completar el tránsito a Vega. Entre la tensión que había en el hiperpropulsor y el punto pirata del punto de tránsito que le exigí, tenía la convicción

de que se perdería en el hiperespacio. La nave resultó dañada, pero llegamos a tiempo a Vega. —Se encogió de hombros—. Eso ya es historia, y debemos tratar con el futuro. He estado viendo la situación con el *Tai-sho* Heise.

—Bueno, carece de modales, pero sus informes son muy completos. Entre él y las cosas que oí que sonsacó a los liranos, será capaz de hacerse una buena idea de cuál es la situación.

—Es cierto que fuimos lo bastante afortunados como para capturar una de sus Naves de Salto del Pony Express y extraer una cantidad sustancial de datos militares de sus computadoras, pero no basta con conocer el emplazamiento de sus unidades. Quiero saber qué piensan del enemigo.

Nórdica se rio con tono desesperanzado.

—Usted ya ha leído el informe y ha visto lo que han hecho aquí en Vega. También ha observado la situación de nuestros suministros. Vamos cuesta abajo, a menos que a usted se le ocurra algo brillante.

—Tengo algunas ideas, pero primero quiero saber su evaluación del teniente general Finnan. Es el comandante de todas las unidades al tiempo que líder de la Tercera Guardia, y se me ha informado que usted lo conoce.

La mujer se puso tensa y bajó la mirada.

—No sé de qué está hablando.

—Sí que lo sabe —repuso Theodore con suavidad—. Tal como ya he comentado, debemos tratar con el futuro. Su pasado no importa. —Viendo que seguía reticente a hablar, añadió—: Ahora pertenece al Dragón, *Sho-sho*, y éste protege a los suyos. El conocimiento que posee del carácter del general podría ayudarme a saber qué esperar de él como comandante del enemigo.

Nórdica se llevó una mano a la boca y mordió con delicadeza la unión de los dedos con el pulgar. Con un suspiro, alzó los ojos hacia Theodore. Después de unos segundos, volvió a apartar la mirada.

—De acuerdo —aceptó—. Es un tipo duro de verdad un fanático leal a la Casa Steiner y ciego a cualquier cosa que se diga de ella. Se toma muy en serio el apodo de la Tercera Guardia. Se los llama «La Guardia de la Espada Eterna», y siempre exhibe una antigua y ancha incluso en el interior de su Mech. En ese aspecto, es un poco extraño...

Su voz se perdió al pronunciar las últimas palabras. Theodore siguió su mirada hacia las espadas que él llevaba en la faja.

—No ha habido ofensa alguna, *Sho-sho* —indicó—. Por favor, continúe.

—Debió de venir aquí directamente desde Tharkad. Se va a sentir muy incómodo con el clima, pero es un veterano y no permitirá que incida en su juicio. Llama a sus tropas los «héroes teutones», y éstas son tan fanáticas como él. Toda su ascendencia es Steiner.



—*So ka*. ¿Lo calibraría como un líder Steiner tradicional?

—Bueno... —comenzó—. Sí, seguro.

—Muy bien —dijo Theodore, satisfecho. Introdujo un disco en la holomesa y apretó varias teclas. Los iconos rojos kuritanos cambiaron a posiciones nuevas, y aparecieron unas leves flechas anaranjadas que se abrieron camino hacia los puestos Steiner—. Estos son los emplazamientos que atacaremos mañana.

Los oficiales de la legión estudiaron el mapa, Heise mojándose unos labios reseco y Nórdica mordiendo un dedo. Esta pidió una repetición del ataque planeado y formuló unas preguntas breves mientras Heise hacía unos cálculos en su ordenador de mano. Pasados unos minutos, frunció el entrecejo y alzó la cabeza.

—Los ataques que propone quemarán lo poco que nos queda —objetó.

—Es verdad —concedió Theodore—. Pero, tarde o temprano, esos suministros desaparecerán, lo hagamos o no. *Toujours laudace, mon general*. Ya conseguiremos más de los liranos a medida que los forcemos a retroceder.

—Es un juego arriesgado —comentó Nórdica, sin dejar de pasarse la punta de la lengua por los labios. Su cara mostraba preocupación.

—Usted fue la que me llamó audaz.

—Sí, lo hice.

—Bien, la audacia es una virtud del Dragón. ¿Tiene el coraje de seguirme?

Ella se contuvo. Theodore pensó que había supuesto que dudaba de su valor por tratarse de una mujer. Él bien sabía que no; Tomoe le había enseñado mucho acerca de la valentía femenina.

—Estaré al lado de cada paso que dé, camarada —aseguró.

—*¡Dekashita!* —sonrió él—. Le daremos a los liranos una buena lección.

**Depósito de Suministros Steiner, Cochus, Vega**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**17 de octubre de 3028**

Fuhito maldijo la temperatura, temblando cuando un gélido goteo se abrió camino desde el cuello y bajó por su espalda. El trueno respondió a sus palabras y le recordó que el clima era su amigo. Tranquilizó la mente e intentó olvidarse del frío y la humedad. Acababa de conseguirlo cuando un tanque ligero Striker pasó traqueteando a su lado y lo cubrió de lodo cuando sus orugas cayeron en un charco profundo.

Al hacerse a un lado, pisó a un soldado de Steiner que marchaba en la columna. El lirano, el teniente al mando de la guardia del destacamento, lo empujó y lanzó un juramento, pronunciando algo en alemán. Sólo captó la mención de «kuritano» y el tono de voz colérico, pero comprendió que se trataba de un insulto.

Una sacudida en la espalda de uno de sus compañeros le recordó que debía mostrarse amedrentado. Echó una ojeada hacia atrás y percibió un leve movimiento de cabeza de Ninyu Kerai. Aunque a menudo solía encontrarlo perturbador, supo que tenía razón en ese momento. Al necesitar mano de obra barata, los liranos habían recurrido al pueblo con amenazas y falsas promesas para conseguirla. Se suponía que Fuhito y los otros soldados kuritanos disfrazados pertenecían a este grupo de gente reunido de toda la campaña por los invasores de Steiner. Con el fin de seguir ocultándose y estar a salvo entre los trabajadores, tenían que evitar que cualquier sospecha recayera sobre ellos. Si alguno de los liranos se mostraba curioso y los registraba, todo se perdería. Los patriotas que se habían unido a los kuritanos para esta misión serían fusilados. Los soldados, aunque llevaban sus uniformes militares bajo las capas para la lluvia, probablemente recibirían la misma recompensa.

—¡Moveos, holgazanes! No pienso pasarme la noche con vosotros —rugió el

teniente, de temperamento tan desagradable como el clima. El oficial clavó la culata de su carabina láser en la espalda de una de las nativas, obligándola a avanzar—. ¡Vamos, vamos! Cuanto antes lleguéis a la sede, antes os secaréis.

La fila andrajosa de hombres y mujeres miserables continuó andando.

Finalmente, alcanzaron la puerta que daba a la sede de sus suministros en Cochus. Era un buen emplazamiento, idealmente situado para apoyar el avance del Tercero de Guardias liranos sobre la capital. Los suministros se podían bajar a salvo en Forsiar y de allí enviarlos a los muelles de la ciudad. Desde la ciudad costera, los mandarían en vehículos terrestres por la carretera principal, por monorraíl a los puestos de las posiciones estratégicas o por transporte militar a casi cualquier otra parte.

Encorvados bajo la lluvia, la tropa kuritana y los trabajadores entre los que se ocultaban esperaron a sus señores. Los soldados de a pie se reunieron bajo la goteante bóveda que servía como caseta de guardia con el fin de realizar sus asuntos dentro de una relativa comodidad. Fuhito escuchó a los hombres de la sede quejarse de la tardanza de su relevo. Sorprendido, oyó cómo el guardia con el que había tropezado sugería que ellos se ocuparan del tema y fueran a sacar al otro turno de sus camastros de las barracas.

Pensó que la idea de abandonar el puesto debido a la incomodidad personal resultaba una noción traicionera, impensable. Pero estos liranos eran blandos y sólo pensaban en las comodidades. Y sobre todo eran engreídos, demasiado seguros de hallarse a salvo detrás de sus líneas. Sólo una pareja de Strikers, protegidos contra la inclemencia, se mantenían en sus posiciones de centinelas. En apariencia, su grupo se mostraba remiso a mojarse sólo para vigilar a un puñado de trabajadores sumisos. «Blandos», pensó.

Los guardias regresaron para conducir a los obreros a los barracones donde pasarían la noche. Cuando atravesaron la puerta, echó un vistazo hacia atrás para ver cómo los hombres de guardia seguían la sugerencia del teniente. En masa, dejaron sus puestos y se encaminaron a las barracas principales. Se preguntó si los MechWarriors de Steiner eran igual de descuidados.

Cuando llegaron, los separaron en grupos y les asignaron unas cabañas. Cuando sólo faltaba un grupo, el oficial despidió a sus hombres, instándolos a que fueran a calentar algo de aguardiente para él. El último contingente estaba compuesto casi en su totalidad por hombres del Condominio, y Fuhito experimentó una sensación de peligro inminente mientras el teniente se quedaba en la puerta, iluminando con una linterna la cara de cada persona a medida que pasaban al interior débilmente iluminado.

—¡Oh, oh! —exclamó, apartando a alguien de la fila. Tiró de la capucha de la capa y dejó expuesta la cabeza de la mujer. Fuhito contuvo el aliento al ver que se trataba de Tomoe Sakade—. Muy bonita. Quizá me apresuré al decidir con quién iba a pasar

la noche. Se les da unos cuantos privilegios a aquellos que se muestran amistosos —le explicó el teniente, deslizando una mano debajo de la capa.

En el difuso resplandor que entraba por la puerta abierta, Fuhito vio que sus ojos se abrían mucho. Supuso que lo que había encontrado era el duro metal de la pistola de ella en vez de la carne suave que esperaba. Retrocedió un paso, pero no lo suficientemente rápido como para escapar de la centelleante mano de Tomoe.

Sus dedos rígidos se clavaron en su garganta. Se derrumbó con la tráquea rota, ahogándose en su propia sangre.

Todos se quedaron quietos, a la espera de percibir si habían sido descubiertos. No escucharon nada que indicara que los habían oído. El resto de los guardias continuó ruidosamente hacia las barracas. En el extremo alejado del campamento, un Mech solitario vigilaba, y su faro refulgía a medida que barría el perímetro.

—No queda tiempo que perder —anunció Tomoe—. ¡Kerai! ¡Tetsuhara! Reunid a vuestros grupos. Vosotros dos, llevaos a esta escoria a la cabaña. ¡En marcha!

Se quitaron las capas. Fuhito contó las cabezas y notó que algunos de los suyos habían sido escoltados a los barracones. Rápidamente, los reunió: eran veinte soldados y diez nativos ansiosos por ayudar al Dragón. A la cabeza de sus treinta hombres, se dirigió hacia las barracas lirananas. Tomoe y Ninyu ya se habían desvanecido en la noche, ocupados con sus propias tareas.

Dispersó a su gente para que cubrieran todos los laterales del edificio, cerciorándose con cautela de que no eran visibles si a algún lirano se le ocurría asomarse por la ventana. Localizó un buen lugar desde el cual veía el camino principal del campamento y esperó.

Diez minutos más tarde, dos explosiones anunciaron el éxito del grupo de Tomoe cuando los Strikers sucumbieron a sus minas magnéticas.

Los primeros de la tropa Steiner en salir de las barracas fueron los guardias negligentes. Irguiéndose en su posición, Fuhito disparó el KA-23 y los abatió antes de que hubieran avanzado veinte metros. A su alrededor brotaron chorros de llamas cuando su escuadrón abrió fuego. Las balas agujerearon la superficie del edificio, buscando y encontrando carne cada vez que los lirananos intentaban abandonarlo.

Unos sonoros golpes rítmicos llenaron el aire: se trataba del Mech Steiner de guardia. Las pisadas se hicieron más lentas cuando la máquina se acercó al patio. Entonces, apareció por la esquina, avanzando despacio. Las llamas de los Strikers iluminaban al Mech de veinte metros de altura, dándole el aspecto de un demonio infernal. Fuhito reconoció a la máquina como un *Firestarter* de treinta y cinco toneladas, un peligroso BattleMech destinado a combatir a la infantería. El Mech ligero avanzó por el patio, buscando al enemigo. El faro que tenía montado en la cabeza inspeccionó las sombras. Uno de los reclutas sucumbió al pánico, dejó caer el arma y salió corriendo, alejándose del *Firestarter*. El torso del Mech giró para

enfrentarse al hombre, y una andanada pesada de sus ametralladoras Deprus lo despedazaron.

Fuhito permaneció inmóvil cuando el *Firestarter* pasó al lado de su posición. Sabiendo que su movimiento podía resultar visible en el rastreador de trescientos setenta grados, lanzó una bengala por delante de la máquina y hacia su izquierda.

El Mech destrozó el lugar donde aterrizó la bengala tan pronto como el magnesio se incendió. Después de un momento, las ametralladoras del *Firestarter* guardaron silencio y se adentró en el callejón que había detrás en busca de su presa.

Al observar su paso, Fuhito notó una forma oscura sobre una torre de radio próxima al sitio donde la máquina se había detenido. La silueta se movió, y percibió el contorno de un hombre aferrado a la torre, con el brazo echado hacia atrás preparado para arrojar algo. Un objeto chisporroteante atravesó en un arco el espacio que los separaba e hizo impacto en el costado de la cabeza del *Firestarter*.

La bomba explotó en una lluvia de llamas, y su gelatinoso contenido petroquímico se adhirió a la cabeza del Mech. El calor y el líquido gomoso cegaron los sensores del *Firestarter* y, al parecer, desorientaron al piloto. Tambaleándose contra una pared, el Mech perdió el equilibrio y cayó.

Cuando se desplomó sobre el suelo, se abrió una de las latas adosadas a su hombro derecho. El líquido del interior estalló en una explosión de fuego y envolvió todo el tronco del Mech.

Fuhito se quedó perplejo. Esos envases usualmente llevaban refrigerante adicional, necesario para proteger los actuadores de la máquina cuando el calor de la fusión del reactor era encauzado desde el motor a los quemadores montados en los brazos. En cambio, este Mech había llevado productos químicos incendiarios que podía proyectar como una adherente masa de fuego para incinerar al enemigo, incluyendo otro BattleMech. Una muerte por fuego era el terror de todo MechWarrior, un terror nacido de las carlingas impregnadas de sudor donde ellos pilotaban sus monstruos con corazones nucleares. Este hombre había querido esa muerte para sus oponentes; ahora se asaba en su propia carlinga, víctima de su deseo.

La pérdida de su guardián gigante desmoralizó al resto de las tropas lirananas, que ondearon un trapo blanco desde una puerta.

Fuhito encomendó la tarea de aceptar la rendición a su sargento. Él se quedó contemplando la conflagración del *Firestarter*, lleno de pensamientos sombríos. Ninyu surgió de improviso de la oscuridad a su espalda.

—Bien sincronizado, Tetsuhara-sama. Lo situaste en posición como si fuera una práctica de desfile. El mérito es tanto tuyo como mío.

Se giró hacia él, sintiendo un calor que no procedía del Mech en llamas.

—Ningún MechWarrior debería morir de esta manera.

—Era un lirano —replicó Ninyu con indiferencia.

—Era un ser humano. ¿Es que no tienes corazón?

—Mi corazón pertenece al Dragón. No alberga simpatía para aquellos que se le oponen. —Su mirada fue tan dura como sus palabras—. Vámonos. El aerodeslizador ha llegado. Se necesitan todas las manos en los almacenes.

Aturdido, siguió al hombre vestido de negro.

Las siguientes horas de trabajo sólo lograron embotarlo aún más. Como MechWarrior, pudo manipular uno de los exoesqueletos industriales y ello lo hizo indispensable a lo largo del muelle. Estuvo demasiado ocupado para pensar.

De vez en cuando veía cómo Tomoe registraba los pedidos de suministros que le hacían las unidades Steiner, asegurándoles a sus oficiales ansiosos que sus solicitudes se estaban procesando y se hallaban en camino.

De hecho, los kuritanos se llevaban los suministros para su uso particular.

El volumen de las demandas lirananas indicó que los ataques de Theodore ya habían comenzado. Las fuerzas del Condominio estaban asestando golpes duros a lo largo de todo el frente, distrayéndolos de Cochus. A medida que el día pasaba, los kuritanos se pusieron a trabajar con más ahínco. Dejaron la fatiga atrás, inseguros del tiempo del que aún disponían. Cada caja sería vital para la continuidad de la resistencia en Vega.

La carga de las naves que habían seguido al aerodeslizador terminó al caer el crepúsculo, mientras este último esperaba la llegada de las tropas Steiner. Fuhito dispuso de unos pocos minutos de descanso cuando el último de los barcos partió del muelle, antes de que el primer aerodeslizador llegara para ser abarrotado con todo lo que pudiera transportar.

Ya era tarde, y sólo quedaba una docena por llenar, cuando los exploradores informaron que un destacamento de tanques lirananos y unos transportes de infantería se encaminaban hacia Cochus. Finalmente, algún oficial había decidido ir a ver por qué los suministros no le habían llegado.

Tomoe supervisó la última y apresurada carga, y le ordenó a Fuhito que trepara a bordo del aerodeslizador con el exoesqueleto antes de subir también ella con el suyo. Las turbinas zumbaron hasta adquirir potencia máxima, alzando a la nave para su huida fuera de la bahía, costa abajo de Nevacson. Los atacantes del Condominio casi habían vaciado el campamento.

La flotilla se estaba acercando al promontorio de la bahía cuando una lanza de *Scorpions* llegó a la playa. En el momento en que los tanques ligeros se detuvieron y dispararon unas pocas ráfagas a los aerodeslizadores que se alejaban con creciente rapidez, Fuhito encontró fuerza para levantar la garra del exoesqueleto y hacerles un gesto de despedida.

**A orillas del Mar de Lágrimas, Nantuo del Sur, Vega**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**30 de octubre de 3028**

El *Dervish* se asomó por entre la arena remolineante. Unos mortíferos rayos de color rubí brotaban de sus grandes antebrazos, y demonios de sesenta milímetros aullaban en su voluminoso pecho. El trueno de sus pisadas se perdía en el ulular del viento que parecía estar llevando medio Mar de Lágrimas al cielo.

Medio ciego y tosiendo en el polvo, el teniente coronel Brian Kincaid se apartó tambaleante del camino del monstruo justo antes de que uno de los enormes pies demolieran la cabaña que acababa de abandonar.

Tratando de protegerse la cara con una mano, se colocó las gafas de arena con la otra. Aunque aún le escocían y lloraban los ojos, alcanzó a vislumbrar una pared todavía de pie y una puerta golpeando con violencia agitada por el viento. Luchó por abrirse camino en busca de su protección y cogió una de las máscaras de filtro que pendía intacta de las ruinas.

Intentaba recordar, aunque con poco éxito, la disposición de la base. El campo de aterrizaje ya estaba arrasado cuando el batallón de su lanza de mando llegó para realizar algunas reparaciones. Apenas se había podido ver algo en la tormenta creciente. Sabía que la cabaña se encontraba en alguna parte al sur del edificio de la terminal, próxima al sitio donde había aparcado su *Zeus*, pero la confusión producida por el repentino ataque kuritano y la devastadora tormenta de arena lo habían desorientado.

Un fuego centelleante hendió la oscuridad. Las balas trazadoras de un cañón automático de calibre pesado buscaron algún objetivo, y localizaron los edificios de la terminal. El vitriolo y los ladrillos explotaron y fueron arrastrados por el vendaval

rugiente.

El autor del ataque, un *JagerMech* del Condominio, apareció fugazmente entre los remolinos de arena. Kincaid observó impotente cómo un par de hombres de infantería Steiner se esforzaban por apuntar con su afuste de misiles al Mech, sólo para ser vaporizados bajo dos pulsaciones de luz brotadas de los láseres de la máquina.

El capricho de la tormenta ocultaba al kuritano, cubriendo al *JagerMech* con más eficacia de lo que lo hacía con las cuatro o cinco figuras en sombras que avanzaban con torpeza más allá de las ruinas de la cabaña donde Kincaid estaba agazapado, oculto tras la pared aún erguida, sabiendo que los ladrillos caídos no eran protección alguna contra los BattleMechs enemigos. Maldijo su desvalidez. Se hallaba al mando de dos tercios del batallón de BattleMechs del Tercero de Guardias lirano, así como de media docena de regimientos convencionales, pero se encontraba separado de su *Zeus* y sin poder comunicarse con su mando. Llevaba únicamente su pistola automática M&G reglamentaria, y no había nada que pudiera hacer para detener la destrucción de los kuritanos.

De repente, el viento comenzó a amainar, anunciando el paso del ojo de la tormenta sobre la base. La visibilidad mejoró, pero en todas direcciones el horizonte permaneció invisible detrás de las cortinas de arena alzadas por el viento. Densas nubes aún cubrían el cielo. En el crepúsculo gris, pudo observar la terrible destrucción que las Serpientes habían causado con su ataque súbito.

Cogidos por sorpresa, los vehículos y los Mechs liranos habían sido destruidos allí donde estaban aparcados. Las barracas y los edificios de servicio se hallaban en ruinas, algunos completamente aplanados. Con la espalda pegada al muro que lo protegía, observó el campo en dirección a los atacantes del Condominio.

Dos lanzas de Mechs kuritanos estaban dispersas alrededor de la superficie asfaltada. De sus juntas fluía un lubricante impregnado de arena, que goteaba al pavimento emitiendo chispas. La mayoría de sus armas se hallaban en silencio, pues los pilotos estaban eliminando el calor para bajar los niveles de temperatura de las máquinas a posiciones más seguras, pero las ametralladoras y, de vez en cuando, las explosiones de los cañones automáticos abatían a las tropas Steiner que mostraban las suficientes agallas como para salir a enfrentarse al enemigo.

Un agudo ulular emanó de un *Panther* de color arena, cuyo pecho llevaba grabado un felino encasquetado con un *kabuto*. Reconoció la distribución de los sonidos como un código de batalla, una llamada de reagrupamiento. Desde el nordeste le llegó un grito de respuesta. Se asomó por el borde del muro a tiempo para ver cómo otra lanza de Mechs del Condominio cargaba a través de la zona del hangar, destruyendo los edificios tan completamente como un hombre que barriera el castillo de cartón de un niño.



Los cuatro Mechs se unieron a las otras máquinas ya agrupadas en la pista, y todo el grupo se colocó en forma de cuña, con el *Panther* a la cabeza. Los del flanco izquierdo giraron los torsos a la izquierda mientras que los de la derecha lo hacían en dirección contraria. Cogiendo velocidad, los enormes aparatos comenzaron a correr pesadamente por la pista.

La energía salió de los cristales láseres y los CPP, al tiempo que un cañón automático competía ruidosamente con el zumbido agudo de las ametralladoras a medida que los Mechs continuaban su carrera. Sus objetivos, los cazas aeroespaciales liranos, inmóviles y cubiertos contra las inclemencias, estallaron en llamas. El negro y aceitoso humo que se alzó de los restos calcinados fue desmenuzado y dispersado por el viento que aún rugía sobre la base. Los BattleMechs del Condominio continuaron su marcha al llegar al final de la pista, con las armas ahora en silencio, y se convirtieron en sombras, cada vez más oscuras, hasta que desaparecieron en el abrazo de la tormenta.

Kincaid se hallaba solo en la pista, en medio de las ruinas llameantes, cuando la fuerza de reacción lirana arribó.

—¿Dónde están, coronel?

—Se han ido. Otra vez.

No tendría ningún sentido perseguirlos. Incluso durante la primera semana de la ofensiva kuritana, las malditas Serpientes, de algún modo, habían sido capaces de golpear y desaparecer casi con impunidad. Ahora, protegidos por la tormenta, serían más invisibles que nunca.

Los dedos del *Katana Kat*, alimentados con miómero, se aferraron con fuerza a la superficie de la roca para resistir ante los vientos que soplaban a cien kilómetros por hora. Fuhito observó el embudo de la nube abatirse como un látigo sobre el cauce seco del río y succionar arena de su lecho duro. El oscuro remolino pasó por encima del *Cicada* de McCoy y, derribando al Mech de largas piernas al suelo, lo despedazó.

—¡Maldición! —exclamó Fuhito.

McCoy y su Mech eran los terceros que habían perdido con los terribles tornados que azotaban Nantuo del Sur desde hacía dos semanas. En ese mismo período, la legión había recibido menos bajas durante el acoso a los invasores liranos.

Cuando el embudo asesino pasó, él y su destacamento continuaron la marcha bajo la tormenta decreciente. Una hora de arduo viaje los llevó a la cara del risco que cobijaba el campamento base de la Segunda Legión de Vega. En las cuevas que agujereaban el risco, lejos de la arena y del viento, habían alzado sus instalaciones destinadas al reposo y la recuperación, muy poco usadas por cierto. Anhelando dicha tranquilidad, condujo a sus hombres a través de las improvisadas pantallas contra el viento hacia la relativa calma del interior de las cavernas.

Introdujo el informe de su huida por el enlace microonda a la computadora de

batalla de la unidad y se quitó el pesado neurocasco. La patrulla de cuatro días le había dejado el cuerpo rígido, lo que hizo que el descenso por la escalera del «Kat» resultara un ejercicio extremadamente doloroso. Encontró a Michael Heise esperándolo.

—¿Buena caza, Tetsuhara-kun?

—Bastante buena, *Tai-sho*. El informe completo se halla en la computadora —repuso con cansancio. Se pasó la lengua por los dientes arenosos; de alguna forma, ésta había entrado por su sistema de purificación—. El clima es terrible. Perdimos a McCoy en un embudo.

—Lamentable. Pero no inesperado para esta época del año. No se conoce a Vega por su verano suave y apacible. —Heise se encogió de hombros—. Sin embargo, para nosotros ha sido como un premio este año. La maldita fuerza lirana aeroespacial lleva varada en tierra dos semanas, y la estrategia del *Tai-sa* Kurita de lanzar ataques bajo la cobertura de las tormentas ha tenido unos resultados increíbles. Entre eso y nuestros ataques, más de la mitad de los cazas liranos están estropeados, lo que significa que, cuando el cielo se despeje dentro de una o dos semanas, nuestras fuerzas se hallarán más equiparadas. Entonces, tendremos una lucha gloriosa.

—Con todo el respeto, *Tai-sho*, suena como una de las arengas iluminadas del *Tai-sa* Kurita.

Heise se rio entre dientes.

—¿Y por qué no, Tetsuhara-kun? Él me inspira. Ha cambiado toda la situación. Cuando mejore el tiempo, destruiremos a los liranos.

—Seguro que lucharemos con ellos, *Tai-sho* —acordó Fuhito, perturbado por el optimismo infundado que había reemplazado al anterior pesimismo de Heise—. Pero, de nuevo con respeto, destruirlos es algo distinto.

Impertérrito, Heise agitó el brazo para indicar las fuerzas kuritanas reunidas en las cavernas.

—Estas son tropas entusiasmadas. Lo único que pueden conseguir es la victoria. Cuando el clima se despeje, volveremos de nuevo a los cauces de los ríos por nuestros caminos secretos y atacaremos a los liranos donde menos se lo esperen.

Hasta ahora, habían engañado a las fuerzas de Steiner; sin embargo, a pesar de su reputación, no eran tan tontos. Era imposible que no descubrieran el plan del Condominio. En cuanto los liranos dedujeran la estrategia del *Tai-sa*, la legión tendría que enfrentarse Mech a Mech a la élite del Tercero de Guardias. Los Regimientos Segundo y Decimocuarto de la legión no habían experimentado el beneficio del mando directo del *Tai-sa* Kurita tal como el Undécimo vegano. Aunque era muy probable que superaran en número a los liranos, estos legionarios aún no estaban preparados para una batalla abierta con los veteranos de Lira.

—Los liranos pronto se darán cuenta de que estamos viajando por los cauces secos

de los ríos, y ahí se perderá nuestro factor sorpresa —comentó—. Deberemos luchar directamente con ellos.

—¡Con el *Tai-sa* Kurita para conducirnos, triunfaremos!

Fuhito esperaba que tuviera razón.

**Factoría de Kerschengian, Cochus, Vega**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**13 de diciembre de 3028**

El *Víctor* se sacudió bajo el impacto de las bombas antiblindaje del cañón automático lirano *Marauder*. Theodore incrementó su energía y corrió en busca de protección detrás del edificio destruido de la factoría. Relámpagos azules procedentes de uno de los CPP liranos desgarraron el suelo a los pies del *Víctor*.

El grupo de ataque enemigo había atravesado las líneas de la legión y lo había arrinconado junto con su lanza de mando en la Factoría de Kerschengian, situada en las afueras de Cochus. Tourneville había transmitido un mensaje para advertir de la llegada de los liranos antes de ocultarse detrás de una hilera de depósitos de almacenamiento, dejando a Theodore y a Tomoe enfrentarse a un cuarteto de Mechs pesados. El *Panther* ligero de ella fue derribado en la primera carga, pero consiguió eyectarse antes de que el Mech se derrumbara. Vio el paracaídas de su asiento y supuso que había aterrizado a salvo. No se atrevía a considerar otra posibilidad.

Sin previo aviso, un fuego azul atravesó su camino.

Theodore viró el *Víctor* a la izquierda y descubrió el origen de la descarga: el *Vindicator* de Tourneville. Frenó la exploración de todo el terreno y volvió a centrar el rastreador visual en el cuadrante posterior. Allí vio el objetivo de Tourneville: un *Crusader* lirano, que se tambaleaba debido al daño recibido del CPP del *Vindicator*. Unas llamas chisporroteantes ardían en la parte izquierda del vientre herido del Mech.

Theodore lanzó una andanada de su cañón automático Pontiac 100. Las balas de alta velocidad atravesaron el torso del *Crusader* y desgarraron el blindaje de cerámica metalizada. Las explosiones secundarias hicieron saltar trozos de los refuerzos

internos de aleación de titanio de la herida. El *Crusader* se dobló y cayó sentado pesadamente. Una gigantesca detonación lo derrumbó por completo cuando el reactor de fusión explotó, escupiendo al aire un torrente de metal líquido y gases calientes.

El *Marauder* apareció en la esquina, por detrás de Theodore, quien encendió los retropropulsores del *Victor* con la esperanza de escapar a los ojos del enemigo antes de que éste pudiera apuntar sus armas hacia él. La máquina de ochenta toneladas se elevó con velocidad en el momento en que los CPP gemelos ionizaban el aire a su espalda.

Tratando de encontrar un lugar seguro de aterrizaje, observó cómo Tourneville se apartaba cuando un *Warhammer* lirano destrozaba el tanque detrás del cual había ocultado su *Vindicator*. El Mech kuritano huyó en busca de otro refugio, incapaz por su tamaño de plantarle cara al monstruo de setenta toneladas.

Buscó el cuarto Mech Steiner, un *Ostroc*, y localizó la lisa superficie de su cuerpo ovalado, que sobresalía con claridad de entre un amasijo angular de vigas de los restos de una barraca. Cambió su vuelo e intentó aterrizar a la derecha del *Ostroc*, fuera el alcance del afuste de misiles que éste llevaba montado en el hombro.

Viéndolo llegar, el lirano giró mientras él se recuperaba del aterrizaje y soltó una andanada completa de láser. Una de las armas ni siquiera rozó al enorme *Víctor*, pero las otras tres laceraron el revestimiento de duralex del Mech. Las láminas del blindaje se fundieron, mostrando otras capas que brillaban debido al derretimiento parcial.

Theodore volvió a disparar los retropropulsores en un intento de pasar por encima de su enemigo y cogerlo por detrás, pero éste reaccionó a su maniobra y los anchos extremos de los cuatro láseres siguieron su vuelo. Unas pulsaciones de color rubí partieron en pos de las zonas vitales del Mech kuritano, pero una sobrecarga de calor debió de afectar la búsqueda de objetivos de su computadora, pues el piloto falló lo que debió haber sido un blanco fácil.

El *Víctor* aterrizó a sólo diez metros del *Ostroc*. Theodore disparó el Pontiac y se acercó sin aguardar a ver los resultados. Unos fragmentos cayeron sobre el aparato cuando las balas de cien milímetros destrozaron el débil blindaje de la espalda del Mech lirano y dejaron al aire la superestructura interna de la máquina. Esta también se resquebrajó y desapareció bajo la furia explosiva de las bombas. La placa pectoral del *Ostroc* y el brazo derecho volaron por el aire cuando su munición de cohetes se activó en una violenta cadena de explosiones. La máquina Steiner se desplomó, como una marioneta desencajada carente de dirección.

Theodore estuvo tentado de destrozarse la pierna izquierda del *Ostroc* de una patada, pero se detuvo.

La victoria fue breve. Su Mech se sacudió bajo el renovado asalto del persistente *Marauder*. Los CPP liranos se comieron el blindaje posterior del *Víctor* y dejaron

expuestas sus partes internas. Debido a la violencia del ataque, éste se desplomó con estrépito al suelo antes de que Theodore fuera capaz de equilibrarlo.

El impacto lo atontó, haciéndole perder unos segundos preciosos mientras la forma alienígena del *Marauder* se aproximaba. El Mech pulverizó unos bloques de cemento con las garras de sus pies cuando trepó por un muro de escombros, y giró su caparazón en dirección a Theodore; apuntó su cañón automático dorsal y escupió una muerte explosiva sobre el derribado *Víctor*.

Las balas resbalaron destructivamente por el pecho de la máquina y estallaron en la cabeza del Mech. La carlinga atronó bajo la sacudida y se hundió ante la liberación de energía cinética. Theodore se vio zarandeado de forma violenta. Cuando las conexiones de su neurocasco se soltaron, conmocionado, fue arrojado contra el respaldo del asiento de mando.

Faltándole la retroalimentación neural de su sistema, el *Víctor* quedó inmóvil, indefenso ante el *Marauder*. Cauteloso por si se trataba de un truco, éste avanzó con precaución y se detuvo a unos treinta metros. Alzó un antebrazo enorme y apuntó en dirección a la pierna del Mech caído. Una energía gris azulada salió aullando para acariciar la extremidad, haciendo volar placas de blindaje bajo su poder infernal. El piloto lirano volvió a disparar y disolvió el resto del revestimiento protector del *Víctor*. Los actuadores expuestos y los pseudomúsculos de miómero se derritieron y fluyeron bajo un tercer disparo. El líquido refrigerante de los cables rotos hirvió y explotó en un torrente de vapor.

Satisfecho con la mutilación infligida, el lirano hizo avanzar su Mech hasta cernirse sobre el enemigo derribado.

Aturdido, Theodore se preguntó si el lirano intentaba incinerarlo dentro del Mech o solicitar su rendición. No podía hacer nada. Estaba prisionero en la carlinga, y el costado derecho de su cuerpo se hallaba atrapado bajo la maraña de cables de lo que había sido el panel de su sistema de funciones. El brazo derecho, inmóvil y roto, descansaba sobre el tablero de comunicaciones. Había luchado lo mejor que había podido contra un enemigo superior; no existía vergüenza en esta derrota.

El siseo de unos haces de partículas anunciaron un giro en el discurrir de la batalla. Uno de los rayos azules agrietó la pierna derecha del *Marauder*, sacándole burbujas de blindaje derretido. Impactos múltiples de misiles agujerearon el sistema de reciclaje de aire con forma de turbina del Mech, situado en la parte posterior superior del torso. El Mech se dobló ante el golpe; luego, se irguió de nuevo, sin hacer caso el daño recibido. Giró a la izquierda y dirigió una descarga del CPP Magna Hellstar de su antebrazo izquierdo hacia un blanco invisible. Un cañón automático rugió como respuesta a los disparos del *Marauder*, pero el Mech lirano lo resistió.

«¿Sabrá a quién tiene a su merced?», se preguntó Theodore. Otra andanada de misiles chocó contra el grueso revestimiento de la parte superior del caparazón del

*Marauder*. El lirano, exhibiendo un admirable entrenamiento, alternó sus descargas, disparando el CPP Hellstar y el láser de cinco milímetros de su brazo izquierdo y después los del derecho. El cañón automático no paraba de rugir.

Theodore, desesperado por volver a incorporar al *Víctor* a la batalla, descubrió que su neurocasco se hallaba destruido sin ninguna esperanza de funcionamiento y que los sistemas de retroalimentación autonómicos que permitían el movimiento libre de los brazos del Mech habían desaparecido. Reguló la respiración, buscando su *hara*. La débil voz de Tetsuhara-sensei le susurró en el interior de la cabeza: «El dolor pertenece a la mente, y ésta es una subordinada del espíritu».

«*Hai, sensei* —respondió mentalmente—. Controlaré mi dolor». Alargó el brazo derecho y observó cómo se deslizaban los extremos del hueso mientras lo enderezaba. Con mirada imparcial, contempló la sangre fresca fluir en el momento en que los dedos introdujeron el código que elevaba la extremidad derecha del *Víctor*.

A través de la destrozada tronera de visión, vio el ancho cañón del Pontiac 100 apuntar hacia el cielo, y se sorprendió de que la máquina respondiera. Por lo visto, su karma era bueno. Cogió el control y apretó el botón de disparo.

Un trueno profundo produjo ecos en toda la carlinga cuando el cargador del Pontiac se vació, enviando balas de cien milímetros a la parte inferior del *Marauder*. El Mech lirano se sacudió violentamente al recibir el impacto. Theodore disparó otra vez. Una de las piernas del *Marauder* se puso rígida y sufrió unos espasmos cuando sus pseudomúsculos de miómero se contrajeron debido a un mando averiado. Soltando humo y chispas, el Mech lirano se derrumbó sobre el *Víctor*.

La oscuridad inundó la carlinga cuando las setenta y cinco toneladas del BattleMech incapacitado cayeron al suelo. Con un suspiro, dejó el mando y permitió que la oscuridad también inundara su mente. Cálida y bien venida, ésta lo acarició y lo llevó lejos del hedor y el calor del campo de batalla.

«Bien hecho», dijo la voz fantasmal de Tetsuhara-sensei.

**Nantuo del Sur, Vega**  
**Distrito Militar de Dieron**  
**Condominio Draconis**  
**Finales de diciembre de 3028**

Los suaves murmullos que provenían del centro de mando militar situado en el cuarto de al lado sacaron a Theodore de sus nebulosos sueños. Al despertar y ver las consternadas caras de Ben Tourneville y Fuhito Tetsuhara, trató de levantar la mano derecha para saludarlos, pero al ver que el brazo no le respondía, bajó la vista y descubrió que lo tenía cubierto por una escayola. Al reconocer también el picor de la plasticarne que se iba pelando en su frente, evocó el recuerdo de su última batalla.

—Los médicos dicen que recuperará la movilidad completa del brazo, *Tai-sa* —lo tranquilizó Fuhito—. Sin embargo, le quedará una cicatriz en la frente.

—Debe guardar reposo absoluto —insistió Tourneville.

Sacudió la cabeza. Mientras las fuerzas de Steiner infectaran Vega, no podría descansar. Un samurái jamás se apartaba del deber por una herida personal.

—Hubo algunos problemas con Heise y Nórdica mientras estuvo sin sentido —comenzó Fuhito con cautela—. No comprendieron su plan y estuvieron a punto de ponerlo en peligro tomando otra dirección. Empleando la autoridad que tiene como su ejecutiva, la *Sho-sa* Sakade me puso al mando.

—Es de lo más irregular —observó Tourneville con acritud.

—Pero ¿funcionó? —preguntó Theodore, volviéndose hacia Fuhito.

—Intenté que se siguiera el espíritu de sus planes, *Tai-sa* —respondió Fuhito, encogiéndose de hombros—. No me compete a mí afirmar dicho éxito.

Típica modestia de los Tetsuhara. Si Fuhito no hubiera controlado la situación, las cosas no estarían tan tranquilas. Tomoe había hecho bien en nombrarlo supervisor. Heise no la habría aceptado a ella, y nadie más poseía la suficiente veteranía como



para ejecutar sus órdenes.

—¿Cómo estamos con respecto a los liranos?

—Su plan ha sido un éxito, *Tai-sa*, a pesar de la inexperiencia de nuestro camarada —le aseguró Tourneville—. Hemos dividido a las tropas de Steiner, y se ha completado nuestro enlace con las fuerzas que tenemos al oeste de las Montañas Trebason. La captura que hicimos de Cochus los obligará a depender de líneas de suministros sobrecargadas y más extensas, lo cual les ocasionará serios problemas.

»La Segunda Legión y veinte de los regimientos convencionales están empujando a la mayoría del Tercero de Guardias de Lira y a seis de sus batallones blindados al norte, en dirección al borde del Gran Desierto de Lágrimas. Pronto tendrán a sus espaldas un mar de arena.

»La Decimocuarta Legión está conduciendo a catorce de nuestros escuadrones contra lo que queda del Tercero de Guardias al mando del teniente general Finnan. Los liranos tienen cuatro regimientos de fuerzas convencionales. Sus Mechs están luchando bien, pero incluso nuestras fuerzas convencionales se batan de manera excelente. Las tropas de Lira están empezando a abandonar la línea de Roccer-De Zerber. Pronto echaremos de Vega a los invasores.

Theodore asintió.

—¿Estás de acuerdo, *Tai-i* Tetsuhara?

—Hemos obtenido victorias, *Tai-sa*, y muchos depósitos de suministros de vanguardia de la Mancomunidad han caído en nuestras manos durante el avance. Los liranos se enfrentan a la severa escasez que una vez padecimos nosotros, pero aunque tienen problemas, aún falta mucho para que los hayamos derrotado.

—Ya veo. Organiza de inmediato una reunión con los oficiales. Quiero informes de la situación de todos los frentes para inspeccionarlos. Y haz que venga la *Sho-sa* Sakade.

Fuhito y Tourneville intercambiaron miradas. Theodore entrecerró los ojos con recelo cuando éste último se aclaró la garganta.

—La *Sho-sa* Sakade ha grabado un disco con un mensaje para usted antes de marcharse.

—Es verdad, teniente general Finnan. La legión no atacará Roccer por lo menos hasta pasadas otras dos semanas. Al Decimocuarto sólo le queda una débil fuerza a lo largo de la línea Roccer-De Zerber. Posee únicamente tres regimientos blindados diezmados en el frente y un par más de reserva.

Los oficiales de Steiner reunidos en la cabaña de mando se miraron con expresiones escépticas. El comandante Werner Jones se puso de pie para dirigirse al que había hablado. El teniente general Patrick Finnan ya había estudiado la información que le había proporcionado el desertor kuritano, y esta reunión era para

el beneficio del personal de mando. Finnan dejó que su oficial de seguridad tomara la iniciativa, aprobando la mirada dura que Jones le dirigió al *Chu-i* de Kurita.

—¿Cómo podemos confiar en usted, teniente Tourneville?

Tras frotarse los ojos, el aludido se pasó la mano por el pelo rizado castaño rojizo. Resultaba evidente que la sesión de interrogatorio lo había dejado agotado, pero mantuvo la compostura, con expresión confiada. Todavía guardaba un as en la manga.

—No espero que acepten mi palabra, pero todos han visto los discos de datos que traje conmigo. La legión tiene problemas, y ustedes han sabido mantenerlos a raya. No quiero hundirme con ellos.

—¿Y decide venderlos?

El kuritano le lanzó a Jones una mirada amarga y apartó su atención del oficial de seguridad para centrarla en el extremo de la mesa, donde se sentaba Finnan.

—Teniente general, he servido al Condominio como un soldado ejemplar durante diez años, pero abrí la boca en el momento inoportuno, ante la gente inadecuada, y me enviaron a ese infierno de Vega. Llevo cinco años aquí, siempre bajo vigilancia. Hace tiempo que deseo salir, pero, por si no lo sabe, nadie deja la legión de pie. Su invasión fue la primera oportunidad de la que dispuse.

—Corrió un grave riesgo al atravesar las líneas, teniente —comentó Finnan.

—Claro que sí, pero si me hubiera quedado con ellos, habría sido hombre muerto cuando ustedes atacaran. No van a resistir mucho más, aunque no sean capaces de verlo. Bien, pues como deseo seguir con vida, decidí acudir a ustedes.

—Y nosotros damos la bienvenida a los prisioneros, teniente —afirmó Jones.

—No pretendo ser un prisionero —replicó el kuritano—. Aún no han visto todos los datos.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Finnan, presintiendo que el hombre estaba dispuesto a revelar su secreto.

—El disco tres, teniente general. Active su computadora y llame el fichero «Conferencia Gris».

—No existe tal fichero en el disco —bufó Jones.

El pelirrojo sonrió.

—No esté tan seguro, comandante. Llámelo.

Jones no se movió hasta que Finnan le hizo un gesto de asentimiento.

—Son los detalles de una reunión de oficiales, señor —anunció, después de inspeccionar su contenido—. El coronel Kurita resultó herido durante nuestro contraataque en Cochus. Se está recuperando, pero en la actualidad se encuentra inmovilizado y en un lugar no especificado. El resto de sus oficiales cree que el sitio no está bien protegido.

—Eso es mi pasaje fuera de este infierno —indicó con tono triunfal el kuritano—.

Garantíceme la amnistía y un billete gratis al mundo que yo elija, y les diré dónde está.

—Podríamos obligarlo a que nos lo revelara —le advirtió Jones.

—¿Qué cree que son ustedes? ¿Las FIS? Para cuando me hayan sonsacado la información, será demasiado tarde y no les servirá de nada.

»En la actualidad, el gobierno del Condominio se halla confuso y dividido. El general Heise quiere concentrar todas sus fuerzas en el Primer y Tercer Batallones para atacar mientras la legión es lo suficientemente fuerte como para hacerlo, pero Nórdica prefiere atrincherarse y aguardar la llegada de refuerzos y suministros.

—Tienen que haber capturado a algunos de los nuestros.

—Algunos, pero no bastantes. Ustedes los ocultaron bien. Dígame, teniente general, ¿ha empleado misiles alguno de los Mechs del Condominio con los que se ha enfrentado últimamente? ¿No? Lo suponía. Están recibiendo daños y usted lo sabe.

—Damas y caballeros, considero que el teniente Tourneville dice la verdad. Todos nuestros datos coinciden con su historia. Parece que la Legión de Vega está dando sus últimos coletazos —anunció Finnan con sonrisa de depredador—. Con la información que nos ha proporcionado, seremos capaces de lanzar un ataque devastador a su retaguardia, mientras las fuerzas de Kincaid distraen la atención de las Serpientes. Teniente, ¿dónde ha dicho que se encuentra Kurita?

—¿Es un trato, entonces?

—Es un trato.

—En Jalonjin. Un campamento minero situado a unos diez kilómetros en las afueras de De Zerber.

—Lo suficientemente cerca como para que podamos atacar y consigamos lo que Heany no logró en Marfik. Nagelring se impondría sobre Sanglamore, como de costumbre —comentó Finnan exultante, saboreando la oportunidad de triunfar allí donde una graduada de la academia rival había fracasado. Contagió su júbilo a los oficiales allí reunidos—. Theodore Kurita y su Legión de Vega están en nuestras manos. —Se incorporó y se encaminó hacia la puerta de su despacho, haciendo caso omiso de sus oficiales cuando éstos se incorporaron y saludaron—. Venga conmigo, teniente Tourneville, tengo algunas preguntas acerca de las disposiciones de la legión que quiero que me responda antes de que planee el ataque.

—Recibido, FAML *Starsled* —reconoció la comTech Loris—. Telemetría de transferencia completa. Prepárese a recibir conexiones de grúa.

—Recibido, Control de Roccer. A la espera.

Loris dirigió la mirada hacia la ventana de la torre de control principal de Roccer. A doscientos cincuenta metros, en el campo de aterrizaje, se erguía la Nave de Descenso lirana *Starsled*, aún caliente por la entrada atmosférica. Las grúas se alzaron

de unas troneras protegidas que había en la superficie asfaltada, como dedos esqueléticos en busca de la forma esférica. Mientras observaba cómo las sondas de la torre entraban en las cavidades del vehículo, el piloto de la Nave de Descenso volvió a hablar:

—Control de Roccer, aquí *Starsled*. Grúas enganchadas. Permiso para comenzar la descarga.

—Permiso concedido, *Starsled*. Bien venido a Vega. Hemos estado esperando sus suministros.

El piloto comenzó a preguntarle cuáles eran los últimos rumores, pero Loris tuvo que concentrarse en una señal de prioridad que había empezado a parpadear.

—Mantenga la comunicación, *Starsled*. Tengo que ocuparme de otro tema aquí.

Cortó la transmisión con el piloto y activó la señal de prioridad para que pasara por su puesto. La pantalla localizó el origen y encendió el código de retransmisión alfa que empleaba el mando lirano para facilitar la entrada de mensajes de las unidades de campo al transmisor de más potencia que había en el campo de aterrizaje de Roccer. Dichos comunicadores poseían energía suficiente para atravesar las señales de interferencia y de rebote de los satélites de comunicación enemigos que había alrededor de la órbita del planeta. Loris escuchó el mensaje con creciente preocupación.

—Señor.

—¿Qué sucede?

—Tengo un mensaje para el teniente coronel Kincaid en el frente del Desierto de Lágrimas. El teniente general Finnan le ordena que retire al Primer y Tercer Batallones de la Guardia a órbita y que se prepare para un descenso de combate detrás de las posiciones de la Decimocuarta Legión vegana al norte de De Zerber. ¿Qué hago?

—Acuse recepción de la orden, comTech Loris —dijo Theodore.

—Señor, no desea que transmita la orden de Finnan, ¿verdad?

—Claro que no —rio entre dientes—. Acuse la recepción de la orden por el mando de Kincaid. El teniente general Finnan no tiene por qué saber que su orden ha sido recibida por nosotros y no por su destinatario original. Además, nos ayudará en nuestros planes si eso es lo que él cree. Dirija cualquier otra transmisión a través de la sección de inteligencia del Duodécimo de la Legión. Dejaremos que sigan creyendo que hablan entre sí.

—Tranquilícese, teniente. Ha pasado por unos momentos difíciles.

—Tenía que llegar aquí, señor. Tenía que contarle...

—Lo hará —garantizó con voz sosegada Brian Kincaid. Los ojos hundidos y ojerosos de la teniente no ocultaban la belleza de sus facciones eruroasiáticas. Apartó

ese pensamiento de su mente. La teniente se hallaba agotada debido a la carrera que había realizado a través de las líneas kuritanas en un Mech medio destruido. Necesitaba de él una actitud profesional, no personal—. Bébase el café. Dispongo de tiempo.

Apartó la taza que le ofrecía.

—Ese es el problema. No dispone de tiempo. ¡Ninguno de nosotros!

—¿De qué está hablando?

La mujer no prestó atención a los demás oficiales. Inspeccionó la cara de Kincaid, moviendo la cabeza de un lado a otro en un gesto de incredulidad.

—Entonces, yo soy la única que lo ha conseguido.

Se tapó la cara con las manos, y el cuerpo se sacudió entre sollozos. Él lo sintió temblar bajo la mano que apoyó en su hombro. Tal como esperaba, ella se contuvo con su contacto.

—Cuénteme lo que sucedió, teniente.

—Nos vimos rodeados a las afueras de Jalonjin. —La voz salía apagada por entre sus dedos—. Él teniente general Finnan había recibido a un desertor kuritano y había escuchado sus palabras. Planeó un ataque basado en la información que le proporcionó esa escoria, pero se trataba de una trampa. La legión nos estaba esperando. No tuvimos ni una oportunidad.

»Finnan dio la orden de separarnos en parejas y de abrirnos paso luchando, pero poco antes de que mi equipo escapara, su *Atlas* recibió una ráfaga de cohetes de las Serpientes, y él... cayó. Creo que está muerto. —Kincaid intercambió una mirada preocupada con su oficial ejecutivo—. La coronel Donovan asumió el mando. No sé por qué, parecía convencida de que podíamos derrotar a los Dracs, cuando la verdad era que nos estaban aplastando.

»Ordenó que me marchara con mi lanza para establecer contacto con usted. Para mí no tenía sentido. Lo último que sé sobre el Tercero de Guardias es que combatía en dirección norte. No obstante, nosotros escapamos, aunque perdimos de inmediato a Chaney cuando atravesamos sus líneas, y Whitney le siguió al toparnos con una columna kuritana de refuerzos. Mi compañero Bradley y yo proseguimos la marcha. Creíamos haberlo conseguido, pero en aquel momento un par de *Dragones* nos alcanzó en las afueras de Halo. El *Comando* de Bradley perdió una pierna, y las malditas Serpientes lo persiguieron cuando activó el asiento eyectable. Lo aplastaron como a una cucaracha.

—Tranquilícese, teniente. Vaya a los barracones y descanse un poco.

Se incorporó temblando y se fue. Tan pronto como la puerta se cerró a su espalda, los oficiales reunidos del primer y Tercer Batallones miraron con expresiones ansias a Kincaid.

—Es muy grave, Brian —declaró Willy Williams, su oficial ejecutivo—. Aquí

estamos casi rodeados, y tenemos ese maldito mar de arena detrás de nosotros. Parece que el Segundo Batallón está en una situación muy apurada. Con Finnan abatido, aunque sólo se encuentre herido, el frente sur se enfrenta a serios problemas. Donovan al mando... —Sacudió la cabeza—. Nosotros también estaremos acabados si son capaces de concentrar sus fuerzas aquí.

Sabía que tenía razón. Ya con la Segunda Legión la situación era difícil, pero si conseguían que les ayudara la Decimocuarta, todo habría acabado.

—Parece que no nos queda elección, Willy. Llama a las Naves de Descenso. Debemos empezar a evacuar, aunque sé que esto no va a gustar en Tharkad.

Theodore y sus oficiales se hallaban alrededor de la pantalla de radar en la torre de mando de Roccer.

—¿Esa es la última? —preguntó.

—Sí, señor, partiendo a toda velocidad al punto de salto —respondió el comTech.

—Ya no volveremos a ver a Finnan y a su Tercero de Guardias de Lira.

Sonrió ante el comentario de Tomoe. La rodeó con el brazo izquierdo, para cerciorarse de que había vuelto a salvo de su misión de engaño en el campamento lirano. Ella se le acercó, cuidando de no rozarle el brazo herido.

—Lo que tú hiciste fue también muy peligroso, *Kerai-kun*.

—Salvó vidas —indicó la mujer—. Al convencer a los liranos de que su posición era desvalida, los obligamos a retroceder. Al hacerlo una fuerza, las otras no tuvieron más remedio que seguirla. Tuvimos suerte cuando él resultó herido. De haber seguido al mando, las cosas quizás hubieran resultado distintas. Hemos cortado la campaña con semanas, tal vez meses, de anticipación.

—No hay duda de que fue peligroso —Ninyu se echó a reír—, pero también divertido. Teníais que haber visto la cara que puso Tourneville cuando le dije que había utilizado *su* nombre en el campamento lirano. Pareció que le acabaran de estampar un sello helado en el rostro.

Todos se unieron a las carcajadas de Ninyu, pues Tourneville estaba ausente en aquel momento.

—Los liranos intercambiarán informaciones cuando se reúnan —intervino Fuhito una vez que se hubo establecido la calma—. Verán que los informes estaban manipulados y llegarán a la conclusión de que las circunstancias no se correspondían con la realidad.

Ninyu se encogió de hombros.

—¿Y qué? Los engañamos, y se sentirán humillados por ello. Probablemente, ni siquiera reconozcan ante sus jefes en Tharkad que lo hicimos.

«Ciertamente, Finnan se ha visto avergonzado por las acciones de sus subordinados. Cuando se recupere, se enfrentará a un interrogatorio serio por parte

de sus superiores. Quizá trate de lograr que la culpa recaiga sobre sus oficiales, quienes, por cierto, ya se están peleando entre sí. En la última transmisión que interceptamos, la coronel Donovan llamaba cobarde al teniente coronel Kincaid, lo cual, por supuesto, él negó con vehemencia, al tiempo que sugería que la mujer no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Los liranos tardarán en descubrir lo que ha sucedido —predijo Tomoe.

—No lo dudo —acordó Theodore—. Gracias a que hemos actuado correctamente. Vega se encuentra a salvo, pero nos queda mucho por hacer en otros lugares. La guerra dista mucho de haber acabado.

**Hotel Seramore, Noraton, Moore**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**2 de agosto de 3029**

Ninyu entró desgarbadamente en la habitación y se dejó caer en el enorme sillón tapizado con motivos florales que había frente al escritorio de roble, ajeno al daño que su mugriento uniforme de salto le causaría al mobiliario del hotel. Se quitó los ajustados guantes negros y los soltó sobre su regazo. Dobló los dedos y con cuidado comprobó la flexibilidad de cada uno. Una vez concluida la inspección, apoyó la cabeza contra los almohadones blandos.

Al alzar la vista del libro, Theodore quedó sorprendido por el aspecto consumido y agotado de su amigo. Un año de guerra lo había endurecido, robándole gran parte de su carácter jovial, tal como agotaba a todos los que lo rodeaban. Incluso Tomoe parecía exhausta cuando se marchó respondiendo al mensaje de Constance que le decía que Omi la necesitaba. ¿También lo estaba afectando a él?

Una mirada al espejo de la pared que separaba la estancia exterior del dormitorio se lo confirmó. El cabello que le llegaba a los hombros se veía desaliñado por falta de un corte adecuado. El tonto y afectado bigote lucido durante su visita al Distrito Benjamin había desaparecido. Ni siquiera sabía si aún seguía de moda en Luthien. Tenía la cara más delgada, casi enjuta, y los ojos eran tan obsesivos como los de Ninyu.

—Ya me he encargado de Tourneville —anunció cansinamente éste.

—¿Qué quieres decir? —se mostró perplejo.

—Está muerto. —Theodore se reclinó sorprendido contra el respaldo del sillón—. Ayer uno de mis hombres me informó que estaba dispuesto a revelar tus planes para invadir la Mancomunidad —prosiguió Ninyu—. Yo me hallaba fuera de la sede de



ComStar cuando llegó. Llevaba un mensaje codificado con destino al Coordinador. El *Chu-i* Tourneville sufrió un lamentable accidente.

—¿No podías tan sólo haberle impedido que lo mandara, haciéndonos ganar algo de tiempo? —Ninyu se encogió de hombros. Theodore se sentía confuso—. Subhash-*sama* nos está ayudando al alterar los informes de Tourneville. Retrasándolo, le habría dado tiempo al director de ocuparse del mensaje. Seguro que él no ordenaría su muerte únicamente para detener la información.

—El director no lo ordenó —afirmó Ninyu.

—¿Qué? —Si Ninyu no había actuado bajo las órdenes de su superior en las FIS, esa exhibición de iniciativa podría representar un cambio peligroso de lealtades. Aunque dicho giro fuera a favor de Theodore, las fidelidades modificadas eran señal de una personalidad inestable. Lo último que necesitaba ahora era a un agente especial de las FIS, y menos durante la ausencia de Tomoe. Ella no sería capaz de contrarrestar los actos de Ninyu con sus talentos particulares de la OCC—. Entonces, ¿por qué? —le preguntó.

—Actué siguiendo los mejores intereses del Dragón. Tenemos demasiados problemas como para mantener a ese asqueroso chivato en nuestra lista de preocupaciones. Subhash-*sama* confía en los Hijos del Dragón para que obren como mejor lo crean. —La cara de Ninyu esbozó el destello de una sonrisa—. En todos ellos. —Cogió uno de sus guantes y lo volvió del revés. Lo inspeccionó con cuidado antes de dejarlo caer otra vez sobre su regazo—. Pareció satisfecho, como si su acto hubiera restaurado el orden adecuado en el universo.

»No seas tan quisquilloso —continuó—. No es peor que cuando eliminaste a Sanada de un disparo.

Theodore ocultó su cólera, pero no lo suficientemente rápido. La mueca de Ninyu le reveló que había captado la emoción y que estaba complacido por provocar tal reacción. Era verdad que había disparado al *Tai-sa* Sanada, pero se trató de una solución impulsiva a un problema, no un asesinato premeditado. Además, Sanada había sido un comandante incompetente y peligroso, que antepuso su propia voluntad y honor a las necesidades del Condominio.

—Fue distinto. Tomoe me contó justo antes de reunirme con los generales que Sanada estaba en el bolsillo del Señor de la Guerra Cherenkoff. Puede que el gordo estúpido sea insoportable, pero todavía es un Señor de la Guerra, y por ello peligroso. Jamás aprobaría mi plan de invasión. Cherenkoff sofocaría la Operación Contaminación sólo por irritarme. Le encantaría recompensar a cualquiera que le ayudara a complicarme la vida. Supongo que las personas afines se atraen.

«Esto es demasiado importante. No puedo permitir que la invasión a Skye se detenga sólo por el deseo mezquino de un hombre de vengar un insulto imaginario o por ganarse el favor del Coordinador. Si Cherenkoff se entera de las tropas que hemos

reunido, ordenará que me detenga. Distribuirá de nuevo a nuestros hombres y requisará las Naves de Salto para tareas menos decisivas.

»Quiere establecer un curso de peligrosa indolencia. Lo único que desea es quedarse sentado y provocar a Davion, tal como ha hecho durante años. A veces me pregunto si se da cuenta de que realmente estamos en guerra. ¿Cómo puede mi padre permitirle mantener el control sobre Dieron? —La voz se había elevado al hablar, liberando su ira y frustración tanto tiempo contenidas. Frenándose, se detuvo para recuperar el control antes de continuar—. El Condominio necesita este ataque. Debemos devolverle el golpe a Steiner.

«Durante toda la reunión ese pensamiento no dejó de carcomerme. Discutimos los planes abiertamente.

Mientras Sanada escuchaba y tomaba notas. Sé que un buen oficial haría eso mismo con el fin de prepararse de manera adecuada, pero sospeché que sus verdaderos motivos eran los de recabar datos para Cherenkoff. ¿Podía permitir que un estúpido egoísta mutilara las oportunidades del Condominio? Había planeado avergonzar a Sanada delante de los otros generales, criticando su actuación en el incidente con Jinjiro Thorsen. Pensé que quizás ello lo pusiera a raya, y lo obligara a abandonar una actitud tan ególatra.

»Pero entonces vi la expresión de su cara cuando Thorsen entró. Sentí su desprecio y odio, y comprendí que si aireaba en público mi irritación con él, sólo le empujaría aún más lejos, llevándolo directamente al campamento de Cherenkoif. No tuve ninguna duda de que tan pronto como saliera de la reunión se dirigiría de inmediato a ver al Señor de la Guerra, quien habría frustrado la invasión y la mejor oportunidad del Condominio para detener los ataques Steiner. Dispararle fue la única forma que se me ocurrió de pararlo.

—Guarda las justificaciones —restalló Ninyu—. Jamás dije que estuviera en desacuerdo con lo que hiciste. Matar a Sanada atemorizó al resto de los generales, y eso es buena señal. Nadie ha hablado con el Señor de la Guerra, y con los aterrizajes en Dromini VI, ahora están demasiado involucrados para intentarlo. Permanecerán a tu lado.

—No los quiero conmigo. Los quiero con el Condominio.

—Es lo mismo.

—Todavía no soy el Coordinador.

—Es sólo cuestión de tiempo.

—¿Matarías a mi padre para satisfacer tus ideas acerca de lo que necesita el Dragón?

Se encogió de hombros.

Perturbado por la ambigua respuesta de su compañero, Theodore se puso de pie. Quería estar solo.

Ninyu se limitó a cerrar los ojos, haciendo caso omiso del hecho de que debía marcharse. Theodore se dirigió irritado al dormitorio. Había atravesado medio cuarto interior cuando vio un objeto en el centro de la cama.

Asombrado, se detuvo. No estaba ahí cuando los ordenanzas se fueron, y nadie lo había molestado hasta la llegada de Ninyu. Las ventanas, a cincuenta pisos por encima de la calle, se hallaban permanentemente selladas. No se podía entrar en el dormitorio salvo por la puerta de la cámara exterior. ¿Cómo podía haber llegado hasta aquí?

Se acercó y alzó la máscara lacada. Debajo había un gato origami. «¡Diablos!» Una escultura de papel doblado con la forma de un gato era la firma de los nekogami, conocidos por ser los mejores en su especialidad. Asesinos, espías y saboteadores. Aunque fueran tema de innumerables libros y espectáculos, pocos conocían sus verdaderas aptitudes. Nadie sus identidades. Ninyu apareció en la puerta, alerta y preparado para cualquier problema, empuñando un cuchillo arrojadizo, corto y plano. Abrió mucho los ojos al ver el origami sobre la cama. Entró en silencio, sin dejar de inspeccionar el cuarto, y se plantó al lado de Theodore.

Este cogió la máscara. Era de tamaño real y completa, con cordones de seda para sujetarla a la cara del portador. La reconoció como una del tipo que se había usado en el drama de Noh, pero no recordó a qué personaje representaba. La mirada fija y la mueca de su boca resultaban amenazadoras, en extraño contraste con la nariz larga y de un rojo brillante. Con una cautela exagerada, Ninyu la tomó y la examinó.

—Es una máscara *tengu* —anunció.

—*So ka*. Los espíritus de los señores de las espadas alados de los bosques. Eran grandes bromistas. ¿Se trata de eso?

Ninyu la alzó para dejar que la luz iluminara su interior negro lacado. Señaló las dos agujas que sobresalían por debajo de los agujeros de los ojos. Cada punta estaba bañada con una sustancia de color marrón opaco.

—No es ninguna broma —repuso—. Quien se la colocara sufriría una muerte dolorosa. Es una advertencia.

»En algunas tradiciones, los *tengu* eran los tutores originales de los ninja. En mi año de entrenamiento con un *sensei* del nekogami, aprendí un poco de las costumbres antiguas y de las creencias que éstos practican. Consideran a los *tengu* como sus antepasados, y los veneran igual que a las generaciones de ninja que los unen con el Japón antiguo. Los Espíritus del Gato están muy apegados a la tradición. —Ninyu le devolvió la máscara—. No están contentos contigo.

—¿Qué hice? —preguntó inocentemente.

—Dijiste que eran tus agentes en Dromini VI.

—Pensé que daría más confianza a los oficiales. Los nekogami son temidos en toda la Esfera Interior. Si los generales hubieran sabido que dependíamos de nuestros propios agentes infiltrados y de unos voluntarios a medio entrenar...

—Sólo porque un equipo de ataque lleve trajes negros no significa que sean nekogami, sin importar el nombre que tú les des. ¡Diablos! Ni siquiera implica que sean ninja. Podrías haberles contado que las FIS se encargarían del asunto.

Theodore creyó captar una nota de orgullo herido en su voz.

—Los generales son militares sencillos. Tienen poca fe en los agentes de las FIS y creen que los ataques de comando han de estar en manos de sus propios especialistas, como los Grupos de Ataque de Elite de Draconis y profesionales como los nekogami. Jamás se habrían creído que yo había preparado una incursión de los GAED sin dar previo aviso al Coordinador o al Señor de la Guerra. Como nadie conoce cómo y dónde contactar con los nekogami, intenté convencerlos de que había podido acceder a ellos.

Ninyu sacudió la cabeza.

—Usar el nombre de los nekogami sin su permiso fue una desafortunada idea. Habría sido mejor emplear el nombre de uno de los clanes más grandes, como el de los *Kageyoru* o el de los *Dofheicthe*. Quizá no sean tan buenos como ellos, pero no son tan fanáticamente susceptibles por su reputación. Habrías conseguido casi el mismo efecto sin irritar a los Gatos.

—Tendré más cuidado en el futuro.

Ninyu apoyó un dedo sobre la máscara que sostenía Theodore.

—Más vale que así sea.

**Palacio Ducal, Kanashimi, Dromini VI**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**15 de septiembre de 3029**

—¡Bastardo! ¿Cómo puede estar sentado aquí, escuchándome hablar sobre el honor, y mostrarse totalmente de acuerdo conmigo cuando planeaba semejante traición?

Encolerizado por las noticias que acababa de recibir, Theodore lanzó el visifono a través de la mesa. El aparato de comunicación chocó contra los frascos de fino cristal, rompiéndolos y arrastrándolos en dirección al duro suelo de mármol. Antes de que los trozos de cristal y las antiguas tazas de cerámica para beber *sake* aterrizaran, ya había desenfundado la pistola. Y apuntaba al hombre arrodillado en el centro de la habitación, dominado por la furia y la frustración.

El duque Frederick Steiner se puso rígido, con los tobillos sujetos con grilletes y el brazo izquierdo todavía unido a éstos por una cadena corta, pero se irguió todo lo que las circunstancias le permitían, y alzó la barbilla para clavar su mirada desafiante en la de Theodore.

—No tengo ni idea de lo que está hablando —repuso con calma. Los ojos del duque no se desviaron en ningún momento hacia la pistola, cuyo cañón negro estaba dirigido al centro de su frente. Theodore no pudo evitar admirar esa fría aceptación de la muerte.

Su serenidad lo conmovió a pesar de la cólera que sentía. Quizá Frederick Steiner fuera de verdad un guerrero. Tal vez no estaba al corriente. Desde el instante que aterrizará al mando de la fuerza de ataque Steiner para frustrar sus planes de invasión, destruyendo de forma sistemática los suministros acumulados, se había comportado con dignidad. Había luchado de forma justa y con gran valor, logrando casi la victoria para su único regimiento de BattleMechs contra las tres unidades de Mechs kuritanos

que había en la superficie del planeta. El fervor que había inspirado en sus hombres era una prueba de su capacidad de mando.

Incapaz de captar un rastro de traición en el hombre que tenía delante, Theodore controló su ira. El duque tenía que haber sufrido el engaño de su prima y gobernanta, Katrina Steiner, arcontesa de la Mancomunidad de Lira.

—No. *Usted* no puede haber recurrido a semejante argucia —comentó Theodore, expresando en voz alta la conclusión a la que había llegado—. Su prima envió a agentes Loki a destruir las Naves de Salto de mi flota. A cuatro le han explotado sus tanques de helio, a dos les destruyeron las baterías de recarga solar, y la última ha perdido el motor de mantenimiento, y está ahora cayendo en dirección al sexto planeta, aunque las otras naves serán capaces de estabilizar su órbita. —Su voz subió de tono, enfadado por el daño que habían causado los saboteadores de Steiner—. Lo que usted fracasa en lograr con un combate honorable, *ella* lo consigue con engaños.

—Acostúmbrase a ello, Theodore. Así son las cosas. Los políticos siempre traicionarán a los guerreros, porque lo que nosotros respetamos como convenciones de guerra, ellos lo explotan como si se tratara de una debilidad nuestra —indicó el otro con una sonrisa.

La cólera de Theodore estalló de nuevo, renovada por la sonrisa del duque. La aceptación de semejante condición intolerable era asquerosa, improcedente. ¿Cómo se atrevía a ser tan arrogante en el momento en que los sueños de Theodore por salvar al Condominio se desvanecían en humo? El dedo se tensó en el gatillo.

A través de la densa niebla de su ira, sintió que de Frederick emanaba satisfacción y una sensación de cumplimiento. A pesar de todo lo sucedido, este hombre se hallaba dispuesto a morir con el fin de que su estado continuara.

A pesar de que él deseaba desahogarse por la destrucción de sus propias ambiciones, de los sueños para *su* propio Estado, sabía que no era justo. Este hombre no era responsable de las trampas deshonorables de su gobernante. Era un guerrero honorable, y él no podía disparar a un samurái que estaba arrodillado y encadenado.

Su dedo había ido incrementando la presión en el gatillo del Nambu mientras se debatía con sus pensamientos. El honor controló la cólera, pero sólo a tiempo para cambiar el punto de mira del blanco. El Nambu atronó, obscenamente sonoro en el interior de la habitación.

La bala golpeó en el costado de la cabeza de Frederick. El duque voló hacia atrás, y cayó al suelo. La mano libre buscó débilmente la herida y se manchó de sangre. Entonces, con un temblor súbito, quedó inmóvil.

Theodore avanzó medio paso, temiendo que su decisión de perdonarlo hubiera llegado demasiado tarde. La sangre manaba por entre los dedos del lirano, y manchaba el intrincado diseño de la alfombra en la que yacía. Theodore dejó escapar un suspiro cuando vio que aún respiraba.

Los guardias entraron en el cuarto, con los ojos abiertos y las armas preparadas, alertas al peligro que podía amenazar al Príncipe. Al ver que empuñaba el arma y estaba ileso, se tranquilizaron pero continuaron en atenta vigilancia. Tres enfundaron las armas para levantar al lirano. Los gestos indicaban que lo daban por muerto. Theodore los detuvo alzando una mano.

—Traed al médico de la Hermandad. —También él enfundó la pistola. Al ver que los confusos guardias se mostraban lentos en responder, restalló—: ¡Rápido!

Dos chocaron en la puerta, ansiosos por cumplir su orden.

Cuando llegó el médico encontró a Theodore tratando de contener la pérdida de sangre. Tras dejar al paciente en manos del especialista, Theodore retrocedió y se quedó observando. Pasados unos minutos, el médico se puso de pie.

—No hay nada más que pueda hacer aquí —anunció—. Debe ser llevado a la enfermería.

—Ocupaos de ello —ordenó Theodore, señalando a un par de guardias. Se volvió hacia el médico, que dio un paso atrás. Al notar la tensión de los músculos de su cara, se dio cuenta de que su semblante debía de ser muy sombrío para hacer que el hombre reaccionara de esa forma—. ¿Cuál es su diagnóstico, doctor-*san*?

—Vivirá —comenzó nervioso el médico—, aunque quizá no lo desee. No sé con certeza el daño que puede haber ocasionado en el cerebro. Eso es todo lo que puedo decir ahora.

—Lo comprendo. *Domo arigato*, doctor-*san*.

Este inclinó la cabeza y abandonó rápidamente la habitación. Los guardias, que captaron el estado de ánimo de Theodore, lo siguieron.

—Un ojo —musitó Theodore en voz alta a la habitación vacía. Recordó parte de una leyenda germana donde la deidad Wotan había cambiado un ojo por la sabiduría. Un intercambio extraño, visión por discernimiento—. Me ocuparé de que sea tratado bien mientras se encuentre en manos kuritanas, Frederick Steiner —juró—. Aunque le he cerrado un ojo, usted me ha abierto los míos y le estoy agradecido por ello.

»Me ha revelado lo que yo preferí apartar de mis pensamientos durante demasiado tiempo. Ser un simple guerrero, incluso un *Buso-senshi*, no basta. Y es insuficiente ser un buen comandante de campo. Yo soy el heredero de mi clan y del Condominio Draconis. He de ser más que un samurái corriente.

»Por el honor de mi clan y por el mío propio, juro que me convertiré en lo que debo ser. Haré lo que sea necesario. ¡El Dragón ha de triunfar!

# Libro 2

## Tenacidad





**Reserva de Kanzijankin, Ciudad Deber, Benjamín**

**Distrito Militar de Benjamín**

**Condominio Draconis**

**10 de enero de 3030**

—¡Prima! —exclamó Theodore mientras se incorporaba, pues estaba sentado sobre el césped con las piernas cruzadas.

Aunque al levantarse quedó bajo las sombras de los árboles, Constance Kurita percibió el placer en su rostro. Su estado de ánimo era muy distinto de la última vez que se vieron, el día en que Takashi desterrara a su hijo a la Legión de Vega.

Ella compartía su misma felicidad. Había pasado mucho tiempo desde que pudieran disfrutar de su mutua compañía. Sin embargo, fue consciente de su dignidad como cabeza de la Orden de las Cinco Columnas, y mantuvo el mismo paso que llevaba. Si mostraba prisa por ir al encuentro de su primo, daría un pobre ejemplo a la media docena de expertas que la acompañaban. En el pasado, también se habría preocupado por la regularidad de su marcha sobre el ondulante terreno de la Reserva de Kanzijankin. Hoy avanzaba cómoda, con los faldones lisos y siguiendo acompasadamente su ritmo. El kimono de color azafrán destacaba entre las túnicas rojas de las *jukurensa* igual que un jilguero entre cardenales.

Al acercarse, quedó sorprendida por la cicatriz que cruzaba la frente de Theodore, desde el centro hasta el extremo de su ceja izquierda. No se la había mencionado en las cartas, y tampoco lo hizo Tomoe durante sus breves informes en la villa oculta donde unas pilarinas de confianza cuidaban de la educación de Hohiro y Omi. Lo marcaba como un guerrero maduro, más aún que el Ramo de Katana que le habían concedido en el 3028. Y tampoco era la única señal que la guerra le había dejado. Notó la delgadez. Hacía tiempo que cualquier rastro de grasa se había rendido a los rigores del campo de batalla. A pesar de que se percibía con facilidad una mayor

fuerza física, su ojo entrenado también captó algo más intangible en su postura. Habían desaparecido el engreimiento y la arrogancia de la juventud, reemplazadas por la seguridad de la fuerza y la confianza de su posición.

Al verlo en ese instante, no tuvo ninguna duda de que era un samurái, y de gran fortaleza. Se preguntó cómo Takashi podía haber dudado de los informes que decían que su hijo había destruido a muchos Mechs enemigos. El Condominio necesitaba un héroe en esos días oscuros de la ofensiva de Steiner, cuando tantos planetas se vieron amenazados por las fuerzas invasoras. Obsesionado como estaba con los Dragones de Wolf, el Coordinador había aprobado la medalla, pero le había confiado a Constance que estaba seguro de que la cantidad había sido inflada por los aduladores que esperaban halagar su propia vanidad. Otorgó la dirección de la ceremonia del Ramo de Katana al Señor de la Guerra Cherenkoff de Dieron, y se negó a ver al hijo que durante tantos meses se había comunicado con él únicamente a través de los informes de batalla rutinarios que le enviaba un comandante de campo. Las acciones de Takashi, o, más bien, la falta de ellas, sólo avivaron la mala relación entre ambos. No se habían visto desde la confrontación en Luthien, acaecida casi cinco años atrás.

Desde aquel día doloroso, su trato había permanecido inalterable. No así el universo que los rodeaba. Antes incluso de que se desatara la guerra, una serie de acontecimientos habían sembrado la agitación en el Condominio. El Señor de la Guerra Samsonov, del Distrito de Galedon, había estropeado los intentos por mantener a raya a los Dragones de Wolf, y había fracasado incluso de manera más lamentable al ejecutar el plan de contingencia que requería su destrucción. El resultado fue que varias de las mejores formaciones de SADC quedaron diezmadas o aniquiladas en los combates que se desataron cuando los mercenarios escaparon al espacio de Davion. Enfurecido, el Coordinador había ordenado la ejecución de Samsonov. El cobarde había huido a la Periferia, llevándose consigo a oficiales y hombres de su Quinto de Regulares de Galedon. Las FIS lograron ocultar el desastre a los medios de comunicación con una historia en la que se contaba que Samsonov había sido asesinado por un miembro de los Dragones de Wolf y el *seppuku* posterior de su círculo íntimo de oficiales, que se había visto humillado por sus fracasos. Constance pensaba que incluso el eficiente aparato de inteligencia de la Casa Davion había caído en el engaño.

Para reemplazar al ausente Samsonov en Galedon, Takashi había trasladado al Señor de la Guerra Hsiun Chi desde Pesht. Al competente oficial le resultó difícil contener a sus nuevos guerreros del distrito en su intento por vengarse de los Dragones de Wolf. La guerra aparte que se libró contra los mercenarios ya había abortado los esfuerzos de aquella sección en el frente Davion, hasta que, finalmente, Chi logró imponerse y coordinar las acciones con el Señor de la Guerra Shotugama, del vecino Distrito de Benjamín. A pesar de ello, las fuerzas del Condominio

progresaron poco. Ni siquiera bastó que Takashi despertara de su sueño de venganza y dedicara un interés directo al frente Davion. Se habían cosechado pocos éxitos.

En lo que Constance consideraba un error de juicio, había llenado el vacío dejado en el tranquilo Distrito de Pesht nombrando Señor de la Guerra a su padre. Marcus Kurita. Ciertamente, Takashi no podía permitirse el lujo de tener al ambicioso Marcus a la espera de una oportunidad para asestarle un golpe por la espalda, pero ponerle de nuevo en un puesto de Señor de la Guerra era peligroso. Sin embargo, la jugada le había quitado la proximidad de su persona, y las intrigas en Luthien habían disminuido drásticamente a raíz de su traslado. El conocimiento de que las unidades de los Regulares de Pesht se habían unido a la lucha para ayudar en el Distrito de Rasalhague preocupaba a Constance. Rasalhague había sido la antigua base de poder de su padre.

La destitución de Marcus como jefe de los guardaespaldas *otomo* ponía en tela de juicio la causa del exilio de Theodore. El camino tenía que haberle quedado despejado para que ocupara el cargo tradicional del heredero designado. Pero entonces comenzó la guerra, y Takashi ascendió a un *Tai-sa* poco conocido, muy leal a su persona, aunque sólo una marioneta en la política imperial, a su puesto. Theodore no comentó nada al respecto. No tenía tiempo de preocuparse por disputas familiares y un honor fútil.

Eso cambiaría pronto. Al igual que muchas otras cosas.

Tras hacer un gesto a sus monjas para que permanecieran en el borde de la arboleda, continuó sola hasta donde la esperaba él, intercambiaron unas inclinaciones de cabeza.

—¿Cuáles son las noticias que no podías enviarme por mensajero? —preguntó él.

—La guerra ha terminado —repuso ella directamente. Theodore se quedó inmóvil y la miró con suspicacia, entornando los párpados; pero ella no le prestó atención—. Mis agentes en Tharkad me informan que la arcontesa Steiner ha cancelado la ofensiva —prosiguió con calma—. Planea consolidar lo que ha obtenido y concentrar sus reservas en los mundos conquistados. Los contraataques de los SACD han resultado demasiado fuertes para los liranos. Todo indica que ha aconsejado a los aliados de Davion que hagan lo mismo.

—Son noticias inesperadas. —Su voz sonó cautelosamente neutral. Se volvió a medias, jugando con el borde de su chaqueta de batalla en un gesto que Constance conocía bien gracias a los reportajes que había visto sobre el guerrero en el campo de batalla—. Tu Orden me ha proporcionado una inestimable información de inteligencia a lo largo de estos últimos seis años. A menudo, tus evaluaciones han sido más exactas que las de las FIS. No me consideres desagradecido o que no tengo en alta estima vuestra capacidad, Constance, pero ¿estás segura? No ha habido ningún indicio de ello en el frente, y no se recibió ningún informe similar de las FIS. La orden

del Coordinador de cancelar nuestras propias actividades ofensivas debió de haber reforzado la determinación del enemigo.

—Mis fuentes son impecables.

—*So ka.*

—El río de los recursos de Steiner es profundo, primo, pero el estanque de su determinación es superficial —comentó—. Sus aliados de Davion son más decididos, pero carecen de los medios, y el veto de ComStar ha minado su economía. La alianza entre las dos Casas es joven aún; no se hallan unificadas. Al igual que nosotros, se han visto exprimidas hasta el límite. Son incapaces de llevar a cabo más acciones ofensivas.

—¿Qué más necesitan arrebatarnos? —preguntó él con incredulidad—. Las fuerzas armadas liranas han establecido guarniciones en cincuenta de nuestros mundos. Mi Operación Contaminación fue un fracaso debido a la traición, y nosotros sólo hemos conquistado dos de sus planetas. Hasta ahora, no lo hemos hecho bien. Pero estuve tan cerca... la mayoría de las unidades del frente recibían órdenes mías. Incluso el Señor de la Guerra Sorenson reconoció mi autoridad.

»Por lo menos, teníamos la esperanza de vencerlos. Contra Davion, el Dragón parece impotente. Cherenkoif sigue agazapado en su búnker a la espera de un mítico asalto de ellos mientras lanza «ataques masivos» que no dejan de ser simples incursiones. Shotugama y Chi se han mostrado activos, pero poco hemos ganado... unos mundos insignificantes del borde y la recaptura de los sistemas del Pulgar de Galtor. Desde que mi diligente padre tomó el mando allí, lo único que tuvimos fue un incremento de bajas a lo largo de toda la frontera. Con Hanse Davion concentrado en la ofensiva de Liao, debimos ser capaces de realizar algo más. Y yo *podía* hacerlo, si me lo hubieran permitido. —Sacudió la cabeza con amargura—. A pesar de la propaganda de que Tikonov y St. Ivés se habían convertido en estados independientes, Davion gobierna ahora la mayor parte del espacio de Liao. Hanse Davion ha conseguido casi todo lo que quería. La Confederación de Capela está mutilada, preparada para su golpe de gracia. El equilibrio político ha sufrido un cambio drástico. Con Liao fuera de escena, ha avanzado un paso más para convertirse en el Primer Señor de la Frontera Interior.

—Puede que se encuentre más cerca de su objetivo —acordó Constance—, pero ni siquiera la maquinaria de guerra de la Federación de Soles es ilimitada. De hecho, se está deteniendo, su capacidad de comunicación y transporte ha sido utilizada hasta el máximo.

—Nos enfrentamos a una quietud temporal —advirtió Theodore—. Espero que sea más larga que la de la primavera pasada, pero las hostilidades no han cesado, a pesar de las beatas palabras de los gobernantes de Steiner y Davion. Hanse Davion ha revelado su verdadera intención de asegurarse el gobierno de la Esfera Interior para

su casa y sus descendientes. La siguiente presa del *Zorro* seremos nosotros. Tan pronto como pueda, se lanzará a nuestros cuellos. Canalizará las nuevas ganancias para sus objetivos y para recuperar gran parte de sus pérdidas..., yo diría que dentro de unos cinco años. No esperará más, porque temerá nuestra propia recuperación.

Constance se encogió ante el fuego que había en sus ojos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Theodore sonrió y un repentino destello de luz cruzó la oscuridad de su mirada.

—Ahora eres *tú* quien cuestiona la veracidad de *mis* palabras. Lo estoy todo lo que un comandante puede estarlo sin hallarse en el interior de la cabeza de su oponente. Leo su mente y su voluntad en sus actos, y descifro sus intenciones detrás de las palabras que pronuncia. Aprendo lo que enseña por el ejemplo. Pero, lo más importante, mis obsesiones no me han cegado. —Juntó las manos a su espalda y miró al cielo—. No soy el único que ve los codiciosos planes del *Zorro*. Muchos otros también se sienten inquietos.

—¿Te refieres a ComStar?

—Así que ya sabes que he recibido a un emisario enviado por la nueva capiscolesa —comentó él, enarcando una ceja en señal de fingida sorpresa.

—Sólo se me ha informado de la llegada del mensajero —reconoció Constance. Era mejor no brindarle expectativas infundadas sobre la capacidad de espionaje de la OCC—. Desconozco el contenido del mensaje. —La Primus Myndo Waterly desea reunirse conmigo. Eran noticias sorprendentes. ComStar siempre mostraba neutralidad en los asuntos de la Esfera Interior. No obstante, sus agentes se habían puesto en contacto con Theodore ocho meses atrás, advirtiéndole que vetarían las comunicaciones interestelares a la Casa Davion. Después de discutirlo con Constance, decidió pasarle la información a Subhash Indrahara, con la esperanza de que el Coordinador la emplearía de mejor forma si creía que procedía de la FIS. Aunque ComStar no había pedido nada a cambio entonces, el instinto de Constance le hizo sospechar que los seguidores de Blake solicitarían algún día una compensación por aquella revelación tan oportuna.

—¿Consideras que quieren el pago del aviso que te dieron acerca del veto a Davion? —preguntó—. ¿O desean tu presencia en las negociaciones de paz?

—Las dos cosas —replicó—. Pero pienso que hay algo más en su agenda. Enviaron a la sustituta de Waterly como capiscolesa de Dieron, Sharilar Morí, de mensajera. Un miembro de la junta de gobernantes de su Primer Circuito es una funcionaria demasiado alta para ser una simple recadera.

Constance enarcó las cejas al oír el nombre. Eso hacía que la situación cambiara. Theodore estaba en lo cierto en su evaluación de que ComStar tenía un interés serio en los temas actuales. Su nuevo gobierno parecía desear un papel más importante y activo para su organización. Habría que vigilarlos cuidadosamente.

—Da la impresión de que ComStar empieza a salir de las sombras —comentó.

—No importa. Son débiles, incluso más de lo que quieren hacernos creer. Su veto de comunicación no bastó para frenar a las hordas de Davion. La Federación de Soles y sus lacayos de Steiner continuaron con su guerra de conquista.

—La alianza disponía de su Pony Express —le recordó Constance.

—Mantener semejante cadena de Naves de Salto es muy caro, y resulta demasiado limitada para los planetas a los que puede llegar. En sí misma, habría sido insuficiente para suministrar las comunicaciones necesarias para una operación militar de gran envergadura. Debieron de tener *otros* medios de transmisión.

—¿Te refieres a las cajas negras que tu Kowalski está analizando?

—Kowalski tiene la certeza de que se trata de aparatos de comunicación. —Theodore apartó los ojos y de nuevo los dirigió al cielo despejado—. Hemos de descubrir el secreto de esas cajas y duplicarlas. Quisiera que me prestaras a algunos técnicos de tu Orden para la tarea.

—No va a gustarle a ComStar. Amenaza su monopolio.

—Ya está amenazado por la desaparición de su influencia filosófica. La posición y el prestigio de su orden ha ido debilitándose de forma regular en la Federación de Soles. Si tenemos eso en cuenta, considero que una Esfera Interior unificada bajo el sol y la espada de Davion les preocupará más que el hecho de que el Condominio tenga acceso a un aparato de comunicación interestelar limitado. Nos hará falta esa tecnología y mucho más si queremos capear la tormenta que nos va a caer encima.

—Quédate tranquilo en lo que respecta al apoyo de la Orden de las Cinco Columnas. El Condominio Draconis ha de mantener su fortaleza.

La oscuras cejas de Theodore se arquearon sobre unos ojos repentinamente muy abiertos.

—Viniendo de otra persona, tomaría ese comentario como una incitación a derrocar al Coordinador.

Asustada por su percepción, Constance se apresuró a ocultar sus pensamientos, y emitió una risa fugaz.

—De otra persona, quizá fuera así. Pero yo soy la guardiana de la Casa del Honor, y el bienestar espiritual de Kurita se halla en mis manos. A pesar de los recientes... ah..., excesos de Takashi-*sama*, no debemos dividir el clan. En este momento, una guerra civil destruiría el Condominio.

—Sin duda, pero no has negado que el Coordinador debería ser sustituido.

Constance quedó perpleja. Con el paso de los años, había aprendido a percibir los significados ocultos que yacían debajo de las conversaciones coloquiales. Durante el caos de la guerra, Theodore debió de haber experimentado su propia revelación. Este no era el joven que había estallado en presencia de su padre. No cabía duda de que había crecido en otros aspectos aparte del físico.

—Has hecho mucho por salvar el cuerpo del Dragón —dijo, confiando aún en la charla formal—. Ahora tienes que luchar para salvar su corazón.

—*So ka* —aceptó Theodore con una inclinación de cabeza—. Aunque me cueste el alma, ésa es mi intención.



**Izumi Shoin, Shandabbar, Awano**

**Distrito Militar de Benjamín**

**Condominio Draconis**

**10 de enero de 3030**

La luz de la luna inundaba el patio del monasterio con un resplandor duro y frío. Las agujas de la escarcha centelleaban en los decorados metálicos de los techos y los rebordes de los grandes arcos. Sola e imponente en su plataforma central, la campana del templo colgaba en un haz de refulgentes cristales de hielo.

El aliento de Dechan Fraser salió en una bocanada vaporosa de sorpresa cuando su compañero penetró en el patio abierto. Tras pasar horas andando a hurtadillas por la ciudad y los suburbios de camino hacia el monasterio, ahora el hombre con traje blindado salía al aire libre como si fuera el propietario del feudo. Sacudió la cabeza perplejo, y lo siguió. Por experiencias pasadas, sabía que, de algún modo, su camarada percibía cuándo no había observadores.

Se dirigieron a un edificio en sombras; luego, giraron para continuar paralelos a él. El hombre se detuvo y ladeó la cabeza hacia una puerta, confirmando la cuenta realizada por Dechan..., ésta era la que buscaban.

Dechan asintió y dio un paso al frente para llamar al portal de madera tosca. Momentos después, oyó un tenue crujido en el interior. Unos instantes más tarde, se abrió para mostrar a una mujer enfundada en una bata de noche. Tenía la cabeza afeitada, al estilo tradicional budista.

—¿*Jokan* Tomiko Tetsuhara? —inquirió.

Los ojos de la mujer parpadearon y lo inspeccionaron. Dechan fue muy consciente de su aspecto desaliñado. Se mantuvo rígido, como bajo el examen de un *Tai-sa*, anhelando poder ocultar los parches oscuros y deshilachados donde en una ocasión había estado la insignia del Dragón de Wolf. La mujer frunció levemente el

entrecejo cuando sus ojos brillantes se desviaron de su persona y se posaron en su acompañante.

«Si yo fracaso en cumplir sus expectativas —pensó—, ¿cómo lo va a conseguir él?» Dechan también lo inspeccionó. La postura era relajada, apenas indicaba el peso de la caja de metal que sostenía en la mano izquierda. Lucía un casco completo que ocultaba sus facciones. Unas láminas rígidas de blindaje corporal, abolladas y arañadas por el largo uso, y un abultado chaleco de diseño antiguo distorsionaban el perfil de su cuerpo. La enorme funda que colgaba del hombro izquierdo hacía que el par de pistolas enfundadas, y también las suyas, parecieran las armas de un niño. «No, no es alguien a quien yo le abriría la puerta en mitad de la noche», concluyó Dechan.

—Soy Anshin —dijo con voz suave la monja, acompañando las palabras con una grácil inclinación de cabeza, como si estuviera ante sus superiores—. Ya no soy Tomiko Tetsuhara. Mi señor Minobu se ha unido a sus antepasados.

Quedó a la expectativa. Dechan sabía que esperaba que se presentaran. Eso, decidió, se lo dejaría a su compañero. Esta visita era una idea desafortunada y así lo había comentado desde el principio, pero no había logrado persuadir a su camarada.

El hombre del traje blindado guardó silencio bajo la mirada de la monja.

—Te conozco —comenzó ella—. Eres...

—Yo tampoco soy el que una vez fui —la cortó él.

El casco le dio a su voz una tonalidad áspera, casi gutural, cuando las palabras salieron por el altavoz exterior.

—Traigo un regalo.

La unidad refrigerante zumbó con suavidad al alzar la caja que portaba. Una tenue luz emanó del interior en el momento en que la abrió. Allí, espantosa en el resplandor bilioso, había una cabeza cortada, con una expresión de profunda sorpresa congelada en sus facciones.

—Es la cabeza de Grieg Samsonov, uno de los que conspiraron para tenderle la trampa a tu marido —le explicó—. Fue mi tarea conseguirla.

—¡No la quiero! —La monja retrocedió a las sombras de su celda. Su serenidad se había evaporado; le tembló la voz—. Envíasela a su padre. El anciano apreciará el regalo. —El hombre se agachó para volver a cerrar la caja. Cuando la luz verde se desvaneció, ella habló de nuevo con un deje de su anterior calma—. He venido a buscar mi propia paz aquí, y, en algunos aspectos, la he encontrado. Por favor, no la perturbes más.

—Como desees.

Realizó una inclinación incómoda. También Dechan bajó la cabeza, pero su incomodidad provenía de la situación y de su falta de práctica, en vez del peso de la armadura que entorpecía los movimientos de su camarada. Los dos hombres regresaron despacio por el patio. Mientras caminaban, Dechan escuchó la puerta de la

religiosa al cerrarse con suavidad. La barrera de madera no pudo ocultar el apagado sonido de sus sollozos.

**Parque de la Paz, Newbury, Dieron**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**30 de septiembre de 3030**

Theodore observó a la mujer de la capa gris tomar el sendero que conducía al rincón donde él se hallaba sentado. Un destello de luz procedente de los árboles le indicó que había entrado sola en el parque. Asintió en reconocimiento al mensaje de Fuhito Tetsuhara, oculto entre los troncos en sombras, antes de incorporarse para saludar a la mujer.

—*Ohayo*, capiscolesa.

—Buenos días, príncipe Theodore. Por favor, prescinda de mi rango y llámeme Sharilar.

—Es amable al permitirme esa confianza. —«Y también prudente, por si alguien escuchara su título», pensó Theodore—. Deje que le haga la misma oferta. Esta familiaridad era corriente entre los soldados del frente durante los últimos acontecimientos, y he aprendido a desterrar las formalidades cuando es necesario. Por favor, llámeme Theodore.

Señaló el primero de una hilera de bancos de ferrocemento. Mientras ella se sentaba, se dirigió al otro extremo de una mesa con forma de seta y allí ocupó un sitio.

La superficie tenía grabado un tablero de cuadrados rojos y negros de duraplástico. Extrajo una caja plana de debajo de su largo abrigo. La abrió para revelar las piezas de marfil que había dentro, cada una pintada con el símbolo caligráfico de su nombre.

—¿Una partida de *shoji* mientras esperamos a su señora? —Ella sacudió la cabeza, y Theodore se encogió de hombros, volviendo a guardar la caja—. Tal vez, entonces, quiera iluminarme en lo referente a sus preocupaciones.

Sharilar entrelazó los dedos y miró a su alrededor con cautela, pero él se dio cuenta de que era un acto fingido. Sintió que en su interior no se encontraba nerviosa. «¿Por qué quiere que piense que lo está?»

De repente, anheló los consejos del viejo Tetsuhara-*sensei*. Era sabio con las formas de expresión de la gente y podía discernir sus verdaderos sentimientos, a menudo antes de que ellos mismos los conocieran. El control del *sensei* de su *hara* bastaba para una proeza menor como ésta. Sin embargo, la voz del *sensei* guardaba silencio, como siempre desde la captura de Cochus en el 28. También sus otros maestros.

Cuando le contó dicha ausencia a Tomoe, ella le dijo categóricamente que ya no los necesitaba, que los había superado. En los momentos en que su decisión era firme, la creía. No obstante, la mayoría de los días sabía que no podía ser cierto. No sentía la seguridad con la que actuaba. Se encontraba en aguas demasiado profundas, necesitado de un guía, pero no tenía de quien aprender salvo de sí mismo.

La gente pasaba al lado de las filas de bancos y mesas de juegos. Concentrados en sus cosas, apenas prestaban atención a la pareja que hablaba en voz baja a través de la tabla con forma de hongo. Pasados unos minutos, una dama que llevaba una capa de abrigo muy parecida a la suya, se sentó a su lado.

—Ninyu me informa que ha entrado en el parque —anunció Tomoe. Las palabras iban dirigidas a su marido, pero tenía los ojos fijos en Sharilar.

La capiscolosa de ComStar le devolvió la mirada. «Son lobas —pensó—. Se están calibrando, evaluando la posición que ocupan en la manada. ¿Amiga o enemiga?» Entonces, se preguntó si las emisarias de ComStar serían amigas o enemigas.

Una mujer apareció a la vista. Iba vestida con ropas elegantes pero discretas, los colores apagados adecuados para la mañana nublada. Nada indicaba su rango o su origen; podría haberse tratado de cualquier persona de recursos dando un paseo matinal por el parque. A medida que se acercaba, Theodore se dio cuenta de que sólo podía tratarse de Myndo Waterly, Primus de ComStar.

Todos los participantes en esta reunión clandestina habían ocultado sus identidades. De ellos, únicamente él mostraba algún símbolo de afiliación. Un gran disco mantenía cerrado el abrigo sobre su plexo solar. La placa lucía el Dragón de Kurita, aunque un observador podría haber supuesto que sólo se trataba de una exhibición de fidelidad, fingida o verdadera, al Condominio Draconis. El de Tomoe estaba en blanco.

Los saludos fueron firmes y escuetos. Los cuatro se sentaron, y ante cualquier observador parecían un grupo de amigos que se había encontrado allí por casualidad. Sin embargo, no se había dejado nada al azar en la preparación de la reunión. De momento, podían mostrarse amistosos, pero ¿durante cuánto tiempo?

Percibiendo una supuesta preocupación en la expresión de Theodore, Myndo

comentó:

—Le aseguro que nadie oirá nuestra conversación, príncipe Theodore. Nosotros, los de ComStar, poseemos ciertos recursos técnicos.

—Una afirmación arrogante, Primus —desafió éste.

Myndo se encrespó.

—Es un hecho, Príncipe —aseveró con firmeza, sin la cautela ante una posible escucha como la que había exhibido antes Sharilar.

Ciertamente, la capiscolesa parecía ahora más relajada.

—No presentí ser hostil, Primus —indicó Theodore con un tono de voz conciliador. En su interior, se rio entre dientes. «He aprendido algunos trucos de mi amigo vestido de negro, Ninyu. Tus plumas agitadas dirigen su atención a mí y se apartan de Tomoe. Veremos si tu seguridad es tan fuerte como proclamas. Si nosotros podemos penetrarla, otros también tendrán esa capacidad»—. Todos saben que ComStar se afana por mantener encendida la llama del conocimiento antiguo.

—Es una lucha —concedió Myndo. Él sintió que aún seguía enfadada, aunque desconocía si era por su falta de fe en la capacidad de ComStar o por el tono ligero que había empleado para citar la máxima de ComStar. Lo impresionó que su voz no reflejara ni un ápice de cólera, aunque no debería sorprenderlo. Myndo Waterly había sido una ciudadana del Condominio Draconis antes de unirse a ComStar. Cualquiera que hubiera ascendido tan rápido debía ser astuta en muchas de las formas del Dragón—. El Condominio Draconis se halla en un serio peligro —espetó.

—Así es. —No tenía sentido negarlo. Estaba seguro de que ella disponía de acceso a todos los comunicados que pasaban por las manos de ComStar. De semejante flujo de datos, cualquier imbécil sería capaz de ver los peligros a los que se enfrentaba el Condominio—. Para este tema, no me hace falta un oráculo.

—No pretendo serlo. ComStar no desea que el Condominio Draconis caiga.

Theodore casi pudo escuchar las palabras «en este momento» que la Primus debió de añadir en silencio a su comentario.

—¿Y qué hay de su neutralidad en asuntos políticos?

—Nosotros tampoco deseamos ver a Hense Davion gobernar la Esfera Interior, ya que no es un amigo de nuestra Orden.

—Así que también ustedes se sienten amenazados.

—Hay cierta verdad en lo que dice —aceptó.

«Mucha —pensó él—. Si tan sólo pudiera ver qué es lo que habéis percibido como la amenaza real». En voz alta, comentó:

—Quería esta reunión por algo concreto. ¿Vamos a ello?

—Muy bien. —Myndo adelantó el torso sobre la mesa—. Somos conscientes de la capacidad militar e industrial que tiene el Condominio en este momento. Sabemos que no pueden reclutar y entrenar a una fuerza lo suficientemente poderosa antes de

que la alianza Steiner-Davion caiga sobre ustedes.

»Les ofrecemos una solución. Al hacerlo, les confiamos un secreto y creemos en su honor para guardarlo. A lo largo de los años, hemos entrenado y establecido una fuerza armada. En un principio, se pretendía que esos guerreros defendieran nuestra Tierra bendita de la agresión de los señores traidores; era una última línea defensiva. Hemos llegado a comprender la necesidad que hay en estos días oscuros de proteger nuestros propios intereses y puestos desplegados en la Esfera Interior. Como bien sabe, ya hemos asegurado los derechos para preservar nuestras sedes en todos los planetas del espacio de Davion. También mantenemos un número sustancial de mercenarios bajo contrato, tanto de MechWarriors como de fuerzas convencionales.

»Con la excusa de continuar con nuestros puestos en el Condominio, les proponemos suministrarles una fuerza militar que puedan emplear para repeler cualquier invasión contra el territorio soberano del Condominio Draconis. Esas fuerzas vendrán equipadas con una considerable cantidad de vehículos y suministros. También podemos proveerles, a tarifas sensiblemente reducidas, los contratos de un gran número de unidades de mercenarios.

»Además, en caso de otra declaración de guerra, les proporcionaremos comunicaciones interestelares a un coste muy bajo. Estas han hecho más por ganar las guerras a lo largo de la historia que unos batallones bien armados.

»No pueden rechazar nuestra oferta.

Theodore ocultó su sorpresa en lo que esperó fuera una expresión interesada y pensativa. La Primus le estaba ofreciendo lo que necesitaba para salvar al Condominio: un ejército. Pero ¿quién iba a controlar de verdad esas fuerzas? Sólo un tonto creería que ComStar lo cedería por completo. Las tropas serían unas huestes extranjeras anidando en el corazón del Dragón. ComStar ofrecía la promesa de la salvación, aunque planteaba una seria amenaza a la seguridad del Condominio. Resultaban un enigma muy grande para confiar en ellos. Ya habían conseguido un acuerdo para colocar tropas similares en la Federación de Soles. ¿Le habían hecho la misma propuesta de ayuda defensiva a Hanse Davion? Quedaba mucho por descubrir. Tenía que haber algo por donde pillarlos.

—¿Cómo sé que no puedo *rechazar* su oferta? No he oído el precio.

Myndo se echó hacia atrás, calibrando a Theodore con la mirada.

—Deseamos ver el Distrito de Rasalhague como un Estado libre e independiente. Esperamos que apoye al movimiento Tyr en su reclamo de independencia.

—Eso apartaría mundos muy valiosos del Condominio.

Ella hizo una mueca burlona.

—La mayoría de los sistemas ya se encuentran en manos de Steiner, a pesar de que las negociaciones de paz continúan. ¿Cree que los va a recuperar sobre la mesa? Los liranos siempre han sido comerciantes muy duros, con poca inclinación a dar aquello

que ya controlan.

»Su apoyo, aunque sólo sea tácito, alentará al movimiento Tyr. Clamarán a voz en grito que quieren ser libres de la Mancomunidad de Lira como lo harán del Condominio Draconis si ven alguna posibilidad para una independencia plena. Además, Rasalhague siempre ha sido una espina clavada en el costado del Dragón, drenándolo de recursos que mejor gastaría en otra parte. Sin tener que defenderlos, dispondría de más tropas para concentrar contra sus oponentes. También tendría una zona de freno que se extendería más allá de la mitad de la frontera que había con Davion antes de la guerra.

»Usted es muy consciente de los fuertes sentimientos separatistas existentes en la isla de Skye. Nos han asegurado que tomarán la libertad de Rasalhague como una señal. Sus líderes fácilmente podrían decidir que ya era hora de declarar la independencia de la Mancomunidad de Lira. Piénselo.

Theodore sabía bien lo que aquello podía significar. Apartar a Skye del regazo de la Casa Steiner había sido uno de los objetivos de su Operación Contaminación.

Durante los últimos días de Frederick Steiner en Dromini VI, éste se mostró muy conservador acerca del movimiento separatista, confirmando la evaluación realizada por él. Si Skye se liberaba, Davion quedaría separado de Steiner, y la Mancomunidad Federada moriría al nacer. Y la Casa Steiner perdería una gran parte del corazón industrial del que dependía su economía. Con los estados aislacionistas entre el Condominio y la Mancomunidad, toda la frontera estaría segura.

—Podría centrar su atención en la casa Davion —le urgió Myndo.

Ese pensamiento le pareció muy seductor. Tendría éxito allí donde Takashi había fracasado. En cuanto Davion estuviera... ¡Espera! De repente comprendió lo que no encajaba en la oferta de la Primus.

—¿Por qué no han ido a ver a mi padre?

Myndo lo miró como si la pregunta le resultara estúpida.

—Lo hicimos. El Coordinador mostró ceguera a los beneficios del interés mutuo.

—Pero yo no dispongo del poder para llevar a cabo lo que desea.

—ComStar no vive en el pasado, ni siquiera en el presente. Somos el futuro, y por ello sabemos casi todo lo que va a suceder. Cuando el momento sea el propicio, tendrá ese poder.

Theodore no se molestó en ocultar su escepticismo.

—¿Un pronóstico místico, Primus?

—Si pensara que lo creería, respondería que sí. Está demasiado bien informado para hacerlo. Hemos descubierto que pronto lo nombrarán *Gunji-no-Kanrei*. El puesto de Diputado para Asuntos Militares puede ser muy poderoso. Usted supervisará la reforma militar del Condominio Draconis. Parte de ese poderío quizá provenga de fuentes poco convencionales.



—*So ka*. Y yo he de hacer la vista gorda en Rasalhague, no prestar atención a los informes sobre los movimientos secesionistas, redirigir la fuerza militar y, en líneas generales, conseguir que su obra política resulte mucho más fácil.

—Posee una excelente visión.

«La suficiente para ver que no deseo ser tu peón, Primus», pensó Theodore. Pasó los dedos a lo largo de la imagen del dragón que había grabado en la placa de su abrigo. Al Condominio le hacía falta la fuerza que ofrecía ComStar, pero la necesidad de una ayuda externa lo sumía en la vergüenza. Si hubiera una manera de minimizar la influencia y amenaza de ComStar, la encontraría.

—Me ha dado mucho en lo que pensar, Primus.

Myndo sonrió con satisfacción.

—No piense demasiado tiempo, Príncipe. Las estrellas prosiguen su curso.

**Ciudad Deber, Benjamín**  
**Distrito Militar de Benjamín**  
**Condominio Draconis**

**8 de octubre de 3030**

Desde su punto de privilegio al otro lado de la calle bulliciosa, Dechan Fraser observaba a los tres hombres andar con jovial camaradería. Oculto bajo el techo de un puesto de espaguetis, aguardó hasta que doblaron por una calle lateral. Mientras dejaba el taburete y se encaminaba rápidamente hacia la esquina, le hizo una señal con la gorra a Jenette Rand. Una mirada a su alrededor le confirmó que los objetivos continuaban la marcha sin haberse percatado de su presencia. Suspiró aliviado al ver el carril vacío de tráfico inocente. A su espalda, un repentino estrépito atrajo la atención de la multitud que había en la calle.

Dobló sigilosamente la esquina justo en el momento en que el trío se paraba ante una puerta desnuda que había empotrada en una vieja estructura de ferrocemento. Mientras titubeaban, intentando confirmar la dirección apenas legible en la pared, una figura con un traje blindado salió del ensombrecido costado del callejón en el lateral del edificio. Unos débiles rayos de sol resplandecieron sobre el enorme cañón del arma que empuñaba.

Los tres reaccionaron con rapidez. El más alto, que ya se había puesto en movimiento antes de que el asesino atravesara el callejón, se hizo a un lado. El tipo bajo y corpulento, que estaba en la retaguardia, metió la mano en el abrigo con la clara intención de sacar su arma. El tercero, un pelirrojo, se plantó delante del primero. Apenas se le vio el brazo cuando arrojó algo y gritó:

—¡El Cazador de Recompensas!

Cualquier otra palabra fue ahogada por el ensordecedor disparo del Crowdbuster del hombre.

Los tres kuritanos vestidos de negro se desplomaron sobre el pavimento lleno de basura.

Dechan se les acercó y rápidamente les quitó las armas. Espadas y pistolas se juntaron en un montón irregular. El otro sacó un cuchillo negro de su uniforme de salto antes de unirse a su socio en el cacheo de los cuerpos. Dechan pensaba que era muy probable que el arma estuviera envenenada.

Completó la inspección del pelirrojo.

—Este no tiene los papeles.

Su socio asintió con un gesto de cabeza, concentrado en hacer girar el fornido cuerpo del kuritano. Dechan se ocupó del tipo alto, esperando que la distracción de Jenette mantuviera a la multitud fuera del callejón el tiempo suficiente hasta que se hubieran ido.

—Panati. —El tono del hombre sonó monótono y definitivo, convirtiendo el nombre en una sentencia de muerte—. Esta vez no escaparás.

Dechan alzó la vista sobresaltado. Parecía imposible que por fin hubieran abatido a una presa tanto tiempo buscada. Su socio parecía reticente a entrar en acción. «Muy bien, amigo mío —aprobó en silencio—. Disfruta de tu buena suerte». Volvió a concentrarse en su tarea. La sorpresa por el descubrimiento de su compañero se tornó en temor cuando reconoció al hombre que estaba registrando.

—¡Por la Unidad! —Se incorporó, soltando el brazo del kuritano. Cuando la mano del hombre caído golpeo el pavimento, un gemido escapó de sus labios. Dechan retrocedió dos pasos y tropezó con la armadura de su amigo, que se hallaba contemplando al que había identificado como Panati—. Olvida a tu asesino. ¡Hemos cogido a Theodore Kurita!

El otro lo apartó y se acercó para confirmar la identificación.

—¡Vaya suerte! —exclamó Dechan—. Tenemos en nuestras manos al hijo de Takashi. Ahora ya puedes vengarte de Kurita.

—No.

Se mostró perplejo por la respuesta monosilábica.

—Pensé que creías que toda la familia era responsable de los actos de un solo miembro.

—Es verdad que el grupo es responsable de las acciones de un miembro individual.

—Entonces, podemos matarlo y acabar de una vez. Una vida kuritana para satisfacer tu venganza. No tendremos que arriesgar el cuello tratando de matar al Coordinador.

—No es así de sencillo. Esto es una venganza. Únicamente los individuos responsables son los objetivos.

Un gemido procedente del sujeto de su conversación los hizo callar. Bajó la pistola

para cubrir a Theodore mientras se incorporaba atontado. Dechan avanzó para sujetar al aturdido kuritano.

—Debió de esquivar la mayor parte de la carga gracias al pelirrojo.

—Eres escoria, Cazador de Recompensas —graznó Theodore—. Un asesino. No tienes ningún derecho a la venganza.

—No es mi deseo matarte, príncipe Theodore. El hombre llamado Panati debe morir, me entregues o no los papeles.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. Si matas a Panati —*san*, serás perseguido como el perro que sin duda eres.

—Poseo el derecho de la venganza para matarlo —insistió.

—No. ¡Eres una basura! ¡Un asesino de alquiler!

El hombre armado permaneció inmóvil durante un momento. Luego, apartó la mano izquierda del arma y la introdujo debajo del casco. Dechan reconoció el sonido de los sellos del traje al abrirse. Con un suave movimiento, se lo quitó y, al soltarlo, cayó con un ruido metálico sobre el pavimento.

Dechan notó la sorpresa de Theodore cuando vio la cara de su socio. Ya no mostraba las tersas facciones de su juventud. Una cicatriz le recorría la mejilla izquierda y le llegaba hasta el ojo, donde desaparecía bajo su cabello negro, ahora pegado al cráneo debido al sudor. El ojo había sido destruido por la terrible herida. El lechoso blanco del iris mostraba un marcado contraste con el marrón profundo del otro.

—Soy Michi Noketsuna —anunció—. Casi todo mi pasado carece de importancia. Durante años serví bajo el mando de Minobu Tetsuhara como oficial de su plana mayor. Fue atrapado en una situación de la que no había escapatoria, y yo lo acompañé en el *seppuku* que se vio obligado a cometer por su honor. El oprobio de unos hombres lo llevaron a ese fin, y juré que pagarían por ello.

»Perseguí al Señor de la Guerra Samsonov, quien lo había traicionado en Misery. También quería perseguir a los agentes que prepararon los sucesos que desembocaron en aquella última felonía.

»Lamentablemente, el principal instigador de la innecesaria muerte de mi señor, Jerry Akuma, murió en An Ting. Sin embargo, dos hombres le ayudaron a realizar sus planes: Quinn y Panati, asesinos que mutilaron y habrían matado a mi señor en su intención de culpar como traidores a los Dragones de Wolf. El hombre que te mantiene inmóvil tuvo el honor de causar las muertes de Akuma y Quinn; sin embargo, Panati se me había escapado hasta ahora. Fue él quien colocó la bomba que mutiló a Tetsuhara-*sama*, y exigió su muerte.

Michi calló, y el silencio se prolongó lo suficiente como para que Dechan se preguntara si su socio había decidido ocultar el nombre de su última presa. Entonces, aspiró una profunda bocanada de aire y continuó:

—Mi venganza tiene otro objetivo más: Takashi Kurita. Él fue quien preparó el plan para desacreditar a los Dragones. Fue él quien le ordenó a *Tetsuhara-sama* que comandara las fuerzas asignadas a destruir a los Dragones. Sabía que mi señor se había hecho amigo de Jaime Wolf, y que el hecho de verse obligado a enfrentarse a él en el campo de batalla sería intolerable. Si hubiera ganado aquella amarga lucha en Misery y matado a su amigo tal como su deber lo requería, se habría visto avergonzado. *Tetsuhara-sama* sabía que Jaime Wolf y sus Dragones eran inocentes de los asquerosos crímenes que les imputaban. No había ningún honor en destruir a un amigo, a un hombre al que consideraba más que a un hermano. Aun así, obedeció sus órdenes lo mejor que pudo.

»No necesito contar el castigo para un samurái que desobedece a su señor. Sin importar cómo podría haber terminado la batalla de Misery, *Tetsuhara-sama* se vio enfrentado al *seppuku* como la única salida honorable.

—Te pido disculpas —dijo Theodore—. Tienes motivos para la venganza. Panati es tuyo.

Michi inclinó la cabeza; luego, se acercó al asesino, que estaba sin sentido. Ladeó la muñeca y, tras extraer una hoja de acero de su chaleco, la abrió con un sonido suave. Se arrodilló al lado de Panati y murmuró:

—La muerte que te doy es demasiado buena para el asesino cobarde que eres. No sufrirás dolor alguno por lo que has causado.

Colocó el filo del cuchillo contra el blando tejido de su cuello. La hoja vaciló sólo un instante antes de cortar el cartílago que había entre las dos vértebras cervicales. La cabeza de Panati se liberó de su cuerpo y la sangre manó en un chorro, manchando el cadáver y el suelo. Michi agitó la muñeca, limpiando el lustroso acero. El arma retornó con un siseo a su funda oculta.

Dechan, absorto en la acción de su socio, quedó sorprendido por el repentino movimiento de Theodore. Casi en el instante en que sintió las manos del kuritano sobre él, estaba volando por el aire. Theodore alargó el brazo al montón de armas y cogió la que se encontraba arriba, una *katana*. Sacó la espada con un silbido de la hoja. Michi giró en redondo, y el cañón de su Crowdbuster se alzó para cubrir al armado Theodore.

—No te muevas, Noketsuna. He de oponerme a ti.

Dechan se puso de pie con la pistola en la mano.

Reacio a disparar por detrás de Michi, aguardó a que su socio hiciera un movimiento.

—¿Crees que Takashi Kurita es inocente? —preguntó éste al desafiante Theodore.

—No lo sé. Pero he de enfrentarme a ti por mi propio honor y por el bienestar del Condominio. No puedo permitir que quedes en libertad para atacar al Coordinador.

—No dispones ni de una oportunidad contra mi arma —explicó con calma—.

Podría destrozarte de un solo disparo y luego marcharme.

—He de intentar detenerte si insistes en continuar con tu venganza en este momento. Si te vas y me dejas con vida, te perseguiré.

Michi clavó la mirada en la del hombre más alto. Ninguno se movió durante un largo minuto. Dechan experimentó un escalofrío. Odiaba cuando los malditos Dracas se ponían místicos.

Michi bajó el arma y la guardó en la funda, que colgaba de su hombro izquierdo. Luego se inclinó en una reverencia, rígida y ceremoniosa.

—Saludo tu decisión.

Theodore cambió la espada de mano. Soltó la derecha y dejó que la izquierda cayera al costado. La espada descansó con soltura en su mano, apuntando hacia el cielo. Le devolvió la inclinación de cabeza.

—El Condominio no puede perder al Coordinador en este momento —insistió.

—Contendré mi venganza si logras probar que Takashi Kurita es inocente —ofreció Michi.

—Ahora mismo es imposible. He de atender otro asunto más importante: la supervivencia del Condominio Draconis.

—Debe sobrevivir —acordó Michi—. Dame un día para cumplir una obligación y te ayudaré en tu empresa.

Theodore asintió en el acto.

—Será un honor, Noketsuna-san.

Dechan se rascó la cabeza, confundido por el repentino cambio de la situación.

**Montañas Strike de Deber, Benjamín**

**Distrito Militar de Benjamín**

**Condominio Draconis**

**8 de octubre de 3030**

Dechan Fraser dirigió una mirada a la hoguera que ardía cerca de la Nave de Descenso, donde la tripulación y los Techs estaban terminando de comer. Por las risas y ocasionales conversaciones que oía, supuso que pronto se pondrían a practicar su acostumbrado juego de dados. Se volvió para contemplar su plato casi intacto.

Los cuatro BattleMechs que componían la fuerza de ataque del Cazador de Recompensas mantenían su vigilia silenciosa, distribuidos en un triángulo irregular. En un vértice se hallaba el *Orion* con franjas de tigre de Vic Travers. En el segundo, los dos Mechs más pequeños se encontraban juntos: el *Dervish* de Jenette Rand y su propio *Sbadow Hawk*, cuya oscura pintura azul se fundía con la noche. La más alta de las cuatro máquinas, el *Marauder* verde brillante del Cazador, conformaba el último punto. Entre sus altas piernas de ave ardía el fuego proyectando su intensa luz sobre sus caras. Del otro lado, Michi Noketsuna cenaba y el casco descansaba a sus pies.

—Regresaste tarde al campamento. ¿Has estado planeando nuestro próximo movimiento? —le preguntó.

Con cuidado, Michi depositó el plato sobre el tronco caído que le servía de asiento.

—No *haremos* nada. Me iré *solo*.

—¿Qué? —sentada al lado de Dechan, Jenette se mostró incrédula.

—Amigos míos, no mantenéis ninguna causa común con el Condominio Draconis. De hecho, vuestros amigos y familias luchan contra el Dragón. Sin embargo, yo sigo siendo leal a mi hogar. En este asunto, mi venganza con el Coordinador carece de importancia. Aunque Takashi ha perdido mi lealtad hacia su

persona por un comportamiento deshonroso, me es imposible dejar que sus faltas y fracasos me vuelvan contra el Condominio.

»A primera hora de esta mañana, conversé de nuevo con el príncipe Theodore y lo que me contó acerca de los peligros a los que se enfrenta el Condominio me hizo sentir escalofríos. No cree que su padre sea responsable de la muerte de Minobusama, pero en este momento no dispone de prueba alguna. Es un hombre sincero y honrado cuyo único objetivo por el momento es salvar al Dragón de una situación desesperada. En cuanto el Condominio esté a salvo, se encargará personalmente de que se haga justicia.

»En este momento corre un grave peligro, y todo verdadero samurái debe ir en su ayuda. —Se detuvo un instante, y alzó la vista a las estrellas—. Tal vez sea un *ronin*, en el sentido de que no tengo señor, pero sigo siendo un servidor leal del Dragón. Cuando esté en apuros, yo saldré en su defensa. He de hacer a un lado la venganza hasta que el reino se encuentre a salvo. Cuando llegue ese día, mataré a Takashi Kurita con mis propias manos.

Dechan escuchó en silencio las palabras de Michi, tratando de comprender la complicada jerarquía de lealtades que gobernaban la vida de su amigo. Aunque él nunca había deseado verse enredado en la intrincada telaraña de fidelidades que obligaban a un kuritano, tenía sus propios sentimientos respecto a la lealtad. Con los Dragones de Wolf todo era más sencillo. Un hombre se limitaba a ayudar a sus amigos.

Después de todo lo que hemos pasado juntos, ¿esperas que te dejemos entrar en la madriguera del Dragón solo? ¿Quién te protegerá la espalda?

—No puedo pedíroslo. El asunto se ha complicado. El príncipe Theodore me ha informado que el Coordinador jamás pensó visitar este planeta. Por lo tanto, los papeles que, supuestamente, detallaban su itinerario nunca existieron. Creo que quienquiera que actuara a espaldas de nuestro informante, ahora muerto, nos dirigió de forma deliberada hacia el Príncipe. Quizás esa persona conocía mi verdadera identidad y esperaba que matase a cualquier Kurita apenas lo viera. Tal vez no. En cualquier caso, el villano sabía que mi objetivo era el Coordinador.

»Ésta no es vuestra causa.

—Tampoco era mi causa en el Mundo de Milligan —insistió Dechan—. Ya te dije que me quedaría hasta que todo acabara. No te desharás de mí con tanta facilidad.

—Tampoco de mí —afirmó Jenette. Dechan le mostró a su dama el orgullo que sentía con una sonrisa. Ella le cogió la mano y la apretó ligeramente—. Sabemos cuidarnos.

—Me honráis más allá de lo que merezco, amigos míos —replicó Michi con una inclinación de cabeza.

Dechan se sintió incómodo; la formalidad nunca había sido de su agrado. Para



ocultarlo, se volvió hacia Travers.

—¿Y tú, Vic?

Michi y Jenette miraron con caras expectantes a su cuarto compañero. Este tragó saliva y se frotó las manos en los muslos con gesto nervioso. El encrespado vello negro de sus brazos contrastaba con su piel pálida, y se confundía con la grasa que manchaba su mono.

—No es aquello por lo que firmé.

—Lo entiendo —repuso Michi con rostro impasible.

Sin embargo, Dechan frunció el entrecejo y la expresión de desilusión de Jenette fue un calco de la suya. Un silencio tenso cayó sobre el grupo, que volvió a concentrarse en la cena.

Cuando Michi arrojó el plato al interior del caldero y se puso de pie, Travers también se incorporó. Parecía incómodo, avergonzado.

—Ah... antes de irnos —dijo, sacando un papel arrugado del bolsillo. Un alfiler con la cabeza lacada mantenía las hojas juntas—. Tengo un nombre y una dirección que daros. Os ayudará.

—¿Yakuza? —Travers asintió. Michi alzó la mano en un gesto de negativa—. Poseo mis propios contactos.

—No con este grupo. Los necesitaréis —insistió, extendiendo el regalo.

Dechan no lo creyó. Los contactos de Vic con el mundo criminal les habían sido de utilidad en el pasado, pero ahora Michi estaba metido en política. Además, nunca le había gustado verse involucrado con ese tipo de gente. Siempre terminaba sintiéndose sucio.

Michi hizo de pronto un gesto brusco y aceptó la carta que le ofrecía.

—*Domo arigato*.

«¡Por la Unidad!», exclamó mentalmente Dechan. ¿Qué le pasaba al muchacho?

—Yo también tengo un regalo para ti —le dijo Michi a Travers, señalando el *Nírauder* verde brillante—. Por favor, cógelo. No podré usarlo allí a donde voy.

—Me es imposible —protestó el otro, sacudiendo con énfasis la cabeza—. Es el Mech del Cazador de Recompensas, y ése eres tú.

—Ya no. He llevado el traje blindado mientras me fue de utilidad. Me permitió entrar de nuevo a salvo en el Condominio. Al lugar al que pienso ir ahora, la identidad será más que nada un estorbo —explicó Michi. Recogió el casco y se lo pasó—. Ahora tú eres el Cazador de Recompensas.

»Acepta el Mech. Que Cellini pilote el *Orion*. Te dejo la Nave de Descenso, el traje blindado y la mitad de nuestros fondos. Necesitaré algo de dinero reunido. —Abrió un compartimiento que había en el costado de la plancha pectoral que llevaba puesta. Del interior oscuro extrajo un libro muy usado. El solidógrafo de la tapa se hallaba arañado y rayado. De los laterales abiertos sobresalían unos papeles, la mayoría

manchados y amarillentos por los años de uso, y unas láminas de plástico de varios colores, unidos por un cordón de color sangre reseca. Le arrojó el fajo a Travers—. También la tradición es tuya.

Éste cogió el libro y se lo llevó a la frente, inclinándose ante Michi y sorprendiendo a Dechan con esa muestra de formalidad.

Michi se volvió hacia Dechan y Jenette.

—Si aún deseáis acompañarme, hemos de partir de inmediato.

**Residencia del Kanrei, Ciudad Deber, Benjamín**  
**Distrito Militar de Benjamín**  
**Condominio Draconis**

**15 de enero de 3031**

—Entonces, no vendrás —concluyó Theodore, con la esperanza de finalizar la inútil discusión.

—*Iie*. Te he dicho muchas veces que creo que el plan es estúpido —replicó Ninyu—. El Condominio no necesita criminales en su ejército. Además, no confío en este aventurero, y tú tampoco deberías hacerlo.

Michi, que estaba apoyado en el rincón que se había apropiado al entrar en la habitación, guardó silencio ante la acusación.

—Fue un leal servidor de mi hermano —objetó Fuhito, saliendo en defensa del hombre callado.

Theodore lo dejó hablar. Tal vez tuviera éxito donde él había fracasado, y persuadiera a Ninyu para que aceptara a Michi como el nuevo miembro de su círculo de confianza, aquellos a los que llamaba *shitenno*.

En la antigua historia japonesa, el nombre se había aplicado a los compañeros leales de Kiso Yoshinaka, el esposo de otra Tomoe. La mujer de Yoshinaka había sido la famosa Tomoe Gozen, una samurái femenina igual que la suya. Le pareció adecuado darles a sus compañeros el nombre de los de aquel. También sabía de buena fuente que su uso molestaba a su padre, quien recordaba el final que había tenido Yoshinaka. Él, por supuesto, no pretendía acabar de la misma manera.

Ninyu descartó el comentario de Fuhito con un gesto.

—Este hombre sirvió a tu hermano hace mucho tiempo. Noketsuna se descarrió después del combate de Misery. Es un renegado que se junta con otros de su calaña. No se puede confiar en él.

—Si por renegados te refieres a Fraser y a Rand, te equivocas, Ninyu-*kun* —intervino Tomoe—. Ellos abandonaron por propia voluntad los Dragones de Wolf para unirse a Michi-*kun* en la búsqueda de la venganza para Minobu Tetsuhara. La lealtad que le han mostrado ha sido ejemplar.

—*¡Hai!* —acordó con vehemencia Fuhito.

Ninyu bufó disgustado al volverse hacia Theodore.

—Si prefieres rodearte de ingenuos... —dijo, encogiéndose de hombros para indicar que se negaba a aceptar la responsabilidad de los resultados—. Por lo menos, no los sigas a ciegas. Abandona el plan de este renegado de reclutar a soldados de entre los yakuza. Son criminales, escoria que se mantiene alejada de nuestra sociedad civilizada. No son de fiar. El Condominio no necesita gente que manche su uniforme. Si quieres guerreros, busca entre nuestros ciudadanos corrientes. Cuando su fe en el Dragón es fuerte, es más que suficiente. Si todavía crees que no están capacitados y que el Condominio requiere más, recluta agentes civiles de las FIS. Su lealtad está más allá de toda duda.

—La fidelidad de todos los mundos no basta para enfrentarse a un BattleMech y derrotarlo —contrarrestó Tomoe.

—Tiene razón —afirmó Theodore—. Nos hacen falta guerreros, luchadores entrenados. Pienso que los encontraremos entre los yakuza. Michi-*kun* me ha informado que algunas bandas incluso mantienen MechWarriors. Necesitamos esa fuerza.

—De nuevo Noketsuna —siseó Ninyu con los dientes apretados. Se irguió en la silla y se inclinó sobre la mesa para mirarlo a los ojos—. Estás cegado por tu *bushido*, engañado por la ilusión de la nobleza. ¿Es que crees que es una especie de paladín noble sólo porque mata a gente en razón de lo que él llama venganza de honor? Quizá pienses que estás participando en alguna versión galáctica del *Chushingura*. Bueno, ya conoces lo que les pasó a los cuarenta y siete *ronin*. Murieron.

—¿No se suponía que su mayor virtud era la lealtad, Ninyu-*kun*? —preguntó Tomoe con tono ligero, deliberadamente inocente.

Ninyu se puso rígido y la observó con ojos centelleantes. Soltó el aire por las dilatadas fosas nasales, y la voz le salió irritada mientras iba hacia la puerta.

—Adelante, entonces, compórtate como un idiota. ¡Vete al infierno!

Cerró de un golpe.

—Lo traeré de vuelta, Theodore-*sama* —se ofreció Fuhito, con una postura y una expresión que irradiaban la indignación que sentía por los malos modales de Ninyu.

—*Iie* —repuso—. Deja que se le pase.

—Estarás mejor sin él, Tono —afirmó Tomoe—. Su actitud será un estorbo para tus esfuerzos, y restará importancia a sus habilidades. Yo lo reemplazaré.

—Siempre buscando la acción, To-*chan* —dijo Theodore con una sonrisa. No

dudaba que con su destreza era capaz de suplir a su amigo entrenado al estilo nekogami. Los ejercicios que realizaban juntos le indicaban que había conservado su gracilidad, a pesar de haberle dado dos hijos. Sin embargo, ahora precisaba otra cosa de ella. Poseía una capacidad de juicio mucho más valiosa que sus talentos nocturnos —. Sabes que te necesito mucho más a la luz del día. Mientras yo intente ganarnos a estos aliados, alguien ha de cubrir mis ausencias y manejar el trabajo cotidiano, supervisar los planes de reconstrucción y guiar el desarrollo de los regimientos.

—¿Y qué hay de Asano y Earnst? —protestó—. ¿Armstrong?

—Todos son buenos oficiales, pero no confío en nadie como en ti para cerciorarse de que las actitudes antiguas no corrompan al nuevo ejército. Los que sugieres son vitales para nuestro futuro, pero aún carecen de visión. Únicamente tú posees fuerza para dirigir mis planes mientras yo me encuentre ausente.

Alargó los brazos por encima de la mesa en dirección a las manos que ella mantenía firmemente cerradas ante sí. Con el vacilante roce de sus dedos, la tensión de la mujer se relajó. Sintió cómo se rendía a sus razones, entregándose a la necesidad, aunque su corazón deseaba otra cosa. A pesar de todas las bromas que le hacía de que él estaba irracionalmente dominado por el giri, también ella comprendía la férrea llamada del deber.

—Sin embargo, confía en Fuhito-*san* por encima de los demás —comentó—. Ha madurado hasta convertirse en un oficial excelente, con un sentido superior de la táctica. Y lo que es más importante, entiende nuestros objetivos y capta profundamente mis intenciones. —Ignoró la expresión de sorpresa en las facciones de Fuhito—. Dechan-*kun* y Jenette también te ayudarán. Claro está, no podrás confiarles todo, pero me parece que serás capaz de contar con ellos para que entrenen soldados. Su experiencia en los Dragones resultará inapreciable.

»Me es imposible estar en dos lugares al mismo tiempo. Mientras busco combatientes nuevos, alguien ha de conducir a los antiguos. Necesito que tú lo hagas, *To-chan*.

Ella asintió. Percibió el miedo que sentía por él. Era comprensible. Ciertamente, no estaba ciego ante el peligro que correría. El submundo criminal del Condominio era un lugar inquietante, un mundo en sí mismo, cuyas reglas desconocía. De lo que Michi le había contado, su posición como heredero designado quizá no le bastara como armadura. Los yakuza, u otros habitantes del hampa, puede que se alegraran tanto de verlo morir como de hablar con él. Pero se trataba de un trabajo que sólo él podía acometer, ya que únicamente él albergaba alguna esperanza de conseguir la fidelidad de los proscritos yakuza. Quiso abrazar a Tomoe, desterrar sus miedos con besos y, así, perder los suyos propios, pero no podía. Incluso aquí, entre sus amigos más íntimos, el decoro lo prohibía.

Michi se movió.

—Es hora de partir —anunció.

**Distrito del Placer, Ciudad Deber, Benjamín**

**Distrito Militar de Benjamín**

**Condominio Draconis**

**15 de enero de 3031**

El sonido golpeó a Theodore casi con fuerza física en el momento en que Michi abrió la puerta del bar. El ritmo cardíaco y machacón ahogaba todos los ruidos que hacían los remolineantes habitantes de aquella cámara sombría, mucho más oscura que la noche de neón de la calle. Bailarinas medio desnudas, iluminadas por focos, danzaban de forma provocativa sobre unas plataformas suspendidas por hilos de seda sobre la multitud de la pista. Sólo cuando una de ellas pisó mal y estuvo a punto de caer, se dio cuenta de que no eran proyecciones holográficas, sino mujeres reales. Claro. Los espectáculos en vivo eran mucho más baratos, aparte de poseer otras capacidades que un holo jamás tendría.

Seguido de su compañero, bajó los cinco escalones que conducían a la pista principal. Mientras Michi se detenía en el último en busca de un sendero que los llevara a través de la muchedumbre y de las mesas de juego abarrotadas, él inspeccionó al par de bribones de aspecto tenebroso que se reflejaban en la pared de metal, lustrosa como un espejo, que había justo frente a ellos.

Uno era mucho más alto que el otro, pero sus ropas eran prácticamente idénticas. Podrían haber sido cualquiera de los miles de soldados inquietos que pululaban por el Condominio, reacios o imposibilitados a regresar a sus mundos natales después de que sus regimientos quedaran destrozados en la reciente guerra. Nadie adivinaría que uno de ellos era el heredero designado y el otro un antiguo oficial de los Ryuken.

El descolorido abrigo castaño de Michi le cubría desde el cuello hasta los tobillos. La capa de los hombros aumentaba el tamaño de su pecho. El Dragón kuritano que había tenido en el cuerpo acolchado del hombro derecho era una serpiente pálida,

casi invisible. El disco abollado que sujetaba el abrigo estaba situado a una altura un poco mayor que el de Theodore, lo que permitía que un observador viera con mayor claridad la ajada chaqueta de batalla y la pesada pistola que colgaba de ella. Mientras él llevaba las dos espadas, Michi portaba una sola a la espalda, que sobresalía por encima de su hombro izquierdo. Las tres empuñaduras lucían unos accesorios y lazos arañados e indefinidos.

Apartando los ojos de su reflejo, vio a una mujer que avanzaba hacia ellos por entre la multitud. Esquivaba con destreza las manos que salían a su paso con el fin de cogerla y detenerla; resultaba obvio que estaba acostumbrada a recibir semejante atención. Michi se plantó en su camino, ocultándole la visión vestida de rojo. Incapaz de escuchar su conversación, quedó sorprendido al darse cuenta de que Michi sacaba un trozo de papel. En la parte de abajo, iba sujeto un gran billete C. Ella le sonrió y retrocedió un paso. Su ofrenda desapareció en la suave hendidura que había entre sus pechos, que se alzaban visiblemente por encima del escote circular del vestido. Agitó una mano con actitud indiferente hacia la barra y giró en redondo.

Michi le dio un codazo a su compañero y ladeó la cabeza en dirección al bar. Este asintió y lo siguió. Dos taburetes se vaciaron al acercarse ellos.

Michi se acomodó en uno, señaló las copas sucias que tenía delante y alzó una mano con los últimos tres dedos extendidos. El tipo gordo y feo que había detrás de la barra asintió y sirvió dos copas, pero la retuvo con una garra grasienta hasta que le deslizó varios billetes C en la otra mano abierta. Theodore se sentó a su lado y cogió su vaso. Frunció la nariz ante el hedor del brebaje, pero, con el fin de no delatarse, se lo bebió de un trago.

Esperaron.

El barman acababa de recibir el pago para una tercera ronda cuando Theodore experimentó una incomodidad familiar. Escudriñó la estancia para encontrar el origen de la sensación, hasta que sus ojos se posaron en cinco hombres que salían de una puerta que conducía al interior del edificio. Una luz suave emanaba de unas cavidades ocultas más allá del umbral, y al iluminarlos por detrás, impedía distinguir claramente sus facciones.

Estaba claro que los dos primeros eran *kobun*, soldados de los yakuza. Eran grandes y musculosos, con facciones duras. Los dos llevaban cazadoras de piel de shegila, y las escamas iridiscentes refulgían bajo la luz de la habitación interior. Los otros dos iban vestidos con chaquetas negras de negocios sobre camisas de cuadros de cuello abierto, vestuario de moda entre los tipos corporativos del interior del Condominio. Sin embargo, una ojeada a sus rostros le reveló que no se trataba de hombres de negocios. Las miradas hoscas y los semblantes con cicatrices los delataban también como *kobun*.

El quinto era diferente, aunque vestía de igual manera. Los restantes *kobun*



mostraban tal deferencia hacia el mayor, que Theodore tuvo la certeza de que se trataba de Yasir Nezumi, el *oyabun*. Era el jefe de la banda al que habían venido a ver.

Los *kobun* asintieron y se inclinaron en reconocimiento a sus órdenes. Mientras se adentraban en el bar, su jefe retrocedió un paso y se apoyó contra el marco de la puerta. La luz procedente del cuarto interior iluminó su cara. Theodore distinguió la boca de labios finos, la expresión relajada, y el cabello perfectamente recortado, sin un cabello fuera de lugar. Le sorprendió su aspecto tan distinguido. A pesar de lo que Michi le había contado, había esperado a alguien más parecido al clásico Lobinsonu, cuya tosca cara había visto en muchos bolos de gángsters.

Los cuatro *kobun* recorrieron el bar, deteniéndose al llegar a ellos. En aquel momento, la música cesó, haciendo que la estancia pareciera súbitamente silenciosa, a pesar de los ruidos del juego y las voces que llenaban toda la cámara.

El más bajo de los dos que lucían chaqueta de negocios encuadró los hombros; después, tiró de las solapas para alisarlas. Su voz áspera rechinó en los oídos de Theodore.

—Nezumi-san no puede veros. Está muy ocupado.

—Es lamentable, amigo —repuso éste, girando despacio en el taburete para mirar al hombre—. La oportunidad os dejará de lado.

—No necesitamos soldados —indicó el hombre, con una sonrisa de plástico que no llegó a paliar la frialdad de acero de sus ojos—. Si de verdad queréis uniros a la familia, hay unos lavabos para limpiar.

Reconoció el insulto. Tradicionalmente, los miembros nuevos de una banda hacían los trabajos más ínfimos y sucios, incluyendo las tareas de mantenimiento de la casa para el jefe. A menudo, pasaban años antes de que a un nuevo yakuza le permitieran participar en el trabajo real de la banda. ¡Pero lavabos! Este *kobun* les estaba ofreciendo una tarea reservada para mujeres.

—Ni soñaría con quitarte el puesto, *jokan*.

Las aletas nasales del soldado yakuza se ensancharon por la cólera. Emitió un rugido y alargó las manos para cogerlo de las solapas, pero Theodore las desvió con el antebrazo. Convirtiendo su propio movimiento en un ataque, golpeó con el puño contra el esternón. El tipo trastabilló, tosiendo.

Michi había girado su taburete y se puso de pie tan pronto como los *kobun* avanzaron hacia Theodore. Clavó los puños en el estómago de los dos hombres musculosos. Se doblaron, con una expresión de asombro en las caras. Michi apartó las manos y la sangre manó de las hojas que sobresalían de sus mangas. Mientras los yakuza se desplomaban en el suelo, Michi giró los antebrazos con un movimiento seco, para limpiar la sangre de las armas. El sonido húmedo de las gotas, que salpicaron el suelo y a los *kobun* caídos, resonó en el cuarto repentinamente silencioso.

El cuarto yakuza se dio cuenta de que era el centro de atención de los dos hombres a los que su grupo hacía unos momentos había superado en número. Fue hacia atrás con pasos vacilantes, y trastabilló al chocar con un cliente demasiado lento en despejar el camino. Theodore alargó el brazo hacia su espalda y, al ver que el hombre daba media vuelta y salía corriendo en dirección a la puerta, modificó el movimiento y se rascó la oreja izquierda.

Michi le tocó el hombro; luego, señaló con el pulgar la parte de atrás de la estancia.

—Nuestro anfitrión ha desaparecido.

Al girar para confirmar que la puerta estaba vacía, notó que las cuchillas de Michi también habían desaparecido. Habían apagado la luz y sólo las planchas oscuras de madera iluminaban el bar.

—¿Entramos? —preguntó.

—*Iie*. Carecemos de la fuerza necesaria.

—De acuerdo, pero por lo menos, le dejaremos un mensaje.

Arrojó una lámina de plástico sobre la barra, y depositó junto a ella una llave de crédito de plástico negro y un pequeño fajo de billetes C. Entonces, se volvió hacia el hombre que había golpeado. La cara de éste estaba retorcida por el dolor que le producía la tos mientras trataba de respirar con un esternón roto. Enganchó con la mano la mandíbula del *kobun*. El tipo se esforzó por permanecer de pie para evitar ahogarse.

—La mayoría de las cosas que hay en la barra son para tu jefe. Confío que lograrás hacérselas llegar. —Clavó los dedos en la carne de su cuello—. Los billetes C son para ti. Toma algunas clases de urbanidad, amigo. Tienes muy malos modales.

Lo soltó y cayó en un amasijo lloroso. Bajó la vista y sacudió la cabeza. Era demasiado frágil. Había esperado que los yakuza tuvieran soldados duros. Tal vez su plan no fuera bueno.

—Un comienzo nada auspicioso.

—Quizá menos de lo que crees —comentó Michi—. Pero creo que nuestra presencia ya no es grata aquí.

Theodore recorrió la estancia con la mirada. Hombres de rostros duros apartaron los ojos, concentrándose de nuevo en sus cosas, pero no antes de que leyera la hostilidad que había en ellos.

—Tú eres el guía.

Michi se abrió camino a través de un mar de mesas. Detrás de ellos, se reanudaron los juegos de dados y cartas, y las voces quebraron el silencio. Cuando llegaron a la puerta, las apuestas volvían a reinar en la atmósfera, y la música sonaba de nuevo, expulsándolos con su ritmo bajo el cruel resplandor de neón de la calle.

—Creí que habías dejado esas cuchillas junto con tu traje blindado de Cazador de

Recompensas.

Michi se encogió de hombros, esbozando una sonrisa fugaz de vergüenza.

—Cuesta más dejar algunas cosas que otras.

**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien**

**Distrito Militar de Pesht**

**Condominio Draconis**

**10 de junio de 3031**

Takashi Kurita entró en el Cuarto Negro y la puerta siseó, cerrándose a su espalda. Eso señaló el comienzo de la reunión; nadie más sería admitido hasta que el Coordinador se marchara. Vasily Cherenkoff, el único Señor de la Guerra presente para la reunión del concejo, miró inquisitivamente a Subhash Indrahara, que se hallaba al otro lado de la mesa. El director de las FIS mostró una sonrisa educada. Estaba tan sorprendido por la pronta llegada del Coordinador como el gordo Señor de la Guerra, pero no pensaba demostrarlo. Cuando él y Cherenkoff comenzaron a incorporarse para el saludo formal, Takashi les indicó que no se movieran, y, plantándose detrás de su sillón, apoyó las manos en el respaldo.

—¿Dónde se encuentran los Dragones de Wolf ahora?

Subhash se quitó las gafas antiguas de montura dorada que lucía y se frotó el puente de la nariz. Estaba cansado. ¿Acaso pensaba reanudar el Coordinador la fútil fijación que tenía con esos mercenarios? Ya había despilfarrado preciosos recursos del Condominio en su obsesión por destruir a los Dragones. ¿Por qué? ¿Porque Jaime Wolf lo había humillado en Terra? ¿Porque los Dragones habían humillado a los SACD en Misery, luego en el Sol de Harrow y en Wapakoneta, para volver a hacerlo en Crossing? Se había tomado sus palabras y sus acciones demasiado personalmente, emplazando sus propias necesidades y objetivos por encima de los del Estado. Subhash no había sido capaz de apartarlo de su ruta.

Entonces surgió el veredicto desalentador de la Junta de Revisión Mercenaria de ComStar. Declarando su inocencia, los mediadores rechazaron las demandas de Takashi de indemnización y condena para los Dragones por sus actos anteriores e

inmediatamente posteriores a la finalización de su contrato con el Condominio Draconis. ¿Le había parecido al Coordinador una decisión demasiado gravosa para su honor y había vuelto a intrigar contra ellos?

—Lamentablemente, *Tono*, aún no hemos sido capaces de determinar su paradero.

—¡Incompetencia! ¡No la toleraré! —gritó, lanzándose de lleno a un discurso. Las burlas y las imprecaciones no eran nuevas para Subhash, que se había acostumbrado a ellas en los dos últimos años. Se sumergió en su *hura*, haciendo acopio de fuerza y serenidad. Se reclinó contra el respaldo y dejó que la ira irracional del Coordinador le pasara por encima. Este recorría la estancia de un extremo a otro, rugiendo de cólera. Una vez agotada la virulencia, se dejó caer en el sillón que había en la cabecera de la holomesa—. Quizá no puedas cumplir con tu trabajo. ¿Me fallarás igual que los demás? —preguntó, respirando entrecortadamente después de la diatriba.

—Os preocupáis de forma innecesaria, *Tono* —respondió con voz baja Subhash. *Tus palabras no me rozan, pensó Takashi, pero tu falta de control es muy perturbadora. No he fallado en mi obligación hacia el Condominio, aunque tú creas que te he decepcionado a ti. ¿Acaso no he ocultado tu inestabilidad a nuestros enemigos?*—. Me afano por servir al Dragón al máximo de mi capacidad. *Tono*.

—¡Entonces, consígueme esa información!

—Lo intentaré, *Tono* —dijo. Activó la mesa para que mostrara un mapa estelar del Condominio Draconis—. Considerad, por favor, la situación en Pesht. El Señor de la Guerra Marcus está ganando fuerza. Ha consolidado sus lazos en lo que la arcontesa Steiner nos ha dejado del Distrito de Rasalhague, manipulando los temores de nuestros leales súbditos. Y de nuevo se ha puesto en contacto con el Señor de la Guerra Chi.

—Ésa no es ninguna amenaza. Chi es demasiado astuto para aliarse con Marcus. —Se rio. De repente, se detuvo y ordenó—: Que vigilen a Chi. Ha establecido el orden en Galedon excesivamente bien.

—Correcto, Coordinador —comentó Cherenkoff, agitando la mofletuda cara en señal de aprobación—. Hay que vigilar al viejo libertino.

Subhash apuntó la orden en su ordenador portátil. Resultaba muy improbable que el Señor de la Guerra participara en alguna trama para derrocar al trono, ya que era demasiado leal al Condominio como para ponerlo en peligro. Marcus representaba una amenaza mucho mayor.

—¿Pesht, *Tono*?

—Marcus es un tonto y un débil. Dispuso de años aquí en Luthien para derrocar me y no lo consiguió. Lo más cerca que estuvo fue aquel sabotaje de mi *BattleMaster* del año veinticinco. Pero fui más inteligente que él. ¡Más fuerte! Yo tengo las riendas del Condominio. ¡Es mío!

—Cierto, Coordinador. Y así debe ser —atronó Cherenkoff. En voz más baja, añadió—: Hasta el día en que os suceda vuestro heredero.

Takashi se incorporó y golpeó la mesa con la palma abierta, desperdigando los papeles en todas direcciones. Luego, clavó la vista en su Señor de la Guerra, quien tragó saliva, temeroso de la reacción de su señor.

Subhash se preguntó qué era lo que tenía en mente el gordo estúpido. Ciertamente, Cherenkoff odiaba a Theodore por la exitosa defensa que había llevado a cabo de la frontera del Distrito de Dieron con la Mancomunidad de Lira, mientras él se quedaba en Dieron.

Fallando miserablemente en montar un ataque efectivo contra la debilitada frontera de Davion. Para empeorar aún más las cosas, Theodore había actuado a su espalda, ganándose la gloria que eclipsó los esfuerzos del Señor de la Guerra.

—Coordinador, no pretendía faltáros al respeto. Siempre he sido un servidor leal. —Su voz irradió sinceridad, aunque no se atrevió a mirarlo a los ojos—. Príncipe Theodore es taimado. Quizás esté empleando su cargo como *Kanrei* para operar a vuestras espaldas, tal como hizo conmigo durante la guerra. Su gente siempre anda por ahí, metiendo las narices en todo. ¡Y la compañía en la que se mueve! Por si no era bastante con esa mujer que tiene a su lado, tengo entendido que ahora le ha dado cobijo a dos de los infames Dragones de Wolf.

Takashi mostró los dientes, pero no dijo nada. A pesar de que Cherenkoff parecía ajeno a su reacción, Subhash supo que había ido demasiado lejos.

—Las personas a las que se refiere no son Dragones, Señor de la Guerra. Son rebeldes que lo abandonaron después del combate de Misery.

El Señor de la Guerra agitó la mano, descartando las palabras de Subhash.

—No son el verdadero problema. Lo que nos preocupa es el príncipe Theodore y sus ambiciones. Aunque recuperó poco del territorio del Condominio ante los afeminados liranos, se lo ha concedido la Orden del Dragón. Luego, cuando se declaró el alto el fuego, se lo nombró Diputado de Asuntos Militares. —Alzó la vista hacia el Coordinador—. Creáis a vuestro propio rival. *Tono*. ¿Es que no veis que anhela vuestro trono? Su popularidad crece a diario...

—Basta, Señor de la Guerra —ordenó Takashi, incorporándose y dándole la espalda a la mesa—. Me encuentro al tanto de las actividades de mi hijo. Las FIS están bien informadas.

Subhash inclinó la cabeza en reconocimiento a la mano que le había tendido. «Si tan sólo supieras cuánto sabemos, amigo mío, no te agradecería disponer de ese conocimiento».

—No intente cuestionar mi voluntad. Señor de la Guerra. Todo lo que he hecho ha sido con un propósito. Nuestro reino necesitaba un héroe en los primeros días de la guerra. Por esa razón le concedí a mi hijo el Ramo Katana, a pesar de que sabía que

no podría haber destruido tantos Mechs como informó. Además, ese gesto acentuó el fracaso de los liranos por capturarlo. Humillé a nuestro enemigo.

»Se lamenta sobre su actuación en Dieron, pero sabe que decidí no sustituirlo a usted, a pesar de que muchos creían que se merecía su puesto como Señor de la Guerra. Por el contrario, le concedí la Orden del Dragón, un bonito regalo para satisfacer su ego como soldado.

»Lo conozco demasiado como para darle una base de poder a sus ambiciones. ¿Qué cree que será capaz de hacer con la Oficina de Asuntos Militares? Carece de instintos políticos. Jugará con sus soldaditos y se contentará. Al saber que posee un *poco* de aptitud en el campo de batalla y en cuestiones de organización militar, lo complazco, le aplaco sus ambiciones y, al mismo tiempo, sirvo al Condominio. Para el pueblo y los soldados es un héroe. Por él se recobrarán. Y se convertirán en un nuevo ejército. —Giró para mirar otra vez a Cherenkoíf—. ¡Pero el ejército que construya seguirá siendo mío!

El Señor de la Guerra hizo una reverencia y mostró una titubeante sonrisa en la cara.

—Lo que digáis, Coordinador. No obstante, me perturba ver cómo está organizando a los Genyosha y a los regimientos de Ryuken. Sólo reciben entrenamiento de los oficiales escogidos por él. Considerad lo que semejante fuerza podría significar en las manos de un general rebelde, aunque no posea agudeza política.

«Un empujón imprudente», pensó Subhash. Esperó otro estallido de Takashi, pero el Coordinador, simplemente, volvió a sentarse, y arregló con calma los informes que había desordenado antes. Meditó durante unos minutos, hasta que una sonrisa dividió su semblante ahora plácido.

—Ordenaré que se disperse a los regimientos de entrenamiento, que las tropas sean diseminadas por todas las unidades de los SACD. Al no disponer de un núcleo de soldados leales, mi hijo jamás obtendrá una base de poder. ¿Ve cómo no había necesidad para temer un golpe armado? Aunque Theodore logre reunir el apoyo político o popular, nunca tendrá la fuerza militar.

**Sede Militar de Draconis, Pauchung, Xinyang****Distrito Militar de Benjamín****Condominio Draconis****18 de junio de 3031**

La sala cavernosa estaba llena con cinco filas de masivos ovoides de doce metros y sus monturas cardánicas. Los técnicos se movían entre ellos, comprobando conexiones y monitorizando los niveles de refrigeración. Iban con cuidado con el fin de no tocar los armazones internos, para evitar que una mano o un dedo quedara atrapado y fuera arrancado por un repentino cambio de orientación en el interior de la estructura esquelética. También tenían cuidado de no quemarse en las cavidades que brillaban anaranjadas debido al calor de los simuladores en funcionamiento.

Desde su puesto en la cabina de control, Dechan Fraser, los observaba con satisfacción. No envidiaba a los Techs que había allí abajo, ya que no disponían de la ventaja de la calefacción que lo mantenía cálido. A pesar del aliento helado y de los dedos entumecidos, lo estaban haciendo bien. Llevaban dos horas de ejercicios, y aún no se había producido ningún fallo en el equipo. Giró la silla para quedar de frente al tablero y comprobó las lecturas. Todo marchaba bien.

Frente a la pequeña cabina, el jefe Kowalski dirigía a su equipo de supervisores y no dejaba de repasar la sintonía del sistema de la computadora que controlaba el funcionamiento de los simuladores. A su lado se hallaba Tomoe Sakade y el *Tai-sa* Narimasa Asano, de los Genyosha, cuyas tropas eran las que estaban haciendo las pruebas del día.

—Problema tres —anunció Tomoe—. Iniciar a mi señal.

Dechan se inclinó sobre el teclado e introdujo la andanada de artillería principal cuando ella se lo indicó. En un edificio cercano, las formas de los simuladores habían cobrado vida, sacudiéndose y traqueteando en sus pistones y rotando en sus soportes



giratorios a medida que personificaban un batallón blindado preparándose para atacar. Los soldados que había dentro de los simuladores lo experimentarían como una verdadera carga en la batalla. Pasados cinco minutos, Dechan quedó complacido por la destreza táctica que mostraban los Genyosha contra los oponentes de la computadora.

—Tus nuevos MechWarriors Genyosha han mostrado una notable mejoría, *Tai-sa Asano* —alabó.

—Solamente se trata de simuladores, *Tai-i Fraser* —comentó éste, con la arrugada cara inexpresiva bajo una mata de pelo blanco—. Es muy distinto cuando uno se encuentra en un verdadero BattleMech.

—No disponemos de los aparatos verdaderos para entrenar a los guerreros —se lamentó Tomoe—. Y aunque los tuviéramos, no podríamos permitirnos el lujo de dirigir unos juegos de guerra para que ellos practiquen.

—Entonces, es estupendo que fueras capaz de adquirir estos tanques de simulación —concluyó Dechan.

—Y es una pena que no estén unificados —se quejó Kowalski cuando atravesó la habitación para colocar un montón de discos de computadora delante de Tomoe—. El ordenador tiene serias dificultades al tratar de mantener los parámetros equilibrados entre los diferentes modelos, por no hablar de los distintos fabricantes.

—Es usted quien tiene dificultades, ¿verdad, señor Kowalski?

—Es lo mismo —Tomoe se rio entre dientes—. *Kowalski-kun* es mitad computadora, o eso afirmaban los otros Techs de la legión. Solían decir que su madre era una MultiMac 2700.

Kowalski frunció el ceño, irritado.

—Es una broma de mal gusto, *Sho-sa Sakade*.

—Tienes razón, *Kowalski-kun* —repuso ella, compungida—. Pido disculpas.

—Aceptadas.

—Pero ¿tiene en realidad problemas? —insistió Dechan.

—¿Cómo no iba a ser así? —Se pasó la mano derecha por el pelo corto, dejándolo todavía más desaliñado—. Soy un mortal, miserablemente poco instruido en estos días de *perditécnica*. Hay tantas cosas que desconocemos de lo que hemos perdido, que me siento a la deriva en especificaciones y programas.

»Los equipos técnicos de los programas de reconstrucción me prestan toda la ayuda que pueden, pero sus miembros tienen tanto exceso de trabajo como yo, y los recursos jamás parecen bastar. Hay demasiados programas, y nosotros poseemos poco conocimiento. Hay tantas cosas que el *Kanrei* desea que se desarrollen al mismo tiempo... tecnología de combate, trabajo de comunicaciones, agricultura. Tardamos semanas o meses en desarrollar una investigación que un científico de la Liga Estelar sencillamente habría tecleado en su ordenador. Yo soy un Tech. ¿Qué puedo saber

acerca del arroz?

»Soy un científico hasta donde alguien pueda serlo en «tos días, pero me es imposible conocer todo, o ser todo. El *Kanrei* me puso a cargo de la investigación, pero no soy un burócrata. Mi lugar está en un laboratorio. No obstante, podría medir el progreso de algunos de los proyectos si no nos moviéramos tanto. No he permanecido el tiempo suficiente en ningún lugar para hacer algo de forma adecuada.

—Pronto lo solucionaremos —le prometió Tomoe—. Este sistema de entrenamiento ha de ser completamente operativo. Necesitamos llevarnos los tanques de simulación con nosotros cuando el mando de entrenamiento se marche de aquí.

—Otro traslado. —Kowalski suspiró; luego, señaló el montón de discos—. Por lo menos, este proyecto ya está acabado. Los discos te permitirán manejar el sistema con una interferencia mínima de los Techs de las unidades que van a ser entrenadas. Por favor, guárdalos lejos de las manos curiosas de algún MechWarrior que crea que domina las cuestiones técnicas. El equipo ha trabajado muy duro en ellos para que los estropee un mono bienintencionado.

Kowalski tenía más cosas que decir, pero Asano lo interrumpió.

—Problemas abajo.

Señaló a dos figuras que corrían entre las últimas filas de tanques. Uno era un hombre negro con uniforme de MechWarrior kuritano. La chaqueta de batalla al estilo de infantería que llevaba encima ondeaba suelta a medida que atravesaba la planta baja. Había sido adoptada por los Ryuken y la Legión de Vega, imitando la de Theodore, e indicaba que el corredor pertenecía a uno de esos regimientos. La otra figura era una mujer cuyas ropas eran una colección variada de restos de uniformes. Tenía el pelo recogido en una trenza compacta que rebotaba contra su espalda mientras corría. Dechan la reconoció al instante. Su presencia también lo ayudó a identificar al kuritano que iba con ella.

—Son el *Sho-sa* Tetsuhara y Jenette Rand —anunció.

—¿No se suponía que debían estar en la sede de ComStar supervisando el primer envío de piezas? —preguntó Asano.

La tensión creció en la cabina de control mientras esperaban que subieran la escalera. Dechan se imaginó una gran diversidad de desastres, desde que ComStar renegara del acuerdo hasta que se hubiera reanudado la guerra. Una mirada a la cara de Tomoe le recordó que había otra clase de noticia que Fuhito creería necesario transmitir en persona. Tal vez le hubiera sucedido algo a Theodore.

Entraron tambaleantes con la puerta que Asano les abrió. Dechan cogió a Jenette por los hombros con el fin de enderezarla, y ella le rodeó la cintura con un brazo. Por lo cansados que estaban, debían de haber recorrido todo el trayecto desde el campo de aterrizaje a la carrera. Mientras recuperaban el aliento, Dechan miró de reojo a Tomoe. La mujer había controlado sus emociones y escondido su preocupación

detrás de una máscara de tranquilidad.

—¡*Sho-sa* Tetsuhara, informa! —ordenó.

Fuhito lo intentó, sin conseguirlo. Cerró la boca y tragó saliva para controlar el diafragma. Antes de hablar, sacó la lengua para humedecerse los labios.

—El Coordinador ha ordenado la disolución de los regimientos de entrenamiento. Nos dispersarán por todo el Condominio.

—¿El mando ha sido disuelto? —preguntó Tomoe.

Sacudió la cabeza.

Dechan se sintió aliviado. Miró a Tomoe y le sonrió; ella le devolvió el gesto. Fuhito frunció el ceño ante la reacción obtenida con sus palabras. Asano parecía tan perplejo como él.

—Todo marcha de acuerdo con los planes de Theodore —les explicó Tomoe—. Esperaba que sucediera tarde o temprano, en cuanto su padre se diera cuenta de que teníamos un cuerpo fuerte de soldados leales a nuestro alrededor. La dispersión permitirá que extendamos el programa mucho más rápido.

—Así se explica tu exigencia de que las tropas se adiestraran a sí mismas en cuanto una lanza hubiera dominado un problema —comentó Asano.

—Exacto —dijo Dechan—. Queremos instruir a los otros regimientos de los SACD con nuestras tácticas. El mando de entrenamiento no podría llegar a todos, de modo que enviamos la mejor alternativa: soldados instruidos y leales. Tan pronto como lo consiga sin llamar una atención especial, Theodore se encargará de que nuestros hombres entrenados sean ascendidos. Aquí hemos estado adiestrando a sargentos, no a soldados rasos. Sabemos que nos es imposible llegar a cada hombre, pero, por lo menos, conseguiremos que los comandantes de lanza y los oficiales conozcan nuestro programa.

—Pero con los batallones divididos, el príncipe Theodore carecerá de una fuerza poderosa preparada —objetó Fuhito.

—No permanecerán separados para siempre —le aseguró Tomoe.

—*So ka* —acordó Asano, asintiendo—. Nuestro príncipe Theodore desarrolla un juego mucho más complejo.

**Debajo de Pauchung, Xinyang**  
**Distrito Militar de Benjamín**  
**Condominio Draconis**

**18 de junio de 3031**

—Demasiado profundo —Michi tosió cuando Theodore lo sacó del reborde estrecho que había en el extremo del túnel. El abrigo colgó empapado sobre su complexión compacta cuando recuperó la verticalidad. Extrajo la espada de las anillas que la sujetaban a la espalda. Abrió el cierre que había detrás de la placa y con un movimiento de hombros se deshizo del pesado atuendo—. Lo único que consigue es frenarme —repuso ante la mirada interrogadora de Theodore, mientras se pasaba la espada por el cinturón.

—Dijiste que disponías de la frase clave correcta para contactar con esta banda —lo acusó.

—Y así era, pero tenía dos años de antigüedad. —Michi soltó el cargador vacío de su Nambu, que cayó y se perdió en las aguas cenagosas que les llegaban hasta las rodillas. Colocó uno nuevo—. ¿Cómo iba a saber que la banda se escindiría y que nuestro contacto acabaría en el lado de los perdedores? Ese Chokei debió de hacer algo francamente terrible para que estos tipos se muestren tan deseosos por coger a alguien que afirma estar asociado a él.

Una pulsación láser golpeó el agua cerca de ellos, y el vapor se elevó en un siseo maligno a medida que el líquido se vaporizaba. Michi empujó a Theodore para que se moviera y lanzó un par de disparos al francotirador invisible.

Se metieron en un túnel lateral con el fin de evitar más ráfagas a bocajarro. Después de torcer por dos túneles más, se encontraron de vuelta en un cruce del principal, chapoteando en el agua que les llegaba hasta la cintura, cuando un grito les anunció la proximidad de sus perseguidores. Diez soldados yakuza avanzaban por

una pasarela sumergida a un costado del túnel. Michi se arrodilló, ajeno a la suciedad que le salpicó la barbilla, y apuntó con cuidado. Soltó un solo disparo, astillando la pared al lado de la cabeza del *kobun* de vanguardia.

El hombre intentó esquivar los fragmentos de ferrocemento que le agujearon la cara. Al echarse hacia atrás, resbaló y agitó los brazos para tratar de mantener el equilibrio. Su arma impactó en el agua antes que él, y cuando la cabeza desaparecía debajo del cieno, el movimiento frenético de sus pies cogió al siguiente *kobun* de la fila y lo mandó maldiciendo a las aguas sucias.

Aprovechando la confusión, Theodore y Michi emprendieron la carrera. Media hora de avanzar por túneles serpenteantes y retroceder una y otra vez los llevó a uno que subía. Los *kobun* estaban acortando la distancia. Mientras ascendían, el nivel fue bajando gradualmente hasta que sólo les cubrió los tobillos. Aunque resultaba menos molesta para correr, era más ruidosa. Con cada pisada que daban se elevaban unos olores hediondos. Después de cinco minutos, se vieron obligados a detenerse ante una enorme reja de metal que abarcaba todo el ancho del túnel.

—¿Controles?

—Ninguno.

Theodore notó que los perseguidores se acercaban.

—El último cruce se encuentra demasiado lejos. Jamás lo alcanzaremos antes que ellos.

Michi asintió.

—No quería matarlos —comentó, tirando del cañón para cerciorarse de que estaba libre de lodo. Cogió el casquillo expulsado antes de que cayera y se lo guardó en un bolsillo—. El derramamiento de mucha sangre formará un muro demasiado grueso que no podremos atravesar.

—Son ellos los que no quieren dejar que nos marchemos en Paz-I116 ocurra será culpa suya. *Shikata ga nai* —afirmó con fatalismo Theodore, comprobando su propia arma.

No disponían de ninguna cobertura, de modo que se apretaron contra las paredes para aprovechar la poca protección que les proporcionarían los conductos. Apareció el primer *kobun*, y Theodore lo abatió de dos disparos. Michi derribó a uno e hirió a otros dos antes de que los supervivientes retrocedieran hasta la primera curva del túnel.

La pálida luz amarilla que salía de los paneles del techo y que hasta ahora había iluminado su camino, comenzó a oscilar y a fluctuar. Empezaron a sucederse momentos de absoluta oscuridad alternados con segundos de débil luz. Theodore se agazapó, a la espera del asalto que seguiría al corte de luz hecho por los yakuza.

Un súbito estrépito, seguido de un grito, produjo ecos en los túneles. Se escucharon disparos desde el otro lado de la curva, y reconoció el colérico zumbido de

las balas rebotando en el metal. No había visto ningún blindaje, metálico o de otro material, entre los perseguidores. ¿Había entrado alguien más en la batalla?

El ruido cesó. Miró a Michi, quien sacudió la cabeza. Esperaron.

Su salvador apareció túnel abajo. En la intermitente luz, parecía que un animal fantástico avanzara pesadamente hacia ellos. Unos haces rojos atravesaban la parpadeante oscuridad procedentes del foco de sus ojos. El metal aullaba con cada paso que daba el enorme monstruo. Sus gigantescas garras estaban extendidas en dirección a ellos. ¿Es que sólo había actuado con el fin de reclamar sus vidas para él?

La máquina se detuvo con un chillido, y la luz se estabilizó. Bajo el pálido resplandor, Theodore finalmente reconoció la forma del exoesqueleto de un cargador. Un blindaje tosco de placas de metal soldado protegían al operador, ocultando al mismo tiempo las partes más delicadas de la superestructura. En un entorno más abierto, habría sido presa fácil para un francotirador experto con un buen ojo para localizar sus puntos débiles, pero aquí, en los atestados y mal iluminados túneles resultaba tan potente como un BattleMech.

El torso del Mech improvisado abrió su armazón y dejó al descubierto al conductor que se estaba quitando la neurobanda de la cabeza. Era mayor de lo que Theodore había esperado; su cabello gris y su cara arrugada contrastaban con su cuerpo musculoso. Llevaba únicamente unos pantalones cortos y un chaleco refrigerante manchado, con la batería sujeta a su abdomen.

—Parece, muchachos, que os he ahorrado muchos problemas. Tenéis suerte de que me encontrara de regreso a casa. Me llamo Frank Chokei —anunció el hombre, extendiendo la mano. Ni Theodore ni Michi se movieron. El otro hizo una mueca de indiferencia y la dejó caer—. Veo que habéis oído hablar de mí. —Se volvió a su máquina y bajó una palanca. La reja que les había bloqueado el paso se alzó en silencio hacia el techo—. De todas formas, venid conmigo —gruñó al pasar a su lado.

Diez metros más abajo, se adentró en un pasaje seco. Ellos lo siguieron.

Los condujo a una gran cámara, un poco tosca, pero bien equipada para vivir en ella. Theodore contó doce esteras. La cantidad de equipo disperso por la estancia parecía el adecuado para ese número de ocupantes. Para su sorpresa, en un rincón divisó una mesa con un neurocasco a medio montar, del tipo de los que se usaban en los BattleMechs. Detrás, sobre un estante, se veía media docena de chalecos refrigerantes reglamentarios de los SACD. Así que los rumores eran ciertos... Chokei era un MechWarrior y tenía a otros a su mando.

—Ciertamente, hemos oído tu nombre, Chokei-san —comentó con educación Michi—. Sin embargo, no comprendemos por qué estás aquí, en las cloacas. ¿Qué hiciste?

Este lo miró de reojo antes de acercarse a una mesa y abrir un humidificador de plata. Sacó un cigarro largo y negro, le arrancó un extremo con los dientes y se lo

metió en la boca. Cuando Theodore creía que iba a hacer caso omiso de la pregunta, la voz grave contestó por la comisura de los labios.

—Rompí el código de los yakuza. —Encendió el puro y aspiró durante un minuto—. Por lo menos, eso es lo que dicen. Le conté al gobernador del distrito algunas de las actividades del *Hanei-gumi*, con todo lujo de detalles. Algunos hombres de negocios importantes quedaron en entredicho. Parte de la banda permaneció a mi lado, especialmente mis MechJocks. La mayoría sirvió un tiempo en los SACD y comprendieron lo que había hecho. El resto se volvió contra mí y juró matarme. No obstante, volvería a hacerlo sin dudar.

—Es muy caballeroso para alguien con una sentencia de muerte del *Hanei-gumi* —comentó Theodore.

—Tengo mis razones.

—¿Y cuáles son?

—Eres terriblemente curioso, muchacho.

—Se me ha acusado de ello.

—¿Sabes? Me gusta tu estilo. Voy a contaros algo que jamás le revelé a los jefes del *Hanei-gumi*. No es que piense que ellos puedan cambiar al saberlo. Son muy estrictos cuando se trata del código yakuza.

»Esos hombres de negocios a los que hice quedar mal... les estaban pasando información a los Federados. No soporté la idea de que alguien se beneficiara poniendo en peligro al Condominio. Así que supuse que se merecían lo que recibieron. —Dio una gran calada; luego, soltó el humo en dirección a los ventiladores del techo. Observó cómo las débiles aspas hacía que éste remolineara en formas intrincadas—. Entonces, bajé aquí. Mi gente ocultó a los Mechs mientras buscábamos una forma de salir del planeta. Hay muchas maneras de que un hombre inteligente sea capaz de ganar dinero con unos pocos BattleMechs.

»He estado pensando en cómo escapar de aquí, ir a un clima más fresco. Supongo que mis MechJocks y yo podemos meternos en el negocio de los mercenarios. ¿Conocéis a alguien que quiera contratar a algunos?

Theodore sonrió.

—De hecho, yo.

**Hotel Grandica, Mizutoshi, Nueva Corsica**

**Distrito Militar de Benjamín**

**Condominio Draconis**

**14 de febrero de 3033**

Theodore observó la pantalla que enviaba la señal del visor principal desde el puente de la Nave de Descenso. Las estrellas desaparecieron cuando la proa entró en el túnel de acoplamiento. El canal que monitorizaba su avance pasó a la compuerta de desembarco en el momento en que se detuvo con una sacudida, atrapada en la rotación del asteroide.

El largo sendero recorrido a través del hampa kuritana llegaba a su fin. Los casi dos años de trucos, trampas y faroles habían terminado. Michi y él habían arribado al cinturón de asteroides del sistema de Nueva Corsica, después de arreglar una reunión con el *kuromaku*, el arbitro que podría aceptar sus propuestas y actuar como su contacto con la federación de bandas, la *Seimeiyoshi-rengo*.

Se quitó las correas y se preparó. Su tosca vestimenta de soldado ya no era apropiada. Hoy lucía un traje de negocios de oscura lana de cachemira. La corbata de seda estaba sujeta por un alfiler de ónice y oro con la forma del Dragón Kurita. Comprobó su aspecto en el espejo de lámina plateada del diminuto lavabo; luego, abrió la puerta del compartimiento. Michi Noketsuna lo esperaba en el pasillo. También él iba inmaculadamente vestido, aunque el ojo de iris completamente blanco le daba un aire siniestro. Sin pronunciar palabra, se dirigieron a la escotilla. Tres hombres con trajes oscuros salieron a su encuentro en la compuerta de acoplamiento. Le alegró comprobar que cada uno llevaba un alfiler distinto en la solapa. Los años de adquirir fundamentos daban sus frutos; se estaba formando una coalición de bandas.

Aunque no se mencionaron nombres ni rangos, los tres se mostraron muy educados al conducirlos a través del complejo de llegadas. Theodore rompió la suave



marcha cuando se detuvo para echar el primer vistazo al casi legendario Mizutoshi.

En el centro del asteroide hueco se hallaba la gran esfera solar, un artefacto antiguo de la Liga Estelar que iluminaba el ciclo del día de la ciudad oculta. En su pálido resplandor, Mizutoshi se extendía bajo un destello de atracciones. Los yakuza que dirigían el asteroide proporcionaban todo tipo de vicios. Vio que los primeros emisarios del comercio de carne de la ciudad notaban su vacilación. Unos hombres vestidos de manera extravagante guiaban a unas mujeres con poca ropa en dirección a los recién llegados, cada grupo escrutando al otro con ojo competitivo. El más próximo comenzó a exponer las virtudes de su mercancía, pero el individuo guardó silencio cuando el líder de su escolta le hizo un gesto con la cabeza. Los otros siguieron su ejemplo. Los chulos se movían inquietos, pues su codicia luchaba con el temor de acercarse al grupo que rodeaba a Theodore. Permitted que le instaran a continuar la marcha. Tres más, con distintos alfileres en la solapa, los aguardaban al lado de un enorme coche de turbohélice de color negro. La marca del fabricante indicaba su origen en la Mancomunidad de Lira. El modelo sólo tenía un año, una flagrante evidencia del poder y la influencia de los yakuza. El comercio con la Mancomunidad casi se había cerrado desde el 28, especialmente en artículos de lujo.

La aeronave atravesó el aire limpio y reciclado de Mizutoshi; el conductor compensó con destreza los efectos la cerrada rotación del asteroide. A medida que disminuían la velocidad para aterrizar en una plataforma privada de lo que obviamente era un hotel de lujo, los agudos ojos de Theodore percibieron las protuberancias y las líneas de los tableros que marcaban unas troneras con sensores y armas ocultas, distribuidas alrededor de la zona de aterrizaje.

El coche se posó con suavidad y el equipo de mantenimiento que los esperaba abrió las puertas antes de que las hélices se detuvieran. Salió del interior, y, de repente, recordó dónde se encontraba al sentir la perceptible gravedad más ligera que había en el tejado del edificio. Dispuso de poco tiempo para admirar el paisaje, porque Michi y él fueron llevados hacia la suite ejecutiva, una estancia elegante en cuyas paredes había láminas de madera noble y espejos. Uno de éstos disponía de un tablero de control que indicaba que se transformaba en el visor de una pantalla. Al lado había una mesa en el que un antiguo samovar borboteaba con agua caliente. La pared exterior constituía una sola ventana que ofrecía una vista magnífica de Mizutoshi.

Los esperaban otros tres hombres vestidos de negro. Los reconoció de haberlos tratado anteriormente. Todos eran *oyabun*, jefes de banda, de considerable importancia en el hampa. Le sorprendió que uno de ellos fuera Yasir Nezumi, el hombre que se negara a verlos al comienzo de su odisea. Los jefes yakuza y sus invitados se saludaron formalmente con una inclinación de cabeza.

—Han sido muy amables en permitirnos visitarlos hoy —dijo Theodore, mientras les ofrecía un pequeño paquete envuelto en papel de arroz.

Contenía nueve mil billetes K, pero el yakuza que lo aceptó no se molestó en inspeccionar su contenido antes de dejarlo en el cajón de una mesa, al lado de la puerta.

—Por favor, siéntense —ofreció otro *oyabun*, señalando un par de sillones tapizados en terciopelo, separados de nueve sillas de respaldo recto, dispuestas en forma de arco, por una mesita de centro con superficie de cristal. Un décimo sillón, de grandes proporciones y aspecto mullido, con una tapicería chillona y estructura de madera toscamente tallada, se interponía entre el arco y la mesa. Cuando él y Michi ocuparon sus asientos, notó que ninguno de los *oyabun* ocupaba el sillón.

—¿Tienen alguna queja de la recepción que se les ha ofrecido? —preguntó uno, dando comienzo a una entrevista que había sido el objetivo de Theodore desde que iniciara su relación con los yakuza.

La atmósfera alternaba entre una tensa hostilidad y una relajada amabilidad. Agradeció los consejos de Michi acerca de la actitud adecuada que debía mostrar. No dejó de observar cuál de ellos hablaba con más frecuencia y cuál apenas lo hacía. Su amigo le había advertido que la escasez de intervenciones indicaría a los jefes de mayor rango, aunque de ellos, al ser unos invitados, no se esperaba que mostraran la misma contención. Yasir Nezumi sólo formuló una pregunta. Finalmente, sus respuestas parecieron satisfacer al grupo.

A pesar de que no había visto ninguna señal, los nueve yakuza se pusieron de pie al mismo tiempo. Ellos también se incorporaron cuando el *kuromaku* entró en la habitación. Era un hombre bajo y fornido, con cuello de toro; al caminar cojeaba levemente.

—Té verde para nuestros invitados —dijo, al tiempo que se sentaba en el mullido sillón frente a ellos.

Con un gesto les indicó que volvieran a ocupar sus asientos. Detrás de él, los nueve *oyabun* yakuza permanecieron de pie. Charlaron sobre las incomodidades del vuelo interestelar y la vida en una gran ciudad hasta que se bebió la primera taza de té y se trajo una bandeja de dulces.

El *kuromaku* se reclinó contra el respaldo, y Theodore apoyó la taza sobre la mesita, preparando para escuchar.

—Crecí en la pobreza —comenzó su anfitrión—. Mi familia apenas tenía recursos, y a menudo comíamos únicamente verduras en escabeche y arroz. Mi padre era un hombre instruido, profesor en la Universidad de Luthien, pero todo lo perdía en el juego. Yo carezco de la educación que tenía él, pero he invertido la situación.

»Empecé como mano de obra. Por aquel entonces, la vida era sencilla. Muy sencilla. Y yo también lo era. Un conocido me presentó a los yakuza. Cuando acordé unirme a ellos, no tenía ni idea de lo que iba a ser. Al principio empecé limpiando suelos, pero pronto progresé. Todos los días a las cinco de la mañana debía lavar las

ventanas. Agua fría, clima frío. Fue un entrenamiento muy severo. Hoy en día ya no es tan duro.

»Mi banda es antigua. Su estirpe se remonta hasta Terra. Es una herencia orgullosa. El orgullo es algo que usted comprende, amigo mío. —El *kuromaku* sorbió su te—. No necesito que me cuente su historia.

La reacción inmediata de Theodore fue de alivio. Se sentía incómodo con la que Michi y él habían inventado. Entonces, captó un matiz en el tono de voz de su anfitrión, y el recelo centelleó en su mente.

—¿Sabe quién soy?

—Por supuesto —repuso el *kuromaku*, mordisqueando un rollito dulce—. Cortesía de los *Kereikiri-gumi* de Marfik. Están encantados con usted. Otros piensan que hay que ignorarlo, que no tiene derecho a pedirnos nada. Si pensara que es quien finge ser en vez de quien es en realidad, jamás nos habiéramos reunido. Sin embargo, quedé satisfecho, e impresionado, por su persistencia. Así que aquí estamos juntos para hablar de lo que podemos hacer para nuestro mutuo beneficio.

Se limpió la mano con una servilleta. Alzando un dedo, envió a uno de los *oyabun* hasta el antiguo samovar para que trajera té para sus invitados y él.

—Como bien sabe, corren tiempos turbulentos. Estos días, los jóvenes son menos leales, más difíciles de controlar. Intento educar a muchos, enseñarles el sendero correcto, con la esperanza de que harán lo mismo con la próxima generación. Más allá de eso, un hombre no puede esperar modificar el futuro.

»Soy un tradicionalista, un firme creyente en el camino del *giri* y de la caballerosidad. Ah, sabía que se mostraría de acuerdo. Pero estamos en tiempos duros, y debemos acoplarnos a ellos. A veces hacemos cosas que dejan una mala impresión; sin embargo, lo que intentamos es cumplir con nuestro papel, y nos gustaría que se nos apreciara por la parte vital que jugamos en nuestra comunidad.

—*Kuromaku-sama* es un caballero —interrumpió Nezumi. El yakuza mayor sonrió con indulgencia.

—Ciertamente que lo es —acordó Theodore. *Por 10 menos, en la superficie*, pensó para sus adentros. *Se recubre muy bien con modales educados y una excelente muestra de hospitalidad.*

—*Domo* —aceptó el *kuromaku*—. Debe entender que el *Seimeiyoshi-rengo* es leal al Dragón. Nuestros contactos nos permiten ver muchas cosas, y somos muy conscientes de las aguas peligrosas en las que ahora nada. El poder en Luthien desprecia nuestra ayuda. Por lo tanto, nos sentimos muy satisfechos de que usted sea receptivo. Brindaremos por ello.

Le hizo un gesto a Nezumi, quien abandonó momentáneamente la habitación y regresó con una bandeja lacada en la que había una jarra de *sake* y una sola taza. Cuando depositó la bandeja sobre la mesa, Michi extrajo una pequeña caja de madera

del bolsillo. Sacó la taza que contenía y se la pasó a Theodore, quien la dejó sobre la bandeja. El *kuromaku* sonrió con expresión benévola mientras servía el *sake*. Se mostraba muy cuidadoso de que cada uno contuviera la misma cantidad, el signo de la igualdad entre jefes de banda cuando bebían para sellar pactos.

—Beberemos —indicó el *kuromaku*, alzando la taza que Michi había traído—. Yo de la suya y usted de la mía, afirmando nuestra lealtad a la familia espiritual que es nuestro hogar.

Se la llevó a la boca. Theodore lo imitó.

El *kuromaku* sirvió una segunda ronda. En esta ocasión, vertió un poco más en la de su invitado que en la suya.

—Ahora lo haremos para mostrar nuestra lealtad y devoción al Dragón. —Y así lo hicieron.

El *kuromaku* aceptó la servilleta que le ofreció Nezumi y con cuidado envolvió la taza en ella. La guardó en su kimono. Theodore siguió el ejemplo de su anfitrión, metiéndosela en el bolsillo.

El *kuromaku* se reclinó contra el respaldo del sillón.

—Ahora hablemos de negocios.

# Libro 3

## Audacia



**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien****Distrito Militar de Pesht****Condominio Draconis****18 de agosto de 3033**

Theodore alzó los ojos al techo de la gran sala. Aunque iluminadas con cientos de linternas de papel, las oscuras vigas de madera guardaban sus sombras y secretos.

«Como el mismo Condominio —pensó—. Como yo».

Bajo ellas, remolineaba la multitud. Siguiendo el estilo tradicional, a un lado de la sala se agrupaban los hombres, algunos vestidos de manera formal y otros según las pautas del Japón antiguo. Las ropas eran de cortes distintos, pero los colores resultaban iguales: negros, grises y grises con rayas negras, un patrón sombrío y de etiqueta que compensaba los variados colores de la piel de los nobles, oficiales y cortesanos reunidos para la ocasión. Al otro lado, las mujeres hablaban en grupos que constantemente se modificaban. La mayoría iban ataviadas con los kimonos ceremoniales; parecían un centro de flores estivales, y brillaban más que los girasoles que decoraban la estancia.

El ambiente era alegre, de celebración. Resultaba comprensible, ya que el cumpleaños del Coordinador era la fiesta más exuberante en el calendario del Condominio. Incluso en los peores momentos de su discrepancia con Takashi, siempre había recibido una invitación rutinaria. Jamás un mensaje personal, aunque ni siquiera su padre podía pasar por alto la importancia de que el príncipe y heredero designado asistiera al acto. Las festividades de tres días eran una de las pocas ocasiones en las que se lo invitaba a acudir a la capital. Hasta su propio cumpleaños a menudo se celebraba sin él, cosa que no le importaba demasiado; de hecho, había preferido evitar Luthien desde aquel acontecimiento doloroso en que lo desterraron a la Legión de Vega.

Había pocas cosas que lamentara de su ausencia de la corte. Lo peor era que veía muy poco a su madre. Aun en los contados casos en que visitaba la capital, la sombra de Takashi siempre parecía interponerse entre ellos. También echaba de menos a su prima favorita, Constance, pero, por lo menos, se mantenían en contacto a través de las cartas, los holomensajes y los mensajeros. También su madre le escribía, pero sospechaba que su padre censuraba todas las misivas.

Desde que lo nombraron *Kanrei* hacía tres años, no había asistido a la celebración del cumpleaños del Coordinador. Sabía que su ausencia incrementaba los rumores de división en el clan y que encolerizaba aún más a su progenitor, pero tenía cosas más importantes que hacer que satisfacer su vanidad. Por supuesto, siempre enviaba regalos adecuados, junto con el poema formal en el que le deseaba buena salud y larga vida, pero nunca habían sido bien recibidos. Constance le describió en una ocasión cómo Takashi le ordenaba al chambelán que quemara los poemas y guardara los regalos en los almacenes más remotos. No comprendía una reacción tan exagerada, excesiva, aunque sabía que su padre era propenso a los excesos desde que comenzara la guerra.

Este año sería distinto. En ocasiones anteriores procuraba estar ocupado en otra parte, pero en ésta, por propia voluntad y fuerza, había acudido. Gracias al progreso de sus planes, había llegado al momento crucial que hacía que su presencia en Luthien fuera la mejor forma de presentar su situación. Era hora de salir de las sombras.

Volvió la mirada hacia el Trono del Dragón, que se erguía con esplendor sobre el *tatami* del estrado. Detrás del sillón de madera de teca tallada, una pared de ébano lucía un disco de cuatro metros con una cornalina de rebordes dorados. Motas de rubí cartografiaban los soles del Condominio Draconis entre los ripios pálidos del mosaico del fondo. Sobre ese campo se enroscaba el dragón de la Casa Kurita, su forma elaborada captada en escamas de metal lacado, cada una bien decorada y con los bordes de oro. Los dientes de las fauces abiertas eran de un marfil impoluto y su ojo, una amatista; los continentes de la vieja Terra sobresalían en un bajorrelieve tallado sobre la suave superficie de sus lustrosos océanos.

Takashi estaba sentado en su trono como el monarca que era, autoritario y dominador. Su kimono de seda *daigumo*, teñido de negro, lanzaba haces de luz cada vez que se movía. El *kataginu* y *hakama* negros con rayas grises de su *kamishimo* tenían una tonalidad opaca, exaltando magníficamente el brillo de la túnica que llevaba debajo. Su cabello, en una época negro como el plumaje de un cuervo, aparecía ahora veteado de blanco. Había más canas en sus sienes. La guerra lo había agotado. La guerra y su apoplejía. En el pasado desdeñaba el trono y se arrodillaba como un señor de samuráis de tiempos antiguos. Ahora, con la pierna debilitada, era incapaz de permanecer en esa postura durante todo un día de ceremonias. Cualquier intento por realizarlo fracasaría, y esto sería una humillación, una muestra de flaqueza



que el Dragón jamás se permitiría contestar, pues siempre buscaba dar la imagen de fuerza.

«Apariencias. Es lo que he aprendido de ti, padre. Son importantes, pero tú debes aprender que no lo son todo».

Subhash Indrahara se hallaba de pie sobre el estrado, al lado del trono.

«Tú también juegas con las apariencias, viejo mentor. Me has ayudado a mantener secretos ante mi padre. ¿Cuáles me guardas a mí? ¿Hay algo que deberías contarnos acerca de Ninyu Kerai, que está a tu lado? Constance me ha dicho que acabas de adoptarlo, nombrándolo tu heredero. Lo había considerado como uno de mi *shitenno*, un compañero de confianza, aunque terco. ¿Buscas apartarlo de mí? ¿O siempre ha sido tu agente entre aquellos que me rodean? ¿Qué es real y qué ilusión, maestro de las sombras?»

Desde el otro extremo de la sala, Subhash se volvió. Su mirada se posó en la de Theodore y le sonrió. Sorprendido, éste rompió el contacto visual, mostrando un interés repentino en el movimiento de cortesanos que había en los cinco escalones que conducían al estrado. Los nobles ya habían entregado sus regalos a los funcionarios que, meticulosamente, apuntaban los detalles de cada uno y su valor. Ahora, cada vez que el chambelán los nombraba, iban a presentarle al Coordinador los poemas de alabanzas y buenos deseos. La mayoría los leía de unos papeles que llevaban consigo; sin embargo, algunos los recitaban de memoria, y uno o dos los compusieron allí mismo. Era bien conocida la afición que sentía su padre por la poesía, y él sabía que apreciaba mucho la habilidad de un hombre para improvisar unos versos. Era otro aspecto en el que le había fallado. Carecía de talento alguno para la versificación.

Por fin, la fila terminó y el poeta de la corte acabó de leer los saludos de los señores ausentes. El chambelán le hizo un gesto. Se adelantó, consciente de la multitud de ojos que seguía su avance por la sala. Con absoluta corrección, se inclinó al llegar a los escalones e hizo lo mismo al subir al estrado. Realizó una tercera reverencia a medio camino del trono.

—*O-medeto*, Coordinador —dijo en un tono de voz que no se escuchó más allá de la proximidad inmediata—. Mi talento para la poesía es tan pobre que os he preparado otro tipo de presentación. —Takashi se puso rígido, pero ignoró su reacción—. Hace tiempo que anheláis tener un heredero que continúe con el clan una vez que vos y yo hayamos recorrido nuestro camino en la rueda. Hoy complazco ese deseo. Tengo un hijo al que quiero que conozcáis, un heredero para el Trono del Dragón.

—Hace mucho que sé de la existencia de tus bastardos. No son bien venidos aquí —rugió Takashi—. Es una broma de mal gusto.

—No se trata de ninguna broma —repuso con calma Theodore—. Ciertamente,

cualquier bastardo mío carece de importancia. Sin embargo, tengo un heredero legal, nacido de mi esposa legal.

—¡Imposible! No estás casado —estalló su padre—. Indrahar me lo habría contado.

—Es verdad. *Tono*.

Subhash inclinó la cabeza para no ver la furia que centelleó en los ojos de Takashi, pero Theodore no tenía ninguna duda de que el director de las FIS sabía qué reacción provocarían sus palabras. Volvió a erguirse, el rostro y el porte impasibles. El chambelán y el poeta descendieron del estrado, dejando con precaución lo que pronto se convertiría en un campo de batalla. El Coordinador se volvió hacia su hijo con una mirada dura.

—¿Quién es esa mujer?

—Tomoe Sakade —contestó con la cabeza alta.

—Eres tan estúpido como siempre —le espetó—. Haré que anulen el matrimonio.

**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien**

**Distrito Militar de Pesht**

**Condominio Draconis**

**18 de agosto de 3033**

—No podéis anular el matrimonio —objetó Theodore.

—Según las leyes del Condominio Draconis, sí —confirmó Subhash. «Así que tienes tu propio juego, Subhash-*sama*», pensó. Los ojos del director de las FIS parecieron decir que nunca había sido de otra forma—. Pero el Coordinador no lo hará —afirmó confiado.

—Veo que me has traicionado. Estás de su lado —gritó Takashi, apuntando con un dedo a Theodore. El salón enmudeció ante el repentino rugido procedente del trono. Un músculo en la mejilla del Coordinador comenzó a crispase espasmódicamente, convirtiendo su mueca de desprecio en un feroz gruñido intermitente. Bajó la voz hasta un ronco susurro—. ¿Me matarás aquí en el trono y colocarás en mi lugar a este cachorro? Te encantaría tener semejante marioneta.

—No estoy del lado del heredero para ir en contra del Coordinador. Me esfuerzo por el bienestar del Dragón. —La voz de Subhash sonó cansada, como si hubiera repetido esas palabras demasiado a menudo—. El Condominio ha de tener una sucesión sólida. El Estado debe permanecer estable en momentos en que estamos rodeados de enemigos por todos lados y enfrentarse a ellos desde el interior. El Condominio no puede mostrar ninguna debilidad.

—Ella no es nadie —le comentó a su hijo, como si Subhash no hubiera hablado—. La hija de un comerciante. Si hasta las credenciales con las que se alistó en el ejército fueron falsificadas.

—*Iie, Tono* —contradijo Subhash—. Es más que eso.

Takashi se incorporó y dio un paso en dirección a Indrahar, con la mano a medio

levantar. Theodore se quedó sorprendido, más por la afirmación de Subhash que por la reacción del Coordinador. ¿Conocía el director la conexión que tenía con la OCC? Un murmullo de la multitud le hizo echar un vistazo por encima del hombro. Constance se dirigía hacia el estrado desde el lado de la sala que ocupaban las mujeres. A Tomoe no se la veía por ningún lado, pero vislumbró a Jasmine rodeada por sus asistentas y con expresión preocupada. También Subhash había visto o detectado la aproximación de la jefa de la OCC. Con un gesto fugaz de la cabeza, dirigió la atención de Takashi hacia ella. Los hombres aguardaron en silencio.

—*Tono*, la *jokan* Constance puede contaros la historia de Tomoe Sakade — anunció Indrahar cuando ésta se unió a ellos.

Theodore sabía que su prima estaba preparada para ello. Había sido su plan desde el comienzo. Aparecía compuesta y tranquila cuando empezó a hablar:

—Tomoe Sakade es otra mujer y no la que aparenta ser. Sus informes han sido falsificados, pero hoy escucharéis la verdadera historia; una copia ha sido almacenada en vuestro banco de datos, *Tono*.

»La familia real de Tomoe son los Isesaki. Como ya sabéis, se trata de una familia de comerciantes. Pero son más que eso. Ella descende en línea directa de Ingrid Magnusson, descendiente a su vez del Príncipe fundador de Rasalhague. La Orden de las Cinco Columnas se enteró de ello cuando adoptó a Tomoe al quedar huérfana. Como por aquel entonces no fuimos capaces de demostrar la relación, no se lo contamos.

»A medida que crecía, expresó su deseo de servir al Condominio como una MechWarrior. Lo hicimos posible mientras continuábamos la búsqueda de las pruebas de ascendencia. Esperábamos que sirviera al Condominio como un ejemplo de cooperación y comprensión. Parece que, por sus propios medios, ha encontrado un camino mejor para servir al Dragón. Es una buena elección como esposa del heredero, ya que su linaje es verdaderamente noble y ofrece un poderoso potencial político. No existe mancha alguna para el honor del clan en este matrimonio.

Constance iba a seguir hablando, pero Subhash no le dio la oportunidad.

—Hay más. Ingrid Magnusson se casó con Karl Sakade, del clan Isesaki, que se remonta a más de quinientos años de antigüedad.

»Cuando el usurpador Stephen Amaris asesinó a Richard Cameron para apoderarse del control del gobierno de la Liga Estelar, también él dejó un trabajo inacabado. En la masacre de los partidarios leales a la Liga, Johanna Kurita y Duncan Cameron, ausentes de sus apartamentos por una cita, escaparon. Huyeron a Terra con la ayuda de un comerciante que pertenecía a la vasta Compañía de Envíos Isesaki. Buscando refugio en las estrellas, viajaron hasta el borde de la provincia de Rasalhague, una región conocida incluso entonces por su feroz independencia. Después de los horrores que habían visto, ninguno de los dos quería saber nada más

con los asuntos de la Esfera Interior. Sólo deseaban paz para ellos y los niños que esperaban tener. Cambiaron su nombre a Sakade y, empleando los contactos de Johanna por última vez, fueron oficialmente adoptados por el clan Isesaki.

»Los mayores no sólo actuaron por buena voluntad. Le filtraron la información al Coordinador Minoru, quien, como muestra de gratitud por la ayuda prestada, concedió a la compañía una patente real para comerciar en cualquier lugar de los Estados Sucesores. Desde aquel día, dicha patente ha sido confirmada por todos los Coordinadores posteriores.

—No lo sabía cuando la firmé —comentó Takashi con petulancia.

—Es lamentable. *Tono*. El secreto de Envíos Isesaki se perdió en la revuelta que siguió al derrocamiento del Coordinador Jinjiro. La información no llegó a recuperarse hasta hace poco. —Subhash juntó las manos, antes de proseguir en tono confiado—: De haberlo sabido, seguro que habríais alabado la pareja que forman vuestro heredero y esta dama de noble alcurnia. De esta forma, no se os puede acusar por las objeciones puestas, ya que, dada la información que poseíais, actuasteis correctamente.

—Sí, *Tono* —asintió Constance, y Theodore suspiró aliviado al ver que las revelaciones de Subhash no habían afectado a su porte—. Es cierto que tu actuación no ha sido incorrecta. Tomoe es una esposa adecuada para el heredero del Dragón. Si acaso hay alguien a quien echar la culpa es al director Indrahar y a mí misma por no haberos informado antes.

Takashi volvió a sentarse, frunciendo el entrecejo. Con el codo sobre el apoyabrazos del trono, puso el rostro en la mano levantada hasta que la mitad inferior de ésta quedó tapada.

—Dejad que la llame, *Tono*.

Como Takashi no respondió, Constance giró y señaló hacia la mitad de la sala que ocupaban las mujeres. La multitud, que de forma subrepticia ya intentaba observar y escuchar lo que sucedía en el estrado, concentró abiertamente su atención en lo que estaba ocurriendo.

Tomoe salió de las filas de mujeres y avanzó, con el paso más corto de lo habitual, limitado por su kimono de ceremonia. La elaborada peluca y los cosméticos la hacían parecer una de las damas de la corte. Constituía una visión bella y grácil, en opinión de Theodore. Real Cumpliría con su nuevo papel con la misma facilidad que con todos los otros que había representado. No pudo evitar esbozar una sonrisa de orgullo.

Cogido de la mano izquierda, Hohiro, de diez años, se erguía todo lo que era capaz, claramente consciente de su dignidad. Del otro lado de su madre, su hermana Omi, de cinco años, se debatía con los faldones de su kimono. Varias veces tropezó y sólo le impidió caerse la fuerte mano de Tomoe. Esta realizó de forma impecable las

reverencias de presentación ante el silencioso Takashi, cuyo rostro severo estaba medio oculto por la mano en la que descansaba su barbilla. Hohiro falló con la última, pero nadie se rio. Omi se negó a inclinarse y prefirió esconderse detrás del kimono de su madre.

—*Tono*, hay otro heredero varón del Dragón —explicó Tomoe—. Minoru. Ya casi tiene dos años. Se encuentra al cuidado de la *jokan* Florimel en sus tierras.

Takashi miró en silencio a su nueva nuera. Theodore intentó captar su estado de ánimo sin conseguirlo. Bajó la mano: el tic ya había pasado. Cogiendo los apoyabrazos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, adelantó el torso.

—¿Soy el último en saberlo?

—En esto, el Dragón conoce aquello que el Zorro ignora —afirmó Subhash.

Takashi emitió una risa áspera, que tuvo la virtud de reducir la tensión reinante a su alrededor.

—Siéntate, *jokan* Tomoe.

Con esas palabras, aceptaba a la esposa y a los niños de su hijo. Cuando notó que llevaba un largo rato conteniendo el aliento, Theodore aspiró una gran bocanada de aire. Intentó acercarse al lado de Tomoe, pero fue interceptado por el ansioso Hohiro, quien exigió saber si lo había hecho bien. Mientras él tranquilizaba a su hijo, Subhash llamó al chambelán y le ordenó que anunciara formalmente la boda de Theodore y la existencia de herederos. Después de un momento de perplejo silencio, la sala explotó con un júbilo incontenible.

Takashi se acomodó contra el respaldo de su trono, con la cara impasible. Sin duda, para los cortesanos allí reunidos, parecía majestuoso y señorial; a Theodore le dio la impresión de que se encontraba incómodo. Al reconocer la tensión en los músculos del rostro de su padre, supo que no se había suavizado con las revelaciones de Constance y Subhash, pero ya no podía hacer nada. Debía aceptar el pasado. Las apariencias debían mantenerse.

De momento.

Por el rabillo del ojo, vio que Subhash Indrahara se volvía hacia Ninyu Kerai. El director de las FIS habló en voz baja, pero no tanta como para no poder captar sus palabras.

—Ata los cabos sueltos, Ninyu-*kun*.

**Edificio de Apartamentos Yoshin, Blenshireton. Wolcott****Distrito Militar de Pesht****Condominio Draconis****21 de septiembre de 3033**

Kathleen Palmer entró en el apartamento. Una rápida inspección del entorno la convenció de que nadie había venido durante su ausencia. Fue a ver al niño al dormitorio. Seguía durmiendo. Volvió a la puerta y la cerró, echando los cerrojos adicionales que había mandado instalar dos semanas antes, cuando alquiló la casa.

Satisfecha, se dirigió a la pequeña cocina, se sacó la pistola que llevaba en el bolsillo de su jersey y la depositó sobre el mostrador. Poco después tenía una taza de fragante té de jazmín en la mano. La cena estaría lista en dos minutos. Se volvió hacia la mesa, dispuesta a leer los encabezamientos de la telepantalla mientras esperaba. Quedó petrificada en mitad del movimiento.

Un hombre pelirrojo con chaqueta color gris se hallaba sentado a su mesa.

—Hola, Kathleen.

—Ninyu.

—Celebro que me recuerdes —comentó, sonriendo.

—Eres difícil de olvidar. ¿Cómo entraste?

Se encogió de hombros.

—¿Dónde está el niño?

—¿Te refieres a Franklin?

—¿Es que tienes otro hijo?

Ella bajó la vista al suelo.

—¿Por qué has de ser tú?

—Que te encontrara yo o cualquier otro, carece de importancia. El final será el mismo. No debiste huir.

—Supe que sólo era cuestión de tiempo cuando oí el anuncio de la boda del Príncipe. El seguro ya no era necesario. Se había vuelto un peligro.

—Lo siento, Kathleen —dijo, metiendo la mano en el interior de la chaqueta.

—Yo también.

Le arrojó la taza hirviendo mientras lanzaba con fuerza el pie derecho para golpearle la espinilla contra la pata de la silla. Él fue demasiado rápido. Empujando la suya hacia atrás, esquivó el golpe. El pie de ella impactó en el blanco, pero sin fuerza para lastimarlo. La taza se rompió, salpicando toda la superficie de la mesa. La telepantalla chispeó y soltó humo cuando el líquido entró en la carcasa.

Ninyu rodó, alejándose de la silla, y se incorporó al instante, abortando el deseo de Kathleen de coger la pistola del mostrador. Si lo intentaba lo tendría encima antes de poder emplear el arma. Giró con cautela sin perderlo de vista, sabiendo lo superior que era en un combate cuerpo a cuerpo. Él se mostraba relajado, pero no consiguió hacerle creer que no estaba preparado. Gracias a su incompleto entrenamiento en *ninjutsu*, reconoció su postura *shizen*. Su única esperanza era lograr coger la pistola o cualquier otra arma.

Recorrió la estancia con la mirada. Comprendió su error demasiado tarde. Ninyu no le dio ningún margen. Se abalanzó sobre ella antes de que lograra centrar su atención nuevamente en él. Al pasar a su lado, bloqueando su apresurado ataque, sintió el impacto de su mano en la axila izquierda. Se volvió para enfrentarse a su nueva posición, el brazo colgando inmóvil a su lado. Lo había embotado con un golpe al nervio.

—Fue una tontería, Kathleen. No tienes ni una posibilidad. Nunca debiste huir.

Estaba en lo cierto, pero no podía parar. Si se rendía, su hijo moriría. Retrocedió un paso y sintió que la pierna derecha rozaba la segunda silla.

Era el momento para las acciones desesperadas.

Cogiéndola con su mano buena, levantó la estructura metálica en alto y la tiró hacia la izquierda. Ninyu se hizo a un lado, despejándole el camino al mostrador. Cuando la silla chocó contra la pared, se lanzó en dirección a la estrecha cocina. Alargó la mano con el fin de coger la pistola, pero se le quedó cerrada en el aire cuando la patada de Ninyu impactó debajo de su caja torácica. El golpe la desvió y la mandó al suelo, y el dolor le hizo emitir un grito breve y agudo.

Se retorció allí, sintiendo que sus entrañas se desgarraban. Únicamente haría falta otro golpe.

Acercándose al mostrador, Ninyu levantó la pistola.

—Termínalo —rogó ella.

Él sacudió la cabeza.

Esperaba que los recuerdos compartidos le permitieran mostrar cierta misericordia. Una esperanza fútil.



Se dio cuenta de que el niño se había despertado con los ruidos de la pelea y deseó que hubiera huido, pero, en cambio, lo vio aparecer en el umbral, asustado por el repentino silencio. Kathleen intentó alzar el brazo para indicarle que se fuera, intentó gritarle una advertencia, pero sus heridas eran demasiado profundas.

Una estrella zumbó por la habitación y se dirigió hacia el pequeño. Abrió la boca sorprendido, llevándose la mano al cuello. La sangre brillante brotó del corte abierto por los afilados y remolineantes bordes del *shuriken*. Cayó sin pronunciar una palabra.

«Se encuentra en estado de shock y no padece ningún dolor», se dijo Kathleen, sintiendo un leve alivio mientras observaba cómo la vida de su hijo lo abandonaba y se vertía en las alfombras del apartamento.

Ninyu pasó por encima del pequeño cuerpo y se dirigió al dormitorio. Regresó pasados unos momentos, limpió el *shuriken* y se lo guardó en un bolsillo oculto de su traje. Un hilillo de humo seguía sus pasos.

Caminó despacio hasta donde se hallaba ella y se acuclilló a su lado. Alargó la mano y presionó con cuidado como se lo habían enseñado en las FIS. El dolor se desvaneció. Le tocó la garganta, presionando también allí y ella sintió que la oscuridad comenzaba a subir de su interior.

—Una tragedia terrible —comentó mientras se incorporaba—. Madre e hijo mueren en un incendio en su apartamento.

Sus palabras eran una declaración de los hechos que describían un trabajo bien realizado. A través de unos ojos que ya casi no veían, percibió la inclinación de cabeza que le hizo antes de marcharse.

Abandonaría el edificio sin ser visto, esperando hasta cerciorarse de que nada impedía la extensión del fuego antes de que fuera demasiado tarde. Nadie sabría lo que había hecho allí. La había mutilado sin un sólo golpe que marcara los huesos. Toda señal de violencia sería borrada por las llamas. Los cuerpos incinerados del niño y de la mujer serían hallados entre las cenizas del apartamento.

Era un experto en su trabajo.

Tosió sangre. Las brillantes gotas rojas cambiaron la cenefa de la alfombra que tenía ante sus ojos. La contempló fascinada mientras se sumergía en la oscuridad. Experimentó una tristeza desoladora al pensar que el niño que había muerto allí jamás se convertiría en un hombre. Pero a medida que las tinieblas la reclamaban, sus últimos pensamientos fueron para su hijo Franklin. La Nave de Descenso que lo llevaba a refugiarse con Marcus Kurita había partido al mediodía.

**Sanctum Arcanum, Palacio de la Unidad, Luthien****Distrito Militar de Pesht****Condominio Draconis****2 de enero de 3034**

Constance Kurita estaba arrodillada sobre la estera de lona blanca delante de la plataforma elevada del cuarto más íntimo del Sanctum Arcanum, el altar del honor kuritano. Ante ella, en la estancia en penumbras, había un estrado cubierto por un *tatami*. El venerable *dai-sho*, las dos espadas, una corta y otra larga, del fundador de la dinastía, Shiro Kurita, reposaban sobre un pedestal lacado de negro. Cinco columnas lo rodeaban, invisibles en las sombras, a excepción del antiguo y tallado colmillo *monodon* labreano que resplandecía bajo la suave luminiscencia, un dragón fantasmal elevándose hacia el cielo. También invisibles eran los cuatro expertos pilarinos arrodillados en las esquinas de la estera. Aunque no podía verlos, sí sentía su fuerza, latente y protectora.

El quinto guardián se hallaba ante la puerta de la cámara interior, negándose con educación, pero con firmeza, a dejar pasar a Theodore Kurita para no perturbar la meditación de Constance hasta que terminara. Aunque éste le hubiera recordado su rango, no le habría cedido el paso. En aquella estancia ella se encontraba por encima del mismo Coordinador.

Se despidió del espíritu de Shiro, juntando las manos al mismo tiempo que inclinaba la cabeza. Los expertos le hicieron una reverencia cuando se incorporó, como símbolo de que reconocían su autoridad y ella les hizo un gesto de aceptación y aprobación de su devoción. Mientras se aproximaba a su espalda, el guardián se hizo a un lado, permitiendo que saludara con un gesto de la cabeza a su primo.

—¿Fue bien?

—Muy bien. Las cuatro Legiones de Vega tenían un aspecto espléndido —afirmó

Theodore, sonriendo con orgullo—. No esperaba tal precisión en su desfile. Puede que ya no sean la escoria de nuestro ejército, pero siguen siendo soldados. No disfrutan de una parada militar.

—Son fanáticamente leales a ti, Theodore. No harían nada que te humillara ante el Coordinador.

Se encogió de hombros, pero ella supo que estaba orgulloso de que sus legiones fueran fuertes, y honrado porque expresaran tal intensidad en su fidelidad hacia él. Lo sintió en su concha *ki* y lo percibió en su elaborada indiferencia.

—La insurrección en el mundo natal del *Tai-sho* Rentoshi parece seria —dijo Theodore en un aparente cambio de tema. La expresión de su semblante perdió su ligereza y sus maneras se tornaron profesionales—. El Coordinador le concedió permiso para que se ocupara de ello personalmente. Le acompañará su Primer Regimiento de Espadas de Luz.

—¿Y la Séptima Espada de Luz? —quiso saber Constance, consciente de que en ningún momento habían cambiado de tema.

—Ha de partir mañana para unos ejercicios de entrenamiento en la cuarta luna de Daikoku.

—El Coordinador jamás ha permanecido sin un Regimiento de Espadas en Luthien. ¿No cancelará tus órdenes?

—Como Diputado de Asuntos Militares, considero necesario que el Séptimo reciba este entrenamiento. Su última misión en un entorno semejante tuvo lugar hace años, y no han vuelto a realizar ninguna operación táctica en gravedad baja. Todo se ha llevado a cabo de acuerdo con las normas correctas. Sus órdenes aparecerán en la actualización semanal dentro de tres días.

—Demasiado tarde para que ponga alguna objeción.

Theodore asintió.

—Además, no hay necesidad de mantenerlo aquí mientras tengamos cuatro regimientos completos de BattleMechs.

—*Tus* legiones. Las favoritas del Coordinador se encontrarán fuera del planeta.

—Seguro que se trata de una coincidencia —afirmó impasible—. Espero que los asuntos se desarrollen de tal manera que los regimientos de Espadas sean requeridos durante un tiempo en alguna otra parte. Hasta puede ser útil el adiestramiento que ha recibido el Séptimo de Espadas a gravedad baja.

—Que los obligará a dejar el sistema.

Volvió a asentir.

—Es una forma indolora y pacífica de sacar de Luthien a las tropas leales al Coordinador. El director siente una preocupación justificable de que esos partidarios no sean capaces de comprender lo que va a suceder. Resultará mucho más sencillo si mi padre carece de tropas disponibles. Desde su enfermedad, se ha vuelto errático.

Subash-*sama* está satisfecho con el plan.

—El director Indrahara está complacido contigo ahora, pero no se mostrará tan feliz cuando actúes de acuerdo con la información que te proporcioné.

—Es inevitable. A medida que la guerra con Davion se acerca, hemos de adoptar medidas drásticas que resultarán impopulares en algunos círculos. Las FIS infestadas de espías deben ser purgadas. Es imperativo que los próximos pasos del Dragón queden ocultos a nuestros enemigos. Davion no ha de descubrir nuestros progresos tácticos, ni la existencia de nuestras nuevas fuerzas. Ya conocen demasiado acerca de nuestros planes.

La facilidad con que los enemigos del Condominio se enteraban de sus secretos era aterradora. Constance había observado ese fenómeno durante la última guerra, pero fue incapaz de hacer mucho al respecto. Con el cese de hostilidades, puso en marcha una serie de planes. La Orden buscaba pruebas de la existencia de espías internos al tiempo que expandía su propia red de agentes en los otros poderes de la Esfera Interior. A corto alcance, el esfuerzo estaba siendo fructífero, a medida que los nuevos proyectos se entremezclaban con los planes de desarrollo lento y hacía que fuera juicioso el empleo de agentes introducidos en los altos mandos.

Theodore tenía razón al afirmar que la seguridad del Condominio requería unas FIS debilitadas. Los espías enemigos debían ser eliminados o neutralizados, e Indrahara quizá no se sintiera predispuesto a permitirlo. No había duda de que su dedicación era la preservación del Condominio, pero también era un hombre obsesionado con su propio poder. Resultaba improbable que lo entregara por su voluntad. Ciertamente, ella sospechaba que sus desvelos por mantenerlo contribuían a su ceguera para observar la corrupción dentro de su organización.

—El director verá esta limpieza como un intento por debilitarlo, tal como has hecho con tu padre —le advirtió.

—Lo comprenderá.

—Te odiará.

Theodore mostró una expresión dolorida.

—No permitirá que el odio le impida ver la necesidad. Subhash entenderá que lo que hago es imprescindible para la supervivencia y la protección del Dragón.

**Palacio de la Unidad,  
Ciudad Imperial, Luthien  
Distrito Militar de Pesht  
Condominio Draconis**

**14 de marzo de 3034**

Subhash Indrahar estudió a Hassid Ricol cuando entró en la habitación. Parecía cansado, agotado por las ordalías de los últimos años. Sus fuerzas y dominios habían sufrido mucho durante la reciente contienda, ahora conocida como la Cuarta Guerra de Sucesión. Su propio ejército había luchado bien en los contraataques del Condominio contra los invasores, pero había sido incapaz de detener a las fuerzas de Steiner. Sin embargo, su presencia en el improvisado concejo de Señores de la Guerra no se debía al éxito limitado en el campo de batalla. Normalmente, no se invitaría a un noble civil a semejante reunión, pero el *Kanrei* Kurita, su instigador, lo había llamado.

Sólo había tres *Tai-shu*, o Señores de la Guerra, presentes: Cherenkoff, Shotugama y Chi. Se hallaban ausentes Sorenson, de Rasalhague, y Marcus Kurita. Éste había aducido falta de tiempo para llegar a Luthien, ya que estaba ocupado con la revista de unidades estacionadas en la frontera de la Periferia. Los monitores de las FIS localizaron el origen de su mensaje: Alshain, un mundo alejado de la Periferia y ni siquiera perteneciente a su Distrito de Pesht. Subhash aún desconocía sus motivos, pero sabía que era muy probable que se tratara de una nueva intriga para hacerse con el trono del Coordinador. Alshain se encontraba en el Distrito de Rasalhague. Tal vez su trama también involucraba al otro Señor de la Guerra ausente.

No tuvo tiempo para analizar la posibilidad, ya que en ese instante el Coordinador entró en la estancia. Takashi llamó al orden a la reunión, y apenas llegó cojeando a su sillón le indicó a su hijo que comenzara. Theodore reconoció el gesto brusco con una

reverencia educada.

—*Obayo*, caballeros. El Coordinador desea que vayamos directamente a la cuestión que nos ha reunido, y estoy de acuerdo. Nuestro invitado no ha sido garantizado para el Cuarto Negro, pero el director Indrahar ha certificado esta sala como segura. Pueden hablar con entera libertad. Ayer, Haakon Magnusson se declaró a sí mismo príncipe de la República Libre de Rasalhague, y reclamó el gobierno de la mayor parte del Distrito —afirmó con calma—. A pesar de la importancia de estas noticias, no es la causa por la que hoy nos hemos reunido. Tengo...

Takashi se incorporó de su asiento, el rostro contorsionado por la furia. El sillón cayó con estruendo al suelo, dejando marcas en el lustroso e intrincado parqué.

—¡No se tolerará la rebelión! —gritó, con ojos desorbitados.

—Aplastaremos a los ingratos —acordó Vasily Cherenkoff—. Dad la orden. *Tono*, y mis Regulares de Dieron aniquilarán a los perros traidores.

Theodore alzó la voz para cortar la bravata de Cherenkoff, aunque en ella no había ira.

—Las negociaciones sobre el Distrito de Rasalhague ya se han iniciado.

—Sorenson no lo permitirá —declaró Takashi, abatiendo el puño sobre la mesa— ¡Es leal al Condominio! ¡Es leal a mí!

—Está muerto —le informó Ricol.

Este cerró la boca.

—Se interpuso en el camino del Dragón —observó Theodore.

Subhash analizó la declaración. El *Kanrei* había informado a las FIS acerca de sus planes con respecto a Rasalhague, pero no se había hablado nada de matanzas. Ni siquiera Ninyu lo había mencionado, y él era el candidato más viable para llevar a cabo el trabajo. He aquí un ángulo nuevo e interesante sobre el niño guiado por él a través de la infancia. El Theodore que tan bien conocía jamás consideraría el asesinato como una herramienta política. «¿Qué otras sorpresas tiene deparadas para hoy?», se preguntó.

—Cada uno de ustedes encontrará nuevos archivos de datos en sus ordenadores —continuó Theodore con voz pausada—. Incluyen el próximo reconocimiento oficial de ComStar del nuevo estado de la República Libre de Rasalhague y una serie de condiciones acordadas por los gobernantes de ese Estado. Coordinador, vuestro archivo también incluye el texto del reconocimiento oficial de la República por parte del Condominio. Necesita vuestra firma.

Takashi alzó la cabeza con indignación.

«Lo has empujado por la dirección equivocada, Theodore, demostrando que aún careces del buen sentido para manejar las situaciones políticas delicadas». Subhash ya sabía que Takashi era difícil de conducir en sus mejores días. Su entrada en el cuarto debió de haber sido una pista de que se hallaba en uno de sus momentos inestables.

Por lo menos, no se trataba de un acontecimiento público. Eran los más problemáticos de disimular.

—¡No lo firmaré! —exclamó, poniendo en blanco la pantalla que tenía ante sí. Theodore no prestó atención a sus palabras.

—Muchos de ustedes quizá crean que estas noticias representan un duro golpe para el Condominio. No es así. Diría que estamos amputando el miembro para salvar el cuerpo.

—Harás que nos degollemos —acusó Takashi—. ¡Tus planes no fructificarán!

Abandonó furioso la sala, pasando al lado de los sorprendidos guardias, que intentaron ponerse firmes.

Subhash se dio cuenta de que esperaba que los otros miembros del concejo lo siguieran. «Es un deseo poco razonable, Takashi, viejo amigo», reflexionó.

El resto del concejo permaneció en sus asientos. Los Señores de la Guerra se mostraban incómodos por su reacción y reacios a abandonar la reunión convocada por Theodore. Estaban inseguros de a cuál de los dos poderes del Condominio podían permitirse el lujo de ofender. Ansioso por hallar una respuesta, Cherenkoif cuestionó a Ricol sobre los acontecimientos acaecidos en Rasalhague. Con sus típicos modales insultantes, dio a entender que el duque había huido de sus responsabilidades. Éste se negó a morder el anzuelo del *Tai-shu*, pero respondió a las preguntas con toda la educación y distanciamiento de que fue capaz. En el extremo de la mesa, Shotugama y Chi conversaban en susurros con nerviosismo. Subhash observó la tranquila espera de Theodore. En el momento que él mismo habría elegido, hizo sonar su reloj anillo sobre la dura madera de la mesa, atrayendo la atención de los Señores de la Guerra.

—Con la RLR, hemos creado un Estado amortiguador, uno que, prácticamente, nos aislará del enemigo Steiner. Este nuevo Estado es demasiado débil para resistir por sus propios medios, por lo tanto, debemos ofrecerle nuestro apoyo si ha de servir a nuestros fines. Creo que estarán de acuerdo conmigo en que no deseamos que se repita la farsa de la República Libre de Tikonov, donde el perrito faldero del *Zorro*, Sortek, convocó unas elecciones para que la Federación de Soles pudiera apropiarse del antiguo Estado de Capela.

»Rasalhague recibirá nuestro apoyo como una entidad independiente. Aunque la RLR será autónoma, estará muy endeudada con el Condominio. No perderemos toda nuestra influencia en la región.

»Con este sacrificio, también ganaremos. Los agresores Davion-Steiner se verán obligados a abandonar su fachada pacifista si desean dominar a nuestro nuevo vecino. Toda la Esfera Interior, y la mayor parte de su propio pueblo, verán que los discursos de paz de Davion y Steiner son otra de las mentiras con la que sus amos les alimentan.

—Habéis traicionado a vuestro señor y padre, cachorro desagradecido —rugió Cherenkoff mientras ponía de pie su enorme cuerpo—. No me quedaré mientras

escupís palabras que vejan a mi amado Condominio. Ningún oficial decente lo haría. —Con ojos despectivos miró a Shotugama y a Chi—. No lo toleraré. Reclamaré lo que habéis regalado aunque tenga que hacerlo solo.

Con andar pesado, salió de la sala, chocando en su camino con uno de los guardias. Theodore estaba impasible. Se aclaró la garganta y continuó explicando sus planes.

—No vamos a entregar todos los mundos. Unos veinte seguirán bajo nuestro control. Al permitirle a Rasalhague su independencia, hemos obligado a Steiner a demostrar la veracidad de sus supuestos objetivos pacíficos. La mayoría de los planetas que nos arrebataron en la reciente guerra serán reclamados por el nuevo Estado. Deberán entregarlos o, de lo contrario, tendrán que abandonar su postura de que cada Estado debería ser libre para determinar su propio destino. En este momento, nos es imposible controlar esos sistemas conquistados. Con este arreglo, por lo menos podemos negárselos al enemigo.

»Los mundos que permanezcan bajo nuestro control serán reorganizados para formar un nuevo distrito llamado Alshain. Estará compuesto por los restos de nuestro Distrito de Rasalhague y por diez planetas de la Prefectura de Buckminster, y será dividido en tres prefecturas bautizadas de acuerdo con sus capitales: Buckminster, Garstadt y Rubigen.

»Caballeros, deseo su consejo para saber a quién he de nombrar como *Tai-shu* del nuevo distrito. Ya se ha establecido que el gobernador será el duque Ricol. Fue desposeído de sus dominios en la invasión de Steiner. A pesar de ello, su lealtad hacia el Dragón es fuerte. Así se mostrará diligente. Creo que actuará de forma admirable.

Subhash notó el nerviosismo de Ricol. El duque jugueteaba con el cilindro metálico de un núcleo de computadora colocado sobre la mesa. Se lo veía claramente insatisfecho con la situación, un hombre atrapado en la obligación de desprenderse de su ventaja. Conocía las ambiciones que había albergado Ricol. Para él, debía tratarse de un curso de acción bastante desagradable. De acuerdo con la actitud del duque, anticipó la siguiente declaración de Theodore.

—El duque Ricol nos ha traído el núcleo de una biblioteca de la Liga Estelar. Se trata de una valiosa adición al arsenal del Dragón. Una inspección preliminar de su contenido ha hecho que la plana de nuestros consejeros científicos creyera que nos ayudaría a progresar en años en los esfuerzos de reconstrucción y rearme. Se han marcado sectores referentes a la tecnología agrícola y militar para un estudio rápido e intensivo.

Indrahar sabía que la biblioteca podía resultar un gran empuje para el Condominio. Seguro que se trataba de aquella recuperada por el famoso mercenario Grayson Carlyle y su Legión de la Muerte Gris de las instalaciones que había de la Liga Estelar en Helm. Desde aquel entonces, habían intentado distribuir copias del



núcleo por toda la Esfera Interior, con la notable excepción del Condominio Draconis. Sus esfuerzos se toparon con unos curiosos impedimentos, como si alguna organización poderosa estuviera tratando de suprimir la información allí contenida. Sospechaba que ComStar se hallaba detrás del asunto, aunque no comprendía por qué. Los agentes introducidos en su organización habían fracasado en adquirir el suficiente rango para informarle de lo que se hablaba entre la jerarquía superior de ComStar.

Ricol se había encontrado con Carlyle en Helm en el 3028. Con toda seguridad, debió de ser allí donde obtuvo una copia. Un hombre verdaderamente leal la habría entregado apenas la hubiera tenido en su posesión, pero el duque había esperado seis años. Ahora se la ofrecía al Condominio, en un intento por recuperar la gracia del Dragón. Ciertamente, era un hombre al que había que vigilar de cerca.

Theodore siguió alabando a Ricol mientras Subhash pensaba detenidamente en la curiosa historia del núcleo. El director de las FIS no dudó ni un instante de que Theodore era consciente de lo que el comportamiento de Ricol enseñaba de su carácter. El *Kanrei* concluyó su disertación y cambió a un nuevo tema.

—Ahora quiero discutir nuestra posición militar. Por favor, tómense unos minutos para estudiar el resumen que mi plana mayor ha preparado.

Tecléo algo en su ordenador. Mientras los otros miembros del concejo centraban su atención en los datos que transfería a sus pantallas, Subhash receló del tiempo que el *Kanrei* se tomaba ante su computadora, así que decidió activar su programa espía.

Unas ventanas se abrieron en la pantalla de Indrahara, revelando unas versiones en miniatura de las propias pantallas del Coordinador y del *Kanrei*. Cada una mostraba una copia del documento de reconocimiento. Mientras observaba, apareció el código para la firma del Coordinador, y la pantalla de éste mostró la autorización para activar la orden de transmisión.

Una rápida introducción de comandos rastreó el destino del documento: la instalación GHP de ComStar. Saldría en la transmisión del mediodía.

*Eres intrépido, Theodore. Y muy confiado.*

Se quitó las gafas antiguas y se frotó el puente de la nariz. Subrepticamente, siguió observando al *Kanrei*. Parecía relajado, a la espera de que los Señores de la Guerra dirigieran la información que les había suministrado.

*Será mejor que vayas con cuidado, muchacho. Mi cariño hacia ti decrece a medida que tu independencia aumenta. Peor aún, le prestas demasiada atención a los aficionados pilarinos.*

*»Caminas en la cuerda floja. ¿Es que no comprendes que ahora que tienes un heredero legal ya no eres indispensable? Ve con cuidado, Kanrei, ya que no permitiré que pongas en peligro al Condominio.*

*El Dragón sobrevivirá».*

**Altiplanicie Dabbateur, Alshain**

**Distrito Militar de Alshain**

**Condominio Draconis**

**24 de mayo de 3034**

Los misiles silbaban por encima de las posiciones de los Ryuken, describiendo un aro sobre el campamento de renegados. Fuhito Tetsuhara levantó el brazo del *BattleMaster* que pilotaba y soltó el rayo fabricado por humanos del cañón proyector de partículas del Mech. Humo y llamas estallaron entre los BattleMechs de su objetivo. Se tambalearon y vio cómo uno de sus *Panthers* perdía un brazo en la andanada.

Satisfecho, ordenó el avance, especificando una formación de ala izquierda para su lanza. Al recibir las directrices, dos de sus compañeros se situaron a la derecha. Conducían esas curiosas variaciones del *Charger* que Kowalski-*kun* estaba tan ansioso por probar en la batalla. Su otro compañero se hallaba en la retaguardia del *BattleMaster*, dirigiéndose hacia su flanco izquierdo. El fuego de su láser pesado se lo confirmó sin necesidad de tener que comprobarlo en la pantalla de trescientos sesenta grados.

Todo marchaba de acuerdo con el plan del *Kanrei*.

Cortar los suministros a las fuerzas renegadas del Condominio que atacaban a la República Libre de Rasalhague no era el único objetivo de la operación. Esas fuerzas, bajo el mando de Marcus Kurita, habían sido declaradas *ronin* por el *Kanrei*. No operaban bajo los auspicios del Condominio y habían sido repudiadas oficialmente. Theodore había ordenado a los SACD que se apropiaran de todas sus bases de suministros dentro del territorio. Cualquier resistencia que presentaran los *ronin* debía ser aplastada.

Más importante aún, la operación era una prueba para el nuevo orden. Sólo

estaban involucradas las formaciones de los recientes regimientos reorganizados de Genyosha y Ryuken, junto con un grupo selecto de unidades regulares. La nueva doctrina de Theodore se estaba mostrando superior al entrenamiento corriente de los SACD, ejemplificado por las tropas *ronin*. Igual de importante resultaba la oportunidad de bautizar a los nuevos *Buso-senshi*, dándoles la posibilidad de demostrar que eran MechWarriors y pilotos aeroespaciales competentes. Los soldados yakuza y los entusiastas reclutas de reciente incorporación no estaban decepcionando al *Kanrei*.

Fuhito detuvo su máquina, consciente de que su responsabilidad era observar e informar de la conducta de su batallón..., una tarea más vital que obtener cierta gloria personal. Un Mech se situó a la altura del *BattleMaster*. Durante un instante, no reconoció al *Kintaro* de cincuenta y cinco toneladas, dirigido por el segundo de su lanza, Will Randall. Aún no estaba acostumbrado a las antiguas insignias de la Liga Estelar que aparecían en los envíos de arsenal de ComStar. Algunos de los Mechs, como el *Kintaro*, no se habían visto en los ejércitos de los Estados Sucesores desde la Primera Guerra de Sucesión.

Por alguna razón desconocida, ComStar había acumulado en secreto las máquinas. Sin embargo, a medida que las sacaba a la luz, los seguidores de Blake todavía guardaban secretos a los SACD. Cualquier MechWarrior a medio entrenar era capaz de ver que ComStar había quitado ciertas piezas a la mayor parte de los BattleMechs antes de entregárselos a los SACD.

Habían sido reemplazadas algunas armas, aparte de otros sistemas, aunque ninguno de los técnicos kuritanos tenía la certeza de qué era lo que faltaba. Los registros del final de la época de la Liga Estelar eran incompletos, y el núcleo de la biblioteca, frustrante en su contenido. Simplemente, había demasiada información para poder asimilar con rapidez, aun cuando los científicos comprendían todas las partes técnicas de los textos de la Liga Estelar.

La evidencia más clara de la intervención de ComStar era el hecho de que los aparatos venían con radiadores de manufactura reciente, carentes de la calidad de la Liga Estelar. Aun así, los Mechs eran unos aparatos superiores, construidos en los días en que el hombre entendía por completo el diseño de los poderosos artefactos de guerra, y no el producto de fábricas medio automatizadas o supervivientes remendados de generaciones bélicas.

Sin embargo, ComStar no era infalible. Sus técnicos se habían mostrado diligentes pero no cuidadosos en el programa de recambio. Unos pocos Mechs vinieron sin que ninguno de los traperos togados los tocaran. Fuhito creía que los aparatos de esos envíos estaban pensados para el uso de las guarniciones GHP de ComStar que lentamente iban apareciendo por todo el Condominio.

El *BattleMaster* que él pilotaba era una de esas máquinas. Se trataba de un BLR-1C

y estaba oficialmente asignada al *Kanrei*. Cuando Theodore lo había situado al mando de la Operación Guillotina, se lo había entregado con órdenes de acostumbrarse a él. Esa operación marchaba a la perfección, a pesar de que a algunos obstinados oficiales superiores no les agradaba recibir órdenes de un subalterno. Agradeció encontrarse al mando sólo temporalmente. Comprendía el deseo de Theodore de imponerse, pero odiaba tener que ser el ejecutor. Sin embargo, esta prueba acabaría pronto. Después de su éxito aquí, y del ataque de los Genyosha al puesto del sistema de Jarett, todos los almacenes conocidos de suministros de los *ronin* serían eliminados. El Condominio habría cumplido su compromiso con la República Libre de Rasalhague. Cualquier tropa rebelde que hubiera dentro de su frontera, sería problema de ellos. El Condominio no cruzaría dicha frontera.

La inmovilidad del BattleMech que había a su lado lo sacó de su meditación.

—*Senshi* Randall, ¿hay algún problema con tu Mech?

—*Iie*. —Se produjo un débil siseo de estática antes de que el MechWarrior continuara hablando—. No me gusta esto, *Sho-sa* Tetsuhara.

—¿No esperarás una trampa de estos rebeldes?

—No, *Sho-sa*. Las mejores tropas de los *ronin* no se encuentran en Alshain. No debemos temer nada de estos soldados. Me siento incómodo atacando a otros kuritanos. Me parece incorrecto luchar contra unos guerreros que sólo desean devolver Rasalhague al lugar que le corresponde en el Condominio.

—Si tanto te molesta, deberías haberlo dicho en la reunión de oficiales. Ese fue el momento de las preguntas. —Irritado por las inoportunas reservas del hombre, estalló—: Ahora te encuentras en el campo de batalla, enfrentándote a unas tropas que el *Kanrei* ha declarado *ronin* y enemigas. Cumple tus órdenes o te plantarás ante el Concejo del Gran Inquisidor.

Fuhito escuchó el aliento contenido del soldado por la línea de comunicación.

—No cuestiono al *Kanrei* —farfulló Randall—. No hace falta mencionar al Inquisidor, *Sho-sa*.

El *Kintaro* emprendió la carrera, avanzando hacia los dispersos *ronin*.

**Cuartel general de Campo del Tai-shu Stalholm,**

**Predlitz**

**República Libre de Rasalhague**

**24 de mayo de 3034**

Tumbado en el conducto de ventilación Kerai Ninyu, observaba al hombre que había venido a matar. Marcus Kurita aparecía relajado, con la chaqueta del uniforme abierta por el cuello. Lamentablemente, sus hijos, partícipes en la aventura del *Tai-shu*, no se hallaban presentes. Si persistían en su plan de rebelión, también se convertirían en sus blancos algún otro día.

Marcus había despedido a sus oficiales hacía media hora, pero él continuaba estudiando los mapas de despliegue de tropas en su pantalla. Había símbolos que no comprendía, incluyendo uno que parecía un dragón Kurita con una marca alrededor del sistema de Lucerne. Tuvo la certeza de que no señalaba el emplazamiento de Theodore o de alguno de sus hombres. Fuera lo que fuere, ahí no había ninguna unidad militar, y, por lo tanto, ningún peligro para la Operación Guillotina. El plan para aislar a los *ronin* de sus bases en el territorio del Condominio no estaba amenazado. De acuerdo con las disposiciones de las unidades que aparecían en la pantalla, el *Tai-shu* aún no se había enterado de los ataques; ComStar cooperaba. Mientras Ninyu sacaba la tapa enrejada y se deslizaba al suelo, Marcus continuó observando los datos, ajeno a la presencia de su visitante.

—Tu seguridad es bastante buena, *Tai-shu*. Fui incapaz de entrar en la sede sin activar una alarma.

Marcus giró en redondo, alargando la mano al cinturón de la funda de la pistola que había colgado en una de las sillas de la habitación al término de la reunión de su plana mayor, pero se quedó inmóvil cuando vio que el hombre vestido de negro ya lo estaba apuntando con una. Los azules ojos kuritanos se entrecerraron, calculando las

posibilidades que tenía. Al llegar a la conclusión de que no disponía de ninguna, relajó visiblemente los músculos, pero Ninyu captó la tensión interior. El hombre no se había rendido.

—Está claro que no lo bastante como para impedir que me molestes.

—Está claro.

—Si como dices has activado una alarma, vendrán a buscarte pronto. No escaparás con vida —afirmó Marcus.

—Pediste que nadie te molestara. Tus hombres respetarán tu deseo hasta que dispongan de pruebas más concluyentes de la presencia de un intruso, aparte de un sensor aislado. Digamos que tu impaciencia con los subordinados que te interrumpen por trivialidades es bien conocida. En lo que respecta a mi salida, ya lo veremos. O, más bien, yo lo veré. Tú, *Tai-shu*, estarás muerto.

—Quizás exista una solución que nos permita seguir vivos a los dos.

—Poco probable. —Su audacia era impresionante. Tal vez se engañaba por el uniforme del Cuerpo de Espionaje de Lira que llevaba. Si era así, le duraría poco—. Tengo algunos mensajes para ti —continuó Ninyu—. Tu torpe aliado en la invasión a Rasalhague, el *Tai-shu* Cherenkoff, ha ido a visitar a sus antepasados. Su *Atlas* fue decapitado en el primer asalto a las fuerzas defensivas de Orestes.

»Su segundo al mando, el *Tai-shu* Kingsley, se hizo cargo y ordenó la retirada. Da la impresión de que carece de la misma fe en la victoria final que tienes tú. Kingsley le ha pedido perdón al *Kanrei* por los actos de los militares de Dieron, mencionando la retirada como prueba de que lo apoya. Ojalá Theodore sea piadoso y muestre clemencia.

»Sin embargo, ésas son malas noticias para ti. Ya no puedes esperar que Dieron apoye tus acciones aquí.

Ante la casual mención del *Kanrei* y sus planes, Marcus comprendió, y Ninyu percibió su miedo. De repente, el hombre se dio cuenta de que no estaba tratando con un rufián chantajista.

—El *Kanrei* desearía ser igual de justo contigo, pero le resulta imposible. Te has convertido en una gran molestia. —Alzó un poco el arma—. Esta es una pistola de fuego rápido Mauser y Gray de reglamento corriente para los agentes secretos del Cuerpo de Espionaje de Lira. Descarga sus municiones de plástico a una velocidad maravillosa, soltando un torrente de proyectiles de alta velocidad que destrozan la carne contra la que impactan. Un arma muy desagradable, pero casi silenciosa.

»Una vez que hayas muerto, te devolveré tu pistola. La sangre encharcará el lugar donde suelte la mía. Habrás herido a tu atacante, obligándole a soltar su arma... una muerte de guerrero para un miembro del clan Kurita. Este es el deseo del *Kanrei*.

»Tu asesino herido sentirá pánico y saldrá corriendo; sin embargo, conseguirá escapar de tu vigilante sistema de seguridad. Otro éxito para los liranos involucrados

en la soberanía de un Estado libre. Un acto de lo más deplorable, ¿no lo crees, Marcus?

El *Tai-shu* había perdido la capacidad de percibir la ironía. Sudando profusamente, tropezó y cayó sobre la mesa. Movi6 la boca, pero no logró articular ningún sonido.

«Qué lástima», pensó Ninyu.

—Es tu último servicio al Drag6n.

Nueve kilos de presi6n sobre el gatillo descargaron el enjambre de agujas de pl6stico que destrozaron el torso de Marcus Kurita, bañando de sangre la pantalla de datos y ahogando sus planes de conquista.

Entonces, hizo lo que haba prometido. Se hallaba a un kil6metro de distancia cuando la alarma despert6 al campamento.

**Refugio del Dragón, Montaña Tatsuyama, Dieron****Distrito Militar de Dieron****Condominio Draconis****19 de julio de 3034**

—¿No he servido bien al Dragón?

La cara de Dexter Kingsley irradiaba esperanza. Theodore se dio cuenta de que había venido al Refugio del Dragón creyendo que recibiría una recompensa por su pérfido acto en Orestes. El pensamiento le revolvió el estómago.

—Te serviste primero a ti, *Tai-sho*, lo cual es un ordenamiento inaceptable de las prioridades.

—Pero actué de acuerdo con vuestros intereses, *Kanrei* —protestó Kingsley—. He dirigido Dieron en vuestro nombre.

Theodore aspiró una profunda bocanada de aire y la soltó lentamente.

—Si lo que hiciste fue en mi nombre, me has insultado mortalmente. —El otro pareció atontado—. Un gobernante que oprime a sus trabajadores no puede sacar todo el fruto de sus tierras —continuó—. Has mutilado las economías de varios de los mundos del distrito, extrayendo toda su riqueza sin pensar en el mañana. No lo has hecho por mí o por el Dragón, sólo por ti mismo. Y, así, has traicionado al Condominio.

Michi Noketsuna avanzó, penetrando en el espacio que separaba a Theodore y a Kingsley de la multitud de oficiales que había en la gran sala.

—El *seppuku* es la única salida honorable —indicó.

Kingsley se puso pálido. Sus ojos enfocaron a Michi; luego, regresaron a Theodore. Ninguno le ofreció simpatía. Fue a hablar, pero, aparentemente, se lo pensó mejor. Se irguió y saludó al estilo kuritano, golpeándose el pecho con el puño derecho. Realizó una rápida reverencia y giró en redondo, saliendo de la sala por la



puerta ya abierta, y con la mirada clavada en el frente, desoyendo la llamada de sus oficiales.

Theodore apoyó la mano en el hombro de Michi y condujo a su amigo fuera de la estancia. A través de una pequeña puerta lateral pasaron a un cuarto privado. Entre las polvorientas estanterías de libros, relajó su porte, aliviado de hallarse lejos de la vista del público.

—Michi-*kun*, ¿crees que lo hará?

—Tiene miedo —repuso—. Pero sí, creo que lo hará.

—Eso no es positivo. Esperé una reacción por su parte, despejando así toda posible duda que tuviera la gente por su mala actuación. Es un secreto a voces que él preparó la explosión que mató a Cherenkoíf, y todo el mundo sabe que el Señor de la Guerra y yo estábamos enfrentados. Al usar mi nombre mientras gobernó en su lugar, me ha implicado en el asesinato que cometió.

»Si comenta que exigí su *seppuku*, perderé. Algunos creerán que fui yo quien ordenó el asesinato de Cherenkoíf, y que ahora me deshago de mi instrumento ejecutor. Otros me verán como un ogro de dos caras, que por un lado predica la iniciativa y por el otro la castiga. De cualquiera de las dos formas, se fomentará el resentimiento. Si tan sólo hubiera tiempo para reunir las pruebas para juzgarlo. Una ejecución formal sería la mejor solución. —Se dio una palmada en la pierna, expresando su frustración—. Su egoísmo no puede quedar impune.

«La violencia no es el camino del Coordinador —reverberó la voz de Takashi en su mente—. Nuestro destino exige que actuemos a través de otros».

Había escuchado esas palabras hacía mucho tiempo, cuando apenas era un niño, pero entonces le parecieron extrañas. Y más todavía cuando comenzó a comprender los principios del *bushido* y la responsabilidad que recaía sobre los hombros del guerrero. Creció con la convicción de que los puntos de vista de su padre estaban equivocados. Y en este momento, aunque todavía no era el Coordinador, era algo más que un simple guerrero, y las palabras ya no parecían tan extrañas. Ahora *él* actuaba a través de intermediarios, dejando que otros hicieran el trabajo sucio. «¿Cuándo cambié?», se preguntó.

Michi debió de tomar su súbita meditación como un indicio de que se esperaba una respuesta de él.

—Lo comprendo —comentó. Realizó una inclinación de cabeza y juntó con fuerza los tacones de las botas—. Entonces, será mejor un accidente.

Cuando daba media vuelta para marcharse, Theodore alargó la mano para coger la tela blanca de su túnica, deteniéndolo.

—Espera. No te quiero ver asociado con la muerte de Kingsley en ningún aspecto. Michi lo miró directamente a los ojos.

—Puede que no sea tu mascota ninja de las FIS, pero ya he tenido suficiente

práctica, Theodore. No habrá nada que lo ligue a ti.

—No pretendía menospreciar tus habilidades, amigo mío. Además, no me refiero a eso. Pienso que ya tendrás suficientes problemas en el futuro inmediato. No necesitas rumores que digan que el asesinato te abrió las puertas del gobierno del distrito tal como hiciera Kingsley. Ni tú ni el Condominio lo necesitan.

Michi se apartó, obligándolo a soltarlo.

—¿De qué estás hablando?

Theodore se detuvo, sorprendido por la suspicacia que reflejaba la voz de su amigo. «No es así cómo quería hacerlo».

Sacó una caja pequeña del bolsillo. Abrió la tapa lacada de negro y se la extendió. Recostadas sobre seda blanca, había un par de insignias de color verde manzana: dos estilizados números *katakana* y una pareja de barras partidas, con la segunda división marcada en oro.

—Te estoy nombrando *Tai-shu* de Dieron.

—No soy una buena elección —insistió Michi—. Habrá rechazo.

—Nada que no puedas manejar. Te necesito aquí.

Michi se acercó a la ventana que daba a la cadena montañosa que protegía la Ciudad de Tatsuyama. Habló sin volverse para mirarlo.

—Por la amistad que nos une y por los peligros que corrimos mientras buscábamos soldados entre los yakuza, no me pidas esto.

—Debo hacerlo. —Theodore estaba confuso. ¿Por qué lo consideraba como una terrible imposición? Le ofrecía un cargo de gran poder y honor—. Este distrito es la pieza clave en la defensa del Condominio. No puedo confiar en nadie más para que lo maneje como yo quiero.

—Hay otros que serían políticamente... menos peligrosos.

—Para ciertas personas, cualquiera que esté asociado conmigo lo es. Tú posees la capacidad y la fuerza de voluntad necesarias. Te necesito en el puesto. El Condominio te necesita.

Michi suspiró.

—Cuando nos conocimos por primera vez, me hablaste de la amenaza que se cernía sobre el Condominio. Creí que tú comprendías su naturaleza y eras capaz de detenerla. Acepté hacer a un lado mi búsqueda personal y servirte hasta que el reino volviera a estar a salvo. Aceptaré el puesto.

Giró y cogió las insignias de su mano. No pronunció ninguna palabra mientras cambiaba los galones de su cuello. Theodore estaba inquieto por la hostilidad de su amigo. Había creído que se sentiría satisfecho por esta prueba de confianza y buena voluntad.

Un golpe en la puerta interrumpió su intimidad. Sin aguardar una respuesta, una *Sho-sa* entró en el cuarto. Inclínándose, anunció la llegada de una delegación de la

capisolesa de ComStar. Theodore la despidió con gesto petulante, pero antes de que ella hubiera retrocedido, lo pensó mejor. Le ordenó a la *Sho-sa* que escoltara a los oficiales de ComStar al pequeño despacho.

—Me marcharé, *Kanrei*.

—No. Quiero que te quedes conmigo —comentó. El nuevo *Tai-shu* se detuvo. Su perfil ciego estaba de cara a Theodore, y su ojo de iris blanco brilló con dureza y frialdad—. Es parte de tu nuevo trabajo.

—Como mandes, *Kanrei*.



**Refugio del Dragón, Montaña Tatsuyama, Dieron**  
**Distrito Militar de Dieron.**  
**Condominio Draconis**

**21 de julio de 3034**

La Primus Myndo Waterly entró en el cuarto, y la túnica dorada de su rango centelleó con los fríos rayos de sol del mediodía que penetraban por la ventana. Seguían su estela las piernas largas de Sharilar Mori, que llevaba puesta su túnica escarlata con rebordes de oro, indicando su puesto como capiscolesa de Dieron y miembro del Primer Circuito. Tan pronto como hicieron acto de presencia, la *Sho-sa* kuritana se plantó en el umbral de la puerta y obstaculizó el paso de cualquier otro oficial de ComStar. Hizo una reverencia y la cerró, cortando así las protestas del resto de la delegación.

Theodore sonrió a sus invitadas.

—Saludos, Primus, capiscolesa. Espero que su vuelo montaña arriba haya sido cómodo.

—Tanto como podía esperarse, dados los fuertes vientos —comentó Myndo.

Su mirada interrogó la sombría presencia de Michi Noketsuna, cuyo uniforme de salto de color gris *Buso-senshi* contradecía las insignias de rango que brillaban en su cuello.

—Les presento al Tai-shu Noketsuna, de Dieron Participará en nuestras discusiones, ya que deseo que sirva como mi enlace con ComStar.

Los ojos de Myndo se abrieron fugazmente en señal de sorpresa; luego, se entrecerraron en un repentino gesto calculador.

—El Refugio parece poco cambiado de los días en que visité al Señor de la Guerra Cherenkoff.

Theodore decidió pasar por alto su deliberado empleo del pasado.

—Como sabe, los kuritanos somos muy tradicionalistas.

Señaló unos sillones a las visitantes. Una vez sentadas, eligió uno para él, con la espalda hacia la ventana. Michi se situó detrás, a la derecha, tal como lo hiciera en los días en que recorrían el mundo criminal de Kurita. Sus rostros quedaron ensombrecidos por el resplandor que procedía de las blancas cimas que había fuera del panel de vitriolo.

—Es un día demasiado frío para una reunión clandestina en el parque —continuó, señalando la vista con un dedo—. Me alegra que consideren que ahora podemos vernos abiertamente.

—¿Y por qué no habría de ser así? Usted gobierna el Condominio.

—No —la contradijo—. Sólo soy un sirviente del Coordinador, su Diputado para Asuntos Militares. —Myndo hizo una mueca, burlándose de sus protestas, aunque no dijo nada—. Tengo entendido que algunas cosas de nuestro acuerdo no le agradan.

Ella inclinó levemente la cabeza, aceptando su falta de preámbulos.

—Le ha retenido algunos mundos a la República Libre de Rasalhague.

—Cierto. Fue necesario con el fin de aplacar a algunos de los elementos más radicales del concejo.

—¡Elementos radicales! Pues parece que no tuvo éxito. Unidades militares del Condominio invadieron la República, amenazando todo aquello por lo que hemos luchado. No creo que eso sea una contención.

—La invasión fue un acto lamentable llevado a cabo por renegados. El Condominio Draconis no tomó parte en el asunto. En respuesta, ayudamos a la República destruyendo las bases rebeldes.

La gélida cólera aparecida en los oscuros ojos de Myndo fluyó a su voz.

—No ha cumplido con su parte del trato.

—¿Y usted sí? —contrarrestó con calma él—. ¿Qué me dice de los BattleMechs, los cazas aeroespaciales y tanques mutilados que nos envió? Tenía entendido que del Condominio recibiría unos pertrechos intactos de la Liga Estelar. Usted misma fue muy explícita al respecto. No esperaba carcasas reequipadas.

Ella permaneció impertérrita.

—Ha recibido lo que merecía.

—Lo mismo que usted —replicó Theodore—. El apoyo del Condominio a la República Libre de Rasalhague ha surtido el efecto que usted deseaba. La Isla de Skye es un caldero en ebullición.

—No gracias a su actos. —Alzó un mapa solido-gráfico. Incluso desde el otro lado del cuarto, él reconoció los sistemas estelares remarcados—. Debe liberar estos mundos de su Distrito de Alshain. Les han de ser entregados a Rasalhague.

Él admiró su audacia en darle órdenes a alguien que ella creía que gobernaba cientos de sistemas, pero no pensaba obedecerla.

—Es imposible —negó categóricamente.

La Primus tensó los labios hasta formar una dura línea blanca.

—Quizá descubra que también otras cosas son imposibles. —Le dejó un momento para que reaccionara. Al no hacerlo, añadió—: Quizá las comunicaciones. O tal vez las tropas que han de venir para tripular los pertrechos de los que usted se lamenta.

—¿Es una amenaza, capiscolesa? —inquirió con voz suave.

—ComStar no profiere amenazas. —La furia de su voz contradijo sus palabras.

«¿No amenaza? —repitió en silencio—. No soy sordo, Primus. Pero no significa nada, ya que tenemos una forma de saltarnos el monopolio de vuestras comunicaciones, gracias el éxito de Kowalski con las cajas negras y el núcleo de la biblioteca. No tan pronto, pero funcionarán.

«Dispongo de los soldados que necesito, y son más de fiar que las tropas que me ofrecéis. Puede que sean de los estratos más bajos de nuestra sociedad, pero, por 10 menos, son *nuestros*. Creen de verdad en el destino del Dragón, y esa fe los hace fuertes, más que vuestros mercenarios.

»La revolución en Skye interrumpirá los planes de Hanse Davion. Aunque consiga ahogarla pronto, no nos atacará. Verá que estamos vigilantes. Los sentimientos patrióticos en Skye seguirán demasiado exaltados como para emplazar a sus tropas allí con el fin de invadirnos. Hasta los mismos hombres de Steiner pasarán unos meses incómodos, tal vez años. Con este tiempo de regalo, no me harán falta vuestros combatientes».

—Ha de obrar como crea más conveniente, Primus. Si no vienen soldados pagados por ComStar para ayudar a nuestras fuerzas, ya encontraremos la forma de sobrevivir solos. *Shigata ga nai*. Si le parece molesto cumplir con su parte del trato, lo comprenderé. Debe seguir su karma.

—El karma no tiene nada que ver con la cuestión, *Kanrei*. Sí respetar las obligaciones adquiridas. Cuando crecí en el Condominio, se me enseñó que un samurái siempre honra su palabra.

—¿Y no le enseñaron, Primus, que el destino a menudo impide que el samurái más decidido cumpla su palabra, y que tal fracaso no conlleva ninguna pérdida de honor? Después de todo, un samurái sigue siendo un hombre, y hay muchas cosas que se encuentran más allá del control de un solo hombre.

Ella permaneció en silencio con una expresión amarga en el rostro.

—Tal vez no exista pérdida del honor —musitó al cabo de un momento—, pero sí un deber no cumplido. A los dos nos enseñaron cuál era el resultado de eso.

—Veo que entiende mi posición, Primus. He de atender deberes más importantes antes de poder prestarle atención a los fracasos menores. —Juntó las manos y se inclinó hacia adelante—. A pesar del incremento de influencia de su orden en la Liga de los Mundos Liars, el Condominio Draconis sigue siendo la única amenaza viable

para la alianza Davion-Steiner. Thomas Marik ni siquiera dispone del apoyo del que alardeaba su padre, Janos, el cual era penosamente escaso. Puede que la familia Marik se haya unido desde la apoplejía sufrida por Janos, pero han mostrado pocos progresos en resolver las bochornosas disputas dentro de las fronteras de su propio Estado.

»Los estados de la Periferia siguen siendo, como mucho, jugadores insignificantes, y el resto del dominio de Liao apenas importa. Carecen de cimientos industriales y su orgullo fue aplastado hace mucho tiempo junto con sus fuerzas militares. Las fantasías más descabelladas de la mujer demente que los gobierna no modificarán ese hecho.

»Ninguno de nosotros desea ver una Esfera Interior bajo el poder de Davion. Como ustedes han decidido salir de las sombras, ha de permitir que la luz les muestre que nuestros intereses coinciden en este punto. Quizá no hayan obtenido todo lo que deseaban de la situación de Rasalhague, pero tampoco nosotros. Creo que si somos capaces de dejar el pasado a nuestras espaldas, aún podemos impedir el desastre que significaría la dominación de Davion.

—ComStar trabaja por la paz, *Kanrei* —la capiscolesa Mori afirmó con firmeza—. No trataremos con un agresor.

—Es algo que me resulta tranquilizador, capiscolesa. —Theodore volvió a centrar su atención en Myndo—. ComStar es famoso por sus intenciones pacíficas, así como por la neutralidad y reverencia que muestra por la soberanía de los estados nacionales. Usted misma nació en el Condominio. ¿Sería capaz de quedarse sentada sin hacer nada mientras observa cómo su hogar sucumbe al yugo de un invasor?

—Puede que haya nacido en el Condominio, *Kanrei*, pero renací entre los seguidores del bendito Blake. El Condominio para mí no significa más que cualquier otro Estado de la Esfera Interior. Y tampoco menos. Vivimos para servir a la humanidad, y nuestra red de comunicaciones es nuestro mayor servicio. No se lo negaremos a nadie, salvo a aquellos que representen una amenaza para la estabilidad de la Esfera Interior.

—Bien dicho. —*Y es un alivio, pensó. Incluso con las cajas de Kowalski, una prohibición de los GHP podría dañar los esfuerzos del Condominio. Del mismo modo, representaría una merma dedicar nuestros agentes de espionaje a una guerra encubierta con su aparato ROM, tal como le sucede ahora a Davion*—. Me alegro de oírlo, Primus. No deseo enfrentarme a la hostilidad de ComStar. Permítame ofrecerle un regalo que le mostrará que no repudio lo que queda de nuestro acuerdo. —*Aunque no tengo intención de depender de tu buena voluntad*—. Creo que lo encontrará muy útil en los tratos que mantenga en otra parte.

Palmeó las manos. La puerta se abrió y entró la *Sho-sa*. Llevaba en los brazos unas ropas plegadas que colocó en la mesa que había al lado de la Primus. Myndo le dedicó

una mirada fugaz y desdeñosa.

Theodore esperó a que la *Sho-sa* se marchara antes de volver a hablar.

—¿Las reconoce?

—Es el uniforme de un general. No le sirven para nada a ComStar.

Él fingió un gesto de desilusión.

—El uniforme está vacío y carece de importancia. Sólo pretendía que fuera una tarjeta de visita. —Volvió a palmear las manos.

Entró un hombre vestido con un traje de salto gris sin galones. Era alto y delgado, y a pesar de la barba y el cabello blancos, atravesó como si fuera un joven el suelo de madera lustroso hasta quedar delante de la Primus. La miró con frialdad con su único y acerado ojo gris; la órbita del ojo derecho estaba cubierta por un parche. Una pequeña cicatriz blanca salía por debajo del cuero negro y se mezclaba con las atezadas arrugas de su cara.

Myndo reaccionó con sorpresa y sobresalto manifiestos. A Theodore le agradó cogerla con la guardia baja. Incluso cuando dominó su reacción y volvió a mostrar su falsa fachada, reconoció haber ganado la batalla. Ya no habría más conversaciones de promesas incumplidas. Vio que ella estaba considerando las posibilidades.



**Palacio del Kanrei, Ciudad de Deber, Benjamín**  
**Distrito Militar de Benjamín**  
**Condominio Draconis**

**3 de enero de 3035**

Theodore arrojó al aire a su hijo más joven. Minoru se reía de placer y gritaba «¡Otra vez!» cada vez que Theodore intentaba dejarlo. Finalmente, con los brazos cansados por el esfuerzo, bajó al niño al suelo.

—Nosotros, los del clan Kurita, somos MechWarriors, no pilotos aeroespaciales.

El joven asintió con aire solemne; luego, con una sonrisa traviesa, anunció:

—¡Yo seré las dos cosas!

Theodore se rio y lo abrazó.

—Eres ambicioso, hijo mío. Un verdadero kuritano.

El niño se arrebujo feliz en los brazos de su padre. Sus músculos se relajaron y su respiración se tornó más profunda. Theodore rozó un mechón del sedoso cabello negro de su hijo con un beso. Alzó la vista para descubrir que Tomoe había entrado en la habitación.

—Deberías verlos más a menudo —comentó en voz baja—. Te echan mucho de menos.

—Los veo todo lo que puedo.

—No es suficiente.

No captó ninguna acusación en su voz, pero se sintió igualmente culpable.

—El deber me presiona mucho. Apenas hay tiempo para hacer todo lo necesario para preparar al reino.

—La imperiosa llamada del Dragón —repuso ella con resignación.

Al tener los brazos ocupados con su hijo, no pudo alargarlos hacia ella. Buceó en sus ojos, aunque no encontró el significado de ese comentario peculiar. Ella había

encerrado sus sentimientos en un lugar que no podía alcanzar.

—Zeshin —llamó. El anciano monje levantó la cabeza. Sus brillantes ojos captaron la situación y atravesó la habitación con su particular forma de andar. Ya estaba cogiendo a Minoru cuando Theodore dijo—: Es hora de su siesta.

Cubrió al niño con las suaves y voluminosas mangas de su túnica de pilarino. Su voz profunda le susurró palabras de sosiego cuando éste intentó, sin convicción, regresar con su padre. La repentina somnolencia que se apodera de los niños hiperactivos cuando se quedan quietos resultó demasiado fuerte para el joven Kurita. Se rindió con un bostezo, a gusto en los reconfortantes brazos de su tutor.

Zeshin llevó a su pupilo al dormitorio mientras Theodore se acercaba a Tomoe. Apoyó las manos sobre sus antebrazos, sintiendo cómo los músculos se ponían rígidos para luego relajarse. Ella rodeó con los brazos su cintura y lo estrechó con fuerza. Sintiendo repentinamente incómodo, devolvió el abrazo. Durante varios minutos, permanecieron unidos sin pronunciar palabra.

—¡Padre!

La voz estridente pertenecía a su hijo mayor. Hohiro atravesó la puerta a la carrera, los pies descalzos sonando con fuerza en el suelo encerado. Frenó y regresó al umbral.

—¡Padre! ¡Mira lo que he encontrado!

Se separaron al aproximarse el niño, pero la mano de ella no rompió el contacto con su espalda cuando él se agachó para ver lo que Hohiro le entregaba.

—¿No es maravilloso?

El muchacho sostenía una intrincada silueta hecha de papel de arroz. El gato origami se agazapaba de manera amenazante sobre su palma, con la cola erguida, como congelada en esa postura.

—¿Dónde lo encontraste? —inquirió Theodore con tono imperioso—. ¿Omi se encuentra bien?

Hohiro quedó sorprendido por la tensión en la voz de su padre. Frunció el entrecejo en señal de confusión.

—Claro. Está jugando en el jardín.

Los ojos de Theodore se clavaron en los de Tomoe, quien se acercó a la puerta y, con cautela, escudriñó el exterior. Su gesto de afirmación produjo un suspiro de alivio compartido por ambos.

—Ahora —prosiguió él, mientras cogía el gato de la mano de su hijo—, ¿dónde lo encontraste?

—En la sala donde guardas tus espadas.

—¿Y no había nada más? ¿Nada fuera de su sitio?

—No lo creo.

Hohiro parecía más preocupado. Theodore sonrió para darle seguridad.

—Has hecho bien en venir directamente a vernos. Se trata de un mensaje secreto —añadió con tono de conspiración—. Si encuentras alguno más, has de traérselo a tu madre o a mí. —Hohiro asintió con vehemencia—. Muy bien. Ve a buscar a tu hermana y llévala ante Tetsuhara-sensei. Dile que es hora de tu clase de *kendo*. Tu hermana os observará.

—Pero la lección no es hasta las tres —protestó el niño. Se mostró claramente irritado por ser excluido de la intriga por él descubierta.

—La recibirás ahora. ¡Ve!

La expresión de Hohiro se tornó en un mohín, pero, obediente, se marchó, dejando bien claro que era por iniciativa propia al dar la vuelta por toda la habitación para llegar al jardín. Theodore y Tomoe observaron hasta que sus hijos hubieron desaparecido en las sombras del *dojo* donde les esperaba Tetsuhara-sensei. Entonces, le pasó el gato origami.

—¿Es de ellos?

Ella lo examinó con cuidado.

—Definitivamente nekogami.

Cogiéndolo de nuevo, lo alzó hacia la luz que provenía del jardín con el fin de comprobar si había un mensaje escrito en el papel. Le pareció que el gato era idéntico al que Ninyu identificara en el cuartel general de Moore en el año 29, pero quiso que ella lo confirmara. Los nekogami eran pocos en número y actuaban en contadas ocasiones; no obstante, gozaban de una reputación temible y a menudo se los culpaba por actos que no cometían. Eran los mejores espías y asesinos del Condominio, maestros del engaño y del subterfugio. La relación que él había tenido con la intriga y los crímenes a lo largo de los años no consiguió que le cayeran mejor.

—¿Qué significa? Aquí no tenemos ningún secreto que pueda ser robado. En principio, no parece que falte nada ni nadie.

—Lo más factible es que sea un mensaje —concluyó Tomoe—. ¿Has notado los caracteres grabados en el papel?

No los había visto, pero en aquel momento frotó el papel y los palpó. Estaban trazados en el silabario chino formal.

—¿Lealtad?

—Creo que te ofrecen sus servicios. Actúan de acuerdo con los mejores intereses del Dragón, tal como ellos los entienden. Parece que han decidido que tú los representas.

—Supongo que debería sentirme honrado. Para hacerlo deben de tenerme en alta estima.

Atravesó la habitación hasta la consola del ordenador, donde introdujo su código de identificación. Tomoe se situó a su espalda y posó la mano sobre su brazo. Él la miró a los ojos y ella sacudió levemente la cabeza.

—Yo dejo mi otra vida fuera cuando vengo aquí. Olvídalo de momento.

—No puedo.

—No quieres —lo acusó.

—Cuando estoy aquí, deseo olvidar lo que acontece en el exterior. De verdad. Pero da la impresión de que nunca soy capaz de conseguirlo. Las preocupaciones mundanas hacen acto de presencia por sí solas —comentó, alzando el gato origami.

—No quiero perderte —susurró ella en su oído, abrazándolo con fuerza.

Theodore notó su energía, una energía que podría partirle la espalda si aplicaba el conocimiento preciso de su entrenamiento en las artes marciales. Pero en sus brazos no existía peligro, sólo un amor desesperado.

Estrujó el gato de papel que tenía en la mano, y lo dejó caer olvidado al suelo mientras ella le acariciaba el pelo.



**Palacio del Kanrei, Ciudad de Deber, Benjamín**

**Distrito Militar de Benjamín**

**Condominio Draconis**

**28 de diciembre de 3038**

Dechan Fraser y Jenette Rand le hicieron una reverencia al *Tai-shu* Kester Hsiun Chi. El Señor de la Guerra se había dirigido hacia ellos tan pronto como la reunión de estrategia finalizó. El hombre de cabello blanco sonrió con alegría, y su rala barba se agitó al compás de sus palabras.

—Me complace que los dos sirvan en mi Distrito de Galedon.

—No fue nuestra primera elección —gruñó Jenette.

Dechan le dio un codazo por su falta de modales. Ella exhibió una mueca de irritación, pero *Tai-shu* Chi se rio, desvaneciendo la tensión, y Dechan se dio cuenta de inmediato de que este hombre era diferente del último Señor de la Guerra de Galedon que él conociera.

Tan pronto como dejó de reírse, colocó un cigarrillo entre los dedos de su mano artificial. La blancura del papel contrastó con el color negro del bioplástico de la prótesis cuando lo alzó para que un asistente se lo encendiera. Le dio una profunda calada antes de clavar su astuta mirada en ellos.

—Entonces, aprecio su dedicación al deber. Si no me equivoco, su experiencia previa resultará muy útil. ¿Conoce el distrito?

—Demasiado bien —afirmó Dechan.

—Incluso las experiencias desagradables pueden resultar iluminadoras —expuso Chi, haciéndoles un guiño—. En una ocasión conocí a su coronel Wolf.

—Ya no mantienen ninguna relación con él —le recordó Theodore, acercándose.

El *Kanrei* parecía un gigante al lado del minúsculo *Tai-shu*, pero Chi no mostró el menor indicio de intimidación por su rango o por su imponente presencia física.

Dechan fue incapaz de discernir si era por la familiaridad que tenía con el *Kanrei* o por el carácter afable de Chi. El *Tai-shu* sólo esbozó una sonrisa enigmática, dejando que Dechan se preguntara qué había oído el Señor de la Guerra acerca de las circunstancias de la marcha de Jenette y suya de los Dragones.

—Como les decía —continuó Chi—, conocí al coronel Wolf en la última visita realizada a Luthien. Es un hombre notable, muy competente en su trabajo. He de reconocer que lo admiro profundamente. Lo que sucedió después fue de lo más lamentable.

—Estoy convencido de que al viejo Wolf le halagaría escucharlo —señaló Ninyu cuando él y Fuhito se unieron al grupo—. *Theodore-sama*, ¿no podrías haberme encontrado un trabajo más útil que ser la niñera de ese pirata y sus compinches en Dieron?

Chi expulsó una gran bocanada de humo, que hizo lagrimear los ojos de todos y cortó la respuesta del *Kanrei* al obligarlo a toser.

—Sabía que Noketsuna tenía un pasado de lo más inusual, incluso mayor que el de mi simiesco aliado Shotugama, pero al parecer implantó muy bien el orden en su distrito. Desconocía que fuera un pirata. ¿Es verdad, Theodore, que permite que los bárbaros dirijan uno de nuestros distritos más importantes en vez de confinarlos a las filas de las FIS?

—Se muestra impertinente, *Tai-shu* Chi —dijo Ninyu, con un tono claro de advertencia en la voz y en los tensos músculos de la mandíbula.

—Sin embargo, demuestra que tiene razón con tus malos modales, *Ninyu-kun* —corroboró Theodore, riéndose entre dientes.

Los otros siguieron el camino del *Kanrei*, fingiendo que el intercambio había sido gracioso y, así, evitar el conflicto. Dechan encontró esa reacción muy kuritana, aunque notó que la lenta sonrisa aparecida en el rostro de Ninyu no se extendió a sus ojos.

—En lo referente a tu destino, *Ninyu-kun* —prosiguió—, no hay cambio alguno. Irás a Dieron porque necesito tus conocimientos especiales en aquel frente. Deberás entenderte con el *Tai-shu* Noketsuna lo mejor que puedas.

Dechan pensó que preferiría ser el tercer pasajero de un *Locust* con un giróscopo averiado y un actuador de una pierna defectuoso que estar cerca de esos dos. Ninyu había sentido un rechazo instantáneo hacia Michi tan pronto como éste entró en el *shitenno* de Theodore, y Michi, aunque menos expresivo acerca de sus sentimientos, había experimentado lo mismo. Jenette justificaba la antipatía de su amigo como las secuelas de la furia por los acontecimientos que condujeron a la muerte de su mentor, Minobu Tetsuhara. Dechan no estaba tan seguro. Conocía a Michi desde mucho antes y tenía la fuerte sensación de que existía algo más detrás de la reacción de su amigo.

Parte de esa enemistad se había volcado sobre Jenette y él mismo, ya que estaban

conectados con Michi. Ninyu aprovechaba cualquier oportunidad para ridiculizarlos, y no cesaba de recordarle a cualquiera que quisiera escucharle cuáles eran sus orígenes. Toda la situación no ayudaba a mejorar su ya precaria posición en el Condominio. Sin embargo, los años pasaron rápidamente, perdidos en los ejercicios tácticos y de entrenamiento, y Dechan descubrió que le gustaba el trabajo. Enseñar a los nuevos reclutas resultaba fácil, pues se mostraban ansiosos y muchos prometían; su fe en el *bushido* les proporcionaba una fortaleza sólo vista antes en los Dragones.

Pero a pesar del placer que encontraba en impartir sus conocimientos, esos años fueron muy solitarios. Jenette y él, con la sombra de su asociación con los Dragones de Wolf pendiente sobre sus cabezas, recibieron pocas muestras de simpatía de los a menudo suspicaces kuritanos, y no tenían ningún amigo de verdad. Sabía que sin ella jamás habría aguantado tanto. Salvo con Kowalski, el Tech, Asano y Tetsuhara, se encontraba a gusto con poca gente. Aún le parecía increíble que Fuhito fuera el hermano del viejo Hombre de Hierro en persona. Aunque Theodore se mostraba cordial, jamás consiguió intimar con él, a diferencia de su esposa Tomoe, quien les demostró una gran amabilidad, a pesar de que se la veía muy poco.

Dechan buscó con la vista a Michi entre los oficiales presentes, pero no lo encontró. «Probablemente, ya se haya marchado a Dieron —pensó con amargura—. Ahí termina la idea de pasar un rato con viejos amigos». Desde que lo habían nombrado *Tai-shu* de Dieron, se había vuelto poco comunicativo, y respondía a sus mensajes con fría brevedad, cuando no los pasaba por alto. Los había abandonado, dejándolos atrapados en su promesa de ayudar a Theodore a proteger su reino, y les había dejado poca elección, salvo cumplirla. Dechan esperó que para entonces ya habrían satisfecho dicha promesa.

La invasión de la alianza Davion-Steiner que Theodore había predicho debía, para bien o mal, haber sucedido, pero incluso el aguzado instinto del *Kanrei* había quedado anulado por los acontecimientos ocurridos en los últimos años. El establecimiento de la República Libre de Rasalhague había potenciado los sentimientos secesionistas por toda la Esfera Interior. La Liga de Mundos Libres había perdido el poderoso Ducado de Andurien, y Duncan Marik había alcanzado la Capitanía para lanzar una campaña con el fin de recuperarlo. También la isla de Skye amenazó con la separación. En respuesta, Hanse Davion había movilizado tropas para mantener unido a su bisoño imperio por medio de la fuerza, pero las duras medidas adoptadas resultaron ser innecesarias cuando Ryan Steiner logró solucionar la cuestión con un acuerdo pacífico, humillando al *Zorro*. Muchos integrantes del Condominio esperaron que Davion enviara a esas mismas tropas a atacarlos, pero no fue así.

El *Kanrei* Theodore aseguró a sus oficiales que Davion todavía no los atacaría, ya que *el Zorro* esperaba que el Condominio relajara su vigilancia. Disfrutaron de un

aplazamiento, pero les advirtió que Hanse Davion vendría con sus láseres escupiendo energía tan pronto considerara que disponía de ventaja.

Ahora ese ataque se cernía sobre el horizonte. La Liga de Mundos Libres se estaba lamiendo las heridas. Thomas Marik había recogido los pedazos dejados tras la muerte de Duncan Marik en la batalla y, con éxito, había reintegrado a Andurien a la Liga. El intento oportunista de Romano Liao de imponerse fue aplastado. Las tropas Steiner convergían en Skye, y varias unidades claves de las Fuerzas Armadas de la Federación de Soles habían desaparecido de sus puestos, tal como hicieran al iniciarse la Cuarta Guerra. El sentimiento davionista crecía cada vez con más fuerza en los mundos del anterior Pulgar de Galtor, mientras que los propios intentos de Kurita de despertar los movimientos nacionalistas en la antigua República Libre de Tikonov resultaron menos exitosos. No pasaría mucho tiempo antes de que Davion atacara.

—Si podemos intimidar a Steiner, seremos capaces de concentrarnos en Davion.

Ese comentario preciso, que encajó con la cadena de pensamientos de Dechan, le devolvió al hilo de la conversación.

—No hables de ellos como componentes aislados —le aconsejó Theodore al joven asistente—. Ahora hay muy pocas cosas que los separen. Las tropas de Steiner están integradas en los Grupos de Combate de las FASF de Davion. Sus oficiales se entrenan juntos, y algunas de las unidades de cada Casa disponen de soldados de la otra Casa. Nos enfrentamos a un solo ejército.

—Es sólo una fachada —se mofó Ninyu—. Es demasiado pronto para que los cambios sean algo más que un simple revestimiento exterior.

—¿Y qué dices de nuestras propias tropas? —preguntó Fuhito—. ¿No es también reciente la lealtad a las nuevas doctrinas militares del *Kanrei*? ¿No será otra fachada?

—Hasta cierto punto —reconoció Theodore—. Tenemos ciertas rivalidades entre nuestros soldados también entre los oficiales. Sin embargo, nos une la devoción al Condominio. Nuestros enemigos, en su precipitación por unificar sus reinos, son ciegos a la profundidad de las diferencias que separan a sus pueblos Y sus sociedades no comprenden la necesidad del orden y de la fuerza del grupo. Sus líderes ven únicamente lo que desean ver: cooperación y júbilo. Aprovecharemos su ceguera a nuestro favor.

—Como el mensaje que le envió a la arcontesa Katrina Steiner —quiso saber Chi. Theodore evaluó con la mirada al *Tai-shu*.

—Sí. Ese uno de los instrumentos de los cuales disponemos.

—Pero dijiste que nuestro enemigo conforma una fuerza combinada —objetó Fuhito—. ¿Por qué te diriges sólo a un líder?

—Para distraerlos. Deseo que piensen que no comprendo su cambio de organización —esbozó una sonrisa socarrona—. Que me subestimen. Mi mensaje potenciará eso.



—Pero ¿cuál es el mensaje? —intervino Dechan.

Theodore titubeó, tal vez porque no deseaba revelar su contenido.

—Simplemente, le advertí a la arcontesa que se mantuviera al margen de cualquier conflicto que surgiera entre el Condominio Draconis y la Federación de Soles. Le señalé que no teníamos ningún interés por luchar ahora con la Mancomunidad, aunque le aseguré que consideraríamos cualquier intervención por su parte como una violación de las convenciones de la guerra civilizada. Le advertí que semejante acto haría que el Condominio dejara de tratar con ella de acuerdo con esas reglas.

—No puede hablar en serio. —La expresión de Jenette fue de aturdimiento e incredulidad.

Dechan se preguntó si la suya era igual. Los kuritanos tenían una reputación infame, que se remontaba a lo largo de los siglos, de haber cometido atrocidades. ¿Estaba el *Kanrei* preparándose para emular su herencia ancestral? Aunque él y Jenette habían empeñado su palabra en ayudar a Theodore, ya no se sentiría obligado a respetar la promesa si el *Kanrei* caía en la barbarie.

—Hablo en serio —juró—, como ella bien puede llegar a descubrir y lamentar.

**Provincia de Gregville, Nueva Mendham**

**Distrito Militar de Benjamín**

**Condominio Draconis**

**16 de abril de 3039**

—Sombra Uno a Base Tango, ¿me recibe?

El teniente de Davion, Roscoe Walker, aguardó pacientemente una respuesta. No parecía tener necesidad de preocuparse; nadie en su lanza de reconocimiento había visto a una unidad kuritana en toda la mañana. Pero eso no era sorprendente. La estrategia del Alto Mando se basaba en saltarse los planetas fronterizos kuritanos con el fin de evitar a sus unidades de vanguardia durante la primera ola de la invasión. Esta penetración en el Distrito de Benjamin del Condominio se hallaba a las órdenes del duque James Sandoval, comandante de la Marca Draconis. Otras dos embestidas tenían lugar en el resto de los distritos de la frontera Davion. Unidades de la Federación de Soles aterrizaron en otros veinte planetas, atacando con fuerza para capturar los centros de suministros y comunicaciones, para aislar y confundir así a las fuerzas kuritanas.

En esta primera fase sólo se esperaba una débil resistencia y, de momento, el Alto Mando demostraba estar en lo cierto. La entrada al punto de salto no encontró oposición; la invasión había cogido al Dragón mientras dormía. Los cazas de los Grupos de Ataque de la Guardia de Luz hallaron pocos defensores mientras guiaban a las Naves de Descenso a la posición para el salto orbital. Sin ninguna excepción, todos los Mechs de la Guardia aterrizaron, dispersando a las todavía confusas fuerzas defensivas de Kurita. Las unidades convencionales consiguieron posarse a salvo. Había sido un ataque de manual.

En aquel momento, la cautela del Mariscal Riffenberg había hecho acto de presencia. Walker suponía que el viejo estaba preocupado porque las cosas iban

demasiado bien. Ordenó que los cazas aeroespaciales se retiraran y se quedaran en reserva para proteger las Naves de Descenso varadas en tierra y las zonas de aterrizaje, a la vez que se mantenían alerta ante un contraataque de los kuritanos. La tarea de reconocimiento se había encomendado a los Mechs veloces de la Guardia de Luz, incluyendo la lanza de Walker.

Este abrió el circuito de comunicación con su lanza.

—Adelante, muchachos. Mantened los sensores fuera. Nos acercamos al objetivo.

Al recibir las confirmaciones de sus hombres, apretó el pedal de su *Hatchetman* para establecer una marcha rápida. A veinte metros a su izquierda, el *Hatchetman* de Alison siguió su ritmo. Sabía que su máquina de cuarenta y cinco toneladas se movía tanto como la suya, pero la imagen estabilizada que le transmitían las pantallas de su carlinga era firme, impertérrita al vaivén de su Mech.

Los otros dos Mechs eran *Valkyries* de treinta toneladas, considerablemente más rápidos que sus compañeros. También eran más humanoides, a pesar de los masivos montajes de los hombros y el antebrazo derecho, que llevaban los láseres Sutel IX. Los Mechs de Davion lucían el moteado camuflaje de color verde y crema necesario para avanzar por las tierras de pastoreo de la sabana de Nueva Mendham. Sólo los brillantes rabos de zorro que ostentaba la máquina de Reed, en cada una de las cuatro antenas, le permitió distinguirlo visualmente del Mech de McCullough.

En diez minutos cubrieron los mismos kilómetros. La lanza aún se encontraba a cuarenta kilómetros de la ciudad draconiana de Kempis cuando Walker transmitió el código de alto. Dejó que su lanza rastreara la zona mientras él intentaba contactar de nuevo con la Base Tango. Una vez más, no obtuvo respuesta.

—Escuchad, muchachos, no puedo comunicarme con la base.

—Continuemos el avance —urgió Alison.

—Está demasiado tranquilo —objetó McCullough—. Ya deberíamos haber detectado algunas Serpientes.

—No sobreestimes a tu enemigo, pequeño Bobby. Vosotros, los cadetes, os espantáis con demasiada facilidad. Las Serpientes están más atemorizadas de nosotros que tú de ellas.

—Tranquila, sargento Alison. Tengo la seguridad de que tú también te asustaste en tu primera salida.

—Vamos, teniente —se enfadó Alison—. Caí sobre Saint Andre apenas salida de la academia, justo encima de un nido de capelenses. ¡Esa sí que fue una misión caliente! Ellos no se escondieron. Nos atacaron antes de que nos desprendiéramos de nuestros propulsores. ¡Por el fuego del infierno! Algunos de los Jocks aún se estaban deshaciendo de sus armazones incandescentes.

—Ahórrate las historias de guerra, Alison —intervino Reed—. Si hubieras sido tan buena, no seguirías siendo una sargento.

—No sigo siendo *todavía* sargento, novato. Soy *de nuevo* un sargento. Y no se debe a nada que ocurriera en el campo de batalla, a menos que se tratara del nuevo al que despellejé por llamarme mentirosa.

Walker sacudió la cabeza, perplejo por la discusión. Pensó en tratar de contactar otra vez con Base Tango, pero consideró que si no le habían respondido hacía dos minutos, no lo harían ahora. Era el momento de tomar una decisión de mando.

—De acuerdo. Cortad la cháchara. Hemos de mantener un horario, así que continuaremos.

—Buena elección, teniente.

El *Hatchetman* de Alison se adelantó al de Walker. Su cabeza alargada se bamboleaba de un lado a otro, como un cazador alienígena encorvado buscando a su presa. Agitaba el brazo derecho, marcando el ritmo en el aire con la reducida espada de bordes de uranio por la que el Mech había sido bautizado. Las calles laterales le permitieron a Walker vislumbrar el curso paralelo que seguían los *Valkyries* a través de Kempis. Apenas se veían señales de vida. En su mayoría, los civiles kuritanos habían abandonado la ciudad o se habían ocultado en refugios subterráneos. Los soldados de Davion sólo percibieron unas sombras escurridizas en los callejones, pero ninguna de ellas vestía el uniforme pardo de las tropas del Dragón.

Sin advertencia alguna, un *UrbanMech* con un camuflaje gris oscuro atravesó de repente una pared de ladrillos cien metros por delante de ellos. Su cuerpo abovedado y cilíndrico rotó, y sus piernas cortas y anchas dispersaron escombros mientras el Mech se apartaba del edificio que lo había mantenido oculto a sus sensores. Su cañón automático *Imperator-B* lateral escupió una andanada de proyectiles hacia los Guardias que avanzaban.

Alison activó sus propulsores de salto, y se elevó envuelta en llamas de iones para abandonar la trayectoria de fuego del Mech enemigo. Al mismo tiempo, la maniobra despejó la línea de ataque de Walker. El pulgar del teniente apretó el pulsador de los misiles de la palanca de mando derecha tan pronto como los hilos de retículos de su sistema de bloqueo de objetivo convergieron sobre la achaparrada forma de la máquina enemiga. El cañón automático *Defiance Killer* del torso del *Hatchetman* soltó sus proyectiles, capaces de atravesar un cuerpo blindado.

La onda expansiva arrancó pedazos de armadura de duralex del pecho en forma de barril del *UrbanMech*. El humo se elevó de las heridas y se juntó con la nube remolineante que procedía del polvo de los ladrillos, tapándole el blanco. El Dragón Kurita quedó visible ante Walker cuando la cúpula del Mech giró para apuntarle con sus armas. Antes de poder dispararle, el *Hatchetman* de Alison salió de un callejón a treinta metros a su espalda. El Mech de la Guardia alzó ambos brazos y soltó ráfagas gemelas de láser. La energía rubí tiñó la nube de polvo que flotaba a la deriva con una

luz encarnada, pero a pesar del efecto de difusión, retuvo la suficiente como para derretir parte del blindaje de la pierna y de la cúpula superior del Mech kuritano.

Walker le soltó otra descarga. Unas balas de uranio desgarraron los restos de la armadura del torso del *UrbanMech*, buscando su corazón de fusión, y el Mech kuritano se tambaleó. Mientras se ladeaba, la cúpula se abrió y se alejó dando vueltas como si fuera una peonza. El asiento eyectable del piloto desapareció por encima del techo de un edificio próximo. El *BattleMech* abandonado se desplomó al suelo, y los restos de su anterior refugio se derrumbaron en una cascada de escombros.

Alison levantó el arma de la mano de su Mech a modo de saludo antes de dar media vuelta y regresar con su *Hatchetman* al callejón por donde había salido.

—¡Blanco!

—Manténte alerta, Alison. No sabemos qué nos espera aquí —le advirtió Walker, sabiendo de antemano que era innecesario. A pesar de su baja graduación, Alison había participado en más combates que él, y sabía cómo arreglárselas. Su verdadera preocupación eran los Jocks jóvenes de los *Valkyries*. Abrió el circuito de comunicaciones—. Reed. McCullough. Pasad a rastreo magnético. De esa forma, tendréis más posibilidades de localizar Serpientes ocultas. Será más fácil captar sus masas metálicas que distinguir un buen trabajo de camuflaje. —Ambos respondieron afirmativamente—. Y no os excedáis. Si os topáis con problemas, pedid ayuda. Los Guardias no quieren ningún héroe muerto.

Los Mechs de Davion inspeccionaron con eficiencia la ciudad. Pasados diez minutos, descubrieron a un *Locust* kuritano en un centro comercial. El Mech de patas de pájaro escupió un rayo láser que laceró la superficie del *Valkyrie* de Reed sin causarle graves daños. Los Guardias lo persiguieron, y fueron emboscados por otros dos *UrbanMechs*. El fuego concentrado de los láseres de Davion dejó al primer aparato convertido en una masa humeante, mientras que el segundo fue derribado por un impacto del *Hatchetman* de Alison. Superado por los Guardias intactos, el *Locust* huyó de la ciudad. También estaba intacto hasta que una andanada de MLA del *Valk* de McCullough melló su blindaje arrancando la pesada ametralladora montada en un ala que tenía en el costado de babor. Sin embargo Walker prohibió la persecución.

McCullough lanzó un grito victorioso por la línea de la lanza.

—Buen espectáculo, muchacho —concedió con magnanimidad Alison—. Te dije que sería más fácil que nuestro ataque a los capelenses en Hunan.

Media hora más tarde, las tropas de salto entraron en Kempis, justo a la hora planeada. Bajo la atenta vigilancia de los *BattleMechs*, barrieron la ciudad en una búsqueda infructuosa del depósito de suministros que les habían ordenado proteger. Incluso fracasaron en capturar a los tres MechJocks que habían salido eyectados de las máquinas abatidas. Walker contuvo su frustración cuando el circuito de

comunicación crepitó con la voz del controlador del regimiento.

—Base Tango a Sombra Uno, informe, por favor.

—Aquí Sombra Uno, ¿dónde demonios estabais?

—Tuvimos problemas con una Serpiente kamikaze. El cabrón entró en la sede disfrazado de mano de obra apresada; luego, hizo chocar un aerodeslizador lleno de explosivos justo en el centro de comunicaciones. Nos llevó cierto tiempo cambiar las piezas destruidas.

—¿Queréis que regresemos a cuidaros, Tango? —aguijoneó Walker.

—El mariscal desea recibir vuestro informe. Sombra Uno.

La sequedad de la voz del oficial le reveló que su broma había pasado inadvertida. Decidió responder de manera formal.

—Apenas encontramos oposición. Base Tango. El objetivo asegurado, aunque no hemos conseguido capturar a ningún enemigo.

—No os preocupéis, Sombra Uno —la réplica de nuevo adquirió un tono amistoso—. Ya los encontraréis. Simplemente, aplastad a cualquier Serpiente que se cruce en vuestro camino. Aplastadlas bien.

**Refugio del Dragón. Montaña Tatsuyama. Dieron****Distrito Militar de Dieron****Condominio Draconis****21 de abril de 3039**

Ninyu Kerai sostuvo el *shuriken* de cinco puntas entre el pulgar y el índice de la mano izquierda. Pasó la derecha por encima del él y la pequeña estrella arrojada desapareció. Cogió otra del montón que tenía en el asiento de al lado. Repitió la operación, pero esta vez alzó el *shuriken* con la mano derecha. Cuando las cinco estrellas quedaron guardadas en su persona, giró para echar un vistazo por la ventana, que era la razón por la que había hornacinas en las paredes del castillo.

En el patio de abajo estaba aterrizando un vehículo DAV. Ayudantes y mecánicos se apresuraron a salir a su encuentro. El primer grupo se dirigió a ayudar a los oficiales que desembarcaban, mientras que el segundo, más solícito aún, a cuidar del mismo aparato.

Centró los ojos en la ladera de la montaña. Tres aparatos aéreos subían hacia la antigua fortaleza que servía como cuartel general del Señor de la Guerra de Dieron. Los DAV volaban con cuidado, sus pilotos atentos a posibles aludes o repentinas ráfagas de viento que podían lanzar sus aparatos a una terrible colisión con las rocas ígneas grises y negras de la Montaña Tatsuyama. La ciudad se emplazaba en el valle que estaba debajo de los parpadeantes puntos que eran los vehículos ascendentes, tranquila en apariencia.

A Ninyu no le engañó esa visión. La urbe bullía de vida en la visita realizada el día anterior, mientras la gente llenaba sus refugios con los suministros que podían comprar a los comerciantes que, súbitamente, habían doblado los precios. Los soldados entraron en escuadrones, siguiendo las órdenes de sus oficiales, con el fin de mejorar las defensas de la ciudad. Incluso el pequeño campo de aterrizaje estuvo más

ocupado a medida que un constante flujo de Naves de Descenso llegaba para marcharse de inmediato. Una despegó mientras él observaba. Con el ruido atronador silenciado por la distancia, el *Overlord* se elevó hacia el cielo, dejando una estela de llamas. Posiblemente, la ciudad de Tatsuyama hoy mostrara un movimiento más frenético.

Se apartó de la hornacina y fue hacia el centro de mando. No tenía prisa; como ya no se hallaba en la estricta cadena de mando militar, su presencia no era requerida allí. Hasta que no recibiera la señal de luz verde, era un agente libre. Cuando llegara el momento, actuaría con rapidez. Mientras tanto, conservaba su energía.

El centro de mando, una sala de niveles múltiples excavada directamente en la roca de la montaña, estaba abarrotado con personal técnico y militar de todos los rangos. Unas pantallas grandes y planas mostraban a intervalos mapas y datos en la estancia iluminada de rojo. En los niveles más oscuros, unos oficiales responsables se arracimaban en torno a unos tableros de control y mesas con mapas, obstruyendo el paso fluido del personal. La mayoría de los rangos subalternos llevaban uniformes reglamentarios de los SACD, aunque se podía identificar a unos pocos como oficiales de BattleMechs por sus jerseys y pantalones con rayas rojas. Algunos se habían arremangado los trajes debido al calor reinante en la sala, y exhibía unos tatuajes pálidos. Los superiores iban de negro, como el uniforme de las FIS de Ninyu. A diferencia de la vestimenta utilitaria de las FIS, las túnicas de los oficiales mostraban un corte severo y sólo iban adornadas con charreteras, galones en el cuello y el ubicuo dragón kuritano.

El *Tai-shu* Michi Noketsuna vestía el uniforme gris de *senshi* y una chaqueta acolchada. Las botas de los Mechs de punteras hendidas del Señor de la Guerra carecían del lustre impecable del calzado de un oficial que se preciara. Estaba rodeado por un grupo de hombres y mujeres con atuendos similares. «Su maldito equipo Ryuken-ni —pensó Ninyu—. No me sorprende».

Decidió participar en su conversación. Se abrió paso a través del atareado centro hasta los niveles más bajos, esquivando a los militares de chaquetas negras y dejando que los subalternos de uniformes pardos y los Techs de gorras rojas se abrieran su propia línea de avance. A los *senshi* de jerseys grises les mostraba respeto, era la forma de trato más segura con guerreros que se consideraban a sí mismos samuráis. «Incluso los inconformistas Ryuken», recordó. Cuando se aproximaba al grupo, un *Chu-i* los interrumpió haciendo una agitada reverencia.

—Nos ha llegado una información extensa desde Kessel, *Tai-shu*.

—Desvíe el mapa de situación al tanque cuatro y actualice los perfiles de fuerza —ordenó Michi.

—¡*Hai!*

Michi dijo unas palabras más a sus oficiales Ryuken que Ninyu, al estar aún



demasiado lejos, no logró captar. Con la excepción de una, todos se dirigieron a la salida. Reconoció a la oficial Ryuken como la *Tai-sa* Ysabeau Johnson, comandante del regimiento *ni*. Los que se marcharon se separaron al llegar a su altura, evitándolo con cuidado. Le resultaron agradables las miradas hostiles que acompañaron a sus saludos rutinarios, aunque fingió mostrar indiferencia ante su existencia. No necesitaba sus buenos deseos.

Se acercó y Johnson la saludó con su placentera voz de contralto.

—¿Visitando los lugares de interés, *Kerai-kun*?

—Sólo cumplo con los deberes que me asignó el *Kanrei*, *Tai-sa*.

Ella sonrió con gesto titubeante y sus ojos se posaron en Michi, quien no hizo ningún gesto que el oficial de las FIS pudiera ver. A cambio, se volvió hacia él.

—Su consejo será bien recibido, *Kerai-kun* —afirmó con rigidez—. Pero, por favor, absténgase de molestar a mis oficiales en sus puestos de trabajo.

Éste sostuvo la mirada de Michi el tiempo suficiente como para expresar irritación por sus maneras condescendientes, aunque no dijo nada. Concentró su atención en el centro de la sala, donde una pequeña sección elevada contenía las pantallas estratégicas principales.

Cinco holotanes pequeños formaban un círculo irregular alrededor de uno más grande, que los doblaba en tamaño. Cuatro de los pequeños mostraban superficies planetarias, con iconos de color azul y rojo representando las disposiciones tácticas de las fuerzas que luchaban en dicho planeta. Uno de los cuatro parpadeó mientras Ninyu lo observaba, desvaneciéndose su imagen para ser reemplazada por una nueva configuración geográfica que se estabilizó cuando los iconos comenzaron a brillar y cobrar existencia. El quinto tanque pequeño era una pantalla de sistema, con los globos característicos de los planetas y los puntos centelleantes de las Naves de Salto, de Descenso y cazas. Los cinco llevaban nombres que refulgían fantasmalmente, indicando los sistemas: Athenry, Ainasi, Kervil, Kessel y Vega.

El tanque grande tenía un mapa estelar del Distrito de Dieron. Unos fuegos rojos enmarcaban los seis soles, incluyendo a los sistemas expuestos en los tanques más pequeños. Un tono escarlata se encendió y se apagó en torno a otros cuatro. Las tonalidades sólidas fueron acompañadas por unos penachos en miniatura que representaban a las fuerzas identificadas entre los invasores. Algunos todavía eran discos grises opacos, igual que aquellos de las zonas rojas intermitentes que simbolizaban los ataques enemigos que aún no se podían considerar como una invasión completa, indicando que la unidad enemiga exacta todavía no había sido identificada.

Un asistente con el rostro enrojecido llegó corriendo y le pasó a Michi un sobre de ComStar. El *Tai-shu* lo abrió, lo leyó rápidamente y, luego, lo estrujó hasta formar una bola. Se dirigió con andar rígido hasta el sillón de mando elevado desde el cual

podía abarcar todo el centro. Sin sentarse, activó el micrófono de los altavoces.

—Que todos los comandantes de regimiento y el personal general se reúnan en la cubierta del tanque. ¡*Sugu!*

Ninyu tamborileó con los dedos el extremo superior del holotank en el que se apoyaba, súbitamente interesado. Contempló a los oficiales que se acercaban, y vio que algunos no se daban mucha prisa. En su desgana, reconoció protesta y desaprobación. Todos eran generales, y cada uno creía que él podría haber sido nombrado Señor de la Guerra después de la muerte accidental de Kingsley. El repentino ascenso de rango de Michi los había irritado tanto como su anterior estado de renegado, y parecía que los años que éste llevaba como Señor de la Guerra habían incrementado su rechazo y desconfianza.

Tan pronto como llegaron, Michi habló desde los escalones que conducían a su sillón de mando.

—Oficiales del Condominio, acabó de recibir un mensaje directo del Coordinador. —Ninyu percibió que el grupo permanecía excitado, a la expectativa. La mayoría esperaba la respuesta del Coordinador a la invasión; sin embargo, algunos, sin duda, esperaban la destitución de Michi—. Todos son conscientes de la situación en la que nos hallamos. Las cosas están un poco mejor en Benjamín y Galedon. Las fuerzas de Davion han iniciado una invasión del Condominio a escala total. Así como han hecho aquí en Dieron, han saltado por encima de nuestras unidades atrincheradas en la frontera, penetrando en nuestro hogar. Hemos perdido toda comunicación con las guarniciones de Sadalbari, Huan y Alrakis.

«Debido a la presencia de las formaciones de élite, inteligencia militar ha estimado que los invasores están atacando directamente a las otras capitales del distrito. Da la impresión que pretenden aislar a Dieron antes de reducirlo. Las FIS se muestran de acuerdo con esta evaluación.

»El Coordinador nos ordena que resistamos a cualquier precio. No debemos entregar ni un sólo planeta Hay que fortificar Dieron y luchar hasta el último hombre. —Michi aspiró una profunda bocanada de aire antes de añadir—. Les agrada saber que Takashi Kurita expresa su absoluta confianza en nuestra capacidad para repeler a los atacantes.

«Espero proposiciones de modificación de defensas durante la próxima hora.

La reunión se disolvió en una docena de discusiones y gritos de los generales llamando a su plana mayor. Algunos iban a regresar a sus mesas de mando, pero antes de que se dispersaran, la voz de la *Tai-sa* Johnson se alzó por encima del estrépito.

—¿No podemos apelar a la orden de fortificarnos al *Kanrei*? Una posición estática defensiva resultará demasiado limitadora. Necesitamos algo de espacio para maniobrar.

—El comunicado viene también firmado por Theodore Kurita —anunció con

solemnidad Michi—. A partir de ahora, somos la Fortaleza Dieron.

Ella se pasó la lengua por los labios.

—Si nos quedamos aquí sentados a la espera nos convertirán en chatarra.

—Estoy de acuerdo.

—Contraataquemos. Lancemos a los Ryuken para que caigan detrás de sus líneas.

Michi se detuvo como si lo meditara, pero Ninyu se mostró suspicaz. Normalmente, el *Tai-shu* relegaría cualquier solicitud aduciendo que la iba a analizar. La respuesta confirmó sus sospechas.

—Muy bien. Sugiero que Caph, Proción y Saffel sean los objetivos iniciales. Quiero tener un plan operativo dentro de una hora.

Ninyu pensó que el plan aparecería en la computadora en unos minutos. Esta decisión ya había sido tomada de antemano; la petición de Johnson era en beneficio de los otros oficiales. Los Ryuken despegarían para ir al encuentro de sus unidades antes de una hora.

«¿Qué juego te traes entre manos, pirata?»

Michi giró para mirar a Ninyu. La cara del *Tai-shu* aparecía sombría.

—*Sho-sa* Kerai, hemos confirmado la presencia de tropas de Steiner en ocho de nuestros mundos, y en siete las milicias liranas forman el grueso de las fuerzas hostiles. Ha llegado el momento de que lleve a cabo el plan de contingencia del *Kanrei*.

—No necesito que me diga cuáles son mis obligaciones. —Ninyu se quitó un polvo inexistente de la manga de su chaqueta. Su acto menospreciaba las palabras del *Tai-shu*, sumándose a la falta de respeto por no llamar a Michi con su título correcto —. Mi gente está ocupando sus posiciones. Entrarán en acción cuando *yo* lo diga.

Algunos de los oficiales allí reunidos murmuraron entre sí por el trato que le dispensó. Por la expresión de sus ojos y las sonrisas apenas contenidas supo que lo aprobaban. El *Tai-shu* Noketsuna no era popular entre la mayoría de los militares.

«Será mejor que te mantengas del lado bueno de Theodore, pirata. Es lo único que te salva de estos chacales».

**Campo de Dunas de Manschemman,  
Continente Beiseit, Marduk  
Distrito Militar de Benjamín  
Condominio Draconis**

**14 de junio de 3039**

—¡Es glorioso! ¿Verdad, Jimmy?

La estática cortó algunas de las palabras de sir Michael Hallbrock, pero su entusiasmo resultaba patente. James Sandoval, mariscal recién nombrado de las FASF, duque de Robinson y heredero del puesto de su padre como comandante de la Marca Draconis, se mostró totalmente de acuerdo. Sólo deseaba que éste pudiera estar presente para participar de la humillación a la que sometían a las Serpientes kuritanas.

Cuando la Federación de Soles había perdido mundos a manos del Condominio durante la Cuarta Guerra, Aaron Sandoval casi se había sublevado para establecer su propia guerra. Sin embargo, los consejos más cautos prevalecieron, y, entonces, se dedicó de forma indirecta a conseguir sus fines. Cinco años atrás había abdicado de su trono ducal a favor de James. Con una precisa presión y reclamando favores debidos, el viejo duque logró arreglar que su hijo ocupara el trono de mando de la Marca Draconis. James, que ya ascendía con rapidez a través de los rangos de las FASF a pesar de no haberse educado en el ICNA, regresó a la Marca para hacerse cargo del Primero de Rangers de Robinson.

Aaron se trasladó a Nueva Avalon. No sólo con el fin de dejarle el campo libre ajames, a quien la gente empezaba a llamar el joven duque, sino para llevar su lucha política allí donde pudiera encender algunas llamas. Entre los políticos y cortesanos, el cabello gris de Aaron fue un recordatorio constante de que tenía un enemigo justo en el umbral de su puerta. El viejo duque importunó, halagó, amenazó e insistió de

forma constante en el exterminio del Dragón. El mismo Príncipe no fue inmune a sus actos. Siempre que se veían, el viejo duque le recordaba a Hanse Davion el juramento hecho en su coronación para recuperar los planetas perdidos ante el Condominio Draconis durante la Primera Guerra de Sucesión. Cuando era posible, le señalaba que también habían perdido otros mundos durante el reinado de Hanse.

En el momento en que dio la impresión de que el Príncipe había sido humillado por las pérdidas sufridas en la Cuarta Guerra y distraído por los problemas surgidos en los estados fronterizos, Aaron sacó a relucir su programa de presión. Siempre estaba dispuesto a enfatizar los últimos informes de inteligencia acerca del rearme del Condominio y a señalar, ayudado por múltiples referencias históricas, cuál iba a ser el resultado probable de los actos del Dragón. Finalmente, cuando el Príncipe tenía la guardia baja, le hizo ver que ya era el momento para un ataque preventivo contra el todavía débil Condominio. Entonces, se trazaron los planes para la invasión.

El viejo duque cumplió con su parte; lanzó a la Federación de Soles y a sus aliados de la Mancomunidad de Lira al cuello del Dragón. También consiguió que nombraran mariscal a James y que condujera el ataque a Benjamín. Fue un golpe político. Ahora era el momento de que éste recompensara la confianza depositada en él por su padre.

James se hallaba dispuesto a añadir otro galardón de Matador de Dragones a todos los que ya adornaban los uniformes de desfile del Primero de Rangers de Robinson. Estos habían conseguido unos cuantos gracias a sus éxitos en la lucha contra el Condominio. Quería otro, y estaba decidido a que el suyo fuera el único que contara. El último. El que significara que el Dragón estaba muerto de verdad.

La lanza de mando avanzó a través de la refulgente superficie del campo de dunas de Manschemman. Al mando de su *Zeus*, dejó que el constante intercambio táctico de los regimientos de aerodeslizadores que maniobraban con los Rangers lo envolviera. La operación iba a la perfección. Los aerotanques kuritanos se mostraban obstinados, pero, poco a poco, cedían terreno. Truenos lejanos marcaban las dispersas batallas que se libraban al norte.

Justo en el momento en que pensaba ordenarle a la lanza que virara en aquella dirección, una duna situada a ochenta metros a su izquierda explotó en una ducha diamantina de sílice. Un BattleMech pintado de color ocre salió de donde estaba oculto de los sensores de los Rangers por la arena y el calor. La computadora de James identificó a la máquina como un *Panther* mientras intentaba emplazar las retículas del objetivo sobre el tridente plateado grabado en la parte izquierda del pecho. El Mech kuritano se hizo a un lado antes de que pudiera estabilizar el blanco en su mira.

El *Panther* aceleró hacia él y el Lord Light CPP de su brazo derecho crepitó a medida que el arma aumentaba su potencia. Cuando James trataba de rastrear el objetivo, el piloto kuritano descargó el haz de partículas. El voraz relámpago azul rozó

la cadera del *Zeus*, derritiendo el blindaje allí donde las partículas cargadas lo rozaron. James se mantuvo firme, confiado en la capacidad de su Mech para absorber tal castigo.

Desde el flanco derecho de la lanza, una andanada de misiles de largo alcance serpenteó para horquillar al kuritano que avanzaba hacia él. Los cohetes salieron del *Zeus* del Hauptmann Benoit. Antes de que el humo oscureciera al *Panther*, James observó cómo saltaban fragmentos debido a la potencia de las cabezas explosivas.

El mismo descargó una ráfaga de su cañón automático Defiance hacia la nube, con la esperanza de que los proyectiles dieran en el blanco. Hallbrock acercó su *Wolverine*, interponiéndose en la línea de fuego entre el kuritano y James. El *Zeus* de Benoit avanzó pesadamente desde la derecha. Aun en ausencia del *Enforcer* de Devlin, que cumplía la función de enlace con el regimiento de aerodeslizadores, la lanza superaba con creces al solitario Mech enemigo.

El polvo comenzó a aposentarse. James quedó perplejo al no ver al *Panther*, pero el enigma se resolvió cuando el Mech kuritano se arrastró por entre la nube y alzó el brazo, para disparar otra descarga al *Zeus* del comandante.

La energía ciánica segó al *Zeus* casi en el mismo lugar donde el rayo anterior había impactado. El blindaje se derritió bajo la caricia del haz de partículas y cayó con un siseo en la grieta recién abierta. En la carlinga, vio que las luces indicadoras se ponían ámbar durante un microsegundo antes de centellear en color rojo. Maldijo cuando la juntura de la cadera de la máquina se quedó inmovilizada, soldada por el enorme calor.

Hallbrock arrojó contra el kuritano unos proyectiles antiblindaje con el cañón automático Whirlwind de su *Wolverine*. Benoit descargó el cañón de su Mech y añadió unos rayos de luz de color rubí procedentes de su láser Thunderbolt A5M. El *Panther* se retorció bajo el ataque. Su armadura destrozada se abrió, permitiéndole ver sus huesos de ferrotitanio a través del remolino de llamas y humo. El *Zeus* de Benoit se le aproximó y lanzó el pie masivo y cuadrado en un arco corto. La patada se abatió sobre el costado de la carlinga del *Panther* caído, arrancando todo el montaje de la cabeza al tiempo que aplastaba las paredes laterales.

—Es un buen piloto ese Benoit —comentó Hallbrock en la frecuencia privada que tenía con el mariscal.

—No necesito un guardaespaldas —restalló James—. Yo mismo podría haber acabado con él.

—Jamás desprecies un regalo, Jimmy, muchacho. Y nunca lamentos tener un buen Mechjock en tu equipo.

—Tiene razón. Debería estar agradecido. —Se había quedado asustado, inmovilizado por un temor irracional cuando la maldita Serpiente salió arrastrándose de entre el polvo, todavía dispuesto a proseguir la batalla. Se alegró de que Benoit y

Hallbrock estuvieran presentes. Todavía tenía que foguearse. Se suponía que los comandantes de BattleMechs eran los más duros. Sin embargo, no se suponía que fueran estúpidos. Activó la frecuencia de la lanza—. Tendré que llevarme al bebé para que lo reparen. Gracias, Hauptmann.

—*Bit te*, mariscal.

—Jimmy, muchacho, Devlin informa que los Dracs huyen.

—¿Han recibido algún daño?

—Mínimo.

—¿Qué ha sido de la filosofía samurái de luchar hasta la muerte?

—Aún existe, herr mariscal. —El *Zeus* del Hauptmann Benoit pateó al *Panther* caído—. Siempre que los acorralamos.

«Y ése ha sido el problema», musitó James para sus adentros.

—Dejadlo, Rangers —ordenó por el canal de mando del GRT—. Que se marchen. Si os desplegáis para perseguirlos, nos meteremos en problemas. No queremos que se repita lo que le sucedió al Décimo de Deneb la semana pasada.

Condujo la lanza de mando de regreso al cuartel general. El trayecto de retorno con el *Zeus* herido fue agitado, y se mostró aliviado cuando atravesaron el perímetro. Aparcó el Mech delante del barracón de los Techs, dando órdenes de que se lo rearmaran tan pronto como la cadera funcionara otra vez. La fuerza expedicionaria quizá no dispusiera de los proyectiles y misiles deseados, pero como comandante podía hacer que le llenaran los cargadores de municiones. Sir Michael Hallbrock lo estaba esperando cuando llegó al hotel expropiado para que sirviera de cuartel general de los Rangers. Su viejo partidario tenía el pelo cano pegado a la cara por el sudor. Le pasó una cerveza fría ajames. El ya se había bebido media botella.

—La situación se está poniendo dura ahí afuera, Jimmy. Las Serpientes dan la impresión de encontrarse muy bien preparadas. Las malditas plantean más resistencia de la que he visto en mucho tiempo. Incluso las jodidas milicias del planeta se enfrentan a nuestras máquinas pesadas. Me tiene un poco preocupado.

James vació la botella y arrojó el casco por encima del hombro.

—No exagere, sir Michael. Nos hemos visto obligados a frenar un poco, pero no nos va peor que a cualquiera de las otras unidades de asalto planetarias. La primera ola todavía sigue el plan bastante bien, y aún no hemos visto eso de «la muerte antes que el deshonor» que se supone recibiremos de los Dracs. El terrible y feroz Dragón se está mostrando de papel.

—Creo que te apresuras en tu juicio, Jimmy.

—El príncipe Hanse pronto dará vía libre a los suministros para la segunda ola. Disponemos de lo que necesitamos para barrerlos y continuar. Llevaremos a los Rangers por la periferia y nos encontraremos con el núcleo del ataque de Galedon, rodeando el Pulgar de Galtor. Por ese entonces, las rebeliones que hemos instigado

habrán explotado. No me sorprendería que nuestros partidarios dejaran a los Dracs sin ninguna ayuda ante los mercenarios que ha enviado el Príncipe. Vamos a recuperar todo lo que los Dracs nos han robado, y más.

En ese momento, llegó a toda carrera un mensajero, esbozando un saludo mientras soltaba jadeante el comunicado.

—El Primer Batallón del Décimo de Deneb informa de un ataque de blindados kuritanos, mariscal Sandoval. Lo han repelido, pero su comandante cuenta una docena de Mechs abatidos, y tres como mínimo imposibles de reparar.

James despidió al mensajero y se volvió para encontrar los ojos castaños de sir Michael observándolo con curiosidad.

—¿Un presagio, Jimmy?

El mariscal se rio.

—¿Es usted un hombre supersticioso, mi buen caballero?

—Tal vez. Estuvimos luchando con muchos blindados suyos y también con otros vehículos pesados. Sin embargo, apenas hemos visto a sus malditos BattleMechs.

—Entonces, ¿dónde los tienen?



**Almacén de Envíos AgroMekTek,  
Puerto Paix, Le Blanc LeBlanc  
PDZ, Marca Draconis,  
Federación de Soles**

**6 de julio de 3039**

El ruido llenaba el largo y abierto espacio del centro de envíos de AgroMekTek. No era inusual para este fabricante de Mechs con fines agrícolas e industriales. A menudo, la corporación desmontaba aquí ciertas piezas de sus productos con el fin de embalar y despachar los envíos de sus pedidos interestelares. Esa clase de trabajo era ruidoso. Lo que sí resultaba poco habitual era que las máquinas con las que estaban trabajando no fueran desguazadas; estaban siendo montadas. Y se trataba de BattleMechs.

Los trabajadores subían a los andamios para soltar juntas delicadas de sus monturas resistentes a los impactos y cambiarlas por diversas piezas electrónicas y de armamento que, por medidas de seguridad, habían sido transportadas por separado. Pintores con máscaras trazaban listas y manchas sobre la base blanca de los aparatos, cuidando con especial atención cubrir las estrellas de largas colas que había en las piernas izquierdas de los Mechs. Un punzante olor petroquímico permeaba el almacén mientras hombres y mujeres con trajes aislantes empleaban disolventes para quitar los últimos residuos del gel protector de las armas y las superficies móviles. Hombres de expresiones duras, con tatuajes llamativos sobre sus torsos desnudos, sudaban y gruñían mientras colocaban cajas con los letreros: «Cohetes Sonda», ante los pies de las máquinas. Una se les escapó de las manos y cayó estrepitosamente al suelo de ferrocemento, rompiéndose y desparramando su contenido, mostrando misiles de alto poder explosivo. Maldiciendo, los *kobun* recogieron las cargas dispersas.

Yasir Nezumi se acercó a Tomoe Kurita, quien se hallaba supervisando el progreso de los obreros mientras estudiaba un mapa de Port Paix. El atezado rostro del *oyabun* se veía iluminado por una sonrisa que mostraba todos los dientes y que él consideraba amistosa y encantadora.

—Todo va bien, ¿verdad?

Tomoe alzó la vista del mapa.

—*Hat, oyabun*. Ya casi están preparados.

—Nos sentimos muy satisfechos de prestarle servicio al gran señor Theodore. Que su vida sea próspera. —Se inclinó hacia adelante para comentar con tono confidencial —: Me alegro de que el *Kanrei* no haya tenido en consideración negativamente contra mi organización las lamentables circunstancias de nuestro primer encuentro. Me hubiera mostrado más solícito de haber sabido quién era.

—Entonces, creyó que era mejor ser precavido, *oyabun*. Lo comprende y no guarda ninguna animosidad. Usted y su organización le han servido bien.

Nezumi se sintió aliviado. Jamás se encontraba muy cómodo cerca de Theodore, siempre temía que el incidente de Benjamin estuviera en su mente. Las palabras de su esposa y teniente mitigaron su preocupación.

—Aunque ésta fuera mínima, me complació ayudar a presentarle al *Kuromaku*. —Nezumi hizo una reverencia. Cualquier cosa que lo congraciara con Theodore, no le haría ningún daño. Quizás el *Kanrei* sólo esperaba el fin de esta guerra para ajustar viejas cuentas—. Tal vez algunos de mis hombres puedan prestarle sus servicios para tomar la ciudad.

—No es necesario que exponga la operación que está llevando aquí a semejante peligro, *oyabun*. Este mundo no ha de plantearnos ninguna dificultad. Normalmente, LeBlanc es un planeta abierto, ya que sus gobernantes, ansiosos de dinero, buscan rivalizar con Galatea para convertirlo en un refugio y un mercado de contratación mercenarios. Sólo aceptan la presencia de tropas de Davion a regañadientes, y no sienten ninguna lealtad real hacia la Federación de Soles. Sus habitantes no interferirán. Una vez que los soldados de dicha Casa partan al frente, no quedará más que el esqueleto de una defensa estacionada en la guarnición que hay en las afueras de la ciudad.

—Perdone mi ignorancia, *jokan*, pero, entonces, ¿por qué han infiltrado a tantos MechWarriors en la ciudad? La compañía de Chokei lleva semanas aquí, supuestamente buscando empleo. Es fuerte. ¿No podrían haberse apoderado ellos mismos de la guarnición?

—Sí —concedió ella—. Y lo harán, si los Budas nos sonríen. Pero se trata únicamente de una distracción. Mis *senshi* y estos estupendos BattleMechs, que se han perdido en tránsito cuando iban rumbo a la sede de ComStar —al escuchar el comentario, Nezumi hizo otra reverencia—, han de aprovecharse de los comerciantes

del Puerto Paix. Capturaremos sus Naves de Descenso en el campo de aterrizaje. En cuanto las hayamos asegurado, las emplearemos para abordar y tomar sus Naves de Salto.

—*So ka*. Entonces, se unirán a la cadena de naves que forman nuestro puente entre las estrellas.

Tomoe se rio.

—Muestra una tendencia poética, Nezumi-sam. Yo no le daría ese nombre a la mezcla de Naves de Salto que tenemos allí. En su mayoría, son proscritos, piratas y contrabandistas. —Cuando Nezumi frunció el ceño, añadió—: Y mercaderes.

Aceptó la corrección de ella con buen talante. Muchas de las Naves de Salto que se ocultaban entre los soles sin colonizar existentes entre el Condominio y los objetivos de Theodore procedían de compañías dirigidas por los yakuza. Algunas de ellas jamás estuvieron involucradas en actividades ilegales. En total, la participación yakuza superaba con creces los pocos navíos militares del «puente entre las estrellas».

Ese «puente» era una cadena que permitiría la rápida transferencia de unidades de asalto kuritanas al corazón de la Marca Draconis. Cuando una nave saltaba a un sistema, trasladaba sus Naves de Descenso a otra que le aguardaba allí con sus propulsores Kearney-Fuchida cargados y preparados. Los pasajeros no tendrían que esperar mientras la nave original recargaba su propulsor, un proceso que podría costar una semana o más. Usualmente, esa técnica era empleada por los mensajeros y para transportar a los gobernantes de las Grandes Casas, pero, por lo general, los comerciantes descubrían que la reducción en el tiempo de tránsito no compensaba los gastos.

—Incluso los mercaderes honran al Dragón, *jokan*. Verá que nuestros capitanes son eficientes y experimentados.

—Estoy convencida de ello, *oyabun* —repuso ella con una sonrisa.

Una joven secretaria llamó a Nezumi desde una pasarela situada a quince metros sobre el ferrocemento. Con un gesto le indicó que ya la había visto; luego, se inclinó ante Tomoe.

—Es la hora de la transmisión de la señal.

—Vamos.

Cogieron el ascensor hasta las oficinas, llegando a tiempo para ver el logotipo de ComStar desvanecerse del monitor de noticias de la habitación. Una experta con túnica amarilla saludó a su público invisible y leyó un resumen de los mensajes del día recibidos en la estación GHP.

Tomoe y Nezumi aguardaron pacientemente la finalización de los partes de guerra, tal como habían hecho toda la semana desde que ella arribara. Él sudaba, aunque la oficina estaba más fresca que la planta de trabajo. Una mirada a la ventana le aseguró que el amplio panel lleno de escarcha se hallaba abierto. «Son los nervios —

pensó—. De algún modo, creo que hoy es el día».

Cuando finalizaron las noticias de interés general, fueron seguidas por la habitual lista de mensajes o transmisiones privadas. Nezumi las escrutó con avidez y allí la vio. Un comunicado del señor Gan, de Puerto Paix, dirigido a su hermana, Rose.

Miró a Tomoe en busca de confirmación. Ella asintió.

Se situó detrás del escritorio y tecleó el código para la estación de ComStar en su tablero de comunicaciones. Mientras aguardaba que la emisión llegara, preparó el sintetizador vocal que transmitiría las palabras de Rose Gan. Luego, verificarían la orden de marcha comprobando el contenido en apariencia inocuo del mensaje del vendedor a su hermana.

Nezumi miró por la ventana mientras esperaba que se estableciera el enlace. El sintetizador habló, iniciando su conversación con el acólito de ComStar que atendió su llamada. Vio que en el nordeste se elevaba humo. Suaves y apagados por la distancia, los sonidos de la batalla flotaron a través de la ventana abierta.

—Ese debe de ser Chokei —decidió—. Siempre se mostró demasiado ansioso por entrar en acción.

**Centro del Gobierno, Nevcason, Vega**

**Distrito Militar de Dieron**

**Condominio Draconis**

**12 de julio de 3039**

La comandante Kathleen Heany frunció el entrecejo malhumorada cuando los oficiales entraron en la estancia riéndose. No es que su diversión resultara ofensiva. El Buen Señor sabía que debido al éxito actual era normal que reinara la alegría.

No, no eran los militares jóvenes los que la irritaban, sino la forma en que la mariscal de campo Nondi Steiner los trataba. Esos novatos y sus camaradas de las Fuerzas Armadas de la Mancomunidad de Lira eran los niños de cabellos dorados procedentes de las juntas de promoción y del servicio de intendencia. Lo que empeoraba la situación era la forma en que el general Steiner y el resto del Alto Mando escuchaban sus ideas..., ideas corrompidas por el pensamiento davionista.

«¡Por la espada de Ymir! Incluso sería más fácil de soportar tener en el Alto Mando a graduados de Nagelring, como Patrick Finnan».

Nondi y su camarilla ignoraban los consejos veteranos y sensatos de oficiales como ella. En cambio, Heany y muchos de sus contemporáneos se veían relegados a puestos en la plana mayor y a honores vacíos. Un miserable «gracias» para la gente leal y con talento que había servido con distinción en la guerra de Davion contra los capelenses, soldados que llevaron el peso de la Operación Götterdämmerung y que, luego, fueron traicionados por políticos que despilfarraron los beneficios obtenidos con tanto esfuerzo.

«Ah, bueno —suspiró interiormente—. Los caminos del Señor son misteriosos».

Recorrió la estancia con la mirada. La luz resplandeciente del sol del planeta, aunque mitigada por el panel de vitrilo tintado que dominaba la pared exterior, suministraba iluminación más que suficiente para el gran cuarto cuadrado. Le prestó poca atención al elegante mobiliario y a las pantallas con pinturas delicadas que

decoraban la cámara; su interés estaba centrado en los oficiales allí reunidos. Hablaban en grupos, se hallaban sentados en los sillones de diseño original de la estancia o en las recién adquiridas sillas plegables y de respaldo recto.

En el otro extremo de la habitación, su viejo rival, Patrick Finnan, se sentaba solo, con una expresión tan amargada como la suya. El también había tenido que aguantar a ese escurridizo muchacho kuritano. Los medios de comunicación se ensañaron con los errores cometidos con el bisoño heredero del Dragón. Comprendía lo que sentía, ya que ella misma había padecido lo mismo, lo cual le hacía sentir casi simpatía por el arrogante graduado de Nagelring.

Sus pensamientos se perdieron cuando las grandes puertas dobles del cuarto se abrieron, dando paso a Nondi Steiner. Con un gesto, la mariscal de campo le indicó a los allí reunidos que volvieran a sentarse cuando se levantaron para saludarla. Se dirigió al fino escritorio importado de caoba donde Heany y el resto de la plana mayor esperaban para dejar su ordenador portátil sobre la mesa antes de dirigirse al grupo.

—Buenos días, damas y caballeros. Me alegra ver que todos están descansados y listos. Lo necesitarán. —Su rostro se mostró severo; luego, una sonrisa comenzó a dibujarse en su boca—. La transmisión de fax de esta mañana traía la luz verde para lanzar la segunda ola.

El cuarto explotó en unos vítores entusiastas y en gritos marciales. Heany experimentó una oleada de excitación que, momentáneamente, le hizo olvidar que ella apenas tomaría parte en la ofensiva.

Un único sonido agudo llegó a sus oídos a través del tumulto. ¿Un disparo? Con incredulidad, se volvió para echar una ojeada por la ventana. Muchos más habían oído la detonación, y ladearon las cabezas en busca de una explicación.

Un casco de infantería de estilo Steiner cayó detrás de la ventana en su camino hacia el suelo. Un momento más tarde, tres objetos pesados golpearon suavemente contra ésta, quedando pegados allí donde impactaron. Heany vislumbró los delgados cables que ascendían hasta el techo y se incorporó al instante. También otros oficiales se pusieron en movimiento, pero la mayoría apenas logró reconocer el origen del disturbio antes de que las masas explosivas detonaran, destrozando el panel de vitriilo. Los fragmentos cayeron en una lluvia de cristal por toda la estancia, desgarrando uniformes y carne con insensible indiferencia. Por la gracia de Dios, ella resultó ileso pero vio, sin embargo, cómo un comandante con los ojos desorbitados caía a sus pies, cómo movía la boca sin lograr emitir sonido alguno, con una astilla de vitriilo sobresaliendo por la parte posterior de su garganta atravesada.

Otra explosión arrancó las puertas dobles de sus goznes. La onda expansiva tumbó por igual el mobiliario y la gente que estaba en línea directa con ella. El cuarto se llenó de humo y gritos.

Un movimiento captado por el rabillo del ojo hizo que girara hacia la ventana. Media docena de figuras vestidas de negro entraron por la abertura de la pared exterior para aterrizar como gatos en medio del caos. Las cuerdas con las que habían descendido serpentearon en la ventana para pender quietas mientras las ametralladoras de los intrusos descargaban la muerte sobre aquellos próximos a ellos. Gracias a una ráfaga que despejó el denso aire, Heany vio que una docena más de soldados penetraban a través de la puerta demolida. Sus ametralladoras se sumaron a la cacofonía reinante.

De repente, se vio enfrentada a la lisa máscara de uno de los invasores. En ese momento inmovilizado, se imaginó los ojos fríos detrás del visor polarizado. Notó que la analizaban antes de alzar levemente el cañón del arma. Una tos y un movimiento a su lado rompió la inmovilidad de la situación. Nondi Steiner se esforzó por incorporarse detrás del escritorio caído. El soldado giró para apuntar a la mariscal de campo. Sin pensarlo. Heany se lanzó al costado, tumbando a Steiner en el momento en que el intruso disparó. Sintió una punzada de dolor ardiente en su pierna izquierda cuando cayó sobre la oficial superior.

—Soy demasiado vieja para esto —gimió.

Unas pulsaciones de láser atravesaron el humo que se disipaba, abatiendo a tres invasores. Por todo el cuarto, los intrusos comenzaron a separarse de las luchas entabladas con los soldados Steiner. Dos mantuvieron sus puestos, disparando a las tropas liranas que, finalmente, habían arribado. Reagrupándose en la ventana, los kuritanos fijaron las cuerdas a unos aparatos que llevaban en los cinturones y se arrojaron al exterior. Un zumbido agudo invadió la estancia cuando ascendieron al techo. Los guardias derribaron a los dos intrusos que quedaban y cruzaron la estancia a toda velocidad para abrir fuego sobre las sombras que se desvanecían.

Con la misma brusquedad con la que había comenzado, el ataque terminó.

Más soldados entraron en la habitación. A Heany le pareció que sus uniformes grises de campo y sus chalecos de batalla se veían extrañamente limpios, inadecuados para la carnicería que había en la sala de reuniones. Tan pronto como el oficial al mando se cercioró de que no quedaban más invasores emboscados, ordenó a sus hombres y mujeres que atendieran a los heridos.

Heany se apartó de la mariscal de campo Steiner. Esta tenía un color ceniciento bajo la sangre que le cubría el rostro. Respirando aguadamente, tanteó el cuello de Steiner, intentando encontrar el pulso. Se sintió aliviada cuando sintió las palpitations. Sin embargo, éste se desvaneció cuando vio la sangre que manaba de la pierna de la mariscal. Heany desgarró su túnica y formó una bola para taponar la herida. El fluido empapó la tela y le bañó la mano; no obstante, consiguió que disminuyera.

—¡Medtech! —Cuando su primera llamada se perdió entre los otros gritos de

ayuda, añadió—: La mariscal de campo Steiner ha sido herida.

Los médicos se apresuraron a ir a su lado para relevarla. Le aseguraron que con cuidados intensivos viviría. Sin embargo, sus heridas eran graves. Durante mucho tiempo no dirigiría ningún ejército.

Heany se incorporó y se apoyó en una pared antes de caer. Mirando la pierna que la había traicionado, descubrió que tenía los pantalones empapados de sangre. No dijo nada. Había oficiales con heridas más serias que requerían atención. Se aferró a la mesa volcada y observó la sala, sintiendo que su estómago se rebelaba ante la vista y los olores de un cuarto de conferencias convertido en un matadero.

¡Tantos! Contó las cabezas, buscando los rostros que conocía. Finnan se sostenía un brazo lacerado mientras le insistía al medtech que intentaba vendarle que no tuviera en cuenta su rango y cuidara de los heridos más graves. Brian Kincaid y Willy Thompson se encontraban entre los que apenas habían recibido unos cortes por el impacto de los restos que explotaron y volaron por la estancia. Uliosha Donovan yacía en un charco de sangre, el rostro medio despedazado por las balas y el torso desgarrado en una masa de carne y fluidos. Había demasiados cuerpos inmóviles. Había demasiados oficiales jóvenes entre los muertos. Lamentó su anterior antipatía hacia ellos. Eran muy jóvenes para morir de esta forma.

Con un sobresalto, se dio cuenta de que ella era la oficial de más alto rango.

No se podía permitir que Kurita se beneficiara de esta atrocidad. Debería tomar el mando. La ofensiva era muy importante y había que darles una lección a las Serpientes.

Tal humillación de la oficialidad sólo podía representar una señal de Dios. Había expresado su voluntad al dejarla a ella como la oficial superior sobreviviente. Se le daba esta oportunidad no sólo para mostrarle al Alto Mando, sino a toda la Esfera Interior, que los fallos durante la Operación Götterdämmerung se debían a la mala suerte. Les mostraría que las maneras antiguas de operar eran las mejores.

—Recomponeos. Todo aquel que pueda moverse, que baje a ver qué es lo que han dejado las Serpientes del centro de operaciones. Tenemos una guerra que librar.



**Condado Oeste de Cerant, An Ting**

**Distrito Militar de Galedon**

**Condominio Draconis**

**9 de agosto de 3039**

El mariscal Ardan Sortek dio otro mordisco a la barra marrón de raciones, con sabor a sudor rancio después de impregnarse de la atmósfera de la carlinga de su *Victor*, había conducido demasiado tiempo al Mech sin un cambio del sistema de aire. Ahogando un bostezo, llegó a la conclusión de que también él llevaba mucho tiempo sin dormir. «Ah, los gozos de la vida en el campo de batalla», pensó.

Si el único precio de la guerra fueran sus incomodidades, gustoso lo pagaría por verse libre de las interminables intrigas políticas de la corte de Davion. Años de participar en ellas lo convirtieron en un experto del juego, aunque no consiguieron que le gustara. Lo alivió encontrarse otra vez al mando de una unidad de línea y que ésta fuera el Primero de Guardias de Davion. A pesar de la muerte y los engaños tácticos que conllevaba, la guerra era más limpia que la vida en la corte. Hacía que un hombre se sintiera menos sucio.

Aquí en An Ting, vio en exceso el lado malo de la contienda, demasiadas muertes y sufrimiento. Contrario a las estimaciones de inteligencia, los kuritanos estaban esperando el asalto. Sus regimientos convencionales se hallaban en posiciones pertrechadas, preparados para el ataque de Davion. Hasta ahora, los Mechs de los Dracs apenas aparecieron en escena, y sólo para asestarle golpes sorpresivos a Davion, desapareciendo luego. A pesar de ello, la lucha fue feroz, y cada día que pasaba les alejaba más del tiempo calculado por el príncipe Hanse Davion.

Recibieron mensaje de los exploradores, diciendo que en las laderas de las colinas del oeste los kuritanos comenzaban a moverse. Deseando verlo en persona, Sortek partió con su *Victor*, sintiéndose lo suficientemente seguro a treinta kilómetros detrás

de las líneas como para viajar sin escolta. Esa confianza titubeó cuando avistó un tanque Vedette trepando a la cima de la colina que tenía delante. El vehículo blindado no emitió ninguna señal IAE que el equipo del *Víctor* pudiera leer.

No había hecho que le reabastecieran por completo las troneras de los misiles y la máquina estaba recalentada, ya que el sistema de calor seguía averiado debido a los impactos recibidos en la batalla de la semana anterior. Lo último que deseaba en ese momento era un combate. Como medida de precaución, armó sus láseres y activó el alimentador del cañón automático del Pontiac 100 que conformaban el antebrazo derecho del *Víctor*. Con optimismo, no varió el curso del Mech. Si el tanque era amigo, su tripulación no podría pasar por alto la insignia con la espada y el sol que llevaba en el pecho. Si no, por lo menos no sería un blanco inmóvil.

—*Merde* —maldijo cuando divisó la estela de humo blanco del cañón principal del Vedette.

Viró a la derecha, soltando rayos de color rubí de los dos láseres Sorenstein de 4,8 centímetros del brazo izquierdo del *Víctor* mientras cargaba. El proyectil del tanque abrió un surco entre los pies del Mech. Sortek apretó el acelerador, sufriendo sacudidas en la irregular carrera sobre el terreno agreste. Continuó con su fuego de hostigamiento a medida que se acercaba al tanque. Sólo dos impactos del vehículo kuritano le dieron, y apenas consiguieron descascararle parte de la lámina blindada de la pierna izquierda y la zona superior del pecho.

A setenta metros, disparó el Pontiac, pero el violento movimiento del *Víctor* lo hizo fallar. La ladera explotó alrededor del tanque. Con retraso, comenzó a avanzar de nuevo.

Introdujo la corrección en su sistema de ataque y volvió a disparar. Los proyectiles de alta velocidad golpearon al tanque mientras éste se revolvía sobre el terreno despedazado. Atravesaron las planchas ProTecTech del Vedette como si sólo fueran madera barnizada. Ante el impacto, volaron piezas y, un segundo después, todo el vehículo saltó por los aires en una explosión cegadora.

El mariscal no dispuso de tiempo para felicitar a sí mismo. Dos Vedettes más aparecieron en la cima de la colina. «No tiene sentido seguir guardando silencio», pensó.

—Sortek a Base Pangolin. Vehículos hostiles en el sector Tango-Romeo-siete-tres-seis. Necesito apoyo.

Abrió fuego sobre los tanques. Sin aguardar a ver los resultados, retrocedió. Un paso en la colina le permitió observar a toda la columna blindada avanzando por la otra pendiente en dirección a su posición. Repitió la llamada, y esta vez obtuvo una respuesta.

—Retroceda, mariscal —le aconsejó la voz fría del oficial de comunicaciones.

—Imposible, Pangolin. Caerían sobre mí. Tengo a toda una compañía.

Se produjo una breve pausa.

—Comprendido, mariscal. Hay una lanza camino del frente. Están estableciendo los vectores hacia su posición. Tiene suerte, mariscal. Deberían llegar en diez minutos.

—Será mejor que esté en lo cierto, Pangolin. Si estas Serpientes me derriban, las tendréis encima en treinta minutos.

—Entendido, mariscal. Buena suerte.

La batalla de Sortek con la compañía kuritana fue un tobogán: él tratando de mantenerse fuera de su línea de fuego y ellos intentando situar todos los vehículos posibles en posición para dispararle. Las Serpientes no perdieron tiempo en adoptar tácticas que las mantuvieran fuera del alcance de su cañón Pontiac en la medida de lo factible. Mientras tanto, el calor en la carlinga del *Víctor* subía sin cesar.

Justo cuando abandonaba la esperanza de un rescate a tiempo, el agudo vuelo de unos misiles de largo alcance anunció la llegada de la lanza Davion. El Vedette que acababa de mutilar se sacudió bajo el impacto de los cohetes. Un humo negro remolineó por entre los agujeros que las cabezas explosivas abrieron en su blindaje. Tan pronto como vio a los supervivientes abandonarlo, centró su atención en el siguiente oponente.

La lanza Davion, compuesta por dos *Enforcers*, un *Dervish* y un *Stinger*, avanzó a toda velocidad a través de las ondulantes colinas. Su ataque repentino e implacable aturdió a los kuritanos. Un Vedette se convirtió en una bola ardiente bajo su fuego concentrado.

El último cargador del Pontiac se vació cuando Sortek horquilló al tanque más cercano con una andanada de proyectiles. La torreta estalló en llamas mientras el cañón principal se soltaba de su montura destrozada para caer estrepitosamente por el inclinado blindaje del Vedette. Con las ruedas propulsoras destruidas y las orugas hechas jirones, se detuvo.

La desventaja había cambiado rápidamente.

Viéndose superados por los Mechs recién llegados, los kuritanos se retiraron. Sortek prohibió la persecución. Sintiendo nervioso por la llegada no anunciada de los Dracs, quería tener a la lanza en las cercanías.

—Cinco minutos —anunció a sus rescatadores—. Regresamos a la Base Pangolin tan pronto como haya bajado el calor de este viejo caballo de guerra.

—¿Fue una pelea dura, mariscal? —preguntó uno de los Jocks.

Su tablero de comunicaciones la identificó como la sargento Saily Cantrell, la piloto del *Dervish*.

—No me gustaría que se convirtiera en un hábito —respondió—. Me ha bastado.

—Bienvenido al club, mariscal —la voz del teniente Link sonó jovial, pero él percibió un matiz amargo—. Si nos agobian tanto con sus tanques, ¿qué harán

cuando nos suelten los Mechs?

—Lo averiguaremos pronto. —El *Dervish* de Cantrell señaló con un brazo rectangular hacia el norte.

Ardan siguió la línea. Cuatro Mechs kuritanos avanzaban por la loma baja, desplegándose en formación.

—Son *Chargers* —afirmó Link—. Tienen que serlo con esos deflectores que llevan en los hombros. Demasiado grandes para ser *Griffins*, y no tienen manos. Serán unos blancos fáciles.

—Deberían serlo. Sólo portan láseres pequeños. Les resultará imposible quemarnos a esta distancia.

Dos de los Mechs kuritanos desaparecieron de la pantalla de rastreo de Sortek en una nube de humo. Años de batalla le enseñaron a reconocer la firma de los escapes de los misiles de largo alcance.

—¡Separaos! —ordenó—. ¡Acción evasiva!

Los BattleMechs Davion se dispersaron, pero la descarga por sorpresa surtió su efecto. Todos recibieron impactos. El *Stinger* cayó con una pierna destrozada.

—No creo que sean *Chargers* —comentó despacio Cantrell.

—Creo que tiene razón —corroboró Sortek—. Las cabezas son distintas.

—Va a ser todo un combate —concluyó Cantrell.

—Bueno, mariscal —bromeó Link—, su horario sufrirá otra alteración.

La ligera conversación de los Jocks le recordó su viejo mando, pero esperaba que no estuvieran minimizando el problema. Esos Mechs, catalogados en su computadora como *Charger-II*, eran una sorpresa brusca. Y la aparición de máquinas enemigas tan lejos detrás de las líneas representaba malas noticias. Los kuritanos contraatacaban. Se preguntó cuántas sorpresas más tenía guardadas el Dragón.

**Condado Oeste de Cerant, An Ting**

**Distrito Militar de Galedon**

**Condominio Draconis**

**11 de agosto de 3039**

Desde la posición que tenía la lanza de mando en las colinas del oeste, Dechan Fraser disfrutaba de una amplia panorámica de la ciudad de Cerant. Once años atrás, había luchado por su vida y la existencia de los Dragones de Wolf en aquella misma ciudad. Hoy no parecía muy cambiada. Un escalofrío que no tenía nada que ver con la fría brisa que soplaba de manera intermitente desde las montañas le recorrió la espalda.

Jenette alargó el brazo y apoyó una mano suave sobre su mejilla. Le arregló un rubio mechón de pelo, situándolo detrás de la carne rosada en el costado de la cabeza, recién afeitada para disponer de un mejor contacto con los sensores del neurocasco.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Es por la ciudad, ¿verdad?

—Sí.

—Hoy eres un buen conversador.

Alzó las comisuras de la boca en un gesto de irritación.

—Yo también lo he sentido —continuó ella, indiferente a su expresión. Un vistazo a su cara le hizo arrepentirse al instante—. Los fantasmas están ahí abajo. Todos aquellos Dragones perdidos, preguntándose por qué lo estamos haciendo.

—Parece extraño. La última vez que estuvimos aquí luchábamos contra los Ryuken. Para ser preciso, los Ryuken-ichi de Akuma.

—Me alegro de que Theodore haya ordenado que se quitara el nombre de los registros —comentó ella con un veneno súbito en la voz.

—Fue idea de Michi —señaló él.

Jenette frunció el entrecejo.

—Siempre Michi. Él nos metió en esto. Parece gobernar nuestras vidas.

—No sólo pagamos una deuda —le recordó—. Sabes que hay más. No podemos marcharnos hasta que no haya concluido el trabajo. Así lo dicta nuestro honor de mercenarios. Hasta los fantasmas de los Dragones lo comprenden.

No pareció convencida.

—Entonces, ¿por qué Michi no responde a nuestras cartas? Los amigos no deberían abandonarse.

—Sigue siendo nuestro amigo, creo, y sé que necesita nuestra ayuda. Prometimos no abandonarlo. Esa es la razón por la que no nos marchamos. —Fue a cogerle la mano pero ella la apartó y cruzó los brazos sobre el pecho como si tuviera frío—. ¿Verdad?

—Estoy cansada, Dechan. Quiero irme a casa.

Comprendió su frustración y soledad. «Casa. Como si tuvieran una. Su hogar habían sido los Dragones, hasta que los abandonaron para seguir a Michi Noketsuna en la búsqueda de su venganza». Las fatigas compartidas los convirtieron en amigos; luego, lo llevaron a él y a Jenette a aceptar hacer todo lo que pudieran para ayudarlo a ver completado su objetivo. Esa promesa los tenía atrapados aquí entre los kuritanos, obligándolos a luchar para salvar el reino de Takashi Kurita, el hombre contra el cual el coronel Jaime Wolf jurara una venganza de sangre. Se preguntó cómo habría resuelto tal conflicto de obligaciones el viejo Hombre de Hierro, Tetsuhara. ¿Tendría Minobu una mejor solución para el dilema de Dechan que la que encontró para él?

El receptor que llevaba al oído zumbó, llamándolo al deber. Lo activó, y la voz del *Tai-shu* Kester Hiun Chi le susurró:

—Todo preparado, Fraser-san.

Adoptando su nuevo papel de comandante, preguntó:

—¿La fuerza aérea de Davion?

—Bastante agitada. No estaban preparados para nuestras reservas. Parecen especialmente sorprendidos por el número de nuestros *Sparrowhawks*. Después de todo, es de diseño suyo. La respuesta a nuestros vuelos de *Hellcat*, suministrados por ComStar, también es alentadora. Creo que los profesores del Instituto de Ciencia de Nueva Avalon van a realizar algunos ajustes en la doctrina táctica de Davion.

—Entonces, ¿dispondremos de un campo despejado para las maniobras?

—En la medida en que he sido capaz de arreglarlo. Sin embargo, las tropas de la Federación de Soles no cooperan demasiado. Todavía no se han rendido —comentó Chi, riéndose entre dientes. La voz abandonó el oído de Dechan, dejando un sonido sibilante que le indicó que la línea seguía activa. Pasado un momento, el tono grave retornó—: Por favor, apreste sus máquinas. Voy a necesitar que pronto conduzca a su destacamento de Ryuken al combate.

—Estaremos preparados, *Chi-sama*.

—Lo sé. Buena cacería, *Fraser-san*.

El canal quedó mudo con un chasquido.

Se acercó a Jenette y la rodeó con los brazos por detrás.

—Es hora de comenzar.

Ella asintió mientras se volvía aún entre su abrazo.

—Después de esto, ¿nos iremos?

—Cuando hayamos acabado nuestro trabajo.

Jenette lo apretó con fuerza, la cara oculta en el hombro acolchado de su chaleco refrigerante. Se apartó y lo miró con sus suaves ojos grises.

—Cuídate. —Le dio un beso fugaz y se marchó.

—Que la Unidad te proteja —repuso él en voz baja mientras ella corría hacia su BattleMech *Hatamoto-kaze*.

—¡Mariscal Sortek! ¡Los kuritanos han roto el perímetro!

El aullido de la sirena de alarma se elevó por el cuartel general en el momento que ordenaba que la lanza de seguridad se preparara. El caos dirigido inundó la estancia a medida que hombres y mujeres se apresuraban a realizar las tareas que habían temido. Debían abandonar el cuartel general. La puerta se abrió de golpe cuando un ordenanza se llevó el primer puñado de discos de datos en dirección a la oscuridad de la noche.

Sortek se volvió hacia su asistente.

—¿Por dónde y con cuánto, Jeanne?

—Cuadrante norte. Parece que se trata de dos o tres regimientos de BattleMechs. Hemos recibido informes de sus unidades pesadas a lo largo de toda la línea. Son, por lo menos, unos treinta.

—¿Tantos? —Las lanzas de Sortek y de Link apenas habían logrado escapar de una sola lanza de esas máquinas hacía dos días. Sacudió la cabeza—. ¿De dónde los sacaron?

—No lo sé, señor.

—Bueno, parece que inteligencia tampoco. Si logramos salir de ésta, serán sus cabezas las que rueden, no la suya. —Se frotó los ojos enrojecidos con ambas manos—. Supervise la evacuación. Saldré a cerciorarme de que nuestra retaguardia resiste. La veré en las Naves de Descenso.

Ella saludó su espalda mientras él se alejaba corriendo rumbo a su Mech.

Dechan Fraser se encontraba extenuado, pero su fatiga pareció desvanecerse cuando el maltrecho *Hatamoto-kaze* entró cojeando en el campamento Ryuken. El Mech de ochenta toneladas parecía haber pasado por una guerra, lo cual, por supuesto, era cierto. A diferencia de su propio *Hatamoto-ku*, el *H-kaze* mostraba

daños serios. La única zona afectada levemente era la plancha del pecho, cuya superficie se hallaba ennegrecida por los escapes de los misiles y abollada por las marcas dejadas por las esquirlas. Había desaparecido el radiador y uno de los deflectores del hombro. Las anchas y chatas vainas que protegían las antenas, que le daban al montaje de la cabeza del Mech el aspecto de un viejo casco de samurái, colgaban sobre el visor. El pesado blindaje de su pierna izquierda había sido destrozado y derretido. Zarcillos de pseudomúsculos de miómero flotaban a través de los agujeros que revelaban los agrietados y hundidos miembros de la estructura de aleación. ¿Podría el piloto haber resistido ileso semejante destrucción?

Sus temores se desvanecieron cuando vio a Jenette bajar de la carlinga entera e ilesa. La estaba esperando al pie cuando terminó de descender. Durante un minuto, se abrazaron en silencio antes de que él se separara para inspeccionar su condición física. No se hallaba herida, pero parecía tan abatida como él. Hasta su sonrisa se veía agotada. La llevó a la cocina del campamento y le puso una taza de té entre las manos mientras iba a reunir algún bocado. Comieron sin hablar; de momento, les bastaba la presencia del otro.

Ella dejó su plato vacío sobre el suelo.

—¿La lucha aquí ha terminado?

—Creo que sí —musitó él—. Las Naves de Descenso Davion han estado despegando desde la medianoche. Van con rumbo directo al punto de salto. An Ting ha resistido y, sin este sistema, el empuje de Davion en Galedon perderá fuerza.

—Bien. —Su sonrisa centelleó en la oscuridad—. Pronto terminaremos.

Animado al ver que parecía aliviada, dejó que la alegría de un trabajo bien hecho se reflejara en su voz.

—Hemos enseñado muy bien a la gente de Theodore. Los Ryuken libraron una extraordinaria batalla, con más disciplina de la que pensé que tenían. El Hombre de Hierro estaría orgulloso. Estos Jocks son casi tan buenos como su vieja unidad. No hay duda de que brillaron más que el Octavo de Espada de Luz.

—¿Quieres otro Misery?

La amargura de su voz y el recuerdo de las terribles semanas en aquel planeta yermo, donde los Ryuken combatieran contra los Dragones, aplastó su creciente sensación de logro. Su júbilo en el éxito de sus pupilos se tornó en cenizas cuando rememoró los duros días en aquel desolado y frío mundo. Los Dragones lucharon por sus vidas contra todo lo que les lanzó la Casa Kurita, incluyendo los antiguos regimientos de Ryuken. Los Dragones apenas consiguieron ganar. Su propia lanza escasamente pudo abatir al mismo Hombre de Hierro. No deseaba volver a experimentar jamás algo parecido.

¿Acaso había reconstruido la unidad que casi destroza a los Dragones sólo para permitirle a Takashi Kurita disponer de otra oportunidad? Se obligó a desterrar ese



temor y a hablar con tono seguro.

—No puede suceder otra vez.

—¿Estás seguro? —inquirió ella en voz baja.

En la noche que los rodeaba, los fantasmas de los Dragones parecieron repetir su pregunta.



**Cuenca de Henschel, Exeter**  
**Kentares PDZ, Marca Draconis,**  
**Federación de Soles**

**2 de octubre de 3039**

—Fuhito-*kun*, reconocimiento orbital confirma que las Naves de Descenso que se aproximan pertenecen al Cuarto de Guardias de Davion —anunció Theodore al hombre sentado en el sillón delantero del *BattleMaster* BLR-1C.

La única respuesta que obtuvo fue un gruñido.

Aceptó el desaire de buen humor. No deseaba interrumpir la concentración de su piloto. Después de todo, se encontraban en medio de una batalla, una en la que era mejor concentrarse, en vez de prestar toda su atención al abanico de operaciones. Con un movimiento diestro de los dedos, reconfiguró la pantalla principal para que le mostrara la Reserva Militar Samuelson, y fijó las secundarias en la alimentación de datos de la situación continental y las disposiciones transatmosféricas. Las estudió al tiempo que emitía órdenes dirigiendo los esfuerzos del Condominio para presionar más las zonas de fuego débiles que detectaba en la defensa de Davion. Con un poco más de empuje, el segundo batallón del Ryuken-go podría atravesar la alambrada de la Trigésimo Quinta Brigada de las Fuerzas Combinadas de la Milicia Davion y entrar para atacar los laboratorios de tierra.

El *BattleMaster* se sacudió.

En vez de interrogar a Fuhito sobre lo sucedido, abrió una ventana en la pantalla principal. Todos los sistemas del Mech se hallaban en nominal, aunque el despliegue esquemático mostró que el blindaje de la zona izquierda del torso se había reducido. De acuerdo con el patrón mostrado, reconoció un impacto de CCP. La resistencia local debía de estar reforzándose. Tuvo la sensatez de no molestar a Fuhito.

De nuevo se ensimismó en sus pantallas.

Fuhito rotó el *BattleMaster*, aunque demasiado despacio. La descarga del CCP del *Warhammer* de Davion alcanzó a su Mech en el pecho izquierdo. Los Mechs de la Milicia Federada eran viejos y estaban gastados, pero sus pilotos oponían una fuerte lucha. Era de esperar, pues estaban defendiendo sus hogares.

El piloto era valiente. Salió de entre el fuego del resto de su lanza de mando para desafiar al *BattleMaster*. Las máquinas más pequeñas de sus compañeros, con el apoyo de sus blindados, centraron su atención en los otros cuatro Mechs kuritanos. Era un esfuerzo valeroso aunque inútil. El *Warhammer* estaba muy golpeado, y las chispas y el humo salían del CCP de su brazo derecho. El *BattleMaster* apenas había recibido un arañazo hasta que el Mechjock de Davion le dio con ese último disparo del CCP del brazo izquierdo.

Fuhito eligió devolverle también un impacto de partículas cargadas. Lanzó un rayo del Donal CCP manual de su Mech que cayó sobre la parte superior del hombro derecho del *Warhammer*, devorando el blindaje y abriendo un surco en la superestructura de la máquina Davion. El fuego salió de la abertura cuando el mecanismo alimentador de aleación del afuste para el sistema Holly SRM del Mech se incendió debido a la transferencia de calor. Despacio al principio y, luego, con un estrépito repentino y atronador, el afuste del Holly SRM cayó de su montura. El objeto cuadrado golpeó contra la sobresaliente parte trasera del cañón automático del *Hammer*, estorbando la puntería del piloto antes de impactar contra el suelo. Una vez allí, explotó en una furia impotente a medida que el cargador lleno de misiles detonaba por el calor de las llamas que envolvían el mecanismo.

El *Warhammer* avanzó, indiferente a su pérdida.

—*Meiyo to naru sensei, Buso-senshi-san* —saludó en voz alta Fuhito.

Consciente del pasajero que llevaba, metió al enorme *BattleMaster* entre los árboles que salpicaban la ladera donde se erguía la máquina. Estaba convencido de que el Jock de Davion lo seguiría. Tan pronto como hubo puesto suficientes árboles entre él y los sensores del enemigo, detuvo al Mech, disminuyendo la salida de calor. No tuvo que esperar mucho.

El *Warhammer* vino a cazarlo, su CCP aún funcionaba oscilando de un lado a otro a medida que el piloto cubría posibles escondites para su presa. Sin saberlo, pasó a treinta metros de la posición de Fuhito.

Lamentando no poder enfrentarse a este noble guerrero en una batalla limpia, abrió los depósitos de calor y avanzó. El piloto del *Warhammer* debió de captar la subida de calor en sus sensores infrarrojos. El Mech Davion comenzó a girar en el momento en que Fuhito descargaba todo el despliegue formidable de armas de energía que llevaba el *BattleMaster* en la parte delantera. Los propios afustes Holly del Mech kuritano sumaron sus seis misiles al ataque. Si el aparato hubiera portado la pareja habitual de ametralladoras Sperry-Browning, también las habría disparado. El

*Warhammer* era una amenaza para el *Kanrei* y debía ser eliminado lo antes posible.

Este trastabilló ante su impecable puntería. El blindaje de la zona baja del torso que todavía tenía intacto desapareció bajo ese fuego infernal que lo bañó. Fuera de control, comenzó a caer. El blanco resplandor de la llama de fusión que escapaba de su agrietado contenedor magnético se comió la mitad superior del *Warhammer* antes de inclinarse más de treinta grados. Los muñones ennegrecidos de las piernas golpearon la tierra lacerada. El torso se disolvió y el MechWarrior desapareció, ya fuera volado o vaporizado.

Fuhito volvió con el *BattleMaster* por el mismo camino, avanzando para ir a reunirse con su lanza.

Theodore sintió un destello de calor recorrer la carlinga. Fuhito debía de haber disparado todas las armas del Mech para cargar así el sistema de refrigeración. En circunstancias operativas normales, la máquina permanecería fría, gracias a los depósitos de calor intactos de la Liga Estelar que algún trabajador de ComStar, por error, dejara en el Mech.

Esos depósitos eran valiosos, pero no tan preciosos como los sistemas de mando y de control que ocupaban el lugar del armamento antipersonal en el monstruo de ochenta y cinco toneladas. Estos y el segundo asiento, el del comandante, eran los que hacían que el BattleMech llevara el nombre que tenía. Lo convertían en un verdadero amo de la batalla<sup>[5]</sup>. Con esta máquina, el comandante disponía de un vehículo móvil bien blindado, capaz de sobrevivir en el campo de fuego. Con la carlinga expandida, el aparato podía llevar a dos hombres: el piloto, cuya responsabilidad era el control del *BattleMaster* y la seguridad de su pasajero, y éste, un comandante de campo que tenía libertad para concentrarse en su verdadera misión, dirigir a sus formaciones en la lucha. Podía trabajar sin la distracción que representaba la dirección del Mech, y sin perder el control del mando cuando era sometido al fuego enemigo y debía pensar sólo en la supervivencia.

Transmitiendo las últimas órdenes a las fuerzas existentes sobre la superficie del planeta, Theodore borró la pantalla principal, reemplazándola con un despliegue de toda la situación. Inspeccionó los planetas involucrados en su contraataque contra la invasión de Davion. Aquellos situados en el interior de la frontera kuritana, como Fellanin II, Sadalbari y Matar, cayeron con facilidad al inicio de las hostilidades, y sus ocupantes davioneses quedaron confundidos y aturcidos por el súbito ataque. Theodore los cogió mientras se preparaban para lanzar su propia ofensiva; muchos fueron abatidos mientras aún estaban en los transportes.

Incluso más sorprendente para los defensores davioneses, lo mismo que para su Alto Mando, fue la repentina aparición de fuerzas kuritanas en la profundidad de su

propio espacio. Los planetas como Cartago, Doneval II y Clovis no esperaban ser atacados mientras Davion avanzaba hacia territorio del Condominio. La división de interceptación de los SACD, las FIS, la OCC y las cautas pero todavía dispuestas tropas de ComStar, por una vez se mostraron en total acuerdo. Hanse Davion —*el Zorro*— fue cogido con la guardia baja.

De momento, todo había salido como un programa muy bien coreografiado. Hasta los ataques de mercenarios en LeBlanc, Nueva Ivaarsen y Dobson dieron beneficios a pesar de la alta inversión requerida. El contraataque kuritano, la Operación Orochi, progresó con una agradable eficacia y éxito. En cada mundo en el que las fuerzas del Condominio se abatieron, lo hicieron con dureza, formación tras formación. Por lo menos, eso es lo que pareció. Cada *Buso-senshi* estaba realizando el trabajo de toda una lanza de Mechs. Cada unidad hacía lo posible por aparentar ser más de lo que era; los batallones actuaban como regimientos. Theodore sabía que Hanse Davion, como mínimo, debía sospechar que el Condominio se había estado rearmando más deprisa de lo que se podía predecir. Esperaba engañar al *Zorro* aparentando poseer más unidades de las que realmente existían.

La aparente escala del contraataque de Theodore estaba diseñada para dar la impresión de que el Condominio disponía de suficientes fuerzas y confianza en sus defensas como para lanzar una ofensiva en mitad de una invasión enemiga. Su objetivo era hacer que Hanse Davion se preocupara. Que sospechara que su aparato de espionaje le había fallado por completo. Que temiera por la supervivencia de su propio Estado. Era ese miedo lo que salvaría al Dragón.

Theodore jugaba con la vida del Dragón, pero no tenía otra opción. Los recursos del Condominio se habían estirado hasta llegar a una situación precaria. Si la Operación Orochi fracasaba, éste caería. Pero si sólo se hubiera mostrado dispuesto a defender los mundos del Condominio, los soldados de Draconis, con el tiempo, habrían sucumbido bajo la presión de la poderosa maquinaria de guerra de Davion-Steiner. Estaba apostando todo en esta operación audaz.

La llegada del Cuarto de Guardias era la señal que estaba esperando...; *el Zorro* había mordido el anzuelo. Theodore no se había equivocado al evaluar a Hanse Davion como un hombre que arriesgaba poco en apuestas tan altas. Había elegido proteger lo suyo antes que lanzarse al cuello del Dragón. Davion no era ningún cobarde, pero tampoco un idiota ciego.

Theodore comprobó los datos del espacio profundo. Las Naves de Descenso de los Guardias de Davion seguían en su curso hacia Exeter. Estarían ansiosos por derramar sangre kuritana. Desearían detenerlo antes de que destruyera a Robinson o penetrara aún más en su Estado. Había tenido éxito despertando el miedo de Davion.

Con una sonrisa de satisfacción, introdujo instrucciones de curso en la pantalla de Fuhito.

Este condujo al *BattleMaster* colina arriba en busca de un campo abierto para sus sensores. En la cima, se detuvo y orientó el torso masivo hacia la lejana Reserva Militar Samuelson. Los kuritanos habían resquebrajado la defensa Davion. Los Mechs recorrían el perímetro exterior, en dirección a las sedes del laboratorio y de prueba.

Un par de misiles impactaron en la pendiente, a su derecha. Sólo una explosión lanzó una lluvia de tierra, rocas y vegetación contra la pierna del *BattleMaster*. Midió el punto de origen y soltó una descarga desde la pareja de láseres traseros. Las pulsaciones de color rubí dieron contra una trampa, haciéndola añicos en una nube de vapor recalentado. A medida que los escombros caían y el humo se despejaba, vio salir trastabillando a un soldado de infantería, la carne de las manos pegadas al plástico del afuste empleado. El hombre logró sobrevivir al fuego del Mech kuritano. Sin pensárselo más, descargó una única pulsación sobre la tambaleante figura.

Pendiente abajo, el *Dragón*, el *Sentinel* y el *Crab* que componían el resto de la lanza merodeaban por entre los restos del Primer Cuadro de Cadetes del ICNA. No se produciría ningún contraataque contra la Reserva Militar Samuelson.

La pantalla interna de comunicaciones del *BattleMaster* se iluminó con un mapa donde se veía marcado en rojo el curso proyectado. Fuhito reconoció la señal, sabiendo que Theodore la leería en su pantalla cuando pudiera apartar momentáneamente su atención de las preocupaciones estratégicas. Transmitió el orden de marcha a su lanza. La fuerza expedicionaria realizó esta rutina de atacar y partir por todo el continente norte de Exeter, tal como lo hicieron en cada planeta desde aquí hasta la frontera del Condominio. Ahora era el momento de retroceder. El *Kanrei* debió de decidir que ya habían causado bastante daño en este lugar.

«Quizá no el suficiente», pensó cuando el *BattleMaster* arribó a una zona de estacionamiento de la infantería Davion. Cargó con su Mech, disparando los láseres del pecho. A su derecha, la forma encorvada y alienígena del *Crab* de Barnaby se pavoneó, descargando los pesados láseres de sus antebrazos. Las tropas Federadas, cogidas por sorpresa y desmoralizadas por la súbita aparición de los Mechs kuritanos, sintieron pánico y se dispersaron en todas direcciones. Los kuritanos continuaron su avance, ilesos.

La cara de Theodore apareció en la pantalla de comunicaciones interna.

—¿Todo en orden, Fuhito-*kun*?

—Todo despejado, *Tono*.

—Bien.

—¿Qué hacemos ahora. *Tono*?

—Abandonar Exeter, Fuhito-*kun*. *El Zorro* ha mordido el anzuelo.

**Sistema de Breed**  
**Raman PDZ, Marca Draconis,**  
**Federación de Soles**  
**31 de octubre de 3039**

El mariscal James Sandoval sacó el arrugado fax del bolsillo. Alisándolo, leyó de nuevo la amarga orden.

«Retirada».

Todas las fuerzas bajo su mando asignadas a la segunda ola recibieron nuevos destinos. Incluso su Primero de Rangers de Robinson debía conducir el ataque para recuperar Breed. La segunda ola se postergaba indefinidamente, y todos sus recursos se dedicarían a hacer frente a la amenaza del contraataque kuritano. ¿Postergada? Lo más posible es que se cancelara. La oportunidad había pasado por delante.

Sólo seis meses atrás atacaron al Condominio, cogiendo a las Serpientes por sorpresa. El avance inicial fue bueno. La falta de apoyo de BattleMechs y de contraataques únicamente lo reafirmaron en su creencia de que los kuritanos no dispusieron de tiempo para reconstruir esas costosas fuerzas. Lo que tenían se hallaba comprometido en Dieron, resistiendo los embates combinados que amenazaban con cortar el lazo del Condominio con Terra.

Todo parecía marchar tan bien...

Entonces, su resistencia se incrementó. A pesar de que las fuerzas de Davion se enfrentaban a ejércitos con pocos Mechs, los kuritanos aguantaban. Los planetas no cayeron en su poder cuando se suponía que debía ser así. El programa de la invasión comenzó a fallar. Incluso ahí, Sandoval no se mostró demasiado preocupado. Puede que las Serpientes no estuvieran preparadas, pero nadie en su sano juicio debía esperar que se entregaran con la misma facilidad que los capelenses durante la última guerra.

En ese momento, tuvieron lugar los asesinatos de los oficiales del frente de Steiner. Ello alborotó todo el empuje lirano. Los avances de Steiner se detuvieron casi al instante. Los malditos cobardes hasta se dejaron echar de Vega. Se extendió el rumor de que Katrina Steiner entró en pánico cuando encontró un gato origami en la Sala Real del Trono en Tharkad. James sacudió la cabeza. Un ejército debía ser más grande que su mando, más fuerte que sus máquinas. Mientras que las tropas de Steiner poseían un montón de equipo pesado, daba la impresión de que apenas albergaban algo de decisión. James se sentía traicionado. Supo que su padre lo sentiría aún más después de todo lo que hizo para fomentar la alianza con esos petimetres liranos.

Jamás esperó que el Alto Mando de Davion también se derrumbara. Sortek debió de sobreestimar la oposición encontrada en An Ting. Era la única explicación para el cese del ataque a Galedon. Estaba convencido de que se equivocaban. Por todo lo visto, las Serpientes debían encontrarse al límite. Ciertamente, estaban a punto de desplomarse a lo largo de todo su frente. Otro embate y caerían.

Entonces, les llegó la noticia de que el tres veces maldito Theodore Kurita preparó un contraataque masivo. Las unidades del Condominio penetraron en el espacio de la Federación de Soles, poniendo en peligro a Robinson. James miró con ojos sombríos los mensajes que abarrotaban la superficie del pequeño escritorio de su cubículo. Se los sabía de memoria. Bases de suministro perdidas. Regimientos aplastados. Planetas del Condominio recuperados por el Dragón. Unidades de las FASF en peligro de verse aisladas. Identificados nuevos grupos de BattleMechs kuritanos. Fuerzas inesperadas invadiendo los mundos Davion.

Todo se estaba viniendo abajo.

La puerta zumbó, y él apretó el interruptor que la abría. Entró sir Michael Hallbrock. Le lanzó una fugaz sonrisa de disculpa.

—Es hora de la reunión, Jimmy.

—Iré en un minuto.

Hallbrock fue a marcharse, pero se detuvo a medio camino.

—Lo has hecho bien, Jimmy. El viejo duque estará orgulloso.

James no se molestó en mirarlo.

—Vamos a darle la espalda a nuestra última oportunidad para aplastar al Condominio. Tienen que encontrarse débiles, demasiado dispersos. Si tan sólo pudiéramos seguir presionándolos.

—Jimmy, ninguna guerra se libró jamás sin que un soldado llevara a la espalda a un político.

Éste suspiró.

—Sir Michael, usted y mi padre me enseñaron historia mientras crecía. Me contaron cómo los guerreros ganaban el día, rescataban a la doncella..., mataban al



dragón. Que los MechWarriors siempre lo conseguían cuando todo el mundo ya había perdido la esperanza.

—¿Y te preguntas qué ha salido mal para que no seas el héroe? —James se mordió el labio. Él viejo coronel lo conocía muy bien—. Un buen soldado cumple sus órdenes —añadió con suavidad Hallbrock.

—¿Aunque sepa que son erróneas?

—¿Estás seguro de que lo son? ¿Estás dispuesto a apostar las vidas de millones en que tienes razón sobre la debilidad de los kuritanos? —Después de un momento de pausa. James sacudió la cabeza—. Supongo que Hanse Davion siente lo mismo. —Hallbrock se irguió—. Débiles o no, las Serpientes se han apoderado de Breed y nosotros recibimos órdenes de recuperarlo. Los hombres aguardan, mariscal.

James forzó una sonrisa superficial.

—Adelante. Yo iré en un minuto.

Hallbrock asintió. La puerta siseó despacio al perder de vista al viejo y larguirucho coronel. Se sentó, mirando con hosquedad los papeles de la mesa. Sintió que la frustración iba creciendo hasta que explotó y con el brazo echó al suelo todos los mensajes y los discos de datos.

Vacío de toda emoción, se incorporó despacio y atravesó el desorden en dirección a la salida. Tenía que dirigir una reunión sobre el ataque.

**Mansión Kirkwood,  
Orgullo del Conquistador, Proserpina  
Distrito Militar de Benjamín  
Condominio Draconis**

**12 de diciembre de 3039**

La noche estaba impregnada con los fuertes y dulces olores de los capullos de *yoruhana*. De vez en cuando, los insectos atravesaban los charcos de luz que arrojaban las lámparas de piedra, zumbantes gemas de quitina iridiscente. El jardín era un remanso de serenidad.

Yasir Nezumi se hallaba relajado, a pesar del kimono que se le pegaba debido al sudor provocado por el calor y la humedad. La mansión pertenecía a un jefe yakuza, un oficial menor del clan *Boshi-gumi*. Era una réplica casi perfecta de un complejo shoen Muromachi y un signo de los cambios progresivos realizados bajo el iluminado gobierno del Dragón. Cada día que pasaba hacía que el mundo asolado por la guerra retornara a una mayor productividad. Pronto, también se reclamaría el continente Amerigo. Cuando eso sucediera, el clan *Boshi-gumi* sería fuerte; era propietario de la mayor parte de las tierras. El futuro se presentaba brillante para los clanes.

Un kagetaka sonó entre los arbustos.

Nezumi se sobresaltó, y una expectación nerviosa lo invadió. El kagetaka no era nativo de Proserpina, y a pesar de que resultaba común en los mundos de la Esfera Interior, se trataba de una especie que aún no se había vuelto a introducir en este sistema. Se aclaró la garganta. Deseaba que su voz se escuchara con nitidez. Era importante causar una buena impresión, pues no iba a tratar con lo habitual.

—La guerra contra el *teki* Davion y Steiner marcha bien. Nuestros enemigos retroceden, acobardados y castigados por su temeridad. Lord Theodore sale triunfante en las armas.

»Ahora que el peligro para el Condominio ha pasado, es el momento de analizar la correcta ordenación de las cosas. Los largos años de espera por el momento adecuado han terminado, y hemos de enfocar nuestros ojos al futuro. Una vez que el invasor ha regresado a su espacio, ya podemos ocuparnos de las cuestiones internas.

«Durante años, Takashi Kurita ha obstaculizado el avance de nuestro señor, de manera injusta y poco sabia. La capa del Dragón ha dejado los hombros de Takashi-sama. Los hombres de visión lo percibieron hace mucho, pero consideraban prudente no actuar. Ahora ha de reconocerse la verdad. Todos los ciudadanos leales deberán hacer lo que esté a su alcance para que tenga lugar una transición disciplinada, que lo viejo y achacoso ceda su lugar a lo joven y vital.

Calló un instante, dejando que el silencio del jardín lo envolviera.

—Es el deseo del *Kanrei* Theodore —añadió.

Después de exponer su caso, se relajó. Un escarabajo pasó zumbando al lado de su oreja y hombro para ir a aterrizar sobre una lámpara a su lado. Las finas alas se plegaron sobre su caparazón cuando se posó sobre la superficie. Preocupado con asuntos sólo discernibles para los insectos, se arrastró hacia la oscuridad.

—¿Queda algo por decir? —le preguntó a la noche.

La silenciosa serenidad del jardín continuó imperturbable. Esperó un momento, pero no obtuvo respuesta de los matorrales o los árboles. Repitió la pregunta. Se sentó tranquilo durante otros dos minutos.

¿Se había equivocado?

No lo averiguaría pronto. Resignado, se incorporó, gimiendo al hacerlo. El precio de la edad avanzada, se lamentó. Tenía las rodillas y la espalda dolorosamente rígidas mientras recorría el sendero de piedras elegidas y colocadas con mucho cuidado. Al acercarse a los matorrales del borde del jardín, los pensamientos sobre sus dolores desaparecieron. Una mota blanca atravesaba su camino, una figura de papel de arroz doblado se erguía sobre una de las piedras del sendero. Era un gato origami.

Sonrió con júbilo. Había servido al *Kanrei*, y sabía que éste premiaba a todos los que lo hacían bien.

**Puerto Estelar Temujin,  
Orgullo del Conquistador, Proserpina  
Distrito Militar de Benjamín  
Condominio Draconis**

**14 de diciembre de 3039**

Yasir Nezumi aguardaba en la parte interior de la zona acordonada de recepción del Puerto Estelar Temujin, erguido y discreto en su chaqueta oscura de hombre de negocios. Detrás del *oyabun* yakuza, la multitud se agitó con súbito entusiasmo cuando Theodore bajó de la rampa de la Nave de Descenso *Tetsuwashi*. El aire fue invadido por el grito de «¡*Banzai!*» y Fuhito contuvo a los asistentes de Theodore. Solo, el *Kanrei* se dirigió hacia los vítores, agradeciéndolos con elegancia. Al llegar al *Oyabun*, el hombre realizó una reverencia formal.

—Bien venido a casa, *Kanrei*.

—*Domo*, *Nezumi-san*. —Sonrió al alzar la cabeza. Alargó la mano, y el robusto *oyabun* la estrechó con firmeza y vigor—. Me complace que haya encontrado tiempo libre para venir a recibirme. Tomoe ensalzó la sobresaliente ayuda que le prestó su patriótica organización. Me siento honrado.

—*Iie*, *Tono*. Es un honor para mí formar parte del recibimiento que se le brinda al victorioso Dragón.

—No ha habido ninguna victoria, *oyabun*. Todavía seguimos en guerra con la Federación de Soles y la Mancomunidad de Lira.

Nezumi se deshizo del comentario con un encogimiento de hombros.

—Ya casi han abandonado por completo nuestros planetas. El ataque del *teki* está acabado.

—Igual que el nuestro —le confió Theodore—. Usted sabe muy bien lo dispersos que nos encontrábamos en la cuña que penetró el espacio de Davion. No podríamos

haber continuado durante mucho tiempo más, aunque ellos lo desconocían. No importa. Logramos nuestro objetivo e impresionamos a Hanse Davion con nuestra determinación. —Se apartó del *oyabun*, ansioso por partir de la zona de recepción. Por encima del hombro, añadió—: Aún subsiste la colmena de la avispa en Dieron. Le dedicaré toda mi atención; mañana partiré hacia allí.

—Vuestros generales están bien entrenados y son eficientes, *Tono*. Ellos pueden ocuparse de las operaciones menores de ese distrito —indicó en voz alta Nezumi. Luego, la bajó hasta que sólo llegó a oídos de Theodore, como si fuera un conspirador amistoso—. ¿No sería Luthien un destino mejor para vuestro próximo viaje? Os lo merecéis.

Theodore quedó perplejo por su comportamiento obsequioso, pero no disponía de tiempo para analizarlo. Cuando atravesaron el cordón, gente de buena voluntad, oficiales ansiosos y cortesanos aduladores lo rodearon, felicitándolo y pronunciando su nombre. Con una sonrisa, Theodore se concentró en la tarea de saludar a sus súbditos.

Abriéndose paso entre la muchedumbre con una facilidad de la que no era capaz dos años atrás, vislumbró dos caras familiares, las de Dechan Fraser y Jenette Rand. Se hallaban alejados de los demás, aislados en su intimidad, a pesar de estar rodeados de kuritanos. Los saludó, sorprendido pero complacido de que se encontraran allí. Se mostraban preocupados por algo y deseaban una reunión privada. Asegurándoles que en cuanto pudiera les dedicaría su atención, concertó un encuentro para aquella misma noche. Se volvió en busca de un asistente. No había ninguno a la vista; sin embargo, observó a Nezumi aún de pie en la periferia del gentío.

—*Nezumi-san* —llamó—. ¿Puede ocuparse de que mis amigos reciban una escolta?

—*Hai*, Coordinador —respondió éste con una presta reverencia.

Theodore se quedó inmóvil.

—No soy el Coordinador.

El otro esbozó una amplia sonrisa.

—¿No es hora de que el gato ataque?

Los ojos de Theodore se desorbitaron, perdiendo la compostura cuando el pavor lo invadió.

—¿Qué ha hecho? —preguntó en voz baja.

Temiendo la respuesta que creía conocer demasiado bien, se abrió paso entre la multitud. No se dirigió hacia Nezumi o a la limusina que lo esperaba. Corrió en dirección a la Nave de Descenso mientras gritaba las órdenes para despegar.

**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien****Distrito Militar de Pesht****Condominio Draconis****9 de enero de 3040**

El ruido de sus pisadas rebotaron en las paredes a medida que bajaba por el corredor. Los guardias *otomo* se pusieron en alerta al aproximarse, preparando sus pesados rifles atontadores. Se relajaron al reconocerlo, golpeando las armas contra el duro plastiaceró de sus petos e inclinando las cabezas encasquetadas. Theodore no les prestó atención.

La última puerta se alzó ante él, sus adornos de latón resplandeciendo bajo la pálida iluminación procedente de los paneles de luz. La empujó con fuerza, y frenó bruscamente cuando ésta no se movió. La mano le resbaló del pomo antes de poder bajarlo lo suficiente como para desenganchar el pestillo. Maldiciendo, lo giró con ferocidad. Abrió la puerta de par en par y entró en la Sala de las Peonías, deteniéndose de repente al encontrar al hombre que buscaba.

Takashi Kurita se hallaba con la espalda hacia la puerta, en apariencia detenido en un movimiento completado a medias. El Coordinador vestía su uniforme pardo de los SACD. Su impoluta limpieza refulgía bajo el suave destello que venía de los tubos de luz protegidos por pantallas de papel diseminados por toda la cámara, apoyados sobre peanas barnizadas. Los pliegues del traje apenas se vieron perturbados por sus movimientos mientras alzaba una jarra exquisita de cristal tallado con su mano izquierda y llenaba un vaso que sostenía en la derecha con un líquido ambarino oscuro. Devolvió la jarra a su lugar en la mesa, entre las bandejas de comida y las botellas. La tapó antes de volverse despacio para plantarse ante su visitante.

—Una entrada muy dramática —comentó con ironía. Alzó la copa en un brindis burlón, pero no bebió—. ¿Has venido a alardear de tus éxitos?

Theodore sintió las olas de hostilidad que provenían del Coordinador. «Igual que en los viejos tiempos», pensó.

—No son sólo míos. El Condominio se unió para conseguirlos.

—Sin mí.

—Sin ti.

Takashi se apartó despacio de la mesa de refrescos y atravesó la estancia. La pálida luz arrojó sombras difusas y enormes contra las lustrosas pinturas de marcos dorados que colgaban de las paredes y las vigas bajas del elaborado techo de madera, dando la impresión de que algún gigante encorvado pasaba por allí. Se detuvo al llegar a la pequeña plataforma elevada en la que estaba el sillón de Estado. El Coordinador giró para mirar a su hijo.

—¿Soy un viejo tan inútil que debo ser confinado aquí, rodeado por tus lacayos?

—Hice lo que me pareció mejor. Me diste el mando de los asuntos militares del Estado. Esta invasión era uno de ellos. No deseaba perturbar tu serenidad.

—No soy un ciego tambaleante —restalló—. Ahórrate tus excusas corteses para las masas y los aduladores de la corte. ¡Yo soy el Dragón, insolente cachorro! Este todavía es *mi* reino. ¡No el tuyo!

Theodore ardía de ira. Si al Coordinador se le hubiera permitido controlar a los SACD durante esta guerra, el Condominio estaría devastado. Takashi no comprendía el nuevo ejército por él construido. Si sus agentes no hubieran impedido que las órdenes de Takashi salieran del palacio de Luthien, el Condominio habría quedado mutilado, si no destruido. Todas las órdenes, menos la de resistir en Dieron, fueron inadecuadas para la estrategia que tenía planeada..., e incluso la de Dieron había sido dada por motivos equivocados.

Theodore actuó para salvar al Condominio, y su rostro enrojeció de cólera al ver que su padre cuestionaba su dedicación. Sintiendo el calor que inundó sus mejillas, se avergonzó de permitir que sus emociones afloraran al exterior. Se enfureció más al percibir el resplandor de satisfacción que brilló en los ojos de su padre.

—Por lo menos, tienes la gracia de mostrarte avergonzado por tu conducta —dijo con aspereza éste—. Aunque poco alivio me brinda. Al encerrarme, desperdiciaste la oportunidad de cortarle el cuello a la Casa Davion. Tu partida de Exeter fue demasiado prematura. Algunos la han llamado cobarde.

Continuó zahiriendo a un silencioso Theodore. Expresó su desprecio por el sentido estratégico del *Kanrei*, tal como se demostró por su actitud en la guerra, y expuso todas y cada una de las decisiones militares con una exactitud que sólo podía significar que tenía ojos y oídos en la plana mayor de su hijo. Se mostraba demasiado bien informado para haber reunido los detalles de oficiales aislados, aunque los Señores de la Guerra fueran sus espías. Tuvo la seguridad de que Constance y su OCC no filtraron un material tan delicado. Únicamente podía tratarse, a pesar de las

reiteradas negativas del director, de Subhash Indrahara, que seguía con su doble juego, equilibrando a padre e hijo para su provecho, trazando su propio curso para la supervivencia del Dragón.

Takashi prosiguió con su desvarío. Cambió de las pobres decisiones militares al fracaso de su hijo como guerrero. Encontraba el cese del ataque a la Federación de Soles particularmente cobarde.

Después de tantos años, el hombre seguía sin entender. Theodore intentó apartar las emociones de su mente, hundirse en el sosiego que lo sustentaría en lo que iba a suceder. Lo distrajo un reflejo de luz en la jarra de cristal. Sus ojos se centraron en los trazos circulares, siguiendo los ángulos. Estudió su intrincada precisión, buscando la regularidad y el patrón que frenara su mente desbocada y aliviara su espíritu. Con perversidad, su incomodidad aumentó. Volvió a rastrear el flujo de incisiones en la superficie de la botella. De los abstractos ángulos del esquema emergió una forma. Contuvo el aliento, y con un súbito fulgor su mente se aclaró. Las palabras de Takashi siguieron martilleando sus oídos, pero su ritmo machacón perdió coherencia. La capa superficial de desprecio y desilusión de su padre desapareció bajo la percepción exaltada de Theodore, dejando desnudo el interior del Coordinador, los celos y el odio largo tiempo alimentados.

Bajó la mano a la funda que llevaba al costado. El duro y frío marfil de la culata encajó con firmeza en su palma mientras quitaba la solapa y liberaba el Nambu.

Takashi dejó de hablar. Sus miradas se juntaron. Leyó desprecio en sus ojos azules y helados.

—*So ka* —dijo su padre despacio.

Enderezó los hombros, los años y los leves síntomas de debilidad aparecidos después de su ataque de apoplejía se desvanecieron. Se llevó la copa a los labios.

Theodore desenfundó la pistola y disparó mientras la alzaba.

Takashi cayó hacia atrás, rodando en dirección al alto sillón de estado. Permaneció inmóvil. Astillas de cristal sobresalían como icebergs en un creciente mar de líquido ambarino. El tiempo dejó de fluir para Theodore, el instante congelado con él en su interior.

De las oscuras vigas superiores saltó una sombra negra al suelo, entrando en la consciencia de Theodore antes de penetrar en su campo de visión. La forma se acuclilló para absorber la fuerza de la caída; luego, se irguió con un movimiento fluido, adquiriendo una silueta humana. La ropa negra se tragó la suave luz de la estancia, oscureciendo todos los detalles salvo el duro y estrecho contorno del pomo de la espada que se alzaba por encima de su hombro. La cara de la aparición estaba enmascarada, y sólo los ojos resultaban visibles: oscuros, brillantes y terriblemente tranquilos. Entre ellos estaba el pequeño tatuaje de un gato, su postura exactamente igual a la que él viera oculta en el diseño abstracto de la decoración del botellón. Esta



persona era un nekogami, un asesino extraordinario e implacable, diestro en innumerables formas de muerte y hermanado con la oscuridad.

—*Iie, Tono* —dijo la sombra con voz suave y femenina—. Nos has confiado esto a nosotros. Tu presencia y participación son innecesarias e imprudentes.

Theodore tragó saliva. Su calma se estaba resquebrajando, haciéndole ser consciente del peligro al que se enfrentaba. Apuntó la pistola al nekogami.

—No es lo que deseo.

La sombra permaneció en silencio, inmóvil. Al lado del estrado, Takashi gimió.

Como alentada por el sonido, la nekogami comentó:

—No lo comprendo, *Tono*.

—Ha habido un malentendido. Un hombre con buenas intenciones tomó una iniciativa que no le correspondía. Captó mal mis intenciones.

—Se me ha contratado —repuso con contundencia la voz—. El honor de los nekogami queda comprometido hasta el cumplimiento del contrato. Mi muerte se encuentra entrelazada con el hombre llamado Takashi Kurita.

—No seré parte de este asesinato.

La figura vestida de negro se puso rígida. Theodore se tensó; luego, se relajó, ya que no percibió ningún ataque inmediato. Ella hizo una reverencia.

—Creo que ya lo comprendo —afirmó en voz tan baja que él apenas captó las palabras—. Es de lo más lamentable.

Volvió a realizar una reverencia baja y prolongada. Mientras se erguía, tiró de algo que había en el interior de su capucha. No volvió a moverse.

Él observó sus ojos. Eran como estanques de la noche en la que había sido criada. Su terrible y distante calma desapareció, reemplazada por una especie de paz. Entonces, la vida se desvaneció de esos ojos oscuros y su cuerpo comenzó a caer al suelo. Antes de que el cadáver diera de lleno en el parqué lustroso, de su capucha surgió un resplandor. La máscara que ocultaba su cara se disolvió, llevándose con ella las facciones. Nadie sabría jamás qué rostro tenía cuando no se deslizaba entre las sombras.

El hedor de carne quemada inundó la nariz de Theodore, nauseabundo y absolutamente fuera de lugar en la elegante Sala de las Peonías.

**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien****Distrito Militar de Pesht****Condominio Draconis****9 de enero de 3040**

Fuhito Tetsuhara y su docena de guardias *Buso-senshi*, los *Ryu-no-tomo*, o Amigos del Dragón, se abrían paso entre el grupo de personas boquiabiertas que pululaban por el corredor que conducía a la Sala de las Peonías. Sus propios Mechs y casi dos docenas más aguardaban en las afueras del terreno del palacio, manteniendo una vigilia protectora. Se lamentó del lento avance que realizaba su grupo, pero era reacio a marchar a la fuerza entre los cortesanos y funcionarios. Socialmente, todos lo superaban en rango; además, no tenía ni idea de lo que había sucedido en la sala. Sólo sabía que Theodore se dirigió hacia allí después de ordenarle que reuniera a los guerreros de la Nave de Descenso *Tetsuwashi* y que lo siguiera.

Actuó lo más rápidamente posible, aunque le costó un tiempo precioso bajar a los BattleMechs y sacarlos del puerto. El *Kanrei* les ganó mucha distancia. Apenas acababan de llegar al muro exterior del palacio cuando el disparo apagado por la lejanía llegó a sus oídos. Los *senshi* que iban a pie incrementaron el ritmo, para verse frenados en los pasillos atestados de gente.

Los guardias *otomos* se situaron para impedirles la entrada, pero la mano alzada de Theodore los detuvo. Aliviado de ver a su señor a salvo en la estancia, Fuhito les ordenó a los MechWarriors que ayudaran a los guardias a proteger la puerta. Pasó entre dos fornidos *otomos* y entró en la sala.

Al hacerlo, inspeccionó el cuarto. Se sobresaltó al notar el estado en el que se encontraba el Coordinador. Takashi se hallaba sentado en su sillón tallado, cubierto de sangre y pálido. Un hombre que llevaba la insignia de director de la Hermandad de Médicos y dos expertos pilarinos con túnicas rojas lo atendían, limpiándole las

heridas y cubriéndolas con plasticarne. Fuhito había visto suficientes lesiones como para saber que por lo menos una de ellas se hallaba más allá de la magia del rociado y le dejaría una cicatriz.

El criminal yacía tendido cerca del centro de la sala. Dos hombres estaban examinando el cuerpo del nekogami. Un funcionario de la corte, con la espalda hacia él, se encontraba a los pies del cadáver, y Ninyu Kerai estaba arrodillado junto a él, inspeccionando la ceniza gris próxima a la cara desfigurada del asesino. El pelirrojo de las FIS le dijo algo a su compañero que Fuhito no consiguió captar.

Theodore conversaba con su esposa y su prima Constance. Cuando él se les acercó, el *Kanrei* soltó la jarra que sostenía y se volvió para mirarlo. Aceptó su inclinación de cabeza con un gesto de asentimiento.

—*Sho-sa* Tetsuhara, tengo una tarea distinta de la que esperaba para ti. Quiero que asumas el mando temporal de los *otomos*. El *Chu-sa* Ii ha creído que el ataque al Coordinador se hallaba más allá de su honor.

—*¡Hai!*

Le sorprendió la orden. Lo que no le extrañó fue que el comandante de los *otomos* se hubiera hecho el *seppuku* por su fracaso en proteger al Coordinador. Era de esperar. Sin embargo, ¿hacerlo antes de que la investigación se completara y todos tuvieran la certeza de que éste se hallaba a salvo? El *Chu-sa* Ii mostró una terrible falta de sentido del deber, un sentido del honor desequilibrado.

—Despeja los corredores —continuó Theodore—. Asegúrale a todo el mundo que el Coordinador se encuentra a salvo. Emitiré un comunicado público a las... —Miró a Constance con una ceja enarcada.

—Habremos terminado dentro de una hora, *Tono* —respondió ella a su pregunta no formulada, volviéndose a la *jukurensa* pilarina a la que entregara la jarra.

Theodore consultó su anillo reloj antes de completar la frase inconclusa.

—Seis.

Una nueva figura hizo acto de presencia en el grupo pequeño; se trataba del funcionario al que Fuhito vio cerca del cuerpo. Aturdido, se dio cuenta de que el hombre era Subhash Indrahara, el temido director de las FIS. Detrás de él, a un costado, se hallaba Ninyu, sin mostrar ninguna señal de su acostumbrada mueca sarcástica.

—¿Le parece sensato, *Kanrei*? —inquirió Subhash—. Las heridas del Coordinador producidas por el cristal destrozado y su posterior caída son ligeras, aunque se encuentra atontado y desorientado. No estará preparado para hablar tan pronto.

Fuhito observó cómo se miraban, sintió la acción de la energía *ki* entre los dos. Absorto en tratar de interpretarlas, se sobresaltó cuando Theodore habló.

—Hago lo que considero necesario.

—Muy bien —repuso con calma Subhash. Se ajustó las gafas de montura dorada,

acomodándolas con más firmeza—. Parece bien provisto de consejeros a los que presta atención. Yo atenderé al Coordinador.

Theodore calló un instante, en apariencia sopesando las palabras del director.

—Lo comprendo —anunció finalmente.

Subhash inclinó la cabeza con gesto fugaz y breve; luego, les dio la espalda. Fue directamente hasta donde se hallaba el grupo que rodeaba al Coordinador y despidió a los pilarinos. Ninyu observó, centrando su atención entre el *Kanrei* y el director. Tenía el rostro tenso, como si estuviera luchando por controlar sus pensamientos. Tomando una decisión, se aclaró la garganta.

—*Kanrei* —dijo, y extendió un paquete envuelto en seda blanca—, aquí hay algo para Michi Noketsuna. —Theodore aceptó el ofrecimiento y miró inquisitivamente a Ninyu—. Se trata de una información que puede serle de interés. Grabaciones hechas por un tal Jerry Akuma. Parece que éste sintió la necesidad de grabar en secreto las reuniones que mantuvo con ciertas personas. Son bastante reveladoras. Por supuesto, hay una copia para ti. Quizá también te ilumine en algunos aspectos sobre tu padre.

—*Domo*, Ninyu-*kun*. No creí que estuvieras interesado en ayudar a Michi-*kun*.

—Y no lo estoy, pero tal vez estas grabaciones le alienten a reptar de regreso bajo las rocas de las que salió. El Dragón se encontrará mucho mejor sin él y la mala compañía que mantiene.

—No son falsas, ¿verdad? —preguntó Constance.

Su voz transmitió sólo curiosidad, pero Fuhito sospechó que contenía algo más. De nuevo, se hallaba fuera de su elemento entre los significados sumergidos que parecían inundar la corte y seducir a los señores del Dragón.

—La verdad es lo suficientemente condenatoria —replicó Ninyu.

Retrocedió un paso y, sin inclinarse primero, recorrió media estancia antes de detenerse. Daba la impresión de ser reacio a unirse a la gente que rodeaba al Coordinador, pero en la mirada furtiva que le dedicó a Theodore, Fuhito percibió que tampoco le agradaba regresar al grupo del *Kanrei*. Permaneció durante un momento en el centro de la sala, indeciso. Luego, enderezó los hombros y con andar lento se marchó, pasando al lado de los *otomos*.

—Habrán problemas —advirtió Constance—. Es, al mismo tiempo, más y menos que uno de tus compañeros. Confía poco en él.

—Sólo lo que debo —afirmó Theodore—. Es absolutamente leal al Dragón. Mientras la supervivencia del Condominio esté amenazada, jamás lo traicionará.

—Es una araña pequeña, aprendiz del maestro tejedor en el centro de la telaraña —observó Constance—. El y su instructor tal vez no consideren que tus intereses y los del Dragón son los mismos.

Theodore sacudió la cabeza.

—No puedo permitirme el lujo de preocuparme por eso ahora. Además, durante

un tiempo no representará ningún peligro.

—Nunca es demasiado pronto —intervino Tomoe.

—Es verdad, *To-chan*. Pero, en este instante, hemos de tratar con el presente. De momento, el futuro ha de esperar. —Sin mirar a Fuhito, añadió—: ¿No es cierto, Fuhito-*kun*?

—*¡Hai, Tono!*

**Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien****Distrito Militar de Pesht****Condominio Draconis****18 de junio de 3040**

Piotr Hitsu, el hombre al que Theodore conocía como un *kuromaku* de los yakuza, entró en la sala de audiencias sólo después de que los guardias hubieran salido. Parecía extenuado, y había envejecido considerablemente desde la última reunión que tuvieron. Avanzó lentamente, su cojera era más pronunciada que cuando se vieron en Nueva Corsica.

Un muchacho joven entró con él. Este, impecablemente vestido con un *kataginu* blanco y brillante, era de complexión cetrina y delgado, sin ningún parentesco con el fornido y pálido Hitsu. Algo en su cara le recordó a uno de los *oyabun* que el anciano reclutó en la alianza que serviría al Condominio. El joven, nervioso e incómodo en las ropas de ceremonia, portaba una caja de medio metro cuya superficie barnizada reflejaba el entorno igual que un espejo plateado.

El *kuromaku* se acercó a la plataforma donde se hallaba arrodillado Theodore. A tres metros de distancia, hizo una reverencia. Avanzó dos pasos más y se inclinó nuevamente antes de arrodillarse.

—Me complace verlo de nuevo, Hitsu-san —saludó con afabilidad Theodore—. Ha pasado mucho tiempo desde que habláramos cara a cara como deben hacer los amigos.

—Su amistad honra a un anciano que no lo merece, *Kanrei*.

—Tonterías. ¿Trae noticias de los *oyabun*? En los últimos meses, han guardado silencio y no se han dejado ver.

—Las cosas pronto volverán a su antiguo cauce, *Kan rei* —Hitsu esbozó una sonrisa fugaz—. Dando por sentada la conclusión satisfactoria que hoy me trae aquí.

—Si no se trata de noticias de los *oyabun*, entonces, ¿qué es, Hitsu-san? Su petición para esta reunión no lo especificaba.

—El honor —le informó el otro. El *kuromaku* se acomodó con firmeza, apoyando las palmas de las manos justo encima de las rodillas. Aspiró una profunda bocanada de aire y, suspirando, miró a Theodore a la cara. Sus oscuros ojos de ébano brillaron con intensidad—. Honor y disculpas.

Con un gesto le indicó al muchacho que avanzara. Con movimientos tensos, éste se incorporó, se adelantó despacio y situó la caja sobre el estrado, justo a la derecha de Theodore. Antes de regresar a su lugar detrás del hombro izquierdo del *kuromaku*, hizo una reverencia.

—Nezumi-san ha expiado su culpa —aseveró Hitsu.

Theodore no necesitó contemplar la caja que zumbaba casi imperceptiblemente para saber que contenía la cabeza refrigerada de Yasir Nezumi. El *oyabun* pagó con la vida por su ambicioso error. De repente, también se dio cuenta de que el muchacho debía de ser su hijo.

—Nezumi-san fue precipitado —continuó Hitsu—. Sin embargo, era mío como *oyabun* de los *oyabun*. —El anciano pasó por alto su sobresalto ante esta revelación—. La vergüenza de Nezumi-san ha quedado cancelada con su acto. La mía sigue en pie. Como su *oyabun*, sus acciones son las mías, y su honor es el mío.

»Usó su nombre desconociendo que contravenía su voluntad. Por supuesto, su ignorancia no sirvió como excusa. Actuó sin mi permiso o consentimiento, que jamás recibiría aunque yo hubiera conocido sus planes. No obstante, tampoco mi ignorancia es una excusa.

Mientras hablaba, Hitsu sacó dos pañuelos blancos de un bolsillo interior, uno de seda y el otro de algodón. Los depositó en el suelo ante él, el de seda a la izquierda, el de algodón a la derecha.

—Esto no es necesario —protestó Theodore, consciente súbitamente del propósito del anciano. La expiación ritual del corte del dedo de los yakuza. Aunque deseaba prohibir tal acto, sabía que era de mala educación rechazarlo. Y este hombre le era necesario, tanto a él como al Condominio. Si rehusaba su ofrenda, el sentido del honor del otro sería ofendido. Humillado, Hitsu se cortaría el vientre. No podía permitirlo. Incluso antes de enterarse de que era un *oyabun* de *oyabun*, percibió que sus recursos, consejos y conocimientos eran inmensamente valiosos para el reino—. Su intención me basta, *Hixsu-san*.

El anciano cerró los ojos un instante, pero no pronunció palabra. En cambio, extrajo un cuchillo sencillo de la chaqueta. Con lentitud premeditada, liberó el reluciente acero de la madera barnizada. Depositó la funda a su izquierda y apoyó el cuchillo sobre su rodilla derecha, con el filo hacia él. Hitsu colocó las palmas de las manos sobre las esteras del *tatami* e hizo una profunda reverencia. Luego, se irguió y

alargó la mano izquierda, cerrada y con la palma hacia abajo a excepción del dedo meñique, que tenía estirado. Cogió el cuchillo con la derecha y situó el filo sobre la primera articulación.

Theodore bajó los ojos y asintió, sin desear que el anciano se mutilara más allá de lo necesario. Escuchó el crujido del cartílago cuando la hoja se abatió. Al volver a alzar la vista, Hitsu tenía envuelto el dedo cortado con el pañuelo de algodón, cogiendo los extremos con el puño. El anciano adelantó su ofrenda, cubierta con el pañuelo de seda.

—Por favor, acepte mis disculpas. —Theodore alargó el brazo y lo cogió. Lo depositó a su derecha, cerca de la caja barnizada. Inseguro de cuál era la respuesta adecuada, inclinó la cabeza—. *Domo, Tono* —continuó Hitsu, devolviéndole la reverencia—. El honor ha quedado satisfecho, y tengo asuntos que atender que requieren mi atención. ¿Me da permiso?

Asintió. El *oyabun* de los *oyabun* se incorporó con movimientos rígidos y dejó la habitación recubierto con su dignidad, su vergüenza lavada en sangre. El muchacho, con el rostro macilento, lo siguió.

El *Kanrei* siguió arrodillado, contemplando la caja y el pequeño bulto blanco con un extremo encarnado.

—Llevaste bien la situación.

Distraído de sus pensamientos, giró en redondo. Se puso de pie a medias y empezó a sacar la pistola de la funda antes de darse cuenta de que conocía esa voz. Demasiado bien. Devolvió el Nambu a su lugar y cerró la solapa. Terminó de levantarse e inclinó la cabeza.

La alabanza era algo que no estaba acostumbrado a oír de su padre.

Takashi esbozó una firme sonrisa mientras deslizaba el panel pintado para cerrarlo a su espalda, obviamente disfrutando de la sorpresa que Theodore aún no lograba suprimir de su cara.

—Necesitarás tener un mejor control si quieres ser Coordinador.

—No deseo ser Coordinador.

Takashi soltó una risa breve y ruda.

—¿Y crees que yo sí?

«Claro que sí —repuso Theodore en silencio—. Es tu vida».

—Le has dedicado todo tu entusiasmo al puesto —contestó en voz alta.

—*Hai*. Es verdad —descendió del estrado y se dirigió a la pared exterior. Abrió los paneles *shoji*, dejando que la luz del sol penetrara en el cuarto al continuar—. Me sentí muy desdichado cuando mi padre Hohiro me llamó de regreso a Luthien. Lo único que anhelaba era una vida de servicio al Dragón. Yo era un guerrero, el brazo fuerte del Dragón que azotaba a nuestros enemigos. Sin embargo, mi padre sabía que el Condominio necesitaba un heredero fuerte. Uno que fuera algo más que un simple



samurái.

»Es curioso, ¿verdad?, que nuestro mayor enemigo tenga una historia similar. Hanse Davion también deseaba ser sólo un soldado. Se dice que el *Zorro* fue educado para esperar otras cosas de su vida que el peso del gobierno. Pero él disponía de un hermano mayor que lo aislaba de las preocupaciones de Estado, mientras que yo únicamente tenía mi devoción ciega al Dragón. Cuando Yorinaga Kurita mató al hermano mayor de Davion, Ian, en el mundo de Mallory, y Hanse se convirtió en Príncipe, al asumir el cargo carecía del beneficio del entrenamiento en la corte. No obstante, prosperó.

»No deseaba esa carga. Y yo tampoco.

«Ni yo», afirmó mentalmente Theodore.

—El deseo personal es una debilidad —aseveró Takashi—. Lo aprendí a medida que me instruía en lo que el Dragón necesitaba de mí. Valor. Audacia. Tenacidad. Con el tiempo, adquirí la sabiduría de un gobernante. El dogma principal de esa cruel sabiduría es que uno debe y ha de hacer lo que sea necesario por la salud del reino. Fue toda una educación.

«Yo también la he recibido —pensó Theodore—. Qué extraño que te escuche expresar mis propios pensamientos. Y pavoroso. Jamás pensé en ti de esa manera».

—No te quitaré el cargo. Con ser *Kanrei* me basta.

—El *cargo* —siseó Takashi—. No puedes ser tan ingenuo como para creer que quedaré satisfecho con un título vacío. Has hecho todo lo que ha estado a tu alcance para usurparme el poder, y finges que me perdonas dejándome el título. Muchacho, ¡lo que importa es el *poder*! No los títulos. Por qué te has retraído de quitarme la vida es algo que aún desconozco. A menos que la razón radique en tu debilidad.

Theodore quiso pasar por alto el anzuelo, pero se encontró intentando defender su posición, sabiendo todo el tiempo que dicha defensa era la debilidad a la que su padre se refería.

—Ser *Kanrei* es suficiente para mí.

—Es un subterfugio transparente —lo acusó Takashi.

—*Iie*. Se trata de una cuestión de honor.

—¿Qué honor hay en un ser débil?

—No radica en la fuerza, sino en la integridad. Los maestros que tú mismo me pusiste hicieron que eso ahondara en mi interior. El antiguo código del *bushido* es la ética de un guerrero; sin embargo, saca toda su fuerza de la fuente de la sabiduría de Confucio. Aquel sabio estableció leyes que yo he intentado seguir. Y una de ellas, repetida en el propio libro de honor de mi familia, asevera que un hombre no podrá morar bajo el mismo cielo como el asesino de su padre. Para mí, esa ley significa más que una simple justificación para buscar venganza por una muerte.

»No seré..., no puedo ser... un parricida.

—Eres débil. —Theodore guardó silencio—. No obstante, tal vez no tanto como pensaba antes —concedió Takashi—. Aunque hayas tenido éxito en arrinconarme hasta ahora, aún careces de la fuerza para ser el Dragón.

—Entonces, estás ciego ante ella. La tengo aquí. Has moldeado a tu sucesor mejor de lo que crees.

Takashi lo observó pensativo.

—Reconoceré que has tenido triunfos. Algunos incluso me han impresionado. Pero se trata de victorias de soldados. No te proporcionan la experiencia en las más elevadas estrategias de gobernar un reino. Ha retornado la época de la sabiduría de un gobernante. Ya empieza a desvanecerse la lucha y volvemos a los viejos días de los ataques sorpresivos y de acoso. Ha pasado el momento de tu importancia. Encontraré las grietas en el muro que has erigido a mi alrededor y escaparé. Volveré a recuperar el poder que por derecho me pertenece.

La cara del Coordinador estaba encendida por el fervor mientras hablaba. Theodore meditó en lo que veía. En el pasado, habría temido esa amenaza, el destello de locura que contenía. Ahora sólo temía los resultados. Su padre se preocupaba profundamente por el reino, pero había dejado que sus propias preocupaciones le cegaran por encima de las necesidades que tenía. Perdió el derecho a gobernar. No era el momento para debilidades.

—Harás lo que se requiere de ti como Coordinador —afirmó. Su voz sonó suave, pero con una convicción férrea en sus palabras—. Servirás al reino como su caudillo mientras yo me ocupo de su salud y bienestar. *Mía* es la visión que nos llevará al futuro. *Mía* es la mano que lo guiará. No debemos luchar y destruirlo entre nosotros. Si te opones a mí, te haré secuestrar.

Takashi lo observó con ojos entrecerrados.

—Entonces, no me opondré —musitó con rencor—. Abiertamente. Pero lucharemos, muchacho, no lo dudes. No obstante, tienes razón en una cosa. Hemos de mantener las apariencias. Debemos mostrarle a la gente, y a nuestros enemigos (en especial a éstos), que estamos juntos como cabeza y brazo del Dragón.

Incluso cuando alargó las manos en gesto de reconciliación, Theodore reconoció que Takashi estaba comenzando a ejecutar el plan que había jurado llevar a cabo para recuperar el poder. Le ofrecía la imagen de adaptación, la apariencia de paz. No existiría ninguna señal visible de debilidad o desavenencia que sus enemigos pudieran interpretar como una invitación a un nuevo intento de ataque. Ante el exterior, y mientras se mantenían en lados opuestos, darían la impresión de fuerza y armonía.

Abrazó a su padre.

—El Condominio Draconis es más importante que nosotros dos.

—*Hai*, hijo mío. En eso estamos de acuerdo. Ya has dado el primer paso en entender lo que se requiere de ti, en comprenderme a mí.

«No es mi primer paso —pensó Theodore con pesar—. Te comprendo mejor de lo que crees, Takashi, padre. Para mi pesar, me he convertido en una persona muy parecida a ti. En actos. En aspecto. Desearía que no fuera así, pero lo es. Todo lo que creí que me diferenciaba de ti, que me hacía mejor que tú, ha sido barrido por el aliento del Dragón».

«¿Estás tan seguro?», preguntó una voz suave en su cabeza.

«¿¡Tetsuhara-sensei!?»

«Tus sentimientos son fuertes. Eso es bueno. El *ninjo* y el *giri* deben estar equilibrados. Son un círculo, el yin y el yang. Si uno es demasiado poderoso, se rompe el equilibrio. Debes afanarte por mantenerlo».

«Lo he hecho, *sensei*. Y he fracasado».

«No puede decirse que un hombre haya fracasado hasta que ha muerto. Mientras existe vida, hay esperanza. ¿Eres tan cobarde que has abandonado toda esperanza?»

«No soy cobarde, *sensei*».

«Exacto. No eres tu padre. Si no lo olvidas, prosperarás».

«Lo recordaré».

«Cuando te encuentres en el mundo, has de ser tú. No puedes vivir los sueños de otro hombre, ni ser aquellos que no eres. Todo lo que hagas será tuyo, y serás todo aquello que hagas. Eres tu propio karma».

Theodore se sobresaltó. Esas eran las palabras precisas empleadas por Tetsuhara-sensei cuando se separaron el día de su marcha de la Academia Sun Zhang. Al meditarlo, se dio cuenta de que todas eran frases dichas en ocasiones y lugares diferentes. La conversación fue construida por su mente. Pero, fuera o no artificial, reconoció los oportunos consejos del *sensei*.

«El Dragón posee cinco virtudes —se recordó a sí mismo—. Valor, audacia y tenacidad sólo son tres de ellas. Incluso mi padre me las concede. La cuarta es la integridad, ésa que estuve tan cerca de abandonar. No debo permitirme ser tan débil.

»Quizás ésta sea el comienzo de la quinta, la sabiduría. Si es así, entonces, soy el verdadero heredero del Dragón».

# Glosario

A lo largo de este libro se hace referencia a los oficiales kuritanos y a otros funcionarios por los nombres de grados militares o títulos de los antiguos japoneses.

Los equivalentes son:

**Tai-shu:** Señor de la Guerra del ejército.

**Tai-sho:** general de división.

**Sho-sho:** general de brigada.

**Tai-sa:** coronel.

**Chu-sa:** teniente coronel.

**Sho-sa:** comandante.

**Tai-i:** capitán.

**Chu-i:** teniente.

**Buso-senshi:** MechWarrior o piloto aeroespacial.

**Kanrei:** agente.

**Jokan:** dama noble.

**Shudocho:** abad, maestro de una orden.

**Jukurensa:** experta.

**Shoshinsha:** novicia.

**Sensei:** maestro instructor.

Otras frases japonesas que aparecen en el libro y su traducción:

**Baka:** Tonto.

**Dekashita:** ¡Buen viaje!

**Do:** Un término del *kendo* una armadura corporal que recubre la zona abdominal.

**Do itashi moshite:** De nada.

**Domo arigato:** Muchas gracias.

**Gempuku:** Rito de iniciación al llegar a la edad viril.

**Giri:** Deber, obligación, justicia.

**Hat:** Sí.

**Hakama:** Vestimenta masculina semejante a una falda llevada por los samuráis encima del kimono en las ocasiones ceremoniales.

**Hara:** Vientre.

**Iie:** No.

**Kabuto:** Casco.

**Kamishimo:** Vestido de ceremonia de los samuráis, cuyos colores armonizan con los del *kataginu* y del *hakama*.

**Kataginu:** Un triángulo de tela que recubre los hombros y el pecho de un vestido de ceremonia.

**Katakana:** Tipo de letra japonés.

**Katana:** Espada.

**Kendo:** Esgrima; literalmente: «El Camino de la Espada».

**Ki:** Corazón, mente, espíritu, sentimiento.

**Kobun:** Soldados de los yakuza.

**Konichi wa:** Hola.

**Kuromaku:** Mediador, mensajero entre bandas.

**Meiyo:** Reputación, honor.

**Meiyo to naru sensei:** «Maestro respetado».

**Men:** Máscara del *kendo*.

**Ninjo:** Humanidad, compasión.

**Ninjutsu:** Literalmente, «el Arte de la Invisibilidad», las habilidades de los ninja.

**O-medeto:** ¡Congratulaciones!

**Obi:** La faja que acompaña al kimono.

**Ohayo:** Buenos días.

**Otomo:** Guardia de palacio.

**Otosan:** Padre.

**Oyabun:** Jefe yakuza.

**Ryu no tomo:** «Amigos del Dragón».

**Seimeiyoshi-rengo:** Federación de bandas.

**Senshi:** Guerrero.

**Seppuku:** El suicidio ritual del samurái.

**Shikata ga nai:** Aproximadamente, «no se puede evitar».

**Shimatta:** Exclamación de desolación.

**Shinai:** Espada de bambú en el *kendo*.

**Shitenno:** En su contexto, círculo íntimo de consejeros; literalmente, «cuatro

devas».

**Shizen:** Naturaleza.

**Shogi:** Ajedrez.

**Shoji:** Puerta o panel de papel.

**Shuriken:** Arma cortante en forma de estrella.

**So ka:** 1. ¡Oh, qué interesante!; 2. ¿De verdad?

**Sugu:** De inmediato, en el acto.

**Tachi:** Naturaleza, disposición.

**Tatami:** Estera de paja.

**Teki:** Enemigo, oponente, rival.

**Tengu:** Duende de nariz larga.

**Tono:** Señor.

**¿Wakarimasu-ka?:** ¿Me comprendes?

**Wakizashi:** Espada corta.

**Yubitsume:** Expiación yakuza del corte del dedo.

# Lista de abreviaturas

**CPP:** Cañón Proyector de Partículas. Un acelerador magnético que dispara rayos de protones o iones de alta energía y el arma más eficaz de que dispone un BattleMech.

**DAV:** Vehículos de Despegue/Aterrizaje en vertical, incluidos los helicópteros y otros aparatos basados en la rotación de alas.

**FACD:** Fuerzas Armadas del Condominio Draconis.

**FAML:** Fuerzas Armadas de la Mancomunidad de Lira.

**FIS:** Fuerzas Internas de Seguridad. Servicio Secreto de Kurita.

**GAED:** Grupo de Ataque de Elite Draconis.

**GHP:** Generador de HiperPulsación. Dispositivo de comunicaciones interestelares controlado por ComStar.

**IAE:** Identificación: Amigo o Enemigo.

**ICNA:** Instituto de Ciencias de Nueva Avalon.

**MCA:** Misiles de Corto Alcance. Misiles de trayectoria directa con cabezas altamente explosivas o reventadoras de blindajes.

**MLA:** Misiles de Largo Alcance, misiles de fuego indirecto con cabezas altamente explosivas.

**OCC:** Orden de las Cinco Columnas.

**ROM:** Servicio secreto de ComStar.

**SACD:** Soldados Alistados en el Condominio Draconis.

# Notas



[1] Grasshopper significa «saltamontes» <<

[2] Los sogunes fueron generales de tropas del emperador que gobernaban en el Japón en nombre de aquél. <<

[3] Las tres primeras letras del nombre de Theodore pronunciadas por Constance coinciden en inglés con el artículo «el». <<

[4] Fox en inglés es «zorro», de ahí la asociación de ideas. <<

[5] BattleMaster, en inglés, significa «amo de la batalla». <<